GWEN DEMARCO

LIBRO 2 DE SOPHIE FEEGLE

PRESAGIOS Y ANOMALÍAS

PRESAGIOS Y ANOMALÍAS

Libro 2 de Sophie Feegle

GWEN DEMARCO

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo
I. Fragmento de Tiempos Anómalos para Sophie Feegle
    Capítulo 1
Postfacio
Acerca del Autor

Capítulo 1

—¿Está bien?

—¿Qué ha pasado?

—Creo que ha sido un ataque de pánico.

Haciendo caso omiso de los susurros, Sophie trató de respirar lenta y uniformemente, concentrándose en los pequeños e intrascendentes detalles que la rodeaban. Le ayudó a aliviar la opresión de sus pulmones ardientes. Empezó a mirar hacia la mesa de autopsias, pero apartó la vista rápidamente.

No pienses en ello, se ordenó.

Sophie notó la frialdad del suelo bajo su trasero. Intentó encontrar patrones en las manchas grises de las baldosas de linóleo blanco encerado que tenía entre los pies. Respiró hondo, saboreando el penetrante olor a antiséptico aromatizado con una pizca de dulzura empalagosa. Abrazándose por la cintura, Sophie dejó caer la cabeza sobre las rodillas. Sentía que iba a desmoronarse en cualquier momento.

En una parte aislada de su cerebro, Sophie observaba lo que ocurría a su alrededor como si fuera una película.

—Nunca la había visto enloquecer así. La visión de la muerte de ese tipo debe haber sido horrible.

—Eso es lo raro. Sophie ni siquiera tocó al tipo. Le echó un vistazo a la cara y tuvo un ataque de pánico.

Apoyada contra la pared, Sophie escuchó la conversación de sus compañeros, no tan tranquila como creían. Dejó que sus ojos recorrieran la sala de autopsias y se fijó en que las ruedas de las camillas habían hecho un surco en el suelo, dejando marcas permanentes de los miles de cadáveres que habían rodado por el mismo camino. Solo desde su posición en el suelo, con las luces brillando por encima de ella, habría notado los surcos.

—¿Conoce a este tipo? ¿Es un amigo o algo así?

—No estoy segura. Creo que dijo que era Leñador.

Sophie se fijó distraídamente en que uno de los tacones de sus

botas negras favoritas había empezado a separarse del resto del zapato. Luego centró su atención en la bolsa marrón arrugada que Ace le había puesto en las manos y en la que le había ordenado que respirara, tratando de ayudarla a evitar su anterior ataque de pánico. Era de ese nuevo restaurante especializado en sándwiches hechos con gofres en lugar de pan normal. Tenía ganas de visitarlo.

—Pues sí que parece un Leñador —observó Amira.

Reggie, su jefe y amigo, se arrodilló frente a ella y puso su cara en el campo visual de Sophie. Su dulce y redonda cara estaba llena de preocupación mientras rozaba suavemente una de las manos frías y húmedas de Sophie entre las suyas.

—Estoy bien —dijo una voz incorpórea. Sophie tardó un momento en darse cuenta de que aquella voz plana era la suya.

—¿Puedes contarnos lo que ha pasado? —preguntó con voz suave y tranquilizadora.

Sophie abrió la boca para responder cuando un "¡Sophie!" atronador retumbó en el pasillo, frente a las puertas de la autopsia. Ace abrió la puerta y le hizo señas a Mac para que entrara. Mac entró precipitadamente en la sala, recogió a Sophie en su regazo y se sentó en el suelo con la espalda pegada a la pared. Sophie se aferró a él como una lapa, sintiéndose ligeramente avergonzada por su muestra de debilidad. Por el rabillo del ojo, Sophie vio que Reggie y Amira intercambiaban miradas de sorpresa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él a la habitación, pasando suavemente una mano por la espalda de Sophie. Con un toque ligeramente clínico, empezó a comprobar si estaba herida.

—Estábamos a punto de empezar una autopsia de prioridad uno, pero en cuanto Sophie vio a la víctima, tuvo un ataque de pánico —explicó Reggie, retorciéndose las manos, con las mejillas arrugadas por la preocupación.

—Es el Leñador —susurró Sophie, señalando con la cabeza el cuerpo en la camilla al otro lado de la sala.

—¿Leñador? ¿Cómo que Leñador? Espera... ¿de la pesadilla que tuviste anoche? —preguntó Mac, con las cejas enarcadas por la sorpresa.

—Sí, es el mismo tipo de la pesadilla. El que soñé que apuñalaba en la garganta —explicó Sophie, hurgando en un hilo suelto que colgaba de la rodilla de su bata. Mac frotó la espalda de Sophie

mientras ella se estremecía al recordarlo. Si giraba la cabeza, podía ver el borde de la bolsa negra que contenía el cadáver al otro lado de la habitación. Sophie mantuvo cuidadosamente la vista apartada.

—¿Estás diciendo que el tipo que soñaste que asesinabas es real? ¿Estás segura de que es él y no alguien parecido?

—Es él —dijo Sophie, con voz gruesa.

—¿De qué sueño hablas? —preguntó Ace, mirando a todos los demás en la habitación como si tuvieran alguna pista.

—Anoche, estaba durmiendo en el sofá de Sophie cuando me desperté porque ella gritaba mientras estaba dormida. Cuando la desperté, me dijo que en un sueño había apuñalado a un Leñador en el cuello —explicó Mac a Reggie, Ace y Amira.

Reggie se arrodilló junto a Sophie, con la voz baja y los ojos doloridos.

—¿Puedes contarnos más sobre lo que pasó en el sueño?

—Sí, puedo intentarlo —dijo Sophie, intentando zafarse de los brazos de Mac, pero él la volvió a estrechar firmemente contra su pecho. Sophie volvió a acomodarse en su regazo con un exagerado suspiro de derrota, pero se sintió secretamente satisfecha—. En el sueño, estaba en una especie de bar, el típico pub de la vieja escuela, no muy bonito, pero tampoco un antro. Llevaba una peluca rubia y un vestido negro. Bebía agua tónica, pero haciendo ver que tenía alcohol y fingiendo que me emborrachaba. Estaba allí por el Leñador, como si le hubiera seguido y estuviera intentando atraerle hacia mí. Después de estar allí un par de horas, salí del bar y él me siguió hasta el callejón de al lado. Intenté inyectarle algo, no sé lo que era, pero se me cayó la jeringuilla sin querer. El Leñador empezó a asustarse cuando vio la aguja, así que saqué una navaja con punta del bolsillo y le apuñalé. Lo apuñalé en el cuello... fue tan asqueroso. Una vez que cayó, lo dejé en el callejón desangrándose.

—¿Puedes recordar algún otro detalle? ¿Pudiste ver el nombre del bar? —Mac preguntó.

—¿Crees que esto puede ser real? —susurró ella—. Quiero decir... quizá me equivoque y no sea el mismo tipo.

—Contigo, todo puede ser posible. Lo único que sé es que anoche no asesinaste a nadie. Estuve en tu apartamento toda la noche. Me habría dado cuenta si te hubieras ido —dijo Mac con un guiño. Sophie se alegró de que Mac omitiera el hecho de que estuvo en su cama

delante del equipo. No había necesidad de airear esos trapos sucios—. Tómate un minuto a ver si recuerdas algún detalle más.

—¿A qué hora tuviste el sueño? —preguntó Reggie.

—Me desperté en algún momento entre la medianoche y la una, pero no miré el reloj, así que no puedo estar completamente segura —respondió Mac cuando Sophie se encogió de hombros ante su incertidumbre.

Sophie suspiró, sintiéndose frágil y desgastada como el algodón viejo. Tenía que recomponerse; estaba asustando a sus amigos. El cansancio se apoderó de sus hombros y su energía mental perdió su fuerza habitual, el agotamiento era causado por el ataque de pánico. Ver la cara del hombre al que había asesinado en una pesadilla la noche anterior le provocó una reacción visceral inmediata, como si la sumergieran en un pozo de horror y pánico. Cuando bajó la mirada hacia sus manos inmaculadas, casi podía sentir la sangre caliente del hombre en ellas, sintiendo los ecos de aquella sensación pegajosa en la membrana de sus dedos.

—Nunca vi el nombre del bar. Uno de los camareros era moreno, quizá de unos veinte años, de complexión media. La otra camarera era un poco mayor, probablemente de unos treinta años. Tenía el pelo rubio, corto y de punta, y era más corpulenta —dice Sophie, poniendo cara de concentración—. ¡Espera! Recuerdo algo más. En el sueño, mientras el Leñador agonizaba, me preguntó por qué lo había apuñalado. Le dije: “Tú sabes por qué, Troy”. ¿Crees que ese tipo se llama realmente Troy?

—Lo averiguaré —prometió Mac.

—Quizá si lo tocaras y obtuvieras su visión de la muerte, podrías ver al verdadero asesino, y eso te ayudaría a sentirte mejor —sugirió Amira.

Asintiendo, Sophie empezó a levantarse. Giró la cabeza y miró incrédula a Mac cuando la ayudó a ponerse en pie con una mano en el trasero. La cara de Mac era un estudio de inocencia, lo que hizo que Sophie le mirara con los ojos entrecerrados y negara con la cabeza.

—Estoy bien —aseguró Sophie al montón de gallinas que la rodeaban. Su único alivio era que Fitz no estaba aquí para sumarse a la multitud que revoloteaba a su alrededor. Reggie rodeó a Sophie como un colibrí nervioso. Ella le dio unas palmaditas en el hombro para tranquilizarle.

Con un esfuerzo descomunal, Sophie hizo callar el maníaco parloteo de su cerebro y se volvió hacia el cadáver. Vio cómo sus pies se dirigían a regañadientes hacia la mesa de autopsias. Sentía los ojos de todo el mundo clavados en ella. Había tanto silencio que Sophie podía oír el chirrido de sus botas contra el linóleo brillante. Las luces fluorescentes del techo hacían resaltar los rasgos salpicados de sangre del muerto. Sophie se dio cuenta, por la tez cerosa y desvaída del hombre, de que se había instalado la palidez mortis, lo que hacía que las salpicaduras de sangre color óxido resaltaran aún más sobre su pálido rostro. Había profundas laceraciones en el lado izquierdo de la garganta de Leñador, en el mismo lugar del sueño. Sophie flexionó la mano derecha, sintiendo el fantasma del arma en ella.

Sophie dio las gracias en un susurro cuando Ace le entregó unos guantes de nitrilo nuevos, pero le costó ponerse los finos guantes azules en las manos humedecidas por el miedo.

Cuando por fin se los puso, Sophie alargó la mano para ponerla sobre el brazo del Leñador, donde tenía enrollada la franela roja y negra. Se quedó inmóvil, con la mano a un palmo de su piel. Sophie vio cómo Reggie cogía su teléfono para grabar su visión. Sophie flexionó los dedos, pero no consiguió cerrar la brecha entre la palma de la mano y el antebrazo de la víctima.

—Vamos, Hellraiser. Creía que eras más ruda que esto —se burló Mac. La columna vertebral de Sophie se enderezó de indignación.

—Dios, eres *tan* imbécil —espetó Sophie, pero su burla surtió el efecto deseado.

Apretando los dientes, Sophie puso su cara de zorra y apoyó una mano en el brazo del muerto, murmurando maldiciones en voz baja. Aspirando con fuerza por la nariz, Sophie cerró los ojos mientras la última noche del Leñador en la Tierra se desvelaba ante ella.

—Vale. Ya lo tengo. Veo al Leñador caminando por una calle. Está anocheciendo y las luces de la calle se están encendiendo. Se dirige a un bar. El cartel de la entrada dice Pub de la Octava Avenida, no es un nombre muy original —se burló Sophie—. Sí, es el mismo sitio de mi sueño. El interior es un poco oscuro y lúgubre. Hay una chimenea a un lado, pero no está encendida. Pide una Guinness al camarero, al que llama Rob. Evita a la otra camarera. Se siente incómodo con ella. Es franca y brusca. Se sienta un rato en la barra mientras el local se llena por la noche. Mira la puerta principal en el espejo que hay sobre la

barra, observando a cada persona que entra en el pub. Cuando ve el destello de una larga melena rubia, se endereza en su asiento, intentando ver mejor a la mujer de la entrada.

Sophie levantó la mano del brazo frío y húmedo del Leñador y se la sacudió. Apretando los dientes, Sophie se obligó a volver a poner la mano en su brazo.

—Maldición, ella se parece a mí. Tengo el pelo rubio, pero ésa es mi cara —dijo Sophie tragando saliva—. ¿Por qué me veo a mí misma? Pensé que vería a la asesina.

—¿Estás segura de que eres tú? —preguntó Reggie, pero pareció avergonzado cuando Sophie entrecerró un ojo y le lanzó una mirada.

—Conozco mi propia cara, Reg.

—Tienes razón, lo siento —Reggie se encogió de hombros, sus ojos de cachorro hicieron que Sophie lamentara su tono cortante.

—El Leñador me observa -bueno, a la mujer que se parece a mí- beber durante varias horas. Se aleja de la barra y observa a la mujer desde un rincón oscuro. Creo que intenta evitar que ella se fije en él. No se acerca a ella, solo la observa. Normalmente nunca cazaría mujeres en el bar de su barrio, piensa, pero es imposible resistirse a ella. Justo su tipo. Rubia, delgada, pequeña, con ojos grandes, dulces e inocentes. Cuando la oye mencionar al camarero que se va de viaje para explorar el país sola durante un mes, sabe que no podrá resistirse. Está destinada a ser suya.

»Suele elegir a mujeres que la sociedad no tiene en cuenta: prostitutas, fugitivas, sin techo. Las llama sus Olvidadas. Pero no las ha olvidado. Las lleva siempre, a cada chica especial, en su corazón y en su memoria. Decide romper su regla cardinal de no cazar nunca en casa. Ella merece el riesgo. Además, nadie la buscará en todo un mes.

»Como el bar sigue llenándose, le da suficiente cobertura para observarla a escondidas sin ser descubierto. Cuando empieza a acercarse la medianoche, la chica está visiblemente borracha. Se inclina ligeramente en su asiento. Lo está poniendo muy fácil. Dejando unos cuantos billetes sobre la mesa, la mujer se levanta y sale del bar, chocando borracha con la jamba de la puerta al salir. El Leñador se apresura tras ella, queriendo asegurarse de que no la pierde de vista. Al salir del bar, ve a la mujer doblar la esquina del callejón con la mano en la boca, como si estuviera a punto de vomitar. Cuando dobla la esquina, la mujer se endereza tras apoyarse en la pared. Él le

pregunta si está bien. Quiere ver si su pelo es tan sedoso como parece, así que empieza a cogerlo, pero choca accidentalmente con su mano cuando ella lo coge al mismo tiempo. A ella se le cae una jeringuilla que se abre y derrama su contenido por el suelo del callejón. Ella empieza a llorar por la insulina, pero el Leñador ve la expresión de su cara. Reconoce los ojos de un depredador. Los ve en el espejo todos los días. Lo que había en esa jeringa era para él. El Leñador se da cuenta de que esa perra estaba tratando de atacarlo. ¡A él! Va a hacerla pagar por este insulto. Empieza a alcanzar a la chica, esperando que salga corriendo. En cambio, ella se lanza hacia él y le pisa el empeine. Luego le golpea en la garganta. Por un momento, cree que le ha dado un puñetazo, hasta que siente un dolor agudo y desgarrador. Ella lo apuñala varias veces más antes de que él pueda reaccionar. Se agarra la garganta y siente la sangre bajo los dedos. Intenta presionar para detener el flujo de sangre, pero es demasiado. La zorra le empuja con fuerza en el pecho, haciéndole caer de culo, desparramado por el suelo. Ella habla, pero él no puede concentrarse en sus palabras. Cuando él le pregunta por qué, ella se inclina sobre él, acercando su cara, dedicándole una dulce sonrisa… el tipo de sonrisa a la que es imposible resistirse… el tipo de sonrisa que a él le gusta arruinar. "Sabes por qué, Troy" ella dice, y luego sale del callejón tarareando una alegre melodía. Lo último que él ve son sus zapatos de tacón con estampado animal alejándose.

Quitando la mano del brazo de Leñador, Sophie se apartó de su cuerpo, flexionando sus fríos dedos.

—Bueno, sabemos que no fuiste tú —anunció Amira, dedicándole a Sophie una sonrisa juguetona—. ¿Zapatos de tacón con estampado de animales? ¿Acaso tienes zapatos que no sean botas de combate?

—Ja, ja —Sophie le frunció el ceño a Amira, pero lo arruinó cuando una risita le subió por la garganta.

—Parece que tu sueño y la visión de la muerte de Leñador coinciden. ¿Hubo algo diferente en tu sueño? —preguntó Reggie.

—Todo coincidía. El sueño era desde la perspectiva de la asesina, la única diferencia es que ahorita fue con la visión del Leñador.

—Mi pregunta es: ¿por qué viste tu propia cara? ¿Hay algún tipo de hechizo o un poder psíquico que hace esto posible? Tiene que ser un Místico de algún tipo —dijo Reggie—. Quizá una bruja o un Fae poderoso.

—Si tuviera que adivinar, diría que la asesina tiene una forma de bloquear a cualquiera para que no la vea. Cualquiera que busque a esta persona solo ve un reflejo de sí mismo; por eso Sophie solo vio su cara tanto en el sueño como en la visión. Sin embargo, nunca he oído hablar de ningún tipo de seres Místicos con la capacidad de bloquear las visiones. Necesito llamar al Jefe de Policía. Va a necesitar ser informado sobre esta situación. Y le preguntaré si alguna vez ha oído hablar de un poder o hechizo que oculte la identidad de una persona a los psíquicos —dijo Mac.

—Una vez leí que cada persona viva tiene seis dobles en el mundo. No descartaría la posibilidad de que se pareciera mucho a Sophie —sugirió Ace.

—No se parecía. Era como mirarse en un espejo. ¿Qué probabilidades hay de que la persona de la que tengo una visión sea exactamente igual a mí?

—Solo digo que puede ser poco probable, pero no deberías descartar la posibilidad de que solo sea una extraña coincidencia. Cosas más raras han pasado —argumentó Ace.

Reggie recogió el historial de la víctima y miró a Sophie con extrañeza.

—Tenías razón, por cierto, la víctima se llamaba Troy Weatherby. Y lo encontraron en el callejón junto al pub de la Octava Avenida.

—Bueno, tomemos en cuenta que yo probablemente tenía razón en todo eso —dijo Sophie, intentando encogerse de hombros con despreocupación. Se quitó los guantes y los tiró a la papelera.

—¿Has tenido algún otro sueño en el que hayas presenciado un asesinato? Especialmente desde la perspectiva de la asesina —preguntó Reggie.

Sophie sintió que el corazón se le iba a salir del pecho.

—Mierda. Sí, creo que he tenido un par de ellos.

Cuando a Sophie empezaron a pitarle los oídos, Mac tiró de ella para abrazarla, frotándole suavemente la espalda.

—Ya lo solucionaremos. No te estreses. Voy a hacer unas llamadas. Estaré al final del pasillo si me necesitas, ¿vale? —susurró Mac.

—Parece que el Leñador, alias Troy, es una especie de asesino en serie o un violador. El tipo parecía seriamente espeluznante —dijo Amira.

—Estoy de acuerdo. Voy a intentar ver si tiene antecedentes —dijo

Mac, rozando los labios de Sophie con un suave beso. Cuando se dio la vuelta para marcharse, cogió una de las manos de Sophie y la apretó para tranquilizarla. Su mano se sentía cálida contra la fría y húmeda de Sophie. El áspero roce de sus callos le produjo un agradable escalofrío.

Después de ver cómo se cerraba la puerta tras Mac, Sophie se volvió para mirar a Troy. Parecía amenazador en las visiones, pero la muerte lo había reducido a nada más que una cáscara fría y vacía.

La mente de Sophie se arremolinaba con demasiadas preguntas y posibilidades. Con suerte, Mac encontraría algunas respuestas.

—¿Estarás bien? —preguntó Ace, con su voz normalmente cortante, suave y preocupada. Sin apartar la mirada del rostro ceniciento de Troy, Sophie trató de tranquilizar a su amigo, afirmando que estaba bien. Pudo oír cómo las voces de Ace y Amira, que murmuraban suavemente, se iban apagando a medida que salían de la sala de autopsias.

—¿Por qué no te sientas? Puedo pedirle a Amira que me ayude con la autopsia —sugirió Reggie cuando volvieron a quedarse solos.

—Ni de coña voy a dejar que Amira haga mi trabajo. Yo puedo hacerlo. No me trates como si fuera débil, Reggie. Fue solo el shock de descubrir que el tipo de mi sueño era real. Me tomó por sorpresa, eso es todo. Estoy bien. En serio —enderezándose hasta alcanzar su estatura completa, aunque no terriblemente alta, Sophie desafió a Reggie a que intentara impedirle hacer su trabajo.

—No creo que seas débil. Pero últimamente te han hecho pasar por muchas cosas. Todo el mundo tiene un punto de ruptura, así que no dejes que tu necesidad de ser fuerte te lleve más allá de tu límite. Nadie pensará mal de ti si te abrumas demasiado.

—Reg, estoy bien. De verdad. Si todo llega a ser demasiado, te lo haré saber, lo prometo —respondió Sophie, chocando su hombro contra el de Reggie.

Después de tranquilizarse por última vez, se pusieron manos a la obra.

Capítulo 2

Cuando terminaron con la autopsia de Troy, Mac aún no había regresado. Sophie tuvo que contenerse y mirar continuamente hacia la puerta, esperando verle entrar. Cerró la cremallera de la bolsa para cadáveres, ocultando a Troy de su vista, y lo depositó de nuevo en el frigorífico con un suspiro de alivio.

—¿Qué tipo de Místico era Troy? Por lo general, puedo averiguarlo a partir de su visión de la muerte, pero no capté nada —le preguntó Sophie a Reggie mientras introducía una camilla con la siguiente autopsia programada.

Reggie cogió el historial, hojeando la escasa información que tenía sobre Troy.

—Era un redcap.

—¿Un qué?

—Redcap. Son parecidos a los duendes; la mayoría de sus historias proceden de Escocia e Inglaterra, creo. La leyenda dice que se llamaban así porque teñían sus sombreros de rojo con la sangre de sus víctimas. Normalmente vivían alrededor de las ruinas de los castillos y mataban a los viajeros que se acercaban demasiado a su guarida. He oído que, en la vida real, suelen ser solitarios y muy reservados —explicó Reggie—. Ni siquiera llevan necesariamente sombrero.

—¿Un redcap parece humano, o son como Burg y tienen una forma diferente?

Burg, el dueño del bar de al lado de su apartamento, era un Místico que normalmente parecía un forzudo de circo de los viejos tiempos. Su verdadera forma era la de un ogro de tres metros de altura, piel verde oliva y colmillos. Burg tenía un tatuaje encantado que le permitía transformarse entre su forma natural de ogro y su forma humana con unas pocas palabras mágicas.

—En las leyendas, los redcaps parecen ancianos bajitos con dientes largos y afilados, dedos delgados con garras y grandes ojos rojos. Piensa en un horripilante enano de jardín. No estoy seguro de si Troy tenía una forma distinta de redcap o si lo que vimos era su aspecto

real —explicó Reggie, haciendo que las cejas de Sophie se alzaran con interés. Sophie había observado un tatuaje en el brazo de Troy durante la autopsia—. Sin embargo, tenía un tatuaje de un sigilo, así que podemos suponer que probablemente tenía una segunda forma. Pero eso no es una garantía, ya que casi todos los Místicos tienen al menos un tatuaje encantado.

—Así que ese tatuaje en su brazo con el sombrero rojo y la lanza era probablemente un sigilo de transformación, ¿verdad? ¿Qué otros tipos de tatuajes mágicos hay? —preguntó Sophie mientras hacía rodar una nueva camilla con un cadáver fresco hasta la estación de pesaje—. ¿Y cómo se distingue un tatuaje mágico de uno normal? —todos los días Sophie descubría algo nuevo sobre este nuevo y extraño mundo en el que los seres de mitos y leyendas eran reales. A veces tenía la sensación de estar chapoteando en un mar de información que le pasaba por encima. Había tanto que aprender.

—Hay de todos los tipos, desde los más simples a los más complejos. No hay una sola forma de distinguir un tatuaje de sigilo de uno no mágico. La mayoría de los tatuajes están imbuidos con un hechizo para hacer que los Místicos parezcan humanos, y normalmente tienen los mismos diseños básicos para cada especie. Por lo tanto, si ves un tatuaje redcap en lo que parece ser un humano, lo más probable es que estés hablando con un redcap. La mayoría de ellos tienen un encantamiento en forma de tatuaje en su cuerpo. Esas palabras necesitan ser cantadas para activar o desactivar el glamour.

—Entonces, ¿si supiera las palabras del conjuro del tatuaje de alguien, podría activar su hechizo? —preguntó Sophie intrigada.

—No —dijo Reggie, negando con la cabeza a Sophie—. La única persona que puede activar su tatuaje es la persona que lleva el tatuaje. Además, los hechizos no tienen un idioma estándar en el que deban estar escritos, así que podrían estar en cientos de idiomas diferentes. Incluso en lenguas muertas. Mi tatuaje está en griego, y las únicas palabras griegas que conozco son para mi tatuaje.

—Espera, ¿tienes un tatuaje? No me imaginaba que fueras de los que se tatúan —preguntó Sophie, con los ojos brillantes por la curiosidad reprimida.

—Solo uno. Es para corregirme la vista —dijo Reggie, subiéndose la manga y mostrando a Sophie un pequeño tatuaje de un ojo anatómico con una escritura indescifrable debajo.

—El detalle es increíble. Tan preciso —dijo Sophie con la única respuesta positiva que se le ocurrió, mordiéndose el labio para no hacer una mueca.

Reggie resopló divertido.

—Para el artista del tatuaje es más fácil, y más barato, hechizar una representación exacta de lo que hay que arreglar o cambiar que crear una imagen abstracta y artística. No es bonito, pero funciona.

—¿Crees que te harás más? He descubierto que una vez que tienes uno, te vuelves adicto a añadir más.

—No. Son bastante caros, así que la mayoría de los Místicos solo suelen tener tatuajes para problemas importantes o que requieren ocultación, como el de Burg. No puede vivir en el reino humano en su verdadera forma de ogro, así que necesita un tatuaje para parecer humano. Puede que tenga otros tatuajes de sigilos… habría que preguntárselo, pero me sorprendería —explicó Reggie.

—¿De verdad? Pensaba que la gente se tatuaba para parecer más guapa, más delgada o algo así.

—Sería mucho más barato hacerse cirugía plástica que tatuarse un sigilo. Me costó años ahorrar para el mío. La única razón por la que decidí hacérmelo fue porque mi miopía me causaba problemas en el trabajo.

—Si un tatuaje de sigilo es tan caro, ¿por qué no te operaste o algo así?

—Bueno, me puse lentillas correctoras hasta que pude ahorrar para el tatuaje. Merece la pena el precio y la espera porque no solo me garantiza una visión perfecta, sino también visión nocturna. Me añadieron un par de funciones más, como lupa y visión infrarroja.

—¡Visión infrarroja! Suena genial. ¿Cómo se consigue? ¿Hay que ir a algún sitio en especial?

—Hay unos cuantos salones de tatuajes propiedad de Faes por la ciudad especializados en tatuajes de sigilos —explicó Reggie, bajándose la manga.

—Qué tonta soy. Claro que los hay.

—¿Estás lista? —preguntó Reggie, preparando su teléfono para grabar la nueva autopsia.

Poco menos de una hora más tarde, mientras Sophie metía en el frigorífico el metamorfo lobo que acababan de terminar, Amira salió de su despacho con una expresión de regocijo en el rostro.

—¿Qué? —preguntó Sophie con cautela, con la alarma de sus travesuras sonando en su cabeza.

—Así que... Mac y tú. Se les veía muy cómodos —dijo Amira, agitando dramáticamente sus ridículamente largas pestañas.

—Estaba en medio de un ataque de pánico. Él me estaba consolando.

—Consolando, ¿eh? ¿Así es como lo llaman hoy en día? Te miraba como Fitz mira la focaccia —dijo Amira con una sonrisa de complicidad—. Le vi besarte. ¿Qué pasó exactamente después de que nos fuéramos de tu casa anoche?

—Ugh. Das asco —dijo Sophie—. Sí, anoche pasó algo. Bueno, más bien esta mañana, pero da igual. Después de que me despertara de mi pesadilla, le pedí que durmiera conmigo. ¡Solo dormir! —reiteró Sophie al ver el regocijo que empezaba a formarse en la cara de Amira —. Algo del sueño me asustó y no quería estar sola. Por la mañana nos enrollamos un poco. Nada más que eso.

—¿Eso es todo? ¡Buf! —canturreó Amira—. Quiero detalles jugosos. No una mierda romántica para mayores de 13 años.

—Siento mucho decepcionarte.

—No hay necesidad de sarcasmo —dijo Amira, pero Sophie no estuvo de acuerdo; había toda la intención de sarcasmo—. Entonces, ¿qué pasa ahora con ustedes?

—Todavía no lo sé. Es tan nuevo. Esperaba mantenerlo en secreto por un tiempo.

—Qué ingenua eres. Todo el mundo lo sabe. Los dos son súper obvios. En serio, saltan chispas. Entonces... ¿crees que va en serio?

—Creo que podría ser serio algún día. Hay potencial ahí. Me iba a llevar a desayunar esta noche después del trabajo, pero ahora no sé qué va a pasar —respondió Sophie.

—Bueno, cuando tengas algunos detalles jugosos, quiero saberlos —anunció Amira alegremente, haciendo un gesto de "dame más" con las manos.

—Claro —aplacó Sophie, apartando la camilla de su amiga, posiblemente loca, sin ninguna intención de compartir detalles personales "jugosos" con nadie.

Sophie llevó la camilla a la sala principal de autopsias y vio a Mac hablando con Reggie. Al oírla entrar, Mac giró la cabeza y captó los ojos oscuros de Sophie con sus brillantes ojos azules.

—¿Va todo bien? —preguntó Sophie, incapaz de descifrar la expresión de la cara de Mac.

—Reggie me estaba diciendo que la hora estimada de la muerte coincide con el momento en que te desperté de tu pesadilla. Es una buena noticia porque significa que tienes coartada. Sin embargo, he hablado con el jefe y quiere que lleve tu foto al pub para ver si alguien te reconoce, para cubrir todas nuestras bases. También insiste en que, basándose en tus visiones del asesinato de Weatherby, y en tu anterior ayuda para descubrir el plan de Edwyn, necesita conocerte en persona. Dijo que necesita asegurarse de que estás "limpia" en todo este embrollo. Yo le dije cortésmente que esa sospecha era una mierda. Sin embargo, tiene el poder de prohibirte ayudar. Si el jefe cree que eres peligrosa o que vas a causar problemas, puede hacer que te despidan. Vendrá aquí a las 5. Quiere hablar con toda el equipo, pero especialmente contigo, Sophie.

—¡Oh, vamos! Si yo fuera la asesina, ¿crees que habría confesado el sueño? Podría haber mentido o fingido que nunca había visto al Leñador, y nadie se habría enterado. Si yo fuera la asesina, nada de lo que he hecho esta noche tendría sentido —dijo Sophie poniendo los ojos en blanco.

—No creo que el jefe Dunham crea que eres la asesina. Solo quiere observar la situación aquí, ya que tiene mucha fe en tus visiones —le aseguró Mac a Sophie—. Insiste en presenciar una de tus autopsias, te lo digo solo para que estés preparada.

Sophie resopló molesta, sintiéndose como un fenómeno de feria que actúa para entretener a los demás. Intelectualmente, podía entender que el jefe de policía necesitara ver por sí mismo su habilidad, pero eso hacía que Sophie se sintiera incómoda y desconfiara.

Sacudiéndose las emociones que no la ayudaban, Sophie terminó de rodar la camilla hasta la estación de rayos X. Cuando Mac se aclaró la garganta, Sophie miró hacia él y lo vio sosteniendo su teléfono con cara de disgusto.

—¿Qué?

—Necesito hacerte una foto para enseñársela a los camareros.

—No —se quejó Sophie, mirándose el uniforme desgastado y las botas raídas.

—Tranquilízate. Solo necesito una foto.

Cuando Mac levantó el teléfono para hacer la foto, Sophie le sacó la lengua y le hizo un gesto con el dedo. Mac sacó una foto rápida de Sophie antes de que dejara de hacer la cara que estaba poniendo.

—Voy a poner esa como fondo de pantalla. Ahora deja de poner caras y déjame hacer la maldita foto.

Después de hacer la foto, Mac prometió volver antes de que llegara el jefe Dunham en unas horas.

—Y en cuanto terminemos con Dunham, te llevaré a desayunar —prometió Mac.

Capítulo 3

—Tengo una pregunta —dijo Sophie, limpiando y desinfectando los instrumentos quirúrgicos y las herramientas eléctricas antes de empezar con la siguiente autopsia—. La última autopsia fue la de un humano asesinado por un vampiro, ¿verdad? ¿Y qué pasa con el vampiro ahora?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Reggie, levantando la vista del gráfico donde estaba haciendo las últimas anotaciones.

—Bueno, quiero decir, ¿lo arrestarán? Un vampiro no puede pasar exactamente por el sistema judicial normal, ¿verdad? No creo que puedan meter a los vampiros en una cárcel normal. ¿Hay como una cárcel de vampiros?

—Cualquier crimen cometido por Místicos cae bajo la jurisdicción del Cónclave. Ellos oirán los detalles del crimen y decidirán lo que le ocurre al perpetrador. Dependiendo de la naturaleza del crimen, normalmente dejarán el castigo en manos de la Domus del vampiro. A veces, el Cónclave ordenará una ejecución por algo particularmente atroz. La justicia tiende a ser rápida y "concluyente" en el mundo Místico en comparación con el humano —explicó Reggie—. El Cónclave tiene un lugar donde aloja a los que esperan juicio, pero no gestionan una prisión para Místicos. También tienen algunas celdas en la comisaría para alojar temporalmente a los Místicos. Las rejas de las celdas tuvieron que ser reforzadas para que ningún metamorfo pudiera escaparse.

—Huh —dijo Sophie—. Parece un sistema mejor.

—Supongo, pero solo si confías implícitamente en el juicio y las intenciones de tus líderes. Tener poder sobre la vida de alguien es algo serio. Si reciben mala información, si son parciales o están comprometidos o corrompidos, todo eso puede llevar a un sistema en el que se abuse de gente inocente. La justicia rápida solo suena bien en un mundo perfecto. El mundo real es desordenado y complicado. Por eso es tan importante lo que hacemos aquí. No podemos permitir que los crímenes cometidos por los Místicos queden impunes ni que

los descubran humanos desprevenidos. Pero también tenemos que asegurarnos de que el Cónclave recibe la información más precisa posible para que puedan gobernar con justicia.

—Uf. Entonces no hay presión —Sophie hizo una mueca de dolor —. No pensé en la posibilidad de que si me equivoco en mis visiones, podría estar haciendo daño a la gente.

—No pienses así. Tus visiones aún tienen que estar respaldadas por hechos y pruebas aportadas por la policía. Tus visiones pueden ayudar a orientar a la policía en la dirección correcta, pero no pueden utilizarse para condenar a nadie. La carga de obtener pruebas irrefutables recae sobre la policía.

Antes de que Sophie pudiera responder, unas voces procedentes del exterior de la habitación llamaron su atención. Reconoció inmediatamente el tono ronco de Mac, pero la otra voz grave le resultaba desconocida. Justo cuando terminaba de desinfectar la última herramienta y la colocaba en la bandeja, la puerta de la sala de autopsias se abrió de golpe y Mac entró acompañado de un hombre extraño. El hombre, posiblemente de unos cincuenta años y con un bigote poblado y caído, estaba justo detrás de Mac. Unas gruesas gafas enmarcaban unos ojos holgados que recorrieron rápidamente la sala con aire escéptico. Unos pocos cabellos ralos coronaban la parte superior de una cabeza rodeada por un anillo de pelo más gris que castaño. El hombre era grande en todos los sentidos de la palabra: cuerpo grande, cejas grandes, tripa grande, presencia grande.

Sophie se quedó mirando unos ojos penetrantes de color ocre con unas bolsas tan profundas debajo que parecían volantes de tela. Tuvo la inmediata sensación de que él no estaba impresionado con lo que tenía delante. No parecía el tipo de hombre que aguantara estupideces, y Sophie rebosaba de estupideces.

—¿Es ella? —preguntó, volviéndose hacia Mac.

—Sí, señor, es Sophie Feegle —respondió Mac—. Sophie, éste es el jefe de policía Wilford Dunham.

—Encantada de conocerle —dijo Sophie, reprimiendo el extraño y repentino impulso de saludar.

—Te ofrecería estrecharte la mano, pero… —dijo Dunham, asintiendo con la cabeza hacia las manos enguantadas de Sophie, haciendo que ésta resoplara.

Quizá esto no sea tan malo, pensó Sophie, empezando a creer que su

impresión inicial de Dunham era equivocada. Quizá tuviera sentido del humor, después de todo.

—Me gustaría observar una de tus visiones de la muerte y luego hacerte algunas preguntas. ¿Alguna objeción?

Sophie negó con la cabeza y le hizo saber a Dunham que volvería en un momento con la siguiente autopsia. Cuando introdujo la nueva camilla, Reggie y ella se apresuraron a realizar los preparativos para pesar y radiografiar el cadáver. Reggie bloqueó las ruedas de la camilla y colocó el brazo giratorio de la brillante luz superior en posición, resaltando a la mujer en la camilla.

—¿Estás lista, Soph? —preguntó Reggie, con el dedo sobre el botón de grabación de su teléfono.

Sophie carraspeó un par de veces y por un momento deseó haberse detenido en la fuente de agua antes de asentir y acercarse al lado de la fría camilla de metal. En los pálidos brazos de la mujer se veían moratones. Sophie posó la mano sobre una sección intacta del dorso de la mano de la mujer.

Con una lenta exhalación, Sophie empezó a relatar la visión que se desentrañaba en su mente.

—Está durmiendo y un ruido la despierta. Mira a su marido, que está roncando, pero se da cuenta de que su teléfono tiene un mensaje. Le parece raro que reciba un mensaje tan tarde. Quizá sea una emergencia. Le coge el teléfono. Cuando mira la pantalla, ve un mensaje de alguien llamado Giselle. Sabe que en la oficina de Victor hay una mujer llamada Giselle. Él le dijo que Giselle era dominante y chismosa. Él le dijo que estaba molesto por haber tenido que asistir a esa conferencia con ella hace unas semanas, y que no podía esperar a llegar a casa y alejarse de su constante parloteo. El texto dice: “Te echo de menos esta noche. Ya no me gusta dormir sin ti” Despierta a Víctor y le pregunta por qué Giselle le envía mensajes de texto en mitad de la noche. Víctor intenta decirle que el mensaje es una broma pesada que se gastan sus compañeros de trabajo. Luego le dice: “Renee, no te estoy engañando. Giselle está obsesionada conmigo. Le he dicho que me deje en paz, pero sigue mandándome mensajes. No te lo dije porque no quería que te preocuparas. Creo que Giselle puede estar trastornada”.

»Harta de sus mentiras obvias y débiles, empieza a teclear una respuesta a Giselle. Cuando Víctor ve lo que está haciendo, salta de la

cama e intenta arrebatarle el teléfono de la mano. Al darse cuenta de lo que intenta hacer, ella retrocede rápidamente y se encierra en el baño principal. Mientras Víctor aporrea la puerta, ella revisa los mensajes antiguos de su teléfono. Renee grita sin mediar palabra cuando ve todos los mensajes y fotos de desnudos que se han intercambiado. Abre la puerta del baño, llama cabrón a Victor y le tira el teléfono. Grita que quiere el divorcio. El teléfono golpea a Víctor justo en el ojo. Le ha dado. Esto enfurece a Victor; llama a Renee puta de mierda y la empuja. Ella tropieza y se golpea la cabeza al caer en el inodoro o tal vez en la bañera; no sé cuál. Está aturdida por el golpe y todo se desenfoca. Arrodillado sobre ella, empieza a golpear a Renee, y luego empieza a estrangularla cuando ella intenta defenderse. Ella intenta pronunciar un hechizo defensivo para derribarlo, pero no le salen las palabras porque él le aprieta el cuello con fuerza. Lo último que ve es a él jurando que nunca le dejará, que antes la matará.

Sophie abrió los ojos y se apartó de la camilla. Se quedó un momento mirando la cara de Renee. Tuvo que respirar hondo varias veces para contener la rabia que sentía por Víctor. Sophie quería ir a buscarlo y darle una paliza en nombre de Renee. A ver qué le parecía. Además, necesitaba un poco de lejía para los ojos después de ver esas fotos de los trastos de Víctor.

—¿Así es como va normalmente? —Dunham preguntó, despertando a Sophie de sus pensamientos asesinos.

—Generalmente —respondió Sophie—. A veces, la visión es como mirar a través de los ojos de otra persona, y a veces es más vívida, como si estuviera allí en persona. Cuando empecé a tener las lecturas, todo era más indistinto y onírico. Cuando me di cuenta de que todo era real, empecé a centrarme en los detalles. Ahora, a veces incluso puedo captar los pensamientos de la víctima. Normalmente, soy consciente de dónde estoy y de que estoy viendo una visión. Muy rara vez, me absorbe la visión por completo, perdiendo la conciencia.

—Hemos teorizado que cuanto más cerca del momento de la muerte Sophie toca a la víctima, más vívida es la visión. Mi otra teoría es que la persona que ha muerto tiene una magia a la que la magia de Sophie reacciona con más fuerza —explicó Reggie.

—Ya veo —dijo Dunham—. ¿Qué suele pasar después?

—Realizamos una autopsia a la víctima. Luego envío el archivo de audio de la visión de Sophie, junto con el informe de la autopsia, a

Mac para asegurarme de que el detective del caso recibe toda la información relevante —explicó Reggie—. ¿Te gustaría quedarte también a la autopsia?

Capítulo 4

Para decepción de Sophie, el jefe Dunham decidió quedarse para otra autopsia. Por suerte, era la última autopsia programada para la noche, así que solo tuvo que aguantar una más, tragándose cualquier queja por haber sido tratada como un fenómeno de feria.

Cuando terminaron, Sophie estaba enfadada y fuera de sí. No es que el jefe de policía fuera un pesado o un maleducado, es que no le gustaba tenerlo allí.

—Por favor, envíame tanto las grabaciones de audio como los informes de la autopsia de esta noche. Me gustaría compararlos con los informes oficiales de la policía cuando vuelva a mi despacho —le dijo Dunham a Reggie.

—¿No crees en la autenticidad de las visiones de Sophie? ¿Cómo puedes ponerla en duda después de ver cómo las autopsias coincidían con los detalles de sus visiones? Esa primera mujer tenía una contusión en la nuca y había muerto estrangulada, tal y como declaró Sophie —argumentó Reggie.

Dunham levantó una mano apaciguadora para detener la perorata de Reggie.

—No estoy cuestionando la autenticidad de las visiones de Sophie. Solo estoy haciendo mi diligencia debida aquí. No puedo autorizar que sus visiones se utilicen en los casos a menos que tenga pruebas concretas de su exactitud. Tengo que informar de esto al Cónclave, y necesito poder justificar esta decisión ante mis superiores.

—No se preocupe. Eso tiene mucho sentido para nosotros —intervino Sophie, deslizándose entre Reggie y Dunham, queriendo asegurarse de que Reggie no dijera nada más que pudiera molestar al Jefe de Policía.

—Sophie, necesito que vengas a mi despacho a las nueve de la mañana. Tendré algunas preguntas más cuando termine de revisar los informes policiales de ambas autopsias —informó Dunham a Sophie.

—Solicito permiso para asistir a esa reunión —intervino Mac, que había estado observando en silencio hasta ese momento.

—Lo permitiré. Los veré a las dos a las nueve. De hecho, ¿saben qué? Voy a necesitar desayunar. Ha sido una noche larga. Mejor quedemos a las 8 en La Mansión del Frijol.

Dunham se volvió para dar las gracias a Reggie por abrir su sala de autopsias para la observación antes de que Mac o Sophie pudieran responder, saliendo de la habitación con aire preocupado.

—No es exactamente un tipo cálido y difuso, ¿eh? —murmuró Sophie, haciendo reír a Mac.

—La verdad es que no —convino él—. Maldita sea. Iba a llevarte a desayunar.

Sophie se encogió de hombros en un gesto de "qué se le va a hacer".

—Te lo compensaré —juró Mac.

—Eh —Sophie dio un codazo a Mac, susurrando por si Dunham seguía cerca—. ¿Qué clase de Místico es Dunham? ¿Es un metamorfo bulldog?

—¿Qué? No. ¿Por qué piensas eso?

—¿No crees que se parece a un bulldog en forma humana? Tiene papada para ello —dijo Sophie, haciendo reír a Reggie y Mac.

—Sabes que no es así como funciona ser un metamorfo, ¿verdad? ¿Crees que me parezco a una zarigüeya? No contestes. No quiero saberlo —se burló Reggie.

—Entonces, ¿qué es Dunham?

—Es un metamorfo oso. Grizzly, creo —dijo Mac, riéndose ante la expresión de sorpresa de Sophie—. Reconozco esa mirada en tus ojos: es mi jefe. En realidad, el jefe de mi jefe, así que no hagas preguntas inapropiadas en nuestra reunión de hoy —dijo Mac, ignorando el mohín de Sophie.

—¿Qué dijeron los camareros cuando les enseñaste la foto de Sophie? —preguntó Reggie, cambiando de tema.

—No estaban seguros. Los dos camareros recordaban a una mujer rubia, pero era una noche ajetreada y no le prestaron mucha atención. Uno de ellos pensó que podrías resultarle familiar, pero no estaba seguro. ¿Has estado alguna vez en ese pub? —preguntó Mac.

Sophie negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué significa eso para mí?

—Nada. Ya tienes una coartada. Tengo un contacto en el Cónclave que es experto en magia, así que le he enviado un correo electrónico

para ver si alguna vez ha oído hablar de que alguien pueda bloquear su identidad de los psíquicos —dijo Mac.

—Yo no soy psíquica —exclamó Sophie, pensando en el estereotipo de una gitana con falda larga mirando una bola de cristal.

—Tienes visiones de los últimos momentos de la gente... ¿Cómo crees que se llama eso? —gruñó Mac, suavizando las palabras con una sonrisa.

—A nadie le gustan los cerebritos —se burló Sophie, frunciendo los labios ante Mac.

Un zumbido del teléfono en la mano de Mac interrumpió su réplica. Mientras leía lo que aparecía en la pantalla, Sophie vio cómo Mac enarcaba las cejas.

—¿Qué?

—El detective principal del caso ha encontrado un montón de pruebas en su apartamento de que Troy Weatherby era un asesino en serie. Había docenas de fotos y trofeos de sus víctimas por toda la casa. Ahora están teorizando que el asesinato de Troy fue posiblemente en defensa propia o un acto de venganza.

—Eso se alinea con mis visiones. La asesina se dirigía específicamente a Troy. Eso me hace sentir mejor. ¿Es raro? Quiero decir, sé que no lo maté. Es solo que el sueño fue tan realista que sentí como si yo hubiera asesinado a Troy. Descubrir que era un asesino en serie me hace sentir menos culpable.

—No creo que eso sea raro. No deberías sentirte culpable de ninguna de las maneras. Yo estaba allí cuando te despertaste, ¿recuerdas? Estabas horrorizada —dijo Mac—. No tienes nada que ver con esto, excepto ser un testigo involuntario.

—Según mi sueño, el asesinato de Troy no fue en defensa propia. Eso deja la venganza como posible motivo. Sin embargo, no lo sentí como algo personal. Si Troy le hubiera hecho daño a ella o a alguien que le importaba, ¿no se habría llenado de rabia? Ella estaba... no lo sé exactamente. Pero era como si se estuviera divirtiendo. Se parecía más a un justiciero que a una venganza personal —explicó Sophie, tratando de expresar con palabras los sentimientos que le produjo la visión de la asesina.

—Los detectives que investigan se centrarán en Troy y en cualquier posible conexión que la asesina pudiera tener con él. Se concentrarán en la familia, los amigos y las víctimas. Creo que tenemos que

centrarnos en tus visiones —declaró Mac—. Repasemos lo que puedas recordar de cualquier sueño anterior, así podremos tener esa información si el jefe pregunta.

—Pueden usar mi despacho o la oficina principal, pero es probable que el turno de mañana empiece a llegar pronto. Y son casi todos humanos —dijo Reggie.

—¿Por qué no llevamos esto a la jefatura de policía? La planta superior está reservada para uso exclusivo de la división de Místicos de la Policía de San Francisco, así que estaríamos seguros de discutir los asuntos allí. Además, está a solo unas manzanas de La Mansión del Frijol, así que podríamos ir caminando después.

—¡Claro que sí! Quiero ver dónde trabajas. Donde resuelves crímenes en un resplandor de gloria intelectual —dijo Sophie, haciendo que Mac pusiera los ojos en blanco como si buscara la paciencia divina.

Reggie declinó la invitación a unirse a ellos, afirmando que no sería de mucha ayuda, pero que le avisaran si necesitaban sus conocimientos médicos.

—Yo conduciré. Está a solo diez minutos —ofreció Mac.

—Me parece bien. Deja que me quite la bata. Nos vemos en el vestíbulo en un par de minutos —dijo Sophie.

Vestida de calle, Sophie se dirigió al vestíbulo.

—Adiós, señorita Zhao. Que tenga un buen día —le dijo Sophie a la recepcionista, inmaculadamente vestida, cuando salieron de la oficina del forense unos minutos más tarde.

—Adiós, Sophie. Que tengas un buen día, querida —dijo la señorita Zhao desde su puesto tras el mostrador de recepción.

—¿Cuántos años crees que tiene la señorita Zhao? —dijo Sophie en voz baja, irrazonablemente preocupada de que la señorita Zhao la oyera, a pesar de estar fuera del edificio, en el aparcamiento. Algo en la señorita Zhao hacía que Sophie fuera precavida cuando muy pocas personas lo hacían—. Parece tener unos treinta años, pero no estoy segura. Tiene una sabiduría intemporal, como si lo hubiera visto todo y no se dejara engañar.

Mac miró hacia el vestíbulo de la oficina del forense, donde la señorita Zhao estaba a salvo detrás de las puertas de cristal reflectante.

—Es difícil de decir. No se sabe mucho sobre los dilongs. Los

dragones chinos son muy reservados. Podría tener un siglo, por lo que sé. O podría ser exactamente lo que parece: una mujer de treinta y tantos años con un traje pantalón azul —dijo Mac, encogiéndose de hombros.

Mac condujo a Sophie hasta su sedán de cuatro puertas, inmaculadamente limpio e inmensamente aburrido. Mac empezó a abrir la puerta, pero se detuvo, se giró y se apoyó en el lateral de su reluciente coche gris.

—Siento todo esto —respondió.

—¿Sentir qué?

—Esta *no* es la cita para desayunar que había imaginado para nosotros —gruñó, apartando un mechón de pelo de Sophie detrás de la oreja. Sophie se quedó sin aliento cuando él se inclinó hacia ella, pero en lugar de besarla, abrió la puerta y la hizo pasar.

El trayecto duró menos de diez minutos. El cuartel general de la policía de San Francisco estaba justo al norte de la oficina del forense, al otro lado de Dogpatch, a una manzana de la orilla de la bahía.

Al igual que la oficina del forense, el edificio que albergaba la jefatura de policía era una caja cuadrada grande y reluciente, con un diseño moderno de bordes afilados. Al lado, en cambio, había un parque de bomberos de ladrillo rojo, cuyo encanto antiguo hacía resaltar aún más la estética austera de la comisaría. El parque de bomberos parecía estar encajado en el edificio del cuartel general de la policía. Como si la policía de San Francisco abrazara a los bomberos con sus brazos fríos e indiferentes.

Sophie admiró la dicotomía del paisaje de San Francisco: arquitectura antigua y grandiosa encajada entre urbanizaciones modernas y almacenes destartalados. En otras ciudades, el nuevo y reluciente progreso aplastaba lo viejo bajo su pie tecnológico, pero aquí lo viejo se aferraba con tenacidad y fiereza.

Si el cuartel general de la policía no hubiera brillado tanto, parecería una cárcel. Sophie sonrió ante la ironía de que la policía estuviera trabajando diligentemente para meter a los delincuentes en un lugar que se parecía tanto al lugar donde pasaban voluntariamente sus días.

Sophie siguió a Mac a través de un vestíbulo grande y resonante, lleno de hormigón, madera natural y paredes de cristal. Era austero y poco acogedor, y solo un sofá redondeado de color gris nube rompía el

patrón repetitivo de rectángulos. Mac pasó junto a una gran ventanilla de recepción en dirección a un banco de ascensores. Utilizando una tarjeta, entraron en el ascensor y se dirigieron a la quinta planta.

—Bonito lugar —dijo Sophie, intentando amortiguar el sarcasmo que quería salir a borbotones.

—Claro que sí. Tiene toda la calidez y la bienvenida de una cisterna —replicó Mac. Sophie se echó a reír, y la tensión que había estado subiendo lentamente por su columna vertebral se aflojó en sus músculos.

Mac siguió tirando del cuello de su camisa abotonada y se encogió de hombros bajo la chaqueta.

—¿Tienes pulgas? —preguntó ella.

Mac miró a Sophie, sobresaltado.

—¿Qué? No, ¿por qué me preguntas eso?

Sophie sonrió con satisfacción, imitando la forma en que Mac seguía tirando de su camisa.

—Es que este traje me irrita —explicó—. No todo el mundo puede ponerse lo que quiera para trabajar. Yo tengo que ser profesional.

—Me gustan los trajes —se burló Sophie, dejando que sus ojos se detuvieran en el traje de Mac.

—Soph —gruñó él. Mac decía su nombre como si fuera una advertencia. Mac empezó a acercarse a Sophie, pero el tintineo del ascensor hizo que Sophie se alejara bailando con una risa traviesa.

Al salir del ascensor, Sophie siguió a Mac a través de una planta diáfana llena de cubículos de color beige.

—Este es el corral —dijo Mac, señalando con la mano las filas ordenadas de mesas—. Toda esta planta está dedicada a la división de Místicos de la policía de San Francisco. Cubrimos cualquier crimen de metamorfos o Místico desde Sonoma hasta San Mateo. Mi mesa está aquí.

Mac entró en uno de los cubículos forrados de tela de la segunda fila de la granja de cubículos. Cogió una silla del cubículo de enfrente y la acercó al suyo. Sophie aceptó el asiento y observó el impecable espacio de trabajo de Mac. Sonriendo como un gremlin, deslizó lentamente un dedo por el protector de cuero del escritorio, desalineando los cinco bolígrafos perfectamente colocados junto a un bloc de notas. Mac le arrebató los bolígrafos con un resoplido y abrió el cajón de su escritorio para ocultárselos.

—Espera —gritó Sophie, impidiendo que Mac cerrara el cajón. Sophie observó las cajitas llenas de material de oficina y pasó los dedos por el paisaje de recipientes llenos de clips, bolígrafos y grapas, todos perfectamente alineados y ordenados—. ¿Tienes TOC?

—¡No! Soy organizado. Un término desconocido para ti —ironizó Mac.

—Ay por favor. Soy organizada —argumentó Sophie, ganándose una mirada de Mac.

—Ay por favor. He estado en tu apartamento, así que sé que eso es mentira. Todo debe tener un sitio. Así no tengo que perder el tiempo buscando algo. Siempre sé exactamente dónde está todo. ¿Sabes cuántas veces te he visto extraviar tu teléfono solo esta semana?

—El desorden es normal. Esto no es normal —se burló Sophie—. Es prácticamente robótico.

Mientras discutían, en la planta, vacía en su mayor parte, empezaba a llegar un lento goteo de detectives. Mac sacó un pequeño bloc de notas de cuero del bolsillo interior de su chaqueta.

—Antes de reunirnos con el jefe Dunham esta mañana, quiero repasar cualquier sueño anterior que hayas tenido y que pueda estar relacionado con el asesino de Troy —explicó Mac.

—No estoy segura de si voy a ser capaz de recordar mucho. No pensé que pudieran ser reales, así que no les presté mucha atención. Solo pensé que eran pesadillas vívidas.

—Está bien. Veamos lo que recuerdas.

Un hombre de pelo castaño que llevaba un sombrero de fieltro de tweed pasado de moda con una corbata a rayas ligeramente torcida se detuvo y apoyó los codos en la media pared del cubículo de Mac. Sophie miró entre el intruso y Mac, esperando a que éste reconociera su presencia.

—Hola Volpes, ¿quién es tu amiga? —preguntó finalmente el hombre.

—Vete a la mierda, Turner —respondió Mac sin levantar la vista de su bloc de notas.

—Encantador, como siempre —dijo el hombre. Sophie vio cómo el hombre se encogía de hombros con indiferencia y le guiñaba un ojo antes de marcharse, al parecer sin inmutarse por la actitud de Mac.

—¿Te ha meado los Cheerios? —preguntó Sophie, utilizando una de las frases favoritas de Ace.

—¿Qué? ¿Quién? —preguntó Mac distraídamente.

—Ese tipo, Turner. ¿Es un imbécil? ¿O un bicho raro o algo así?

—¿Turner? No, está bien —respondió Mac, sacando rápidamente un bolígrafo de una bandeja llena de sus hermanos—. Si le dejáramos, se quedaría aquí toda la mañana parloteando hasta dejarnos sin oreja. Mejor cortarle el rollo antes de que empiece.

Sophie sonrió con satisfacción, recordando la primera vez que conoció a Mac hacía varias semanas y lo imbécil que había sido con ella. Probablemente no debería disfrutar de que fuera tan imbécil, pero lo hizo. Mac era un imbécil brusco, pero era *su* imbécil brusco.

—Me gustaría trabajar hacia atrás desde tus sueños más recientes hasta los más antiguos. ¿Te parece bien? —preguntó Mac. Cuando Sophie asintió, él esperó en silencio con aire expectante.

Suspirando, Sophie cerró los ojos y se concentró en su interior, tratando de extraer el último sueño de sus borrosos recuerdos.

—Soñé que atraía a un hombre a un hotel. Era una habitación de hotel bastante bonita, supongo, pero no de lujo. Era lo bastante genérica como para que pudiera haber estado en cualquier sitio. Me preparaba una copa a mí y al hombre, pero le echaba algo en el cóctel. El hombre era calvo y regordete, de unos cincuenta años. Llevaba un traje marrón y una fea corbata azul. No estoy segura de su estatura; durante el sueño estaba sentado en un sofá. Le di la bebida con droga y vi cómo se la bebía prácticamente de un trago. Recuerdo que le dije que estaba nerviosa porque nunca había hecho algo así. El hombre -su nombre empezaba por D, como Doug o Dan, quizá- me preguntó si era la primera vez que contestaba a un anuncio de acompañantes. Cuando me preguntó mi nombre, le dije que me llamara Blancanieves —cuenta Sophie—. Me desperté en ese momento, así que no sé qué pasó después, pero estoy bastante segura de que le di una dosis letal de fentanilo.

—Antes me habías mencionado a Blancanieves. Dijiste que de vez en cuando soñabas que trabajabas como Blancanieves en Disney, ¿verdad? Eso no parece una coincidencia —preguntó Mac, garabateando sus notas con un estilo apretado y compacto que le quedaba perfecto.

—Hace tiempo que no sueño con ser una princesa Disney. Pero sí, solía ser un sueño recurrente. Conocer a niñas disfrazadas de Blancanieves, hacerme fotos con ellas y firmar autógrafos. Y actuar en

algún tipo de espectáculo, creo. Ahora todo está un poco borroso.

—¿Fue en Disneyland o en Disney World?

—No tengo ni idea. Nunca he estado en ninguno de los dos. ¿Cómo podría saber la diferencia?

—Uno está en Anaheim y el otro en Florida —respondió Mac.

—Sigo sin saberlo. No recuerdo demasiados detalles. Aunque recuerdo haber visto el castillo.

—Ambos tienen castillos. Ayudaría saber en qué lugar, pero esto igual ayuda. Muy bien, sigamos con los sueños —sugirió Mac.

Sophie relató todos los sueños que recordaba. Le habló a Mac del hombre al que asesinó detrás de una discoteca en un sueño, de aquel en el que hacía que un hombre pareciese haberse suicidado en un parque infantil. En otro, mataba a un hombre tras hacerse pasar por prostituta en un hotel de mala muerte, a un cuarto lo mataba a la salida de un sendero para hacer footing y a un último en su camión, en el aparcamiento vacío detrás de un polígono industrial.

—¿Crees que estos sueños fueron visiones de la misma asesina? —Mac preguntó.

—¿Tal vez? Quiero decir, en cada sueño, supongo que me sentía igual: decidida, pero con esa extraña sensación de logro. Eso era lo que hacía que los sueños fueran tan horribles. Siempre estaba tan alegre en ellos. Recuerdo que cuando hice que el tipo de la pista de footing pareciera que había tenido una sobredosis, silbaba todo el rato, como si estuviera completando felizmente una tarea, no asesinando a un hombre.

—Si asumimos que todos los sueños eran visiones de la misma asesina, esa persona ha matado al menos a siete hombres. Históricamente, las mujeres rara vez son asesinas en serie, por lo que todo esto es muy inusual. Los motivos de las mujeres asesinas en serie son típicamente diferentes a los de los hombres. Estadísticamente, matan por lucro o venganza, aunque ciertamente hay casos atípicos. Y las asesinas en serie tienden a matar a personas cercanas, a menudo familiares. El modo de asesinato es lo único que coincide con el estereotipo de mujer asesina. Usar veneno es común. Al menos no había arsénico en su vino de saúco —dijo Mac riendo entre dientes.

—¿Vino de saúco? ¿Qué demonios estás balbuceando?

—Es de la película *Arsénico y Encaje Antiguo*. Es una película de Cary Grant. Creo que te gustaría; es una comedia negra. Estas dos

hermanas asesinan a sus caballeros envenenando su vino de saúco.

—Sí, suena histérico —dijo Sophie—. Tú y esas películas antiguas. ¿Naciste en la época equivocada?

—No, es un gusto reciente, hellraiser. Simplemente disfruto con las buenas películas. Voy a añadir *Arsénico y Encaje Antiguo* a nuestra lista de películas para ver juntos —dijo Mac, abriendo el bloc de notas por la última página y escribiendo el título de la película. Sophie resopló al ver cuántas películas había anotado Mac.

—Muy bien, repasemos las similitudes y diferencias que tiene nuestra asesina con un típico asesino en serie —sugirió Mac—. Eso podría ayudarnos a apuntar en la dirección correcta.

—Vale, eso tiene sentido. Ninguno de esos tipos parecía conocerme, y yo no los conocía. Al menos no personalmente. Definitivamente los busqué específicamente, pero no me reconocieron. En los sueños, tampoco parecía que hubiera matado con ánimo de lucro. Supongo que, por venganza, pero no estaba enfadada. Tampoco sentí que matarlos fuera algo sexual. Recuerdo que el Leñador me repugnaba —explicó Sophie.

—Tenemos que separar tu identidad de la de la asesina. Sabemos que no estás cometiendo estos asesinatos, así que tienes que dejar de decir cosas como “no maté por lucro”. Tenemos que asegurarnos de que nadie te asocie con la asesina —sermoneó Mac—. Llamémosla Blancanieves a partir de ahora.

Sophie asintió y observó a Mac mientras releía sus notas. Sintió el impulso de alisarle con el pulgar la arruga de preocupación del entrecejo. ¿Cuándo se había convertido en una tonta tan romántica?

Como no quería interrumpir el proceso de pensamiento de Mac, Sophie miró a los demás detectives madrugadores que había repartidos por la sala. Jugó a un juego mental en el que intentaba adivinar qué tipo de Místico podía ser cada persona. Había un hombre excepcionalmente alto que se servía un café de una cafetera de aspecto antiguo y que Sophie esperaba desesperadamente que fuera un metamorfo jirafa. La voz de Mac la sacó de sus cavilaciones.

—En casi todos los casos, Blancanieves se utilizó a sí misma como señuelo para conseguir a estos hombres a solas. También parece preferir las drogas, normalmente fentanilo, para incapacitar a sus víctimas. Si tuviera que adivinar, hace que las muertes parezcan sobredosis —murmura Mac, leyendo sus notas—. Eso está bien.

Tenemos un modus operandi básico. Aparte de que todas sus víctimas eran hombres, ¿tenían algo más en común? ¿Como edad, etnia, aspecto, comportamiento?

—Físicamente no. Todos tenían un aspecto muy diferente, y las edades eran muy dispares. Ninguno de ellos parecía un tipo especialmente agradable, eso seguro. Al menos dos de ellos contrataron a Blancanieves como prostituta o acompañante. Uno de ellos la siguió hasta un parque oscuro y cerrado, lo que suena a algo que haría alguien que no quiere hacer nada bueno. Y me pareció que el de la pista de jogging podría haber estado al acecho, pero no puedo asegurarlo. Quiero decir, tal vez estaba fuera del sendero meando en el bosque, pero cuando se metió en el camino delante de Blancanieves, ella esperaba que lo hiciera.

—Troy era sin duda un depredador —dijo Mac—. Las circunstancias de tus sueños me hacen pensar que las otras víctimas también podrían haberlo sido. Puede que sea inusual, pero me inclino por la justicia por mano propia como posible motivo. Pero necesito pruebas concretas. Me pregunto cómo Blancanieves eligió a estos tipos. ¿Has tenido alguna idea de cómo los eligió a través de tus sueños? —cuando Sophie negó con la cabeza, Mac se volvió hacia su ordenador—. Voy a ver si encuentro a alguna de estas otras seis víctimas —dijo Mac, iniciando sesión en el voluminoso ordenador que tenía en una esquina de su escritorio.

—¿Qué? —preguntó Sophie cuando Mac gruñó irritado de repente.

—Maldita sea. Se nos ha acabado el tiempo. Son casi las ocho. Tenemos que reunirnos con el jefe. Luego veré si encuentro a alguna de las víctimas. Vamos, tenemos que irnos si queremos llegar a tiempo —dijo Mac, guardándose el bloc de notas en el bolsillo y poniéndose en pie.

Cuando Mac se alejó a grandes zancadas hacia los ascensores, Sophie tuvo que correr tras él.

—Espera, Detective Cabeza de Pito —gritó tras su espalda en retirada. Sophie oyó varias risitas procedentes de algunos de los cubículos que la rodeaban. Mac se detuvo y la miró con una ceja levantada.

—Mueve el culo, hellraiser. Quiero llegar antes que Dunham.

—Eres un maleducado —le espetó Sophie a Mac mientras esperaban el ascensor. Mac le dedicó a Sophie una sonrisa

impenitente, pero la moderó cogiéndole suavemente una mano.

En el exterior de la comisaría, la acera brillaba al sol de la mañana tras una breve tormenta de principios de temporada. Debía de haber lloviznado mientras estaban dentro trabajando. La ciudad aún conservaba un atisbo de humedad. Los olores del paisaje urbano -una capa metálica de humos, un toque de ajo y cebolla de un restaurante cercano, alquitrán viejo y asfalto mugriento atrapados en el aire estancado y húmedo- se aferraban a sus fosas nasales. Sin embargo, por debajo de los olores de la ciudad, quedaba la sugerencia de tierra húmeda y fértil, y de cosas verdes que crecían.

Cogidos de la mano, Sophie y Mac recorrieron las pocas manzanas que les separaban de La Mansión del Frijol. Antes incluso de doblar la última esquina hacia su destino, Sophie pudo oler el aroma tostado y suntuoso del café fuerte.

La Mansión del Frijol estaba entre un salón de belleza y una pizzería. El aroma del café recién tostado atrajo a Sophie al interior del local, tenue y acogedor. A la izquierda había un largo banco de madera intercalado con pequeñas mesas desvencijadas. Al fondo de la tienda, casi perdido en la penumbra, había un pequeño mostrador y una vitrina con diversos productos de panadería. Pero lo que atrajo toda la atención de Sophie fue la enorme máquina tostadora de café situada a la derecha. De color negro mate con mandos y palancas de cobre brillante, la máquina, muy usada, daba la impresión de haber pertenecido a una época pasada. La tolva cónica en la parte superior de la tostadora hacía que todo el artilugio pareciera una locomotora de vapor de principios de siglo. Un joven con una larga paleta de madera apoyada en el hombro supervisaba el lento batir de los granos al tostarse. Sophie se acercó y observó, hipnotizada, cómo unas aspas giratorias removían los granos de café aún calientes en un recipiente ancho y poco profundo. El color chocolate quemado de los granos y su rico y embriagador aroma refrescaron la mente de Sophie, vigorizando sus sentidos.

Mac y Sophie admiraron el hipnotizante movimiento de las paletas al remover los granos durante un momento más antes de dirigirse a través de la estrecha tienda hacia la mujer de aspecto aburrido con gorro naranja que atendía la caja registradora.

—Buenos días, detective Volpes —dijo la empleada, que se animó visiblemente al ver a Mac—. ¿Lo de siempre?

—Gracias, sería estupendo, Becky. ¿Qué quieres? —Mac se volvió hacia Sophie mientras miraba el menú de pizarra.

Después de que Sophie eligiera un sándwich de bagel y Mac una saludable magdalena llena de cereales, tomaron una de las mesas vacías cerca de la entrada de la tienda, con humeantes tazas de café caliente en la mano. Sophie se acomodó en la mesa y Mac se sentó frente a ella. Cuando un cliente entró y les pidió que ocuparan la silla vacía que quedaba en la mesa, Mac le gruñó que esperaban compañía, sobresaltando a la persona.

Haciendo caso omiso de la grosería de Mac, Sophie rodeó el calor de su taza de café con las manos y miró la cafetería con admiración—. Me gusta este sitio.

—Sí, a mí también. Vengo aquí varias veces a la semana.

Sophie observó cómo Mac partía un trozo de su magdalena y se lo metía en la boca con fruición.

—¿Qué? —preguntó ante la expresión de disgusto de Sophie.

—¿Una magdalena de salvado? ¿De verdad? Es una comida muy triste. Vive un poco —bromeó Sophie, sacando un trozo de beicon de su sándwich y agitándolo ante las narices de Mac antes de darle un bocado crujiente. Sophie canturreó feliz ante el sabor salado y grasiento.

—Aquí hacen unas magdalenas deliciosas. Son buenas para la salud y están muy… húmedas —dijo Mac con una sonrisa malvada.

—No empieces —Sophie señaló a Mac con un dedo acusador.

—¿No te gustan las magdalenas *húmedas*, Soph?

—Te juro que te dejaré aquí solo para que le expliques al jefe de policía cómo salí corriendo con tus ridiculeces —amenazó Sophie, haciendo que Mac soltara una carcajada sobre su café.

Sophie miró la cafetería con admiración. Le encantaba la sensación de cafetería de barrio de la vieja escuela, desde la pizarra de la pared del fondo con las ofertas del día hasta el suelo de cemento manchado de oscuro. La desinfección corporativa, en la que la uniformidad se valoraba más que la singularidad y la originalidad, aún no había despojado a La Mansión del Frijol de su carácter original.

—Ojalá hubiera una cafetería así cerca de mi casa. Oh, mira —dijo Sophie, señalando un expositor junto a la caja registradora—. Venden bolsas de sus granos recién tostados. Recuérdame que coja un par de bolsas para el trabajo antes de irnos. El café del depósito sabe a pies

sudados. Es asqueroso.

—¿Cómo sabes a qué saben los pies sudorosos? —bromeó Mac mientras Sophie se burlaba y ponía los ojos en blanco—. Vamos, cuenta todos tus secretos. Quiero saberlo todo sobre tus fetiches.

—¿Todos mis fetiches? —aclaró Sophie—. ¿Como los pies sudorosos?

—Solo quiero asegurarme de que todas tus necesidades están cubiertas —dijo Mac, moviendo las cejas.

—Bien. Haré una lista de todos mis fetiches. Solo para asegurarme de que estás preparado para el trabajo —replicó Sophie, haciendo reír a Mac.

Mac empezó a responder, pero cerró la boca de golpe e inclinó la cabeza hacia la entrada.

Sophie vio cómo el jefe Dunham se abría paso a través de la puerta, con el ceño fruncido, como si pensara que tenía que intimidar a la entrada para que cumpliera.

Al ver a Mac y a Sophie, Dunham les indicó que se reuniría con ellos después de hacer un pedido. Sophie observó divertida cómo Dunham pedía té y luego echaba tanta miel en su taza que aplastaba el cóncavo vientre del osito.

Sophie se volvió hacia Mac rebosante de alegría. Cuando abrió la boca para hacer un chiste de osos con miel, Mac le tapó la boca con una mano y negó con la cabeza.

—Los metamorfos tienen un oído excelente —le recordó. Sophie resopló decepcionada ante la mano de Mac, que seguía tapándole la boca, y apartó la mano de su cara.

El jefe Dunham se sentó junto a Mac, en diagonal frente a Sophie.

Dunham dio un largo sorbo a su té y miró a Sophie con la mirada implacable de un perro guardián. Tenía una cara ancha, con una mandíbula cuadrada y ojos marrones penetrantes bajo unas pesadas cejas. Con sus mejillas rubicundas y el comienzo de una papada redondeada, solo necesitaría una barba blanca para ser un excelente Papá Noel dentro de unos años, si es que se volvía alegre en ese lapso de tiempo. Sophie dudaba de que ser jefe de policía se prestara a un estado de ánimo alegre.

La mujer del gorro trajo el desayuno del jefe antes de que Sophie pudiera empezar a hacer preguntas sobre los planes de Dunham tras su jubilación.

—¿Qué has descubierto hasta ahora? —preguntó Dunham con la boca llena de bocadillo.

Mac explicó su teoría de que Sophie estaba teniendo visiones de la misma asesina. Le contó a Dunham cómo planeaba ver si podía encontrar a alguna de las víctimas anteriores de Blancanieves. La esperanza era que localizar a otras víctimas revelaría pruebas adicionales y posiblemente ayudaría a rastrear sus movimientos.

—Aparte de Troy Weatherby, ¿alguna de las otras víctimas de Blancanieves era Mística? ¿Crees que podría estar atacando específicamente a los Místicos o fue solo una coincidencia? —Dunham preguntó.

—Me inclino por la coincidencia. Creo que su objetivo son los hombres depredadores. Los sueños no revelaron ningún detalle sobre si las víctimas eran humanas o Místicas —respondió Mac.

—Según las pruebas preliminares encontradas en su apartamento, parece que Troy viajaba por todo el país por su trabajo como técnico de máquinas. Utilizaba la tapadera de sus viajes de trabajo para cazar víctimas lejos de casa. Como le gustaba conservar trofeos, esperamos poder localizar a todas sus víctimas, pero podría llevar semanas, si no meses —dijo Dunham, pellizcándose el puente de la nariz—. Parece que su objetivo eran mujeres que no pasarían desapercibidas, como prostitutas y fugitivas, pero todas eran rubias y la mayoría menudas.

—Apuesto cincuenta billetes a que su madre era rubia y menuda —replicó Sophie con un bufido.

Dunham aspiró aire por la nariz con un silbido molesto. Mac miró a Sophie con unas cejas levantadas que decían: “Ves, no solo me molestas a mí”. Cuando el jefe miró su reloj, Sophie entrecerró los ojos y le sacó la lengua a Mac.

—¿A qué se refiere con técnico de máquinas? —preguntó Sophie, cambiando de tema.

—Un técnico de máquinas es alguien que repara y mantiene maquinaria a gran escala. Weatherby se especializaba en reparar ciertos tipos de equipos de fábrica —explicó Dunham—. Viajaba mucho.

—Eso podría explicar toda la suciedad y mugre que encontramos bajo sus uñas durante la autopsia —murmuró Sophie.

—Basándote en tus visiones, ¿no crees que el asesinato de Troy Weatherby fue personal? ¿Que fue justicia por mano propia? Los

principales detectives del caso creen que el asesinato de Weatherby fue en defensa propia de una víctima potencial o, más probablemente, un asesinato por venganza de un familiar de la víctima.

—No me importa lo que piensen esos detectives. No es mi problema. No voy a preocuparme por su caso. Solo me interesa hacer un seguimiento de los otros asesinatos de las visiones de Sophie de Blancanieves. No interferiré en su investigación de ninguna manera — aseguró Mac a Dunham.

—Si encuentras algo relevante para sus casos, me lo harás llegar. Yo me encargaré de hacer llegar la información a los detectives que llevan sus casos. No te metas en más asuntos dentro del departamento, Mac. Puedes trabajar en este ángulo siempre que no interfiera con la investigación de Chan y Novack.

Mac levantó las manos en señal de agravio, murmurando,

—Bien.

—De ahora en adelante, necesito que todas las copias de las visiones de la autopsia de Sophie me sean remitidas a mí en lugar de a ti, Volpes. No debes actuar como intermediario entre Sophie y los detectives asignados a los casos para los que tiene visiones. Además, Srta. Feegle, necesito que empieces a llevar un diario de todos tus sueños. No me importa si es una grabación o un relato escrito, pero me gustaría que me lo enviaras semanalmente. A menos que tengas un sueño relevante, lo querré inmediatamente —declaró Dunham.

—¡Qué! No puedes dejarme fuera de esto —argumentó Mac. Al observarle, Sophie no pudo evitar la imagen mental de un perro con el collar levantado en señal de agresión, mostrando los dientes y un gruñido grave saliendo de su garganta.

—Tienes que entender mi problema —dijo Dunham, extendiendo las manos—. Comparando las grabaciones de tus visiones con los informes policiales y las autopsias, no veo ningún error en tus visiones. Normalmente, eso bastaría para dar luz verde a tu trabajo, pero ahora tenemos a alguien que parece ser capaz de burlar tu magia. ¿Cómo puedo confiar ahora en tus visiones?

Dunham dio con calma un gran bocado a su sándwich mientras Mac intentaba visiblemente tragarse su ira. Sophie vio cómo una pequeña mancha de ensalada de huevo se enganchaba en el espeso bigote de Dunham.

—He encontrado a Sophie. Fui yo quien descubrió su don. Es un

activo importante para el departamento. Pero aún más importante es que soy su amigo y haré lo que haga falta para protegerla. Cuanta más gente sepa lo que puede hacer, más peligro para ella. No me excluyas —dijo Mac, golpeando la mesa con el puño, haciendo sonar los platos medio vacíos—. Alguien tiene que vigilarla.

—Ese es otro problema. Creo que estás emocionalmente comprometido —dijo Dunham, señalando a Mac con un grueso dedo —. Está claro, basándome solo en tu lenguaje corporal, que estás demasiado interesado en Sophie. Me preocupa que seas parcial.

Sophie apartó su plato a pesar de haberse comido solo la mitad de su bagel, ya sin hambre.

—¿Parcial? —dijo Mac apretando los dientes—. *No* estoy comprometido. Me preocupo por Sophie, sí. Pero todo lo que hago es transmitir sus visiones a cada detective pertinente exactamente como ella las dicta. No modifico lo que ella dice y no les digo a los detectives qué hacer con esa información. Las visiones de Sophie no son pruebas. Son una guía. Cualquier detective que no entienda eso no vale su peso en sal —argumentó Mac—. Esto es una estupidez. No soy parcial. Soy un detective condenadamente bueno. Y mi historial refleja mi capacidad, mi criterio y mi compromiso.

A Sophie le gustó que Mac se mostrara tan confiado y seguro de sus habilidades.

La ira se reflejó en los ojos azules de Mac, revelando el lado depredador de su naturaleza de zorro metamorfo. De vez en cuando, Sophie olvidaba que Mac no era del todo humano, y entonces su agresividad bien disimulada asomaba la cabeza. ¿Acaso hacía tan solo unos días que Mac, parcialmente transformado en zorro, había despachado a varios metamorfos lobo con sus garras y colmillos ante los ojos de Sophie? Los acontecimientos en la vida de Sophie se habían movido a velocidad de vértigo. La batalla en la cima de la Coit Tower parecía haber ocurrido hacía semanas y no solo unos días.

—He revisado tu expediente. ¿Puedes explicar tu irregular historial laboral? —le preguntó Dunham a Sophie, cambiando de tema.

Sophie sintió que se le caía la cara de zorra ante lo que implicaba el tono de Dunham.

—¿Esto es una entrevista de trabajo? —espetó Sophie.

—La verdad es que sí. Responde a la pregunta —dijo Dunham.

—Solo tengo un título universitario. Sin una licenciatura, la

mayoría de los trabajos que encontré eran en el comercio minorista. Resulta que la atención al cliente no es mi fuerte. No es mi naturaleza aguantar estupideces. Me gusta trabajar en la morgue porque los clientes no se quejan de mi actitud —dice Sophie. La broma cayó entre ellos con la gracia de un pato muerto caído del cielo.

—¿Y cómo no supiste de tu don hasta hace poco?

—No iba por ahí tocando cadáveres, ¿verdad? Nunca había tocado un cadáver antes de empezar a trabajar en la oficina del forense —replicó Sophie.

—Me parece peculiar cómo conseguiste el trabajo. No tienes ninguna experiencia en el campo de la medicina. Rescataste por *casualidad* a la zarigüeya que dirige la división Mística de la oficina del forense y te ofreció el trabajo. ¿No te parece inusual?

—Para ser honesta, encuentro todo el asunto inusual. El hecho de que existan los Místicos es inusual. Pero sabes, tienes razón. Me has descubierto. Planeé todo el maldito asunto para poder realizar autopsias en medio de la noche. Era mi plan maestro. ¿Sabes qué? No necesito aguantar esta mierda. ¿Crees que disfruto reviviendo los últimos momentos horribles de la gente? ¿Crees que me divierto? —preguntó Sophie, empezando a levantarse de su asiento para marcharse. Mac cruzó la mesa y apoyó una mano tranquilizadora en el brazo de Sophie. Su tacto tranquilizó a Sophie como ninguna otra cosa podría haberlo hecho.

Respirando hondo y profundamente, Sophie volvió a sentarse y se giró para mirar a Dunham.

—¿Por qué iba a mentir? ¿Qué podría conseguir con esto? ¿Qué puedo ganar? Francamente, es una mierda. No me malinterpretes, me encanta mi trabajo, pero las visiones suelen ser horribles y me pasan factura.

—Tienes razón —dijo Dunham, haciendo que el enfado de Sophie se desinflara casi tan rápido como había empezado—. Necesitaba conocerte. Ver tus reacciones por mí mismo antes de poder aprobar el uso de tus visiones en la división Mística. Necesitaba ver por mí mismo que eras auténtica y no solo una astuta estafadora o un sabueso de la gloria.

—¿Sabueso de la gloria? ¿Era una prueba? —dijo Sophie con los dientes apretados.

Dunham se encogió de hombros sin disculparse.

—¿Seguro que no eres Fae? —preguntó el jefe Dunham, provocándole a Sophie un latigazo mental con lo rápido que cambiaba de tema.

—Soy humana. Algunos de los otros en la morgue piensan que podría tener un antepasado Fae o algo así para explicar mi habilidad —dijo Sophie—. Pero que yo sepa, toda mi familia era humana.

El jefe olfateó a Sophie. Sophie tensó todos los músculos de su cuerpo para no encogerse de hombros y alejarse de Dunham. Al ser olfateada de forma tan obvia, le entró la paranoia de que su desodorante no funcionaba. Sin embargo, se negó a que una sola señal de su incomodidad se reflejara en su rostro. Centró toda su atención en el trozo de huevo que seguía aferrado al bigote de Dunham mientras se estremecía con cada profundo resoplido.

—No hueles a Fae. A mí me hueles como un humano normal y corriente. Extraño, pero no serías el primer humano con habilidades mágicas —dijo Dunham encogiéndose de hombros—. Revisé todos los casos en los que tuviste visiones. Fue un buen trabajo. Me impresionaron los detalles que conseguiste descubrir. Un par de veces, incluso ayudaste a resolver casos estancados.

—¿De nada?

—Jefe, solicito seguir recibiendo copias de las visiones de Sophie. Solo para reiterar que no interferiré en ninguna investigación. Solo quiero que me mantengan informado —dijo Mac, girándose en su silla para mirar a Dunham. Sophie vio cómo Mac apretaba la mandíbula, dándose cuenta de que estaba a punto de clavar los talones.

—Tomamos nota de tu petición. Y rechazada. Lo siento, Mac, a partir de ahora las visiones de autopsia de la señorita Feegle pasarán por mí. Ya no serás su principal punto de contacto. No discutas, Volpes. Es un hecho —Dunham levantó un dedo severo cuando Mac abrió la boca, con la cara roja de ira.

Por el rabillo del ojo, Sophie se dio cuenta de que lady-Frijol había empezado a acercarse al mostrador, con cara de preocupación.

—Quiero que Mac sea mi punto de contacto con mis visiones oníricas —dijo Sophie rápidamente, impidiendo que Mac intensificara la discusión con Dunham—. Es la única persona a la que confiaré mis sueños.

—Aceptable —declaró Dunham—. Espero un informe semanal de todos sus sueños, Mac, incluso los mundanos. Los resúmenes bastarán,

no necesito los detalles a menos que sean relevantes. Los sueños prioritarios deben enviárseme de inmediato. A menos que tengas algo más que discutir, puedes irte. Me gustaría terminar mi desayuno en paz. Los dos son malos para mi digestión.

Sin decir nada más, Mac se levantó bruscamente e indicó a Sophie que hiciera lo mismo. Barrió la salida con una oleada de ira. Sophie decidió comprar los granos de café en otro momento. Solo quería escapar.

Cuando empezó a seguir a Mac hacia la salida, Sophie se detuvo y se volvió hacia Dunham,

—Por cierto, tienes huevo en el bigote.

Sophie vio a través de la gran ventana delantera cómo Mac se daba la vuelta y se daba cuenta de que había dejado atrás a Sophie, así que regresó y sostuvo la puerta para que Sophie se uniera a él fuera. Sin mediar palabra, Sophie se alejó de Dunham y siguió a Mac en medio del creciente tráfico peatonal matutino.

Mac caminaba por la acera murmurando improperios en voz baja. Al doblar la esquina, se detuvo en medio de la acera. Se quedó allí de pie, con los hombros tensos y respirando agitadamente como un caballo agotado.

—Vaya. Imbécil —dijo Sophie, ya que creía que estaban lo bastante lejos de La Mansión del Frijol para que no les oyera el sensible oído de los metamorfos. Mac inspiró largamente y giró el cuello antes de responder.

—Es el Jefe de Policía y está a cargo de todos los crímenes Místicos de NorCal —dijo Mac como si eso lo explicara todo—. Además, tiene que responder ante el Cónclave. Un buen tipo sería masticado y escupido en los dos primeros días de trabajo. Es duro y astuto, pero justo. Y lo que es más importante, confío en él. Me molesta que me deje fuera.

—¿Confías en él?

—Sí, confío en que hará su trabajo. Utilizará tu don y te protegerá porque conoce el valor de tus habilidades. Sin embargo, no confío en nadie más que en mí y en el resto de los Impares para poner tu seguridad por encima del trabajo. Puedes confiar en que Dunham siempre pondrá el trabajo por delante —prometió Mac—. Somos tus amigos. Él solo es tu jefe.

—Aún podría reenviarte las visiones de la autopsia. No tiene por

qué saberlo —ofreció Sophie.

—No, no necesitas hacer eso. Yo solo comparé tus visiones con los informes del caso y se los envié a los detectives asignados, así que no necesito involucrarme. Tiene razón en que he estado molestando a unos cuantos del departamento. Ahora que estoy calmado, me doy cuenta de que probablemente tenga razón. Los detectives tienen que tomarse seriamente tus visiones ahora más si vienen del Jefe de Policía.

—Eso no significa que me caiga bien. No tiene sentido del humor —se quejó Sophie—. No me fío de nadie que no se ría de mis chistes.

—Eh, Soph... Odio ser portador de malas noticias, pero nadie se ríe de tus chistes —se burló Mac, haciendo que Sophie le empujara con el hombro.

—Eres tan engreído —refunfuñó Sophie, riéndose entre dientes cuando Mac asintió con la cabeza.

—Vamos, hellraiser. Deja que te lleve a casa —se ofreció Mac. Al cogerle de la mano, Sophie sintió que la preocupación y el estrés de la charla con Dunham se desvanecían.

Capítulo 5

Cuando Mac se detuvo frente al edificio de apartamentos de Sophie, admiró cómo el resplandeciente sol de la mañana daba al edificio -al que había bautizado cariñosamente como Cafecita- un aspecto casi majestuoso. La lluvia seguía pegada a la madera curvada de los empinados hastiales, que reflejaba el brillante sol cristalino de la mañana, camuflando temporalmente la suciedad y la lenta decadencia.

Con una última mirada hacia Cafecita, que brillaba bajo el sol matutino, Sophie se volvió hacia Mac mientras el coche giraba al ralentí bajo ambos. De repente, el espacio parecía mucho más pequeño. El calor desnudo en los ojos de Mac hizo que Sophie se sintiera entre presa y tentadora. No era una sensación a la que Sophie estuviera acostumbrada, pero la estaba disfrutando.

El chasquido de Mac al desabrocharse el cinturón de seguridad sonó demasiado fuerte en el silencio del vehículo. Cuando se inclinó sobre la consola, Sophie solo pudo ver el azul helado de sus ojos. Su mirada era intensa y emocionante, como la de un depredador. Estaba totalmente concentrado, como si estuviera listo para atacar. Sophie sintió un repentino parentesco con una gacela en la sabana. Deslizó la mano por el hombro de Sophie, le puso la mano en la nuca y la sujetó mientras le pasaba el pulgar por el punto del pulso. De algún modo, su agarre aumentaba la sensación de ser una presa voluntaria. Un estremecimiento de placer recorrió la espina dorsal de Sophie. Mac se quedó quieto, con una bocanada de espacio entre ellos, esperando a que Sophie cruzara el último milímetro. Lo dejó todo en sus manos. Sophie esperó casi un latido de más, saboreando el momento de expectación, ese espacio en el que crecían el calor y el deseo.

Levantó la cabeza y acercó lentamente sus labios a los de él. Colocando una de sus manos sobre el pecho de Mac, Sophie pudo sentir bajo sus dedos el rumor de un gruñido inaudible. Mac convirtió el suave beso en feroz, lleno de posesión y calor, robándole a Sophie el pensamiento superior. Rodeándole el cuello con los brazos, Sophie tiró

de él para acercarlo más, deseando tocar cada centímetro de él. Mac apartó la boca de los labios de Sophie y besó su cuello. Un calor abrasador siguió la estela de sus labios. Cuando los dientes de Mac mordisquearon el hombro de Sophie, su nombre escapó de sus labios en un siseo.

Con un gruñido, Mac se apartó y prácticamente se lanzó de espaldas sobre el coche, apretándose contra la puerta del fondo. Por un momento, Sophie se sintió confusa y dispuesta a arrebatárselo, pero el ruido del tráfico y de los peatones que pasaban irrumpió en su conciencia.

Pasándose las manos por el pelo, haciendo que los mechones rubios caramelo se erizaran en salvajes enredos, Mac dijo,

—Deberías irte antes de que pierda el control y le echemos un vistazo a Birdie.

—¿Birdie? —repitió Sophie confundida, aún intentando ordenar sus pensamientos dispersos. El beso de Mac le había quitado el sentido. Mac inclinó la barbilla hacia la fachada de Cafecita.

Sophie se giró en su asiento para contemplar el edificio de su apartamento. Al mirar hacia la ventana de su vecina, Sophie resopló cuando vio a Birdie pegada a su ventana delantera con una sonrisa de oreja a oreja salpicándole la cara.

Sophie volvió a mirar a Mac, tratando de ocultar que estaba sin aliento y retorciéndose en su asiento. La mirada de Mac le dijo a Sophie que no le estaba engañando.

—Ya que nuestro desayuno de esta mañana se ha estropeado, ¿te apetece cenar conmigo y ver una película en mi casa esta noche antes de irte a trabajar? Podría pedir comida india en un sitio que hay al final de la calle y que hace el mejor pollo vindaloo —le ofreció Mac.

—Sí, claro —contestó Sophie, molesta por la falta de aliento de su voz.

—Te recogeré aquí a las 6. Puedo llevarte al trabajo después, así no tendrás que coger el autobús —sugirió Mac—. ¿Quieres que te pida algo en específico?

—No, me gusta todo.

—Entonces nos vemos esta noche —dijo Mac, inclinándose hacia atrás en el coche.

Mac le dio a Sophie un beso breve, casi casto.

—Nos vemos esta noche —dijo Sophie, saliendo del coche de mala

gana—. Parece que Birdie quiere saludarte.

Sophie señaló a la octogenaria que saludaba con entusiasmo pegada a su ventanilla.

—¡Hola, señorita Birdie! —bramó Mac, devolviéndole el saludo.

Birdie le lanzó un beso exagerado. Mac fingió atrapar el beso y guardárselo en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Te lo acabas de meter en el bolsillo?

—Sí, lo estoy guardando para más tarde —respondió Mac. La aguda ocurrencia arrancó una carcajada a Sophie.

Uf, me estoy volviendo risueña. Qué asco. Contrólate. Se supone que tienes que ser una zorra malvada, se sermoneó Sophie mentalmente, rodando los hombros.

Con un último gesto de la mano, Sophie se dio la vuelta y subió los escalones ligeramente caídos de Cafecita que conducían al pequeño vestíbulo.

Tras subir los últimos escalones hasta el tercer piso, Sophie no se sorprendió al ver a Birdie esperándola en la puerta abierta de su apartamento. Sin mediar palabra, Birdie le indicó a Sophie con la cabeza que entrara. Sophie se sentía como una mala amiga porque hacía varios días que no podían compartir una taza de té y ver un poco de televisión basura. Sophie hizo un voto silencioso de no dejar que la locura de su vida interfiriera en el tiempo que pasaba con su pequeña colección de amigas.

Sophie se dirigió a su lugar habitual en el sofá, mientras Birdie se dirigía a su pequeña cocina.

—¿Quieres té? —gritó Birdie.

—Sí, por favor —Sophie dio la única respuesta apropiada.

Ginsberg, el gato carey de Birdie, salió del dormitorio y dirigió a Sophie una larga y penetrante mirada llena de desdén felino. Ginsberg señaló al aire con su delicada nariz y empezó a pasear por el salón. Estaba claro que Sophie había sido juzgada y encontrada en falta. Sophie le tendió la mano en señal de ofrecimiento e hizo ruidos de besos para intentar atraer a Ginsberg, pero éste la olisqueó con altanería y se fue corriendo a la cocina para ver qué hacía su ama.

Unos minutos más tarde, Birdie salió con dos delicados platillos y sus correspondientes tazas de té. De la superficie del líquido brotaban finos hilos de vapor. Ginsberg siguió a Birdie mientras le entregaba la bebida a Sophie. Sophie sopló en la parte superior de la taza antes de

dar un pequeño sorbo. Tarareando felizmente ante el toque de naranja ácida en el té oscuro y ahumado, Sophie tomó otro sorbo.

Sophie soltó una risita cuando Ginsberg se detuvo frente a ella y emitió un graznido exigente. Giró en tres círculos precisos y luego se dejó caer sobre los pies de Sophie, ronroneando como el motor de una lancha motora.

—Ya veo. *Ahora* quieres llamar la atención. Felino caprichoso. ¿Qué ha cambiado desde hace tres minutos? —preguntó Sophie mientras se inclinaba y arañaba a Ginsberg bajo su sedosa barbilla. Ginsberg se dejó rascar la barbilla durante un minuto antes de girarse y frotar la mejilla contra los dedos de Sophie. Giró el cuerpo, obligando a la mano de Sophie a rozarle el cuello hasta el hombro, y apoyó su peso en los ocupados dedos de ella. Sophie siguió el movimiento de Ginsberg, pasándole la mano por la espalda. Ginsberg lo hizo varias veces más antes de volverse de repente con un aullido indignado y golpear la mano de Sophie con la pata. Se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación y volvió al santuario del dormitorio de Birdie después de lanzarle una breve mirada.

—Gato loco. Al menos tenía las garras retraídas —comentó Sophie, observando cómo Ginsberg volvía a asomar la cabeza por la esquina. Miró a Sophie y volvió a desaparecer con un último movimiento de la cola.

Birdie se dirigió a la cocina y volvió con una caja destartalada de galletas de vainilla. Birdie se sentó con Sophie en el sofá y se dejó caer sobre el cojín floreado con un gemido. Colocó las galletas entre las dos, cogió el mando de la televisión y puso un programa matinal de entrevistas. Comieron galletas mojadas en té mientras veían a una mujer rubia y delgada como un pájaro y a un hombre moreno con una sonrisa amenazadoramente brillante hablar con varios famosos.

Sophie escondió la sonrisa detrás de la mano mientras escuchaba a Birdie quejarse de que echaba de menos a un hombre que solía presentar el programa antes de que el joven demasiado pulido se uniera al reparto.

—¿Cómo les va a ti y a Mac? —preguntó Birdie, dejando el té en una mesa auxiliar y volviéndose hacia Sophie en medio de una pausa publicitaria.

—Vamos bien. Tenemos una cita esta noche —respondió Sophie. Sophie no sabía si el calor que sentía en la barriga era por el té

caliente o porque se había dado cuenta de que tenía una cita.

—Bien, me alegro. Me alegro por los dos. Aunque admito que me sorprendió que eligieras a un metamorfo —respondió Birdie—. No es que no lo entienda. Es un hombre muy guapo. Yo le habría dado un revolcón en mis tiempos.

Sophie escupió en su bebida, derramando líquido caliente sobre su mano.

—Uf, chica, cuidado con mi sofá —le sermoneó Birdie, levantándose y trayéndole a Sophie unas toallitas de papel para limpiarle la ropa y la barbilla. Birdie limpió cuidadosamente el té derramado de su tapicería de flores naranjas.

—¿Cómo lo sabías?

—¿Qué? Es obvio que ese chico es un metamorfo. Si sabes qué buscar, la mayoría de ellos no son muy buenos ocultando su verdadera naturaleza.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo podrías saberlo? —preguntó Sophie, preguntándose: *Si es tan obvio, ¿por qué no hay más humanos que conozcan a los Místicos?*

—Bueno, para empezar, te gruñe cada vez que le molestas, que es constantemente. Si la luz le da justo en los ojos, a veces puedes ver el brillo dorado de su iris. Eso solo lo he visto con metamorfos. También tiene la agresividad que caracteriza a la mayoría de los metamorfos —explicó Birdie, marcando puntos con sus dedos marcados por la edad—. En el caso de los Místicos, gran parte de su naturaleza se manifiesta en su forma de comportarse o incluso de vestir. Por ejemplo, si alguna vez te encuentras con un hombre o una mujer que siempre lleva una moneda de oro, puede que sea un duende. Pero una forma segura de saber que estás tratando con un duende es que toquen constantemente la moneda: es una necesidad compulsiva para la mayoría de ellos.

—Qué raro. ¿Cómo sabes lo de los Místicos? Yo me enteré hace poco por casualidad —preguntó Sophie.

—Niña, por favor. He vivido toda mi vida en esta ciudad. En San Francisco abundan los no humanos. Además, salí con un metamorfo tigre a los veinte años. Oh, ese hombre era tremendo en la cama. Era muy bueno con las manos —dijo Birdie, con una expresión soñadora en la cara. Soltó una carcajada cuando vio que Sophie se había tapado los oídos y estaba canturreando “la la la” en voz baja—. Tontita —

declaró Birdie, y luego acalló la réplica de Sophie porque la pausa publicitaria había terminado.

Vieron el resto del programa en un agradable silencio y después Sophie se fue a casa a dormir un poco tras una noche muy larga.

Antes de meterse en la cama, cogió el bloc de notas que utilizaba para hacer la lista de la compra y un bolígrafo. Los puso sobre la mesa tambaleante que había junto a la cama, para tenerlos al alcance de la mano en caso de que tuviera otra visión mientras dormía.

Capítulo 6

Sentada en el último escalón del porche, esperando a Mac, Sophie volvió la cara hacia el cielo gris que se cernía sobre ella. La temperatura había bajado en los últimos días a medida que el otoño iniciaba su marcha hacia el invierno. La primera tímida incursión de la estación lluviosa parecía colarse sobre la ciudad. Cerrando los ojos, la suave llovizna, apenas algo más que una niebla, se sentía como pequeñas agujas de hielo en las mejillas. Sacó su gorro de punto grueso del bolsillo del abrigo y se lo colocó sobre el pelo, asegurándose de taparse las orejas.

Todo estaba en silencio, excepto el suave sonido de la llovizna que golpeaba los edificios a su alrededor.

—¡Eh, Soph! —gritó una voz grave, interrumpiendo los pensamientos errantes de Sophie. Al mirar a la derecha, Sophie vio a Burg de pie, en medio de una cálida mancha de luz que salía de su pub—. ¿Qué haces bajo la lluvia?

—¡Tengo una cita caliente, Burg! Estoy esperando a que me lleven.

—Saluda a Mac de mi parte —Burg le dedicó a Sophie una pequeña sonrisa y un gesto con la mano antes de abrir la puerta para volver al interior de su bar. Llevaba un jersey de cuello alto de punto por cable de color verde oliva ceñido sobre su pecho en forma de tambor. Se detuvo en el umbral, y las luces del interior del bar iluminaron momentáneamente los ribetes dorados del grueso jersey—. ¿Qué tal estás? No he tenido ocasión de ver cómo estás desde nuestra pequeña aventura.

—*¿Pequeña* aventura? —repitió Sophie con una ceja levantada.

La pequeña aventura a la que se refería Burg era de hacía solo unos días: él transformándose en su forma de ogro, matando a dos policías corruptos que estaban a punto de meterle una bala en la cabeza a Sophie, y luego trepando por el exterior de la Coit Tower con Sophie agarrada a su espalda como una garrapata. En lo alto de la Coit Tower, Sophie vio cómo el Burg-ogre acribillaba a una multitud de Místicos que intentaban cerrar definitivamente el portal al reino de los

Fae. Sin duda, una “pequeña aventura”.

—Mejor dicho, ¿cómo te va desde nuestra gran aventura?

—Estoy bien, Burg. No te preocupes —lo último que Sophie quería era otro don angustias revoloteando sobre ella. Ella tenía una pandilla de ellos en este punto.

Con una oferta de despedida para compartir un poco de whisky y compañía pronto, Burg se dirigió de nuevo al cálido resplandor de su pub, El Pulgarcito.

Unos minutos más tarde, justo cuando el trasero de Sophie empezaba a convertirse en un bloque de hielo, Mac se detuvo en la acera justo delante de Cafecita. Sophie miró el reloj y se rio al ver que eran exactamente las seis. *Ya me lo imaginaba*.

Mac bajó la ventanilla del acompañante y sonrió diabólicamente a Sophie.

—¿Estoy en el lugar adecuado para la reunión quincenal de Cultos y Brujería Anónimos?

—Sí, pero es solo con invitación. Lo siento, no aceptamos a cualquier bicho raro de la calle —bromeó Sophie, levantándose de donde estaba recostada en los escalones del porche de Cafecita. Bajó los escalones y subió al sedán de Mac.

Se sentó en el asiento del copiloto y acercó los dedos a las rejillas de ventilación, suspirando de felicidad mientras el calor le producía un cosquilleo en la punta de los dedos.

—¿Estás lista para ver *El Halcón Maltés*? —preguntó Mac, con una sonrisa ansiosa en la cara.

—Estoy impaciente —respondió Sophie, sabiendo lo emocionado que estaba Mac por compartir con ella una de sus películas favoritas. Sophie se inclinó, dándole a Mac un pequeño beso de saludo.

—¡Argh! Tienes la nariz helada —Mac chilló, lo que solo hizo que Sophie empujara su cara contra su cuello. Cuando él trató de apartarse, Sophie se aferró a él como un mono araña, riéndose maníacamente. Por último, Mac le hizo cosquillas con los dedos en una de las axilas, lo que la alejó de sus dedos.

—¡Eh, basta ya! —se quejó Sophie riendo.

—¿Yo? Tú *Eres* la malvada —protestó Mac, negando con la cabeza.

—¿Cómo está tu hombro? —preguntó Sophie, pensando en la herida de bala que Mac había sufrido unos días antes.

—Como nuevo.

—Es una locura. Es genial, pero una locura —dijo Sophie, sacudiendo la cabeza.

—Las ventajas de ser un metamorfo.

—¿Alguna noticia sobre el Leñador o Blancanieves? —preguntó Sophie cuando Mac se detuvo en el escaso tráfico frente a Cafecita.

—Sí, creo que podría haber localizado a una de las víctimas de Blancanieves. Un tipo llamado Daniel Charles Blummer III. Lo encontraron muerto en un hotel de Burbank hace poco más de un mes. Tenía una sobredosis de fentanilo y alcohol y encaja con la descripción física que me diste. Aquí es donde se pone interesante: cuando su sobrina estaba limpiando su casa, encontró fotos polaroid de lo que parecían ser mujeres muertas. Parece que Blummer podría ser un asesino en serie, igual que Weatherby. Me puse en contacto con la división de Místicos de Los Ángeles y les hablé de Blancanieves y su posible relación con Blummer. Me enviaron sus archivos. Están en mi bolsa —dijo Mac, enganchando el pulgar sobre su hombro, indicando una bolsa de mensajero en el asiento detrás de él.

—Eso la convierte en una asesina en serie que asesina a otros asesinos en serie. Eso es súper raro.

—Es todo muy a lo Dexter —coincidió Mac.

Sophie cogió la bolsa del asiento trasero y se la puso en el regazo.

—Está todo en la carpeta verde.

Sophie sacó la carpeta y la sentó sobre la bolsa en su regazo, dudando.

—¿Qué pasa con el Leñador?

—No he tenido noticias de Weatherby. Todavía están procesando todas las pruebas que sacaron de la escena del crimen, no es que hubiera muchas. Blancanieves hizo un buen trabajo al no dejarse nada.

Respirando hondo, Sophie se obligó a abrir la carpeta. Lo primero que vio fue el informe policial, que hojeó antes de pasar a la página siguiente. Le miraba la ficha policial de un hombre de mediana edad con el pelo castaño y ralo. El aliento que Sophie estaba conteniendo salió de sus pulmones repentinamente tensos.

—¿Soph?

—Ese es el tipo. Es con el que soñé.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Parece más joven y más delgado en esta foto, pero

es él. No me olvidaría de su cara —respondió Sophie con voz de palo.

—Eso tiene sentido. Esa foto es de hace seis años. Le detuvieron por prostituirse —dijo Mac, mirando la foto que Sophie tenía en las manos.

Le dio la vuelta a la foto y se apresuró a rebuscar entre el resto de documentos de la carpeta. Se detuvo ante una imagen de la escena del crimen. Daniel Blummer estaba desplomado en un lujoso sofá color canela.

—Creo que éste también es el hotel de mi sueño. El sofá y el cuadro de la montaña me resultan familiares. Aunque ambos son bastante genéricos, podría estar equivocada —dijo Sophie después de examinar la foto, girándola de lado, intentando ver mejor la corbata de Blummer. Recordó que en el sueño llevaba una corbata azul con un espantoso diseño paisley. Era del color correcto, pero Sophie no estaba segura de que fuera la misma del sueño.

El resto de los documentos eran escaneos de las polaroids encontradas en casa de Blummer. Después de las dos primeras fotos, Sophie cerró los ojos y respiró tranquilamente un par de veces. Las fotos no eran sangrientas ni gráficas; si no fuera por las marcas alrededor de los cuellos, parecerían fotos de mujeres durmiendo. Pero saber que probablemente todas estaban muertas provocó náuseas en Sophie. Abriendo los ojos, Sophie hojeó rápidamente las dos últimas fotos, pero ninguna de las imágenes le trajo recuerdos.

Volvió al primer documento y echó otro vistazo al informe policial completo.

—Dicen que fue una sobredosis accidental. O un posible suicidio —murmuró Sophie.

—Sí, hasta que llamé esta mañana, no tenían motivos para creer lo contrario. No había ninguna prueba en la escena que indicara lo contrario. Deberías haber oído a mi contacto en la división de homicidios de Los Ángeles enloquecer cuando se enteró de que un asesino en serie operaba en su territorio, y él no lo sabía.

—¿Era Daniel un Místico?

—No, era completamente humano.

—Bueno, eso echa por tierra la teoría de que Blancanieves solo tiene como objetivo a los Místicos. ¿Encontraste a alguno de los otros tipos de mis sueños?

—Todavía no. Creo que si reduzco los parámetros de mi búsqueda

a solo California, podría tener más suerte. No te creerías la cantidad de hombres que han tenido sobredosis en parques y aparcamientos de bares este año. Blancanieves parece ser muy buena ocultando sus huellas. La única razón por la que encontré a Daniel fue porque sabías que su nombre empezaba por D y porque su caso fue marcado después de que encontraran las polaroids en su casa. Nunca habríamos averiguado lo que estaba pasando si no hubieras soñado con los asesinatos de Blancanieves —explicó Mac.

Poco después, Mac aparcó su sedán en el pequeño camino de entrada de su casa de Potrero Hill. Mientras Mac abría la puerta de madera oscura, Sophie admiró el estuco color crema y el tejado de tejas rojas de la casita. Le hizo pensar en cómo, hasta mediados del siglo XIX, España utilizó las misiones para ocupar gran parte de California. La huella de la arquitectura, el arte y la cultura de aquella época aún podía encontrarse en San Francisco y sus alrededores mucho más de un siglo después. Las capas de historia se asentaban por todo San Francisco como la sedimentación: nunca sabías a la vuelta de la siguiente esquina si verías alguna oda a una época pasada en la arquitectura o incluso grabada en el propio paisaje.

Sophie se quitó sus andrajosas botas y las dejó junto a los oxfords de ante tostado de Mac, junto a la puerta principal, y siguió a Mac hasta el salón con los pies calzados con medias.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó Mac desde el pasillo que separaba la cocina del salón.

—Claro. Aunque solo puedo tomarme una o dos, ya que tengo que trabajar dentro de unas horas.

Un momento después, Mac volvió al salón con el cuello de dos botellas ámbar colgando de sus dedos. Le dio una a Sophie y la levantó de donde estaba, tumbada en un rincón de su ridículamente cómodo sofá, deslizándose detrás de ella. Apoyando la cabeza en el pecho de Mac, Sophie se hundió tanto en los cojines que parecía que necesitaría un equipo de rescate para recuperarla. Con un suave chasquido, Mac destapó su cerveza y le entregó la botella. Entrechocando las botellas, ambos bebieron de un trago, zumbando satisfechos.

—Dios, qué buena está —dijo Sophie con un suspiro.

—La fábrica de cerveza está a unas calles de aquí. Puedes dar una vuelta por las instalaciones.

—Y supongo que tú has hecho el tour —se burló Sophie.

—Claro que la he hecho. Anchor Steam sobrevivió a dos terremotos y a la Ley Seca. Tenía que comprobarlo.

Sophie se acurrucó feliz en el pecho de Mac, disfrutando de su cerveza y del entusiasmo de Mac por la historia.

—¿Tienes hambre? He hecho un pedido antes. Debería llegar pronto. Tengo un poco de todo —explicó Mac.

—Me parece perfecto. Me muero de hambre.

—Oye, ¿has tenido algún sueño hoy? —preguntó Mac de repente, dejando su botella de cerveza ahora vacía sobre la mesa auxiliar.

—Sí, pero no han sido nada especial. El único que recuerdo es que soñé que compraba un montón de caramelos en Safeway, incluidas seis cajas de Good & Plenties. Los peores caramelos del mundo. El regaliz negro es asqueroso —respondió Sophie con un escalofrío exagerado—. Supongo que fue un sueño de Blancanieves. Es tan malvada como para que le guste el regaliz negro —se removió en el sofá, se metió los dedos en el bolsillo delantero, sacó una hoja de papel arrugada y se la entregó a Mac.

—Así que *has* tenido una pesadilla —murmuró Mac, cogiendo el papel de la mano de Sophie y enderezándolo—. ¿Qué es esto?

—Escribí el sueño como me pidieron Dunham y tú.

—¿Esperas que le dé a mi jefe un informe semanal de tus sueños escritos en notas arrugadas y apenas legibles? Mira, tu lista de la compra está escrita en la otra cara —gruñó Mac, sacudiendo el papel ofensivo delante de Sophie.

—¡Eh! No tenía nada mejor en mi apartamento —protestó Sophie —. Tienes suerte de que no estuviera en una servilleta. Mañana recogeré un diario o algo así.

—No hace falta. Tengo algo para ti. Espera aquí —respondió Mac, ayudando a Sophie a sentarse para poder escabullirse por detrás de ella.

Sophie vio cómo Mac doblaba la esquina trotando hacia el pasillo que sabía que conducía a su dormitorio. Reapareció un momento después con dos objetos en la mano. Mac entregó a Sophie uno de los paquetes, una simple bolsa de papel marrón. El peso de la bolsa, algo pesado y movedizo, sorprendió a Sophie. Al echar un vistazo a la abertura de la bolsa, soltó un grito de sorpresa. Dentro de la bolsa había varias bolsas de café de La Mansión del Frijol. Sophie sacó una

bolsa y aspiró largamente el rico aroma a café que emanaba de la bolsa sellada que tenía en la mano.

—Hmmm, avellana —Sophie suspiró de felicidad—. Te has acordado. Gracias.

—No hay de qué. Lo cogí en mi descanso para comer. Toma, te he traído otra cosa —dijo Mac, entregándole el segundo paquete a Sophie.

—¿Un regalo?

Inmediatamente, Sophie supo que tenía en sus manos un diario de sus sueños. Al arrancar el papel, emocionada, Sophie se quedó boquiabierta. Sophie tenía en sus manos un libro rosa intenso, cubierto de purpurina, con la imagen de dibujos animados de un unicornio blanco con alas de arco iris que se alzaba dramáticamente, con una nube esponjosa bajo sus pezuñas. Sophie levantó la vista del unicornio y miró a Mac, cuyos ojos brillaban de alegría.

—¿Qué demonios? —preguntó Sophie, volviendo la vista al adefesio rosa que tenía entre las manos.

—Necesitabas un diario de sueños. Vi esto y supe que te encantaría. Mira, viene con su propio bolígrafo.

Cuando siguió el dedo señalador de Mac, Sophie se rio al ver el bolígrafo con rayas de arco iris y una bolita esponjosa en la parte superior atada al lomo del diario.

—¿Te gusta? —preguntó Mac con un regocijo apenas reprimido.

—Bueno, desde luego no lo perderé en mi apartamento —respondió Sophie, pensando en su afición por los muebles y tapizados oscuros. El diario prácticamente brillaría en ese entorno. Mac empezó a cacarear como un maníaco desquiciado—. Te crees muy gracioso, ¿verdad? —se quejó Sophie.

Mac asintió exageradamente con la cabeza, claramente satisfecho de sí mismo.

—Bueno, la broma es para ti. Me encanta. Voy a usar esto como mi diario de sueños.

La respuesta de Mac fue interrumpida por el timbre de su puerta. Mac levantó la nariz y olfateó profundamente. Volviéndose hacia Sophie, anunció,

—¡Llegó la comida!

Antes de que Sophie pudiera salir de la prisión que él llamaba sofá, Mac volvió a pasar con una voluminosa bolsa de plástico colgando de

cada mano.

Sophie se apresuró a seguir a Mac cuando éste entró en su pequeña cocina y empezó a abrir cajones y armarios para encontrar platos y cubiertos.

—¿Seguro que tienes suficiente? Eso es un montón de comida —bromeó Sophie, mirando la multitud de cajas de comida para llevar esparcidas por los mostradores de su cocina.

—Metabolismo de metamorfos —dijo Mac encogiéndose de hombros.

—¿Comes la carne cruda? —preguntó Sophie de repente.

—¿Qué? ¿Por qué piensas eso?

—Eres en parte zorro...

—No —dijo Mac rotundamente.

—Cuando eres zorro, ¿comes animales pequeños y esponjosos?

—No. Simplemente no. Incluso en mi forma de zorro, sigo siendo yo. ¿Por qué iba a comer carne cruda cuando puedo comerme un burrito? Además, como zorro, comería piel, huesos y esas cosas. Qué asco.

—No me di cuenta de que estaba saliendo con un metamorfo zorro con tan delicadas sensibilidades.

—¡Metamorfo zorro! ¡Solo cambio de forma a un zorro! —Mac gruñó burlonamente, empezando a acercarse a Sophie.

—¡Es broma! ¡Es broma! —chilló Sophie, saliendo a toda prisa de la cocina, agarrando protectoramente su plato rebosante.

Una vez que Mac terminó de llenar su plato, optaron por comer en el sofá en lugar de en la mesa del comedor. Cogió el mando a distancia y puso la película mientras comían.

—¡Eh! ¡Ese es el puente de la bahía! ¿*El Halcón Maltés* está ambientada en San Francisco? —exclamó Sophie mientras los créditos iniciales se desplazaban por el televisor.

—El autor del libro fue investigador privado en la Agencia de Detectives Pinkerton de la ciudad en los años 30.

Mientras veían la película, Sophie no podía creer la cantidad de comida que Mac era capaz de devorar. Metabolismo de metamorfos, sin duda.

—Espera un momento. Alguien acaba de asesinar a su compañero. Uno pensaría que Sam estaría un poco más afectado por ello —comentó Sophie, observando cómo Sam Spade examinaba la escena

del crimen donde el cuerpo de su compañero seguía tendido en la ladera de una colina.

Sophie se dejó absorber rápidamente por el misterio y la intriga de la vieja película en blanco y negro.

—¡Se acostó con la mujer de su compañero! ¿Cómo pudo Sam hacerle eso a Archer? ¡Ese canalla! Y yo que pensaba que tú eras el detective imbécil.

—Sam Spade es un investigador privado, *no* un detective de policía —gruñó Mac, haciendo que Sophie pusiera los ojos en blanco con una sonrisa—. Además, si sigues hablando por encima de esta película, te voy a poner un bozal —Sophie hizo la mímica de cerrar la boca, trabar los labios y tirar la llave.

Cuando terminaron de comer, Mac abrió los brazos para que Sophie se acurrucara a su lado. Sophie se acomodó a su lado con un suspiro de satisfacción, dispuesta a terminar de ver cómo Sam Spade averiguaba quién había asesinado a Miles Archer y a Floyd Thursby.

Acunada en los brazos de Mac, Sophie le lanzaba miradas furtivas mientras él veía la película. Le encantaba lo absorto que estaba. Cuando pronunció en silencio las palabras de Spade, cansado del mundo:

—Cuando te den una bofetada, la aceptarás y te gustará.

Sophie tuvo que reprimir las ganas de soltar una risita.

Puede que Sophie no tuviera mucha experiencia en relaciones “serias” -salir a escondidas después de un ligue al azar era su norma-, pero sabía que con Mac las cosas iban bien. Él la protegía, siempre. Podía hablar con él de cualquier cosa. Él podía ser sarcástico -francamente, ella también podía serlo; en eso se llevaban bien-, pero él siempre se tomaba en serio sus preocupaciones. Y la escuchaba. A ella le gustaba, todo en él.

Nunca antes había creído en esas patrañas de amantes predestinados, pero tal vez necesitaba tener un poco más de fe.

Lo único que sabía era que quería ver qué pasaba con Mac.

Querer -y planear- un futuro más lejano que la próxima semana le resultaba extraño. Le producía nerviosismo. Suponer que iba a tener un final feliz era como cortejar el desastre. Las cosas rara vez le habían salido bien a Sophie en el pasado. Le preocupaba que ahora todo fuera tan bien que el universo se diera cuenta de su felicidad y tomara las medidas necesarias para rectificar la situación. A veces,

Sophie tenía la sensación de no merecer la felicidad. Había perdido a sus padres en un accidente de coche cuando tenía diecinueve años y había salido adelante por los pelos. Llevaba varios años sin tomar las riendas de su destino. Desde que obtuvo su título universitario, había estado yendo de un trabajo a otro, tratando de llegar a fin de mes. Nunca miraba más allá de su próximo sueldo. Cada oportunidad la desperdiciaba o la arruinaba, normalmente por culpa de su boca floja. Hace un mes, se enfrentaba a la posibilidad real de quedarse sin hogar. Saber que la mayor parte de la culpa era suya era la guinda del pastel de mierda.

El rumbo de su vida había dado un giro tan rápido que Sophie casi se sentía como si tuviera un latigazo cervical. Consiguió un trabajo que le encantaba, encontró más amigos aparte de la ancianita de al lado y su camarero favorito, descubrió un talento mágico oculto y encontró a alguien con quien quería salir. Todo parecía demasiado bueno para durar. Y, en general, era una persona decente a pesar de actuar a veces como una zorra sarcástica. Nunca pateaba a nadie cuando estaba deprimido. Era amable con los animales, los niños y los ancianos, pagaba sus impuestos… casi siempre. Quizá fue una persona terrible en su vida anterior, y de ahí provenía ese sentimiento de no merecer la felicidad. No era lógico, pero no podía librarse de la sensación de fatalidad inminente. Pero deseaba desesperadamente ser feliz para siempre, y lo quería con Mac. No iba a permitirse arruinarlo esta vez.

Si cerraba los ojos, podía imaginarse un futuro lleno de días como aquel, acurrucados juntos en el ridículo sofá de Mac, compartiendo comidas y viejas películas en blanco y negro. Tal vez solo necesitaba salir de su propio camino y no pensar demasiado las cosas.

Capítulo 7

—Quizá Blancanieves ha dejado de matar. O quizá se ha alejado de la ciudad y está fuera de tu alcance psíquico —sugirió Fitz alrededor de un bocado de espinacas—. ¿Crees que hay un límite en tu alcance?

Sophie se encogió de hombros mientras arrancaba la corteza de su sándwich y la hacía pedacitos.

Habían pasado varios días desde que Mac le había dado a Sophie su diario de los sueños, y estaba casi vacío. Lo que había en el diario eran sobre todo pequeños fragmentos de lo poco que podía recordar de sus sueños. A pesar de tener el diario a mano, cada mañana, cuando Sophie intentaba garabatear rápidamente sus recuerdos, éstos se alejaban flotando como hilos de gasa en el viento, imposibles de retener. El único sueño que se le había quedado grabado a Sophie era uno protagonizado por Troy, que había vuelto a la mesa de autopsias. En la pesadilla, abría los ojos y acusaba a Sophie de no haberse esforzado lo suficiente por salvarle. Sus ojos eran de un blanco lechoso y no tenían fondo, y su boca rebosaba de una sangre tan oscura que había sido casi negra. Sophie apartó lo que quedaba de su bocadillo, se le había quitado el apetito con solo recordarlo.

—Solo han pasado cuatro días. He pasado semanas, incluso meses, sin soñar con un asesinato. No tiene sentido ponerse pesimista todavía —recordó Sophie a sus compañeros de trabajo reunidos en torno a la mesa del comedor para compartir la comida antes de volver a sus respectivos trabajos.

—Espero que no sea así. Necesitas más sueños para que podamos detener pronto a la asesina —dijo Reggie. Se tapó la boca con la mano, con los ojos redondos y sorprendidos, cuando Sophie le dirigió una mirada divertida—. ¡Quiero decir que no quiero que muera nadie! Y no le desearía esos sueños a nadie, pero hay que detener a la asesina y tú tienes la capacidad de hacerlo —añadió suavemente.

—No pasa nada. Sé lo que querías decir. Y tienes razón: hay que detener a Blancanieves. Me siento mal por no haberme dado cuenta antes de que los sueños eran reales. Tal vez podría haber evitado

algunas muertes.

—¿Cómo podrías haber sabido algo diferente? Nadie se despierta tras tener una pesadilla rara y piensa: “¡Eh, a lo mejor estoy teniendo una visión!”. No tienes por qué sentirte mal —replicó Amira, agitando un dedo maternal hacia Sophie.

—Además, parece que Blancanieves solo se estaba deshaciendo de la gentuza. Si esos tipos eran todos asesinos en serie como sospechamos, entonces posiblemente estaba salvando vidas al deshacerse de ellos —argumentó Ace.

—¡Qué! A nadie se le debería permitir matar indiscriminadamente. No sabemos cuáles son las motivaciones de Blancanieves. Además, ¡ya sabes lo que pienso de la pena de muerte! ¿Y si se equivoca y mata a un inocente? ¿Y la carga de la prueba? —replicó Amira, inclinándose hacia Ace, con un asco felino pintado en sus facciones.

Cuando Ace y Amira empezaron a pelearse, Sophie miró a Reggie de reojo e hizo un gesto con la cabeza hacia la salida. Escondiendo una sonrisa de satisfacción detrás de la mano, Reggie se levantó de la silla en silencio y dejó atrás a sus compañeros de trabajo discutiendo con Sophie pisándole los talones.

—¡Dios mío, esos dos! Juro que son peores que hermanos —susurró Sophie una vez que llegaron a la paz y la santidad del pasillo, sacudiendo la cabeza desconcertada.

—Ha sido mucho mejor desde que te uniste al equipo —respondió Reggie, riendo cuando Sophie jadeó con fingido horror—. Ve a por el siguiente paciente, graciosa, y nos vemos en la sala de autopsias. Ah, oye, la próxima autopsia es la de Mac. Me mandó un mensaje diciendo que quería estar aquí, así que déjame mandarle un mensaje. Dijo que estaría en la comisaría, así que debería poder llegar en unos minutos.

Sophie ignoró el ansioso aleteo de su corazón y se dirigió al frigorífico para buscar el siguiente cadáver.

Cuando terminaron de fregar, Sophie y Reggie solo tuvieron que esperar unos minutos a que llegara Mac. El chirrido de la puerta de la sala de autopsias al abrirse hizo que Sophie dejara de organizar la bandeja de utensilios médicos con una sonrisa de anticipación en la cara. Mac asomó la cabeza por la puerta y respondió a su sonrisa con una propia.

—¡Mac! Buenas noches —exclamó Reggie con entusiasmo, al parecer casi tan contenta de ver a Mac como ella.

—Hola, Reg —dijo Mac, levantando una mano en señal de saludo al jefe de Sophie.

Saltando hacia Mac, Sophie lo empujó hacia la puerta y lo llevó a la intimidad del pasillo.

—Hola, hellraiser —ronroneó Mac al oído de Sophie mientras la envolvía en un abrazo.

—Hola, cabeza de pito —respondió Sophie, hundiéndose en su pecho. La mano de Sophie se deslizó por su cuello y se introdujo en el pelo de Mac, arañándole el cuero cabelludo con las uñas. Mac empujó la cabeza hacia su mano, moviéndose entre sus dedos como un gato—. Ya que oficialmente hemos tenido nuestra primera cita, ¿estás listo para romper conmigo?

—Hmmm, todavía estoy indeciso. Quizá deberíamos tener otra cita, ya sabes, para estar seguros. Quizá puedas hacer algo para que cambie de opinión —preguntó Mac, moviendo las cejas sugerentemente.

—Ya te gustaría —resopló Sophie, dándole un codazo en el costado —. ¿Estás aquí para una lectura?

—Sí, es espantosa, solo para advertirte —los músculos se tensaron a lo largo de la mandíbula de Mac, mostrando una repentina tensión.

—Encantador. Debe ser realmente horrible poner esa cara —dijo Sophie con un suspiro—. Por cierto, ¿qué vas a hacer dentro de dos sábados? La noche del 19. Tengo entradas para la visita nocturna a Alcatraz.

Tras comprobar su teléfono, Mac le hizo saber que estaba disponible esa noche.

—Entonces es una cita.

—Claro que sí. Pongámonos espeluznantes, nena.

—Eres un bicho raro —Sophie sacudió la cabeza y sonrió ante las payasadas de Mac. Era un cabrón tan gruñón con todos los demás; Sophie sentía que era la única que podía ver al bobalicón oculto bajo el ceño fruncido.

—No dejemos a Reggie esperando más tiempo. Cuanto antes haga una lectura, antes acabará —sugirió Sophie, tirando de Mac hacia la sala de autopsias.

Mac se separó de ella y ocupó su lugar habitual contra la pared. Acercándose a la camilla, Sophie respiró hondo y contuvo el aliento un instante antes de abrir la cremallera de la bolsa para cadáveres y

mostrar su contenido.

—No bromeabas —dijo Sophie con una suave exhalación. En la bolsa negra yacía un hombre de mediana edad con una cuidada barba corta y el pelo canoso. Parecía haber sido la cuerda en un horrible juego de tira y afloja. Sophie reprimió un escalofrío cuando se dio cuenta de que uno de los brazos del hombre había sido arrancado casi por completo y solo colgaba de unos pocos trozos de carne y tendones. Ver el brazo colocado junto a su cuerpo, en lugar de unido a él, hizo que Sophie tragase saliva varias veces de forma convulsiva antes de calmarse.

—¿Estás lista? —preguntó Reggie, con el dedo posado sobre el botón de grabación de su teléfono.

Con un movimiento de cabeza, Sophie colocó una mano sobre el brazo amputado del hombre.

—Iba de camino a casa desde el trabajo cuando un grupo de gente lo agarró. No veo mucho, pero parece que acababa de aparcar el coche en una zona residencial. No pudo ver bien a sus atacantes. Le taparon la cara demasiado rápido, pero nota que varias manos le sujetan. Al menos tres personas, quizá más. Lucha, pero lo meten fácilmente en un vehículo. Conducen durante un rato. No estoy segura de cuánto tiempo, ¿quizá una hora? Cada vez que intenta hablar o defenderse, le golpean. Está sentado entre dos de ellos, así que supongo que está en el asiento trasero de un coche. Creo que ambos son hombres, pero no puedo asegurarlo. Nadie dice una palabra.

»El coche finalmente se detiene, y lo sacan del coche. Puede oír otro coche que se detiene. Podría ser más de uno. Empieza a gritar pidiendo ayuda, pero alguien le da un puñetazo en el estómago. Casi cae de rodillas por el dolor, pero le levantan. Le hacen caminar a paso de rana durante varios minutos. Detrás de él oye risas y conversaciones en voz baja. Siente el crujido de las hojas y las ramas bajo sus pies. Piensa que debe de estar en un bosque, porque no se oye nada de la ciudad. Pobre hombre, está muerto de miedo. Empieza a suplicar por su vida. De repente, le empujan y cae al suelo de rodillas. Se echa hacia atrás y se arranca la bolsa de la cabeza. La oscuridad es casi total y apenas puede distinguir los árboles que le rodean, pero ve las sombras y siluetas de un grupo de personas a unos tres metros de distancia. Debe de haber al menos media docena de personas. Pero podrían ser más, posiblemente hasta una docena. Hay un poco de luz

de luna que se filtra entre los árboles para que pueda ver sus formas. Es difícil de decir; no paran de moverse.

»Les pregunta qué quieren de él. Les pregunta por qué se lo han llevado. Les ofrece dinero para que le dejen marchar. Unas risas resuenan de nuevo entre la multitud, pero entonces una voz grave le grita que corra. Pregunta confuso: "¿Qué?" y entonces la misma voz le grita que corra. Ese bramido se convierte en un largo aullido. Toda la multitud empieza a gruñir y a gruñir. No parecen humanos, sino animales salvajes. Aterrorizado, sale corriendo.

»Está corriendo a ciegas por la oscuridad. Les oye perseguirle, prácticamente pisándole los talones. Sus zapatos de vestir resbalan en el suelo mojado y no para de perder pie. Las ramas de los árboles y las raíces le hacen tropezar; las ramas le golpean en la cara. Los aullidos resuenan a su alrededor. Algo pesado le hace perder el equilibrio. Grita cuando unos dientes afilados le aprisionan la parte superior del brazo y lo tumban de espaldas, desgarrándole el hombro. Sobre él hay un enorme lobo negro que gruñe. Tiene unos brillantes ojos ámbar. Otro lobo se lanza desde un lado y le muerde la pierna, intentando sacarle de debajo del lobo negro. Comienza entonces un horrible tira y afloja entre varios lobos, que le desgarran. El lobo negro gruñe y gruñe a los demás, lo que los hace retroceder. El lobo se vuelve hacia el hombre, gruñe amenazadoramente y retrocede sobre él. Su brazo no funciona bien, pero intenta arrastrarse. Cree que se está muriendo; tiene demasiadas heridas y cortes por todo el cuerpo, y siente que algo se rompe en su interior. El lobo se abalanza sobre él y lo agarra de nuevo, lanzándolo de un lado a otro. El lobo se ensaña con él durante varios minutos, cortándole el abdomen con sus garras y mordiéndole por todas partes, desgarrándole la carne. El lobo negro finalmente retrocede y el resto de los lobos se acercan, aullando y gruñendo. Ya casi no puede ver nada -le falla la vista-, pero puede oír sus gruñidos. Justo antes de desvanecerse, cree oír sirenas a lo lejos, y parece que cada vez están más cerca.

Sophie retiró la mano del brazo del hombre, abrió los ojos y le miró a la cara. Era sorprendente ver que su rostro parecía tan pacífico y sereno después de haber presenciado sus horribles momentos finales. De algún modo, su rostro permanecía indemne después de todo aquello. Aparte de las manchas de suciedad, casi parecía estar durmiendo. Por encima del olor a sangre, Sophie podía percibir el

penetrante aroma de la resina de pino que aún se aferraba a sus ropas.

—Ni siquiera sé su nombre —susurró Sophie, mirando fijamente el semblante del hombre—. Simplemente lo cazaron. Fue enfermizo. Y sin sentido. El tipo no podría haber escapado ni haberse defendido. No era rival para ellos. Esos imbéciles jugaron con él, lo asustaron hasta que se meó encima y luego lo destrozaron.

—Se llamaba Derek Gibson —dijo Mac desde unos metros detrás de Sophie—. Voy a hacer todo lo posible por encontrar a los bastardos que mataron a Derek, y cuando el Cónclave acabe con ellos, será como si nunca hubieran existido.

—¿Ayudó mi visión?

—Confirmó lo que sospechábamos. Solo desearía que hubiera visto aunque solo fuera una de las caras de esos imbéciles.

—Soph, ¿por qué no te tomas un descanso temprano para almorzar? Haré que Amira me ayude a terminar la autopsia —sugirió Reggie—. Mac, si encuentro algo que pueda ayudarte a averiguar quiénes son, te enviaré un mensaje.

—¿Estás seguro? —preguntó Sophie. Reggie asintió antes de volverse hacia el cuerpo en la camilla.

—Me parece bien. Si encuentras fluidos corporales que no sean suyos, dile a Ace que se apresure a hacer las pruebas de ADN —volvió a llamar Mac mientras Reggie les hacía señas a ambos para que salieran por la puerta.

Quince minutos después, Mac y Sophie estaban sentados en un banco frente a la oficina del forense comiendo gyros y hablando de Derek Gibson.

—Si los primeros policías que llegaron al lugar hubieran llegado un poco antes, quizá habrían podido salvarlo. El informe inicial cree que solo llevaba muerto unos minutos cuando llegaron a él. Y tu visión lo corrobora —dijo Mac, apartando las cebollas de su gyro.

—¿Atraparon a alguno de los asesinos? Estaban allí mismo cuando murió —preguntó Sophie, arrebatando las cebollas de los dedos de Mac y metiéndolas en su gyro.

—No, deben de haber oído las sirenas y se han dispersado. Tenemos a un par de metamorfos intentando seguir el rastro del olor de los perpetradores por el bosque, pero no tengo muchas esperanzas. Los metamorfos son buenos ocultando sus huellas. Además, eran demasiados.

—¿Cómo llegó la policía tan rápido? He estado en Muir Woods. No hay mucho cerca.

Mac explicó que un buen samaritano había dado aviso a la policía al ver a un grupo de hombres que arrastraban a un hombre con una bolsa en la cabeza hasta un coche. La persona los siguió hasta Muir Woods y llamó a la policía desde el centro de visitantes.

—La persona tuvo que entrar en el centro de visitantes cerrado para hacer la llamada. Dijeron que no tenían teléfono.

—¿Te imaginas qué clase de bicho raro no lleva un móvil encima en los tiempos que corren? —se burló Sophie, haciendo que Mac pusiera los ojos en blanco.

—Encontramos dos coches abandonados en el centro de visitantes, pero ambos eran robados, así que ahí no hay pistas —dijo Mac. Su cara parecía tensa, así que Sophie le golpeó el hombro con el suyo—. Los están procesando, así que quizá se encuentre algo en uno de ellos.

—Ya lo descubrirán. Quiero decir, un grupo de metamorfos lobo agarró a un tipo justo en la calle. Eso tiene que llamar la atención, ¿no?

—Eso es. Estamos casi seguros de que no es la primera vez que ocurre. Hemos oído rumores de otros humanos desaparecidos. Esta es la primera vez que fue alguien importante. Derek Gibson era miembro de la Comisión de Planificación de la ciudad. Todos los otros asesinatos fueron de personas sin hogar y desplazadas. Son casi imposibles de rastrear debido a su naturaleza transitoria. En el último año, hemos encontrado otras dos víctimas, ambas en tumbas poco profundas en zonas muy boscosas. Una fue encontrada cerca del Monte Diablo y la otra en Muir Woods. Sospecho que hay un grupo de metamorfos cazando humanos por deporte. Probablemente metamorfos lobos, pero aún no descarto coyotes o perros salvajes. Me parece extraño que hayan ido tras alguien prominente. Eso va a levantar banderas y hacer que se fijen en ellos.

—¿Crees que cazan humanos por deporte? —aclaró Sophie, con el horror grabado en sus facciones. Sophie aún podía oír los gritos de Derek en su cabeza, gemidos inhumanos llenos de dolor y terror. Tragando grueso, Sophie dejó a un lado su giroscopio mientras el estómago se le revolvía y la bilis le subía por la garganta. Su estómago amenazaba con expulsar su contenido. Si cerraba los ojos, Sophie aún podía ver al lobo negro sacudiendo la cabeza, arrojando sangre oscura

por el hocico y aullando una canción triunfal sobre su víctima. Sophie apartó los recuerdos de su mente y volvió a centrarse en Mac.

—Pensábamos que era un lobo solitario o dos, pero basándonos en tu visión, tenemos que echar un vistazo más a fondo a las manadas locales.

—¿Cuántas manadas hay?

—Cuatro manadas principales en la ciudad. Tres más en el condado de Marin y sus alrededores. Hacia el sur, hay cinco manadas entre aquí y Los Ángeles. Además, es posible que haya algunas manadas solitarias y rezagadas que podrían tener suficientes miembros para encajar en nuestros criterios.

—Eso suena como un montón de trabajo.

—Lo es. Pero no importa; voy a encontrar a esos imbéciles y hacerles pagar —los ojos de Mac se tiñeron de amarillo tan rápido que, si Sophie no los hubiera estado mirando directamente, no se habría dado cuenta. Un escalofrío trató de subirle por la espalda, pero Sophie lo aplastó. Habría sentido lástima por aquellos metamorfos si no hubiera estado totalmente de acuerdo en que tenían que pagar.

Capítulo 8

Mientras seguía a media manzana a su presa, se preguntaba por el repentino cambio en su rutina. Fue pura suerte que decidiera dirigirse a la cafetería frente a su casa para esperarle unas horas antes de lo habitual. Normalmente, cuando el hombre llegaba a casa del trabajo, no volvía a aparecer hasta horas después de que el sol hubiera desaparecido más allá del horizonte. Hasta hoy, normalmente podía poner su reloj en hora.

Todas las noches se paseaba -acechaba, en realidad- por el barrio, parando y hablando con los propietarios de las tiendas y los residentes. La mayoría de las noches, ella le seguía, intentando pillarle a solas. Parecía que casi siempre le acompañaban uno o dos aduladores. Le había puesto el apodo de Rapidín porque era muy astuto de seguir. Se movía y fluía entre la multitud como un río entre las rocas. Las multitudes se separaban mágicamente delante de él como un barco entre témpanos de hielo, y se cerraban detrás de él con la misma fluidez, lo que dificultaba seguirle el ritmo. Le había perdido el rastro más de una vez, reacia a correr tras él y delatar su presencia. Se sentía como un pinball en una máquina recreativa, rebotando de persona en persona en las aceras abarrotadas.

Estaba sentada en la larga mesa de madera del café frente a la casa del hombre, disfrutando de la ligera lluvia que golpeaba contra el gran escaparate, cuando vio que un hombre vagamente familiar se acercaba a la casa y llamaba al timbre. Había visto a este hombre varias veces con Rapidín. Rapidín salió de su casa unos minutos después, y los dos hombres mantuvieron una intensa conversación en el porche delantero. Entrecerrando los ojos, estaba segura de haber reconocido al nuevo tipo de algunas de las andanzas nocturnas de Rapidín. Tuvo que dejar la bebida para asegurarse de que no los perdía de vista mientras resolvían su disputa y caminaban decididamente calle abajo, aparentemente sin importarles el tiempo desapacible.

Se escabulló por la puerta de una tienda y observó a Rapidín mientras la lluvia le pegaba la camisa al cuerpo y la tela se adhería amorosamente a cada uno de sus abultados músculos. Rapidín siempre caminaba con un pavoneo agresivo. Tenía el tipo de fuerza física bruta que se obtiene del

trabajo manual prolongado, o de una intensa afición al gimnasio con una posible dosis de esteroides. Apenas parecía humano. La permanente mueca de desprecio de su rostro no ayudaba. Era el tipo de hombre que miraba al mundo a través de un filtro de arrogancia y desprecio. Todos sus movimientos y acciones decían claramente: "Soy mejor que tú".

Va a aprender de otra manera, *pensó con una sonrisa*. Bueno, si consigo que se quede solo, claro.

El otro hombre era más delgado, pero sus hombros aún se tensaban contra su camiseta empapada por la lluvia. Como todos los demás que había visto interactuar con Rapidín, el hombre parecía acobardado por él. Casi deferente.

Cuando los hombres bajaron a la estación de BART, ella estuvo a punto de dar media vuelta, ya que sería demasiado arriesgado que la pillaran. Estar al aire libre permitía más anonimato y la posibilidad de escabullirse rápidamente si las cosas se ponían demasiado peligrosas, pero no podía dejar pasar la oportunidad de ver qué tramaba Rapidín. Rara vez se había alejado tanto de sus lugares habituales las otras veces que ella le había seguido.

Gracias a que el andén estaba abarrotado, consiguió colarse en el metro sin que ninguno de los dos la viera. En el extremo opuesto del vagón, observó cómo mantenían una conversación en voz baja. Estaban tan inmersos que no repararon en ella. Ella los miraba con el rabillo del ojo, fingiendo estar absorta en su teléfono, con la sudadera baja sobre la cara. En cada parada, cada vez que una persona entraba en el coche, los hombres les echaban una rápida mirada evaluadora antes de despedirlos a todos. Justo donde a ella le gustaba estar con gente como ellos: ignorados hasta que era demasiado tarde.

Cuando los hombres salieron del vagón, ella esperó hasta el último momento, cuando las puertas del vagón empezaron a cerrarse, antes de deslizarse hacia el abarrotado andén de la estación, queriendo poner más distancia entre ella y su objetivo.

Subió apresuradamente los escalones para salir de la estación de BART y llegar a la calle principal, agradecida de que la plétora de restaurantes y tiendas de la avenida creara un hervidero de actividad que ocultaba su presencia de su objetivo, incluso con este tiempo tan desapacible.

Al cabo de unas manzanas, los dos hombres se separaron tras una breve discusión en la acera. Uno giró hacia un escaparate y el otro siguió andando, continuando por el mismo camino que su dirección original. Una

vez que llegó a la altura de la tienda, se asomó al escaparate y suspiró derrotada porque la panadería era pequeña y estaba prácticamente vacía. No había dónde esconderse. Rapidín estaba en el largo mostrador de cristal, discutiendo con el empleado detrás de la vitrina. Era imposible que su presencia no se notara si entraba en la tienda. No quería que Rapidín la viera hasta estar segura de que sería lo último que vería en su vida. Disminuyendo la velocidad de sus pasos, le observó durante un minuto, pero se escabulló cuando él empezó a girarse en su dirección.

Apartando la mirada de Rapidín, vio al otro hombre justo cuando desaparecía por la esquina de la panadería. Se detuvo un momento, volvió a comprobar su bolsa y su equipo de herramientas y luego asomó la cabeza por la esquina, sonriendo para sus adentros cuando vio que se trataba de un callejón oscuro.

¿Qué pasa últimamente con los callejones? *pensó con una sonrisa burlona.*

Sophie abrió los ojos de golpe y se levantó de la almohada con un grito ahogado. Se levantó de la cama y trató de coger el móvil de la cómoda. El edredón se le enredó en las piernas y Sophie cayó al suelo con un golpe seco. Sophie se levantó de la cama, maldiciendo en voz baja.

—¡Mierda! *Mierda, mierda, mierda.*

Cogió el teléfono y llamó a Mac mientras corría hacia la puerta. Mientras metía los pies en las botas desatadas, Sophie recordó la pistola eléctrica que Mac le había dado la noche del incidente de Coit Tower.

—Hola, Soph. Te has levantado temprano...

—Acabo de soñar con Blancanieves —dijo Sophie, interrumpiendo a Mac—. Está siguiendo a un chico, creo que ahora mismo... en realidad, a dos chicos. Reconocí la panadería donde estaba. Está a solo unas manzanas. Se dirigía al callejón detrás de la panadería Los Tres Cerditos en Market Street. Tengo que detenerla.

Al entrar en la cocina, Sophie abrió el cajón de los trastos y cogió la pistola eléctrica.

—¡No te atrevas a ir tras ella! Es demasiado peligroso —bramó Mac—. Voy a coger mis llaves y me dirigiré hacia allá ahora mismo.

No intentes interceptarla. Quédate en casa. Yo me encargo.

—Tengo que hacerlo. No voy a enfrentarme a ella. Solo voy a seguirla. Tengo que asegurarme de que no haga daño a nadie más. Soy la única que sabe cómo son los tipos que busca. Tendré cuidado, lo juro.

Salió corriendo por la puerta de su apartamento y bajó por la estrecha escalera, Sophie tuvo que apartarse el teléfono de la oreja mientras Mac le despotricaba en voz alta.

Salió corriendo por la puerta principal de Cafecita y escondió la mano que sujetaba la pistola eléctrica bajo la blusa del pijama. Sus pies resbalaron sobre la acera mojada por la lluvia mientras Sophie se daba la vuelta y corría en dirección a la panadería Los Tres Cerditos, corriendo tan rápido como podía con sus botas sueltas. Por encima de su respiración jadeante, podía oír a Mac al otro lado de la línea ladrando órdenes a sus compañeros.

Finalmente, con una puntada extendiendo sus garras a lo largo de su costado derecho, Sophie divisó la intersección de Market Street más adelante.

—Ya casi he llegado a Market Street —le dijo Sophie a Mac, ralentizando sus pasos al llegar a la esquina. Al cruzar la calle, Sophie miró a ambos lados y vio el letrero de la panadería a lo lejos.

—Sophie, tengo varios coches convergiendo en ese lugar. Y voy para allá. Detente y espérame —trató de decir Mac, con desesperación y frustración en el tono. Sophie podía oír el tráfico a través del teléfono, así que sabía que él estaba en un coche, dirigiéndose hacia ella.

—Tendré cuidado. Solo voy a echar un vistazo. Voy a ver si localizo a Rapidín o a su amigo. Ni siquiera me verán.

—¿Rapidín? ¿De qué demonios estás hablando?

—Así es como ella llama al tipo que está siguiendo. Estaba siguiendo a Rapidín y a un amigo suyo. Se separaron. Rapidín entró en la panadería, así que ella siguió al otro tipo por la esquina de la tienda hasta un callejón. Dile a los otros policías que apaguen sus sirenas y entren en silencio. No quiero que les alerten de nuestra presencia. Necesito encontrarlos para averiguar quién es Blancanieves, pero no quiero que sepa que vamos tras ella.

—Este no es mi primer día en el puto trabajo, Soph. Todos van en coches sin matrícula y vestidos de civil. Dame una descripción de

ambos hombres para que mi equipo sepa qué buscar.

Sophie caminó por Market, mirando con cuidado en cada tienda a su paso, describiendo a Rapidín y a su compinche. Redujo la velocidad de sus pasos al llegar a la panadería Los Tres Cerditos. Usando el teléfono y su mano para ocultar la mayor parte de su rostro, Sophie miró hacia el escaparate, tratando de localizar a Rapidín. Aunque había varios clientes dentro de la tienda, ninguno de ellos era un musculitos de pelo negro.

—Rapidín no está en la panadería —susurró Sophie en su teléfono —. Voy a pasar por el callejón a ver si hay alguien.

—Maldita sea, Soph. Ya casi he llegado.

Al pasar por la esquina de la panadería, Sophie se bajó de la acera y fingió echar un vistazo casual al oscuro callejón. La pálida luz acuosa destacaba un contenedor mugriento, unas cuantas cajas y un montón de bolsas de basura negras llenas hasta los topes. Los vehículos pasaban por el extremo del callejón, silenciados por la distancia, donde el estrecho pasaje se derramaba sobre Mission Street.

—Mierda. Está vacío. No hay nadie —susurró Sophie furiosa a Mac.

Un sonido suave y traqueteante, como el gemido de una vieja casa asentándose, captó su atención.

—Espera. He oído algo.

Algo en aquel ruido silencioso erizó todos los pelos del cuerpo de Sophie. El sonido de la voz de Mac se desvaneció mientras ella centraba toda su atención en el sombrío espacio que se cernía frente a ella. Paso a paso, Sophie se adentró en el callejón. Agarrando su pistola eléctrica como si fuera un salvavidas, pasó sigilosamente junto al montón de basura y se acercó al contenedor.

Otro sonido grave seguido de un crujido. Sophie se agachó y echó un vistazo al contenedor. Se encontró cara a cara con la gruesa suela de goma de una bota. Sus ojos recorrieron el zapato hasta un par de piernas vestidas con vaqueros oscuros, y luego un pecho cubierto de sangre. Sophie se movió antes de que su mente se diera cuenta de que estaba mirando al amigo de Rapidín. Desplomado contra un mugriento muro de hormigón, el hombre se agarraba el cuello destrozado mientras la sangre se derramaba sobre sus dedos, mirando a Sophie con pavor. Sus ojos color avellana giraban aterrorizados como los de un caballo asustado, y el blanco de sus ojos iluminaba a

Sophie desde la penumbra.

Sorteando viejos envoltorios de comida y basura manchada, Sophie cubrió las manos del hombre con las suyas en un intento inútil de detener la sangre que se filtraba por sus dedos. Sophie podía oírse a sí misma gritando a Mac que enviara una ambulancia en una parte desprendida de su cerebro. La voz de Mac le llegó desde donde había dejado caer el teléfono, pero no pudo entender lo que decía.

—Estás bien —dijo Sophie, mintiendo al moribundo que tenía delante—. Te vas a poner bien. Te llevaremos al hospital y te curarán. Quédate aquí conmigo, ¿vale?

Mientras Sophie seguía murmurando palabras tranquilizadoras al hombre, vio cómo sus párpados empezaban a caer y la sangre que fluía por sus dedos empezaba a disminuir.

—¡No, no, no! —Sophie gritó mientras el hombre se ponía de lado en sus brazos—. ¡Mac! Se está muriendo.

Cuando el hombre se desplomó hacia un lado, Sophie intentó sujetarlo desesperadamente, pero era un peso sólido en sus brazos, arrastrándolos a ambos hacia el suelo.

Un rugido ensordecedor procedente del otro extremo del callejón hizo que Sophie levantara la cabeza. El ruido se extendió por el pasadizo hacia ella, mientras Rapidín venía cargando desde la parte trasera de la panadería y se dirigía directamente hacia Sophie.

—Esto no es lo que parece —intentó gritar Sophie, levantando las manos ensangrentadas, pero la marea de su rugido le apagó la voz. Sophie se puso en pie y consiguió coger la pistola eléctrica que estaba junto a los pies del hombre ya muerto.

—¡Perra! Te voy a matar —chilló Rapidín, su voz rugiente terminó en un aullido.

Bramando, con los dientes enseñados en un rictus de rabia, Rapidín galopó hacia ella. El tiempo se ralentizó para Sophie mientras observaba, paralizada por la sorpresa, cómo sus dientes crecían y se afilaban en su boca: demasiados dientes en una boca cada vez más ancha. Un sabor agrio llenó la boca de Sophie y su respiración se entrecortó en sus pulmones.

La muerte se abalanzaba sobre Sophie, y la mísera pistola eléctrica que tenía en la mano extendida no iba a detenerla. Retrocediendo un poco más, Sophie cayó sobre las piernas del muerto y se agarró a un lado del contenedor oxidado y viscoso.

Un destello de movimiento con el rabillo del ojo fue todo el aviso que Sophie recibió antes de que un cuerpo se interpusiera entre ella y una muerte inminente. Sophie se sintió aliviada al reconocer el cabello castaño despeinado de Mac, pero reafirmó su columna vertebral, se puso en pie y preparó la pistola eléctrica.

Un gruñido largo y despiadado brotó de los labios de Mac mientras apuntaba con su arma a Rapidín. Por un momento, Sophie pensó que Rapidín iba a seguir cargando contra ellos a pesar del arma, pero vio el momento en que sus procesos de pensamiento superior volvieron a encenderse en sus ojos.

Rapidín se detuvo en seco, a escasos centímetros de Mac, casi chocando contra él. Con solo un palmo de espacio entre ellos, Rapidín gruñó justo en la cara de Mac, luego sacudió la cabeza hacia un lado para mirar a Sophie por encima del hombro de Mac. Tenía la mirada de un depredador hambriento avistando a su presa. Ella podía ver la promesa de muerte en sus ojos enloquecidos.

—Apártate, zorro. Esta perra asesinó a Roger. Como alfa, exijo justicia.

—No, Alphonse, Sophie no asesinó al miembro de tu manada. Ella trabaja conmigo. Ella me llamó, tratando de evitar que esto sucediera. Ella estaba tratando de ayudar.

—Nos estaba siguiendo. Sé cuando un humano me sigue —Sophie enarcó las cejas al ver cómo se mofaba de la palabra *humano*—. Roger y yo nos separamos para atraparla, y al doblar la esquina vi cómo asesinaba a Roger —bramó Alphonse, señalando el cuerpo de Roger, desplomado junto al contenedor.

Ambos hombres se enfrentaron, mirándose con desprecio a la cara, con agresividad en cada línea de sus tensos cuerpos. Sophie observó, fascinada y horrorizada, cómo sus rostros se movían lentamente, cómo sus bocas empezaban a alargarse y sus afilados dientes se mostraban en gruñidos.

¿Eran cada vez más altos? ¿Y más voluminosos?

—Eh, chicos… —empezó a decir Sophie, preocupada de que ambos hombres estuvieran a punto de volverse peludos en pleno día. Al menos estaban parcialmente ocultos del tráfico de la calle por su ubicación en el callejón.

—¿La viste asesinar realmente a Roger? ¿O la encontraste arrodillada sobre él, intentando detener la hemorragia? ¿Dónde está el

arma homicida? Además, ¿viste la cara de la mujer que te seguía? No hay forma de que pudieras porque sabrías que no era Sophie. Una mujer podría haberte seguido y haber matado a Roger, pero esa mujer no era Sophie —gruñó Mac, acercándose al otro hombre y poniéndose justo en su cara—. Huele el aire. Hay dos olores distintos.

—Apenas puedo oler nada por encima de toda esta basura.

Pero Alphonse volvió la nariz al aire, respirando lentamente varias veces. Alejándose de Mac y acercándose al cuerpo de Roger, Alphonse se inclinó sobre su amigo muerto, moviendo la cabeza de un lado a otro y agitando las fosas nasales. Sus movimientos eran escalofriantes. Sophie intentó inútilmente olfatear también el aire, pero lo único que pudo detectar fueron los olores de los productos de panadería con levadura y las albóndigas al vapor del local de enfrente mezclados con el hedor putrefacto que salía del contenedor.

—¡Policía! ¡Quietos! Manos arriba —ladró un coro de voces detrás de Sophie.

Sacudiendo las manos sobre la cabeza, Sophie miró por encima del hombro para ver a media docena de policías uniformados, con las armas desenfundadas, apuntándoles.

—De rodillas —bramó un policía especialmente corpulento cuando el grupo se abalanzó sobre ellos. Sophie cayó de rodillas como si le hubieran cortado los hilos de la marioneta.

Arrodillada en lo que rezó para que fuera una mancha de aceite y no algo repugnante, Sophie hizo una mueca cuando el líquido frío y húmedo empapó las rodillas de sus pantalones de pijama favoritos. Sin saber si debía quedarse quieta o no, Sophie observó desde su posición arrodillada cómo Mac mostraba su placa a sus compañeros y empezaba a explicarles la situación.

—Señorita, ya puede levantarse. Vamos a que la revisen —dijo el fornido policía en un tono mucho más amistoso, acercándose a Sophie y tendiéndole una mano de ayuda.

—No, déjala ahí —ladró de repente Mac desde donde hablaba con otros policías—. Quién sabe en qué líos se meterá ahora que se pare.

—Jaja, qué gracioso eres, detective cabeza de pito. No le hagas caso. Siempre está intentando ponerme de rodillas —aconsejó Sophie, sonriéndole al agente repentinamente sonrojado. Meneando el codo doblado hacia el hombre, Sophie consiguió que el agente la agarrara del brazo y la pusiera en pie, ya que la sangre cubría ambas manos.

El caos reinaba alrededor de Sophie. Las luces intermitentes de una ambulancia llenaban el oscuro callejón, brillantes y chillonas. Varios paramédicos atendían a Roger en un vano intento de reanimarlo. Alphonse hablaba con dos agentes a un lado, irradiando agresividad. Los dos agentes aguantaban, pero sus hombros encorvados mostraban lo que les estaba costando. Los ojos de Alphonse se clavaron en los de Sophie y la atraparon con su rabia. Cuando su labio se levantó en un gruñido parcial, Sophie le dio la espalda, no queriendo darle la satisfacción de verla acobardarse.

—Señorita, ¿está herida?

Una suave mano en su brazo hizo que Sophie se sobresaltara. Sacudió el codo para zafarse del suave agarre y se giró para decirle lo que pensaba a la persona que la había asustado. Pero una mirada al amable paramédico, y las palabras murieron en su lengua.

—Estoy bien. Gracias —le dijo Sophie. Levantó los brazos cubiertos de sangre y explicó—: Nada de esto es mío.

Otro agente se acercó y tomó una muestra de sangre de sus manos con un hisopo. Una vez satisfecho con sus muestras de pruebas, el paramédico le dio a Sophie unas toallitas húmedas para que se quitara la sangre seca de las manos. Sophie hizo una mueca al ver la sangre incrustada bajo sus uñas que solo un buen restregado podría eliminar.

—Detective Volpes, señorita Feegle.

Al girarse de nuevo, sintiéndose un poco como una peonza, Sophie vio al jefe Dunham entrando a grandes zancadas en la zona. Tenía la boca fruncida por la irritación bajo su poblado bigote.

—Papá Noel parece molesto. Maldita sea, ahora seguro que este año me toca carbón —susurró Sophie para sus adentros y, a continuación, soltó una carcajada inoportuna.

—¿De qué te ríes, perra? ¿Te parece gracioso? —le gruñó Alphonse desde el otro lado del callejón.

—Escucha, imbécil, estoy estresada. Ha sido un día de mierda. ¿Dónde *estabas* cuando...? —las palabras de Sophie se interrumpieron cuando Mac le tapó la boca con la mano, amortiguando el resto de lo que intentaba decir.

—Será mejor que tengas cuidado —amenazó Alphonse a Sophie.

—No me amenaces por pasar un buen rato, imbécil —dijo Sophie, apartando la mano de Mac de su boca, poniendo los ojos en blanco ante lo ridículo de toda la situación.

—Atrás, Alphonse. No la amenaces. Intentaba salvarle. Se lo debes.

—Es humana. No le debo nada —Alphonse la apuntó con un dedo, con los músculos de la mandíbula apretados. Los ojos de Sophie se abrieron de par en par cuando se dio cuenta de que el dedo tenía una larga garra en lugar de una uña normal. Alphonse giró sobre sus talones sin decir una palabra más y se dirigió tras un agente de policía al coche que le esperaba.

—¡Qué idiota! —se quejó Sophie en voz alta.

—¡Dios mío! ¿Podrías quedarte callada? —dijo Mac exasperado, levantando las manos—. ¿No viste que apenas se aferraba a su forma humana? Juro que golpearías a un león con un palo solo para ver qué pasaba.

—¡¿Yo?! Él empezó.

—¿Eres una niña de seis años? No te enemistes con el alfa de la manada de lobos más grande y peligrosa de la ciudad. Me vas a sacar canas.

—Serías un zorro plateado muy sexy —dijo Sophie, sorprendiéndose a sí misma con la broma. Intentó acallar una risita ahogada, pero perdió la batalla—. ¿Lo pillas? Eres un zorro.

Mac dio un suspiro derrotado y se pellizcó el puente de la nariz. Al soltarse la nariz, Mac miró a Sophie con desprecio.

—Ahora no es momento para tus bromas. Estoy tan molesto contigo que no puedo pensar con claridad. ¿En qué estabas pensando? Te *dije* que no te entrometieras.

—¿Qué hubieras querido que hiciera, eh? ¿Quedarme en casa y dejar morir a ese tipo?

—¡Sí! Eso es exactamente lo que deberías haber hecho. Tenías que mantenerte al margen.

—¡Mantenerme al margen! —Sophie gritó—. ¡Bueno, no puedo hacer eso! No puedo quedarme sentada mientras la gente sigue muriendo. Yo no soy así. Por lo que está pasando, tengo un asiento en primera fila para ver morir a la gente. Soy la única que puede evitar que estas cosas sucedan.

—No puedes seguir corriendo hacia el peligro. Vas a salir herida. O algo peor. Solo eres una...

—Si dices que solo soy una humana, te daré una patada en los huevos tan fuerte, que te saldrán por las fosas nasales.

—Iba a decir civil —replicó Mac—. Pero sí, también eres una

humana. Si Alphonse te hubiera puesto las manos encima, te habría hecho pedazos. No puedes seguir arriesgándote.

—¿Ya terminaste? —preguntó una voz seca. Con la boca aún abierta, en medio de la discusión, tanto Sophie como Mac se giraron para ver a Dunham de pie junto a ellos, con los brazos cruzados, dándose golpecitos impacientes con un dedo en el bíceps.

A pesar de su más ferviente deseo, el asfalto no se abrió y se tragó entera a Sophie cuando se dio cuenta de que ella y Mac habían estado discutiendo delante del jefe de policía. Se había olvidado de su existencia, centrada únicamente en Mac.

—Alphonse estaba amenazando a Sophie —le dijo Mac a Dunham, sin reconocer la pelea ni el comentario en color de Dunham.

—Sí, lo oí por casualidad. No te preocupes por el alfa. Yo me ocuparé de él. Me aseguraré de que entienda que Sophie está bajo la protección del departamento.

Mac no parecía convencido, pero no dijo nada más.

Cuando la adrenalina empezó a desaparecer de Sophie, se dio cuenta del frío que tenía. Tenía la ropa mojada y temblaba, así que se abrazó el torso para intentar entrar en calor. Su camiseta de tirantes estaba pegada a su piel como un papiro por la lluvia. La fina llovizna le había empapado la ropa, dejándola fría y desaliñada. Intentó apartarse el pelo de la cara, pero lo tenía apelmazado, pegado a la cara y al cuello.

—Me gustaría que ambos volvieran a la comisaría. Quiero una reunión para que podamos discutir y documentar lo que ha pasado aquí. También me gustaría salir y dejar la escena para que la procese el equipo forense —les ordenó Dunham.

—Podemos reunirnos allí. Tengo que ponerle ropa seca a Sophie y luego nos vemos en el cuartel general —respondió Mac.

Dunham acusó recibo de la petición con una inclinación de cabeza. Giró sobre sus talones y dio órdenes a cada uno de los policías que salían del callejón.

El áspero chirrido de una cremallera, excesivamente ruidoso en el callejón, recorrió la espina dorsal de Sophie con las puntas de los dedos llenas de temor. Al girar la cabeza, Sophie vio cómo los paramédicos terminaban de meter un cadáver en una bolsa negra que le resultaba familiar. La frustración le subió por la garganta. Se sintió invadida por el deseo de golpear algo. Miró al contenedor con los ojos

entrecerrados. Golpear el contenedor no cambiaría la última media hora, por muy satisfactorio que le resultara, y probablemente le valdría una evaluación psicológica.

La caída de algo pesado sobre sus hombros hizo que Sophie se sobresaltara y se alejara bruscamente. Al darse la vuelta con los puños en alto, Sophie se encontró con Mac de pie detrás de ella, con las manos levantadas en señal de capitulación. Al mirarse, Sophie se dio cuenta de que le había puesto la chaqueta sobre los hombros.

—Parecía que tenías frío.

—No pasa nada. Me has pillado por sorpresa.

Mac cogió las solapas de la chaqueta y atrajo a Sophie hacia sus cálidos y secos brazos.

—¿Llamas? —preguntó Mac.

—¿Eh?

Mac enarcó una ceja hacia el pijama de Sophie, sus ojos se arrugaron con humor, su discusión quedó olvidada por el momento.

—Estaba durmiendo. No tuve exactamente tiempo de arreglarme —resopló Sophie, defendiendo su sencilla camiseta de tirantes y sus pantalones de franela de color verde azulado cubiertos de llamas de dibujos animados haciendo posturas de yoga—. Además, son cómodos y súper suaves.

—Ya lo creo —ronroneó Mac, haciendo que Sophie agachara la cabeza. Con una sonrisa pícara, metió los brazos de Sophie en su chaqueta y le subió el cuello para que no le cayera la lluvia en el cuello—. Pero en serio, ¿estás bien?

—Supongo. Estoy asustada. Y me molesta haber llegado tarde.

—No podrías haber llegado más rápido. No podías haber hecho nada —le aseguró Mac, tirando de Sophie para abrazarla.

El callejón no era acogedor ni mucho menos. Era frío, húmedo y arenoso. Olía a basura empapada, aceite de cocina rancio y sangre. Pero cuando Sophie apretó la nariz contra el cuello de Mac, en el espacio cálido e íntimo de la base de su cuello, se sintió envuelta en calidez.

—Vamos, hellraiser. Puedo hacer que uno de los chicos nos lleve a tu casa en su coche.

—¿Te importa si vamos caminando? Por mucho que a Birdie le gustara verme en la parte de atrás de un coche de policía, prefiero caminar.

Con un movimiento de cabeza, Mac cogió una de las manos de Sophie. Entrelazó sus dedos y sacó a Sophie de la penumbra del callejón.

Capítulo 9

Sophie nunca se había alegrado tanto de no encontrarse con Birdie. Normalmente, estaba deseando ver a su traviesa vecina, pero no tenía ni idea de cómo le habría explicado por qué había estado corriendo bajo la lluvia vestida solo con su pijama. Respirando aliviada, Sophie cerró la puerta de su apartamento, aislando al resto del mundo de ella y de Mac.

—Voy a darme una ducha —anunció Sophie, dirigiéndose a su dormitorio para coger ropa limpia. Mac se aclaró la garganta, haciendo que Sophie se detuviera y lo mirara con una ceja levantada.

—El equipo forense va a querer tu ropa —dijo Mac, entregándole a Sophie una bolsa con un encogimiento de hombros de disculpa.

—¿Incluso los zapatos?

Cuando Mac asintió, Sophie se quejó,

—Oh, vaya. Son mis favoritos. ¿Me los devolverán?

—Con el tiempo —fue toda la respuesta que Mac le dio.

Las tuberías sonaron y gimieron cuando Sophie giró el pomo de la ducha hasta el tope. Sophie metió los zapatos y la ropa arrugada y húmeda en la bolsa y se metió en el chorro de agua que salía de la ducha. Apenas estaba tibio. Tuvo una breve pero vívida fantasía de estrangular a Moe, su casero. El cabrón tacaño se negaba a mejorar algo en Cafecita, a pesar de que el calentador de agua estaba en las últimas.

—Voy a imaginar que está caliente… —murmuró Sophie, cogiendo su champú y restregándose agresivamente el pelo.

Menos de una hora después, Sophie se encontraba sentada en el cubículo de Mac, sorbiendo una taza de poliestireno de lo que Mac llamaba "café". Sophie sospechaba que lo que había en su taza estaba más relacionado con lodo tóxico.

—¿Así es como se consigue que los criminales confiesen sus

delitos? ¿Torturándolos con alquitrán quemado que simula ser café?

—Esto no es nada. Espera a que pase un par de horas más en la cafetera. Una vez que salga como melaza espesa y contaminada, lo usamos para torturar a los criminales —Mac mostró una sonrisa lobuna a Sophie antes de dar un gran sorbo a su taza de café.

—¿A qué estamos esperando?

—Estamos esperando al jefe. Quiere estar allí cuando prestes declaración. Y una vez que Dunham haya terminado con Alphonse, querrá hablar contigo —dijo Mac, señalando con la cabeza hacia el despacho del jefe, desde donde se oía la voz airada de Alphonse a través del zumbido de la oficina.

—¿Qué dice Alphonse? No entiendo nada.

—Está haciendo el papel de imbécil de siempre. Se queja y se pavonea como si pensara que todo el mundo debería inclinarse y agradecerle su presencia. Le gusta demasiado el sonido de su propia voz.

Apartando la vista del despacho de Dunham, Sophie miró por el banco de grandes ventanales de cristal que daban a la bahía. Admiró la vista del agua centelleante de la bahía con Oakland a lo lejos que Mac y sus compinches disfrutaban cada día.

Las persianas del despacho de Dunham estaban abiertas, así que todos los presentes observaron cómo Alphonse se paseaba por el despacho, gritando y agitando los brazos en su excitación. La expresión de rabia y desdén en el rostro del hombre permitió a Sophie vislumbrar a la persona que se ocultaba bajo su atractivo aspecto.

—¿Conoces bien a Alphonse?

—No muy bien, pero como detective de la división Mística, tengo que tratar con él a menudo. Su manada todavía se aferra a las viejas formas de jerarquía de los depredadores, así que he tenido que lidiar con un montón de peleas de dominación que han ido demasiado lejos. Creo que se cree una especie de señor de la guerra. Francamente, es un imbécil fanfarrón con complejo de Dios. Y como soy un metamorfo zorro, no un verdadero metamorfo apex, actúa como si yo fuera algo que raspó de su bota. No lo soporto, pero tengo que mantener la compostura como agente de policía. Además, tiene mucha influencia en el Cónclave. Su manada es la más grande de la zona, lo que significa que tiene mucho poder. Así que intenta no molestarle demasiado, hellraiser.

—¿Quién, *moi*? —Sophie se llevó la mano al pecho con fingida inocencia.

Cuando Mac no respondió, Sophie levantó la vista y vio una expresión extraña en su rostro. Estaba mirando algo detrás de Sophie.

—¿Qué es? —preguntó Sophie, empezando a mirar por encima del hombro para ver qué había captado su atención.

—No lo hagas —susurró Mac, inclinándose hacia delante para poner una mano tranquilizadora en el brazo de Sophie—. Es Marcella, del Cónclave. No quiero que te vea aquí y descubra que eres nuestra vidente. Ya te ha visto en la Coit Tower y podría empezar a atar cabos.

—Dudo que me recuerde de la Coit Tower. En aquella época, nadie prestaba mucha atención a la mísera humana que había entre ellos.

Aun así, Sophie se hundió en su asiento, observando la cara de Mac mientras seguía los pasos de Marcella por el despacho. Los ojos de Mac se entrecerraron al verla dirigirse directamente hacia el despacho de Dunham. Con la taza de café delante de la cara a modo de escudo parcial, Sophie miró por encima del hombro a través de una cortina de pelo. Los rasgos afilados y angulosos de Marcella y su comportamiento hacían pensar a Sophie en un ave rapaz. Ella y un hombre vestido con una larga bata gris entraron en el despacho de Dunham sin detenerse siquiera a llamar. Cuando el hombre que acompañaba a Marcella le abrió la puerta, Sophie le echó un vistazo a la cara. Se parecía a todos los magos descritos en las novelas de fantasía, con rasgos demacrados, nariz puntiaguda y barba gris desaliñada. Incluso tenía profundas ojeras. Recorrió la habitación como si mirara a lo lejos, sus ojos lo captaban todo pero no se fijaban en nada. Luego, sin decir palabra, giró sobre sus talones y siguió a Marcella hasta el despacho. Aquel hombre recordaba a un palo nudoso, delgado y enclenque, pero con un núcleo de fuerza.

—¿Quién es el Gandalf? Nunca he visto a nadie llevar una capa así en la vida real.

—No lo se. Basándome en ese atuendo, supongo que son Fae. A algunos les gusta vestirse como si fueran extras de *El Señor de los Anillos*. Sea quien sea, nunca lo había visto —Mac observó, con el ceño fruncido, cómo el mago se inclinaba y susurraba algo al oído de Marcella. Marcella devolvió la mirada al hombre, con los ojos oscuros y penetrantes como los de un cuervo.

Sophie y Mac espiaron a Marcella y a su acompañante mientras hablaban con Dunham y Alphonse. Lo que fuera que estuvieran diciendo pareció calmar por fin a Alphonse. El mago misterioso intentó acariciar el hombro de Alphonse, pero éste se encogió de hombros con una mueca de desprecio.

—¿Crees que se habrá dejado el bastón de madera en casa? ¿Quién va a detener al Balrog?

—Eres *tan* nerd —replicó Mac poniendo los ojos en blanco.

El grupo dentro de la oficina de Dunham habló durante unos minutos más antes de que Alphonse saliera con Marcella y el Viejo Barba Gris pisándole los talones. Dunham llamó a Alphonse, recordándole que debía prestar declaración formal ante el detective Turner. Turner salió de su cubículo como un perro de la pradera demasiado entusiasmado y le hizo señas a Alphonse para que se acercara a su mesa.

—La verdad es que no me cae bien —murmuró Mac mientras Alphonse miraba el cubículo de Turner con evidente desdén antes de sentarse frente a él.

—Yo también estaría molesta si acabaran de asesinar a uno de mis amigos.

—Uno pensaría que por eso está siendo un imbécil, pero no. Siempre es así.

—Sí, no es exactamente Miss Simpatía, ¿verdad? —susurró Sophie mientras Alphonse le hacía un gesto imperioso con la mano a Turner para que empezara con la entrevista—. Si Blancanieves iba tras él, ¿significa eso que Alphonse es un asesino en serie? Quiero decir, parece una extraña coincidencia que el otro día tuviéramos en la morgue a ese tipo que un grupo de lobos había asesinado. ¿Crees que Alphonse y su gente mataron a ese tipo y por eso Blancanieves iba tras él?

—Es ciertamente posible. No quiero poner demasiadas conjeturas en esta situación porque cuando empiezas a hacerlo, tu sesgo puede hacer que empieces a ajustar los hechos para confirmar tu hipótesis. Y yo ya tengo muchos prejuicios contra Alphonse. Por ahora, me inclino por Roger como su objetivo, ya que fue él quien fue despedido. Voy a ver qué puedo averiguar sobre él. A ver si hay algún esqueleto en el armario de Roger. O podríamos estar completamente equivocados sobre los motivos de Blancanieves. Todo son especulaciones en este

momento. Dunham quiere vernos —dijo Mac, dirigiendo la atención de Sophie hacia Dunham, que estaba en la puerta de su despacho, haciéndoles señas para que se acercaran.

Sophie tomó uno de los dos asientos que había frente al imponente escritorio de madera que ocupaba el centro de la sala. El escritorio era una enorme losa de caoba diseñada para intimidar a cualquiera lo bastante desafortunado como para encontrarse frente a ella. Sophie observó que la silla en la que se sentaba Dunham era más grande y alta que la suya, de modo que Dunham las miraría desde arriba una vez sentado. Todo el despacho parecía diseñado para poner a los demás en desventaja.

Cuando Dunham cerró por fin las persianas que daban al toril, Sophie miró por la ventana la vista de la bahía. Los cielos oscurecidos por el tiempo habían convertido el azul intenso habitual del agua en un gris peltre agitado.

Dunham se sentó detrás de su escritorio con un suspiro. Sophie no lo conocía bien, pero parecía un poco agotado. Imaginó que días como hoy eran la razón por la que algunas personas guardaban botellas de whisky escondidas en el cajón de su escritorio.

Dunham se colocó unas gafas bifocales de media luna en la nariz y empezó a teclear en el ordenador con una mirada de absoluta concentración.

—¿Quién era el viejo? —las palabras salieron de la boca de Sophie antes de que pudiera pensar en censurarlas.

—¿Eh? —respondió Dunham, mirando a Sophie desde su ordenador.

—El tipo que estaba con Marcella, ¿quién era? Parecía importante.

—Era Bramwell. Es el Senescal —respondió Dunham, con la atención puesta de nuevo en la pantalla del ordenador.

—¿Bramwell? Nunca he oído hablar de él. ¿Cuál es su apellido? —Mac intervino, inclinándose hacia delante y apoyando los antebrazos en el escritorio de Dunham.

—¿Y qué es un Senescal? —intervino Sophie.

—Si Bramwell tiene apellido, no sé cuál es. Es simplemente Bramwell. Su trabajo es velar por los intereses de la Reina Fae en este reino. No sé lo que eso implica. Francamente, solo trato de mantenerme fuera del radar del Cónclave. Ninguna noticia es buena cuando se trata del Cónclave.

—Eso no es jodidamente siniestro ni nada —le murmuró Sophie a Mac, que soltó una risita como respuesta. Dunham respondió con una mirada divertida.

—¿Por qué estaba aquí el Senescal? ¿Deberíamos preocuparnos? —preguntó Mac.

—Yo no me preocuparía si fuera tú. Creo que el magistrado Venturi y Bramwell estaban juntos cuando Alphonse llamó a Marcella en un ataque de nervios por el asesinato de Roger Lammar. Lo último que necesitamos es que el alfa de la manada más grande de la zona se ponga furioso, así que ella fue a calmarlo —dijo Dunham encogiéndose de hombros—. La presencia del Senescal aquí fue solo una coincidencia. Yo no me preocuparía por Bramwell.

Para ti es fácil ser tan indiferente, pensó Sophie con amargura. *No es tu trasero el que todos persiguen.*

Pasando por alto las persistentes preocupaciones de Sophie, Dunham hizo que Sophie registrara los acontecimientos del día. La hizo repasar paso a paso su sueño, luego su alocada carrera bajo la lluvia y, por último, el descubrimiento del cadáver de Roger detrás de la panadería.

El respeto de Sophie por Dunham crecía a medida que él la detenía periódicamente para hacerle preguntas, ayudándola a recordar detalles que inicialmente había descartado u olvidado. Una vez que Dunham terminó de grabar los recuerdos de Sophie, Mac y él trabajaron juntos para crear una segunda declaración policial aséptica que se utilizaría para el registro público. En ese documento no se mencionaban los sueños, Blancanieves ni ningún otro elemento mágico no humano. Según la versión fuertemente editada de los hechos, Sophie pasaba por una callejuela cuando le llamaron la atención unos movimientos sospechosos en un callejón oscuro. Se dio cuenta de que alguien estaba siendo atacado y corrió hacia el callejón mientras llamaba a su amigo Malcolm Volpes, agente de policía de la SFPD. Sus gritos ahuyentaron al agresor. Todo ocurrió tan rápido que Sophie no llegó a ver bien al asesino. El informe sugiere que Sophie interrumpió un robo que salió mal.

—¿Te dijo Alphonse lo que vio? ¿Pudo ver a Blancanieves? —Mac le preguntó a Dunham una vez que terminaron y entregaron el informe.

—Alphonse dijo que él y Roger empezaron a sospechar que les

seguían cuando salieron del BART en la estación de Civic Center. No vieron a nadie en concreto; Alphonse solo dijo que tenía un presentimiento. Hizo que Roger se dirigiera al callejón, y él iba a atravesar la panadería y salir por la puerta trasera. El plan consistía en atrapar a la persona que se interpusiera entre ellos detrás de la tienda, donde no pudieran ser observados. Podría haber funcionado si el dueño de la panadería no hubiera parado a Alphonse y le hubiera molestado mientras intentaba colarse por la cocina.

Mac canturreó pensativo, mirando fijamente al techo de baldosas.

—¿Vio Alphonse a Blancanieves?

—Tal vez. Cuando estaba dentro de la panadería, vio una figura pequeña con ropa oscura que se quedó un momento fuera. Dijo que parecía que buscaban a alguien dentro. Supuso que le buscaban a él. No pudo ver bien a su acosadora, pero pensó que era una mujer. Llevaba ropa oscura, una chaqueta abultada y el pelo oculto bajo un sombrero. Cuando le pregunté qué había visto, Alphonse admitió que creía que era una mujer, pero podría haber sido un adolescente o un hombre bajito.

—¿Deberíamos contarle a Alphonse lo de Blancanieves? ¿Le avisamos de que puede estar en peligro? —preguntó Mac.

—No. Si tienes razón sobre el motivo de Blancanieves, entonces él o Roger han estado matando gente. Vamos a poner las vidas de Alphonse y Roger bajo un microscopio, y preferiría no avisar a Alphonse de nuestro escrutinio. No queremos que empiece a intentar cubrir sus huellas. Además, voy a poner a algunos de mis mejores exploradores sobre él. Ellos pueden protegerlo de Blancanieves y al mismo tiempo rastrear sus actividades. Además, después de lo que le pasó a Roger, Alphonse va a estar hipervigilante de todos modos. Fue un duro golpe para su ego que uno de los suyos fuera asesinado prácticamente delante de sus narices. Ya sabes cómo son los alfas —dijo Dunham poniendo los ojos en blanco.

En realidad, no lo sé, pensó Sophie*, pero puedo hacer conjeturas.*

—¿Y si Blancanieves ataca a Alphonse o a otro de sus compañeros de manada y no le advertimos de la posibilidad? ¿Cuál es nuestra responsabilidad? —preguntó Mac.

—Si las cosas se tuercen, yo me encargaré de ello. Además, le advertí de que otro Místico de la ciudad había sido asesinado recientemente de forma similar —Dunham se encogió de hombros

como si tener que lidiar con un peligroso y enfurecido hombre lobo alfa no fuera gran cosa.

—¿Hay alguna conexión entre Troy Weatherby y Alphonse, Roger o alguien de la manada del Distrito Sunset?

—Le pregunté a Alphonse si conocía a Weatherby. Dijo que no. Weatherby vivía en un territorio que se solapa con una esquina del territorio que reclama la manada de Alphonse, pero también lo hacen muchos otros Místicos. Le creí, pero lo comprobaremos de todos modos.

—¿Alphonse tiene enemigos? Ya sabes, ¿en caso de que esto no sea realmente lo que pensamos que es? —Sophie preguntó de repente.

—Es el alfa de la manada de lobos más grande de la ciudad. Además, es un gran imbécil. Sería más fácil encontrar gente que no tenga problemas con él que hacer una lista de todos sus enemigos.

El bufido ahogado de Dunham señaló su acuerdo con la contundente afirmación de Mac.

—¿Qué le dijiste sobre por qué Sophie estaba allí? —preguntó Mac.

—Le dije que Sophie pasaba por el callejón y vio a dos personas peleándose. Cuando se dio cuenta de que Roger había sido apuñalado, llamó al 911 y luego te llamó a ti.

—¿Te preguntó por qué Sophie sabía que tenía que llamarme?

—Sí, le dije que ustedes dos son pareja —dijo Dunham con una ceja levantada, retando a Mac a rebatir esa afirmación.

—¿Te creyó? —preguntó Mac en lugar de responder a la indicación tácita de Dunham.

—Sí, no tiene motivos para dudar de mí. Ahora tengo un montón de papeleo que hacer, así que pueden retirarse —dijo Dunham, volviendo su atención a la pantalla del ordenador.

—¿No vas a sermonear a Sophie sobre correr por la ciudad persiguiendo asesinos en serie fantasmas? ¿Te parece bien?

—Si alguna humana ignorante se hace pedazos por creerse más dura de lo que es, allá ella. A mí me fastidiará tener que lidiar con más papeleo, pero Sophie es adulta, y si quiere hacer alguna estupidez, ¿quién soy yo para interponerme? —dijo Dunham inexpresivo, dejando a Mac chisporroteando de indignación.

—¿En serio? —consiguió replicar Mac.

—Sí. Ahora váyanse. Pueden retirarse.

Mac se levantó de su asiento, con la espalda recta, y salió del despacho de Dunham como un robot agitado. Sophie se apresuró a seguir a Mac, dirigiendo una última mirada a Dunham mientras salía de su despacho, pero éste ya estaba encorvado sobre su escritorio con el ceño fruncido apuntando a la pantalla de su ordenador, con Sophie y Mac borrados de su mente.

Sophie siguió a Mac hasta su cubículo mientras él murmuraba en voz baja. Solo captó algunas palabras como “que se muera ese idiota” y “soy el único cuerdo aquí”. Sophie se tragó las ganas de reír, no quería poner a Mac más nervioso de lo que ya estaba.

Rápidamente metió unos cuantos objetos de su escritorio en una bolsa de mensajero.

—Quiero volver a la escena del crimen y echar un vistazo. ¿Puedo dejarte en casa de camino?

Cuando Sophie asintió, Mac la metió bajo el brazo y empezó a dirigirse hacia el ascensor.

—Te das cuenta de que soy adulta, ¿verdad? —preguntó Sophie, rodeando la cintura de Mac con un brazo y dándole un apretón.

Mac soltó un resoplido de agravio.

—Sí, lo sé, Soph. Siento haber actuado como un imbécil sobreprotector. Yo...

—¿Una humana, Volpes? ¿En serio? —gritó una voz. Al girar la cabeza, Sophie se dio cuenta de que su camino les había llevado a pocos metros de donde Alphonse estaba dando su declaración en el escritorio de Turner—. ¿No podías hacerlo mejor? Va a diluir un linaje ya de por sí débil —se mofó Alphonse. Mac se hinchó como un toro enfurecido, con agresividad en cada línea de su cuerpo tenso. Sophie le apretó el brazo antes de que dijera lo que ya se le estaba formando en los labios.

—No muerdas el anzuelo —susurró, pero no pudo resistirse a mirar con dureza al idiota xenófobo mientras se rascaba una ceja con el dedo corazón. Sin esperar la reacción de Alphonse, Sophie se dio la vuelta y tiró de Mac hacia el ascensor.

Capítulo 10

—¿Seguro que estás bien?

—Sí. Y si me lo vuelves a preguntar, te daré un puñetazo en la oreja —amenazó Sophie, cerrando el puño y sacudiéndoselo a Mac, bromeando solo en parte.

—Lo siento. No estoy intentando ser un grano en el culo; toda esta situación me tiene alucinado.

—Lo sé. Ninguno de los dos maneja especialmente bien el estrés —replicó Sophie, acercándose a la consola y apretando la mano que Mac tenía apoyada en el muslo. Antes de que pudiera retirarla, Mac giró su mano y entrelazó sus dedos.

—Quiero que empieces a tomar clases de defensa personal —anunció Mac—. Conozco a un par de personas que estarían dispuestas a enseñarte a luchar. La próxima vez que te enfrentes a un alfa enfurecido, necesito saber que puedes manejarte.

—De acuerdo.

—¿Qué? ¿No vas a discutir conmigo sobre esto?

—No discuto por todo —resopló Sophie—. He recibido algunas lecciones en el pasado, pero hoy definitivamente me demostraron que no eran suficientes.

Sophie pudo ver cómo la tensión se desprendía de los hombros de Mac ante su fácil aceptación. Sophie dio un apretón tranquilizador a la mano de Mac.

El resto del trayecto transcurrió en silencio, ambos ensimismados en sus pensamientos.

Cuando se acercaban a Cafecita, Sophie se frotó las sienes, intentando evitar un inminente dolor de cabeza.

—Oye, ¿puedes dejarme aquí? Tengo que comprar un par de cosas —preguntó Sophie, señalando el pequeño mercado que había a dos manzanas de su apartamento. Pensaba comprar un frasco enorme de aspirinas, una botella de vino barato y quizá algo de comida basura para compensar el día de mierda.

Después de unos minutos de besos lentos y narcotizantes y una

promesa extraída de llamar a Mac antes del trabajo esa noche, Sophie entró en la tienda con un poco de vigor renovado. Una sesión de besos era justo lo que necesitaba para recuperar su mal humor. El timbre de la puerta al abrirse hizo que la dependienta levantara la cabeza del teléfono en el que tenía metida la nariz y se girara para ver quién había entrado en sus dominios. Cuando vio a Sophie, la mujer mayor y regordeta dejó el teléfono sobre el mostrador y siguió el recorrido de Sophie por la pequeña tienda con los ojos entrecerrados y una mueca que distorsionaba su boca.

Sophie sabía exactamente lo que la mujer estaba haciendo: observar si Sophie iba a robar algo. Incluso en su momento de mayor pobreza, Sophie nunca recurrió al robo.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó la mujer con severidad, dirigiéndole a Sophie una mirada de pies a cabeza que transmitía sus pensamientos. Sophie curvó los dedos de los pies en sus zapatillas gastadas, deseando estar con sus botas favoritas. Estaba a punto de marcharse y llevar sus asuntos a otra parte. Había otra tienda a solo diez minutos a pie.

Sophie ignoró la pregunta y continuó con sus compras. Si la mujer pensaba que ahora tenía mal aspecto, Sophie debería volver con sus botas de combate desgastadas y su raída camiseta de Anarchy. Eso probablemente le quitaría unos cuantos años de vida a esa mujer tan prejuiciosa.

Recorrió rápidamente los pasillos, recogiendo sus compras con la mirada de la mujer clavada en su espalda. Sophie terminó rápidamente de comprar y dejó caer los artículos sobre el mostrador con estrépito, reprimiendo los comentarios que se le formaban en la boca. Solo quería llegar a casa y relajarse antes del trabajo, no empezar un enfrentamiento en el Mini-Súper. La mujer soltó un último *gruñido* antes de cobrar a regañadientes los artículos de Sophie. Sophie le dio la espalda a la dependienta y salió de la tienda con la cabeza bien alta. Sintió los ojos de la mujer clavados en ella mientras salía por la puerta. Justo antes de que la puerta se cerrara tras ella, Sophie levantó el dedo corazón hacia la cajera. El grito de indignación que la siguió le hizo sonreír.

Sophie volvió a casa dando pisotones, lanzando una diatriba de “puedo usar lo que quiera” y murmurando en voz baja sobre los maleducados y prejuiciosos dependientes de las tiendas. Debería poder

llevar vaqueros rotos y camisetas gráficas viejas sin que la señalaran como posible ladrona. Cuando llegó a Cafecita, ya se le habían ocurrido varias réplicas ingeniosas que le hubiera gustado utilizar con la cajera.

—Debería poder vestirme con harapos y que no me trataran como a una maldita delincuente —le dijo Sophie a la puerta de su apartamento mientras introducía la llave en el pomo arañado. La puerta guardó silencio sobre el tema, pero Sophie se dio cuenta de que estaba de acuerdo.

Se sirvió un buen trago de vino barato en la primera taza que encontró en el armario: una taza de café desconchada que había robado en un restaurante de mala muerte de su antiguo barrio. Sophie se tomó dos Advil con un suspiro de alivio, feliz de estar de vuelta en el santuario de Cafecita. Se dejó caer en el futón, subió los tacones a la destartalada mesita y abrió una bolsa de patatas fritas. *Mmmm, crujientes y saladas*, tarareó Sophie, mientras se acercaba para coger la novela romántica que había comprado a principios de semana en la librería de segunda mano de la calle Valencia. Tenía un gratificante número de corpiños rasgados y pechos abultados, suficiente para satisfacer la necesidad de evasión de Sophie.

Cuando se dio cuenta de que el libro no estaba en la mesa auxiliar donde creía haberlo dejado, Sophie gimió de fastidio. Debía de habérselo dejado en el casillero del trabajo por accidente. Enfadada, Sophie cogió uno de sus libros favoritos, muy gastado y con las páginas muy gastadas, de la pila que había en el suelo. La historia familiar era tan relajante como una manta caliente. Sophie se acurrucó en el sofá, dispuesta a unirse a Ender Wiggin para salvar al mundo de los bichos.

Tras una satisfactoria hora de lectura, Sophie recibió un mensaje de Mac en el que le comunicaba que no había descubierto nada nuevo en la escena del crimen. Sophie preparó una cena rápida a base de pasta e intentó comer mientras leía, pero no pudo volver a la historia. Después de leer el mismo párrafo por tercera vez y seguir sin asimilar las palabras, tiró el libro de bolsillo con resignación. Trazando con los ojos las grietas del techo de escayola, Sophie repasó la tarde en su mente, paso a paso, tratando de averiguar si había algo que podría haber hecho de otra manera para salvar a Roger Lammar.

—Deja de revolcarte en la autocompasión. Te vas a volver loca con

los “y si…” —anunció Sophie en voz alta. Levantándose del sofá, Sophie miró a su alrededor en busca de algún tipo de distracción—. Ya está. Tengo que salir de aquí.

Sophie cogió su bandolera y salió de su apartamento para dirigirse directamente a El Pulgarcito, el bar de al lado. Al entrar en el pub, el ruido del tráfico y de las obras se silenció y fue sustituido por el acogedor barullo de las conversaciones y la suave música que salía de unos altavoces ocultos.

Al oír el timbre, Burg echó un vistazo a la cara de Sophie y señaló con el dedo un taburete en el extremo opuesto de la barra, donde la iluminación era más tenue, lo que daba la ilusión de intimidad.

—¿Quieres una cerveza? —gritó Burg.

—Tengo que trabajar un rato —respondió Sophie, negando con la cabeza.

—¿Quieres una Lullaby Lady? —preguntó Burg con una sonrisa burlona. A Sophie le gustaba mucho la bebida que era el equivalente Místico de un Shirley Temple, una bebida para niños.

—No, necesito cafeína. Tomaré una Coca-Cola.

Burg arrojó un posavasos sobre la encimera frente a Sophie y depositó un vaso alto lleno hasta el borde de efervescente refresco de cola.

—¿Estás bien, Soph?

—Estoy bien. Ha sido un día largo y extraño, pero estoy bien —mintió Sophie, acercando el posavasos y dando un largo sorbo al vaso alto.

—Entonces… estamos bien, ¿no? —preguntó Burg tentativamente.

—¿Por qué no íbamos a estar bien?

—Bueno, no te he visto mucho últimamente. No desde que viste mi verdadera forma. Me preocupaba haberte asustado o algo así —respondió Burg, limpiando la encimera y sin mirar a Sophie a la cara.

—Burg —reprendió Sophie—. Me siento privilegiada por haber visto tu verdadera forma. Y no me has asustado ni nada por el estilo. Es que he estado muy ocupada con el trabajo, te lo juro. No te he estado evitando. Sigues siendo uno de mis mejores amigos.

—¿Sí? —Burg se detuvo, con la mirada perdida en el mostrador y miró a Sophie con ojos esperanzados.

—Lo prometo. El trabajo ha sido una locura. Bueno, y he estado viendo bastante a Mac —dijo Sophie. Se sintió gratificada al ver que la

expresión asustada de Burg desaparecía de su cara.

—¿Qué ha pasado en el trabajo que te tiene tan ocupada? ¿Están empezando a amontonarse los cadáveres? —se burló Burg, pero antes de que Sophie pudiera responder, alguien al final de la barra pidió que le rellenaran el vaso.

—Desde que escribí en el blog, he tenido tanto trabajo que estoy pensando en contratar a un segundo camarero a tiempo completo. Mi hermana me ayuda de vez en cuando, pero no puede trabajar tanto como yo necesito. Está muy ocupada con mis sobrinos —se quejó Burg antes de dirigirse al cliente sediento.

Quiero ver bebés ogros, pensó Sophie. Se imaginaba pequeños ogros verdes con adorables colmillos diminutos y grandes actitudes.

Burg se echó la toalla blanca al hombro y volvió junto a Sophie después de atender al cliente.

—Tengo una pregunta extraña —dijo Sophie cuando Burg se detuvo frente a ella—. ¿Conoces alguna de las manadas de lobos de la ciudad? Hoy he conocido al alfa de la manada del Distrito Sunset. Alphonse. ¿Le conoces?

—¿Alphonse? No le conozco personalmente, pero sé de él. Como me consideran territorio neutral, aquí vienen muchos metamorfos, sobre todo los que no tienen manada. No le conozco, pero he oído hablar de él.

—¿Qué has oído?

—Que es un imbécil —dijo Burg encogiéndose de hombros.

—Por lo que he vivido hoy, puedo confirmar que es indiscutiblemente un imbécil. Un gran imbécil. Pero, ¿es peligroso?

—Por supuesto. Es un Místico y el alfa de la mayor manada de metamorfos lobo de toda la ciudad. Todos los Místicos son peligrosos, al menos comparados con los humanos, y los alfas son más peligrosos que la mayoría. ¿Por qué lo preguntas? ¿Qué le ha pasado hoy?

Sophie se encogió de hombros, sin estar segura de cuánto debía compartir con Burg sus nuevas habilidades. Dunham le había dicho que no se lo contara a nadie, pero ella no se sentía especialmente obligada a seguir sus edictos.

—Conocí a Alphonse esta tarde. Estaba relacionado con el trabajo, así que no puedo decirte mucho. Solo quería saber tu opinión sobre él. ¿Es peligrosa su manada? ¿Has oído rumores raros sobre ellos?

—Su manada es peligrosa porque hacen prácticamente todo lo que

Alphonse les dice. Siguen la jerarquía de manada “tradicional”.

—¿Como una manada de lobos? ¿Qué quieres decir con jerarquía? ¿Como alfas y betas?

—Más o menos. El alfa está en la cima de la manada. Después están sus betas. Son el círculo íntimo, la mano derecha del alfa. Hacen cumplir las reglas del alfa, se aseguran de que todo el mundo siga la línea. Luego está el resto de la manada por debajo de ellos. Suele haber un estricto orden jerárquico que generalmente se establece a través de luchas de dominación. Así son la mayoría de las manadas de metamorfos, especialmente las de lobos y otros depredadores. Tratan de modelar su jerarquía en manadas naturales de lobos. Lo cual es hilarante porque no es así como funcionan las manadas de lobos en la naturaleza.

—¿No es así? Así es como yo pensaba que funcionaban.

—Allá por los años 40 algunos científicos estaban estudiando a los lobos y sus comportamientos. El problema era que estaban estudiando lobos mantenidos en cautividad. Tomaron un montón de lobos que no estaban relacionados entre sí y los arrojaron juntos, en lugar de observar a los lobos en la naturaleza. Estos científicos dedujeron que una manada siempre tenía un líder, o un macho alfa y una hembra alfa, observando a estos lobos. Su defectuosa investigación ha llevado al mundo entero a creer que los lobos viven en manadas con una jerarquía estricta y luchan por el dominio. En realidad, los lobos en libertad suelen ser un grupo familiar con la madre y el padre al mando y sus cachorros siguiéndoles.

—¿En serio?

—Sí, sería como si los alienígenas aparecieran en la Tierra, encerraran a un grupo de desconocidos al azar en un centro comercial y se pusieran en plan “mira, así es como funcionan las familias humanas”. Solo fue una mala investigación, pero ahora todos estos metamorfos emulan la jerarquía. Francamente, lo encuentro divertido. Se lo toman todo tan en serio.

—¿Te imaginas si los alienígenas eligieran un Walmart? Los espantaríamos del sistema solar. He visto las cosas más extrañas allí. Tal vez por eso los extraterrestres nunca han hecho contacto. Observaron un Walmart y decidieron que no merecíamos su tiempo.

—Oye, no hay que criticar a Walmart. No todo el mundo quiere gastarse los ahorros de toda una vida en yogur ecológico artesanal

elaborado con vacas que solo pastan margaritas y beben agua recogida de los glaciares. Al menos Walmart tiene aparcamiento —se quejó Burg, señalando con el dedo a Sophie. En San Francisco era tan difícil encontrar un aparcamiento decente como tréboles de cuatro hojas y unicornios.

—El aparcamiento no es un problema si no tienes coche —Sophie se encoge de hombros. Se conformaba perfectamente con utilizar el transporte público en lugar de tener que lidiar con un coche. Tener un vehículo en la ciudad era más trabajo y dinero de lo que Sophie estaba dispuesta a hacer y gastar. De todas formas, ahora mismo no podía permitirse un coche.

El timbre de la puerta de entrada tintineó, llamando la atención de Sophie sobre el hombre que entraba en el bar. Era uno de los clientes habituales, un hombre mayor llamado Sal. Cuando Sal se sentó en su taburete habitual, más adelante en la barra, su nudosa barba gris recordó a Sophie al mago de antes: el Senescal Bramwell Sin Apellido. Mientras observaba cómo Burg le servía a Sal su cerveza, Sophie trató de averiguar qué era lo que le había disgustado de Bramwell. ¿Por qué le importaba? Ya tenía bastantes problemas como para añadir un extraño mago a su cubo de mierda. Ese cubo estaba empezando a desbordarse.

Burg se acercó a Sophie y le sirvió el refresco sin que se lo pidiera.

—Marcella parecía muy interesada en conocerte mejor en la Coit Tower. Dijo que los ogros no suelen involucrarse en la política Mística —dijo Sophie, observando la expresión de desagrado en el rostro de Burg—. ¿No quieres trabajar con el Cónclave?

—Llevo una semana evitando las llamadas de Marcella y del Cónclave. No tengo ningún interés en que me metan en intrigas de la corte ni en políticas Fae de mierda. Solo les interesa utilizarme como guardaespaldas o ejecutor. Para ellos, solo soy carne de cañón, un escudo de carne. Ni siquiera se les ocurriría pensar que tengo un cerebro en esta vieja cabeza —se quejó Burg, golpeándose los nudillos contra el lateral de su gigantesca calva.

—¿Los conoces bien? Me refiero al Cónclave. Porque hoy he conocido a un viejo muy raro. Parecía un mago misterioso. Si no lo conociera bien, juraría que estaba dispuesto a dirigir una hermandad para destruir un anillo... ¿me entiendes? Alguien dijo que su nombre era Bramwell. Dijeron que era Senescal, aunque no sé lo que eso

significa. Pero tuve extrañas vibraciones de él.

—Has estado conociendo a muchos de los pesos pesados últimamente, ¿eh? Bienvenida a las grandes ligas, Soph. Bramwell es como la mano derecha de la reina Fae, su solucionador. Bramwell solo está interesado en sí mismo y en la Reina Fae. Todo y todos los demás vienen en segundo lugar. Es su leal adulador, por lo que he oído. Probablemente enamorado de ella. No puedo imaginar cómo alguien podría amar a alguien que se rumorea que es tan frío e insensible. Pero lo que sea que haga flotar tu barco, supongo.

—¿Qué es un solucionador?

—Un solucionador… Ya sabes, ¿como en la mafia? —ante la mirada perdida de Sophie, Burg explicó—: Resuelven "problemas". Ya sea deshaciéndose de alguien o simplemente asegurándose de que las cosas se hagan. Normalmente, en la mafia, los solucionadores suelen ser los tipos que limpian las escenas del crimen y se deshacen de los cadáveres.

Sophie se alegró de repente de haber decidido no presentarse a Bramwell.

—¿Mata a gente? —preguntó Sophie, recordando con incredulidad al hombre mayor, delgado como un látigo y con la bata hasta el suelo.

—Eh, probablemente no. La reina tiene un ejército de asesinos. Pero él es quien ordena los golpes, no necesariamente quien los ejecuta.

—¿Cómo puede trabajar para la reina Fae? Me dijeron que venir a este reino era un billete de ida. Entonces, ¿por qué seguiría trabajando para la reina? Además, ¿cómo te comunicas con alguien en un reino diferente? Creo que mi servicio celular no cubre otros reinos.

—Tal vez es un telépata. O podría ser que la reina lo sea. Ella tiene un montón de poder, por lo que he oído. Tendrías que ser muy poderoso para permanecer en el trono tanto tiempo como ella. La corte Fae es un nido de víboras.

—Telepatía. Por supuesto; tiene todo el sentido.

Burg sonrió ante el sarcasmo y se pasó los dedos por la frente en señal de acuerdo.

—La reina tiene varios nombres, pero la mayoría de la gente la llama reina Maeve —Burg bajó la voz a un susurro cuando dijo el nombre de la reina, como si le preocupara que pronunciar su nombre en voz alta pudiera invocarla.

—¿Cómo es?

—¿Quién? ¿La reina? Nunca la he conocido. Pero he oído que es hermosa, fría, calculadora y mortal. Se supone que tiene una magia tan poderosa que puede arrancarte el aire de los pulmones con solo pensarlo —Burg se estremeció de asco al pensarlo.

El pub empezó a llenarse a medida que llegaba la gente de sobremesa, así que Burg estaba demasiado ocupado para hacer algo más que detenerse de vez en cuando junto a Sophie y rellenar su vaso. Sophie se levantó para irse a trabajar temprano. Tenía que contar al equipo lo que había pasado esta tarde con Roger y Alphonse. Era difícil creer que solo hacía unas horas. Sophie dejó caer unos dólares sobre la bruñida barra del bar y se despidió de Burg con la mano.

Arrastrando su lamentable y cansado trasero hasta el vestíbulo de la oficina del forense, Sophie respiró profundamente el aire fresco y seco de la oficina. Ya había sido un día largo, y la noche se cernía ante ella sin final a la vista. El tiempo sombrío agrió el humor de Sophie. Fuera, el aire había sido tan denso y húmedo que estaba casi mojado por la humedad. En comparación, respirar el aire desinfectado y climatizado de la oficina resultaba refrescante.

—Buenas noches, señorita Zhao —saludó Sophie a la recepcionista sentada en su lugar habitual tras el largo mostrador de recepción—. ¿Ya llegó Reggie?

—El doctor Didel llegó hace unos diez minutos. Está en su despacho —respondió la señorita Zhao, levantando la cabeza de la pantalla del ordenador para dedicarle a Sophie una pequeña sonrisa de primor.

Sophie dio las gracias cuando las puertas de la zona restringida del edificio se abrieron con un zumbido. Cruzó las puertas y se dirigió directamente al despacho de Reggie. Tras llamar rápidamente a su puerta, la voz de Reg la invitó a entrar.

—Sophie, llegas temprano —dijo Reggie, con una sonrisa de felicidad que realzaba aún más su redonda cara—. ¿Está todo bien?

—Sí, pero hoy han pasado algunas cosas que quería contarte. ¿Has hablado hoy con Mac?

Reggie descolgó y echó un vistazo a su teléfono, sacudiendo la

cabeza.

—No hay mensajes de Mac.

Una pequeña parte de Sophie se divirtió viendo cómo los ojos de Reggie se agrandaban cada vez más de forma cómica mientras le describía cómo persiguió a Blancanieves solo para descubrir el cuerpo moribundo de Roger.

—No creo que debieras haber perseguido a Blancanieves —le sermoneó Reggie—. Está trastornada. No quiero que te hagas daño.

—¿Tú también? —se quejó Sophie—. Mac me echó un montón de mierda por ello antes. No puedo ignorar así a alguien en peligro. Tenía que intentar detenerla.

—No puedes arriesgar tu vida así. Eres demasiado importante.

—Mi don es demasiado importante —corrigió Sophie, conteniendo con fuerza el mohín que intentaba aparecer en su rostro. Se sintió orgullosa de lo nivelada que sonaba su voz. Comprendía que lo que podía hacer era importante, pero ella era algo más que su habilidad.

Reggie la miró con reproche.

—Si crees que tu don significa más para mí que tu amistad y tu vida, es que no me conoces bien. Nadie puede sustituirte. Quiero que me prometas que tendrás más cuidado.

Sophie suspiró.

—De acuerdo, te lo prometo. A partir de ahora, siempre esperaré refuerzos. Nada de precipitarse al peligro. Además, Mac insiste en que empiece a tomar clases de defensa personal.

—Oh, es una buena idea —dijo Reggie, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación—. Lástima que no hayas tenido la oportunidad de verle la cara a Blancanieves. Va a ser difícil detenerla hasta que sepamos lo que buscamos. Esperemos…

El zumbido del interfono interrumpió sus palabras.

—Dr. Didel, tiene una visita. Solicita observar una autopsia programada para esta noche —preguntó la voz de la señorita Zhao, que sonaba metálica y delgada a través del altavoz.

—Saldré en un momento —respondió Reggie, levantándose de la silla y dándole una palmada en el hombro a Sophie mientras salía de su despacho.

Sophie trotó detrás de Reggie, curiosa por ver a la persona que les vería practicar una autopsia esa misma noche. El único público que habían tenido era un puñado de detectives de la policía. Y los

detectives nunca habían pedido que los vieran, simplemente aparecían.

—¿Reciben a menudo gente al azar pidiendo ver cómo realizan una autopsia? —preguntó Sophie.

—Nuestros espectadores suelen ser detectives, como ya te habrás dado cuenta. Pero de vez en cuando me visita algún alto funcionario. La última vez que murió un miembro del Cónclave, tuvimos que hacer traer sillas plegables porque casi todo el consejo y sus lacayos se presentaron para observar —respondió Reggie mientras atravesaba las puertas de salida.

Reggie se detuvo tan bruscamente al entrar en el vestíbulo que Sophie chocó contra su espalda con un gruñido.

—Uh, alfa. No te esperaba —tartamudeó Reggie. Sophie asomó la cabeza por encima del hombro de Reggie al oír la palabra "alfa" y vio a Alphonse mirando con el ceño fruncido por el vestíbulo como si le molestara personalmente. Los dos hombres corpulentos que lo acompañaban imitaban a la perfección el gesto de Alphonse. Uno era un hombre desgreñado, de pelo oscuro, con una camiseta de los Giants acompañado de vaqueros. El otro tenía el pelo rubio, corto y militar, y un traje elegante.

—Oh, mierda —susurró Sophie, tragándose el repentino nudo que se le hizo en la garganta.

Alphonse iba vestido todo de negro, con pantalones y jersey de cuello alto. Sophie pensó que parecía un imbécil engreído, aunque había que reconocer que era muy parcial.

—¡Tú! —bramó Alphonse antes de que Sophie pudiera ejecutar una retirada estratégica. Volviendo su mirada hacia Reggie, Alphonse gruñó—. ¿Qué hace ella aquí? Es sospechosa del asesinato de mi beta. ¿Qué estás tramando? Esto es impropio. ¿Crees que puedes engañarme? —su rugiente voz resonó en el vestíbulo. Sophie dedicó una mirada a los dos hombres desconocidos que estaban con Alphonse antes de centrar su atención en la verdadera amenaza de la sala: Alphonse.

Nadie prestó atención cuando Sophie intentó explicar que no era sospechosa de asesinato. Había sido absuelta de cualquier delito. Alphonse y sus dos secuaces estaban demasiado ocupados mirando a Reggie.

—Trabaja aquí. Por eso conoce al detective Volpes. Todo esto no es

más que una coincidencia. En mi morgue no ocurre nada inapropiado —replicó Reggie por encima de los intentos de explicación de Sophie, levantando las manos como si quisiera defenderse del enfurecido alfa que tenía delante.

Alphonse gruñó con fuerza, con los hombros encorvados, como si se estuviera preparando para una pelea.

—¿Qué esperas que me crea? Me niego a permitir que esté presente durante la autopsia de Roger. ¿Y si manipula las pruebas?

Detrás de Reggie, quien intentaba desviar la atención de Alphonse de su amiga, Sophie abrió la boca para intentar refutar sus palabras. No podía arriesgarse a que Alphonse volviera su creciente ira contra Reggie. Era uno de sus pocos amigos y no había hecho nada para merecer la ira del alfa.

—¿Qué clase de puto lugar estás dirigiendo aquí, roedor? Echaré a esta perra yo mismo —Alphonse dio un paso amenazador hacia Sophie.

—¡¿En serio dijiste roedor?! —Sophie graznó—. Maldito...

Antes de que pudiera terminar su insulto, Sophie se dio cuenta de que de repente estaba mirando la parte de atrás de una cabeza. Sophie tenía prácticamente la nariz pegada a un mechón de pelo negro recogido en una elegante trenza francesa. Sophie retrocedió un paso y sacudió la cabeza, asombrada. Reconocería en cualquier parte a la mujer vestida con un impecable traje gris paloma que tenía delante. Nunca había visto moverse a la señorita Zhao, pero ahora la diminuta mujer estaba de pie justo delante de ella.

Un estruendo subsónico recorrió el vestíbulo como un tren entrando en una estación. El sonido erizó cada vello del cuerpo de Sophie. Sintiéndose como una presa asustada, Sophie se dio cuenta de que lo que estaba oyendo era el gruñido de un dragón. Llenando la habitación de presión más que de sonido, el gruñido aterrizó en las tripas de Sophie y la hizo retroceder a un lugar primordial de instinto y miedo, una época en la que los antepasados de Sophie aún corrían con lanzas y se escondían de los tigres dientes de sable. Al cerrar la mandíbula, Sophie hizo todo lo posible por no gemir en voz alta.

—Ten cuidado con tus próximas palabras, alfa —advirtió en voz baja la señorita Zhao, levantando un dedo de advertencia para alejar a Alphonse. Sus palabras eran educadas, incluso serenas, pero de algún modo tan afiladas como una daga. Bajo su tono civilizado se cernía

una ventisca. Alphonse le respondió con un gruñido, pero sonó petulante y débil comparado con el estruendo subsónico de una metamorfa dilong. La sombra de unas escamas de color marrón pardo pasó como un fantasma por la mano levantada de la señorita Zhao, apareciendo y desapareciendo en un abrir y cerrar de ojos. El femenino color rosa pálido de las uñas pintadas de la recepcionista y sus delicadas joyas de jade yuxtapuestas a las escamas hacían que la amenaza implícita pareciera aún más mortal.

—Todos los que están en este edificio están bajo mi dominio. Están bajo mi cuidado. Harías bien en recordarlo, lobo.

—No pretendía faltarte al respeto, Zhao. Sin embargo, no puedo permitir que un sospechoso de la muerte de mi beta esté presente en su autopsia, y mucho menos que participe en ella. Es un insulto a mi manada y a mi inteligencia. Mis lobos están bajo mi cuidado incluso después de la muerte. No puedes creer que esto deba permitirse. Es mi derecho como alfa exigir imparcialidad y justicia para mis compañeros de manada. Si debo hacerlo, llevaré esto directamente al Cónclave.

—No soy sospechosa. Me han absuelto —intentó Sophie, pero nadie en el tenso grupo dio señales de haber oído las palabras de Sophie.

—No hay necesidad de involucrar al Cónclave —dijo Reggie—. Si me hubieras dado la oportunidad de explicarte, sabrías que Sophie no habría asistido a la autopsia de tu beta. Ni siquiera habíamos podido comprobar el horario de esta noche, así que no vimos el nombre de tu beta en la lista. Es un procedimiento estándar mantener fuera de la sala de autopsias a las personas que tengan algún conflicto de intereses o relación con la víctima. Si hubiera tenido la oportunidad de comprobar la lista, habría sido consciente de que tu miembro de la manada estaba programado para ser autopsiado esta noche y podría haber evitado este malentendido. Sophie no asistirá a la autopsia. Sin embargo, puedes estar seguro de que ella nunca interferiría en una investigación. Su reputación está por encima de todo reproche aquí.

—Me importa una mierda la reputación de una humana. No la quiero cerca de mi manada ni de mí —Sophie devolvió la mueca de desprecio de Alphonse con una mirada plana. Hacía que la palabra “humana” sonara como algo que te rasparías del zapato.

Reggie apartó suavemente a Sophie del grupo. La apartó de Alphonse, manteniendo a la señorita Zhao entre ella y el enfurecido

alfa, y le pasó un brazo por el hombro. Reggie susurró,

—Creo que lo mejor sería que te fueras de aquí. No creo que sea buena idea que estés en el mismo edificio ahora mismo. ¿Por qué no te tomas la noche libre?

—¿Quieres que me vaya? No he hecho nada malo. Intenté salvar al amigo de ese imbécil, joder. Entiendo por qué no debería estar ahí para la autopsia, pero ¿por qué tengo que irme a casa?

—Esto no es un castigo. Solo creo que estarías más segura lejos de aquí. Ahora mismo es demasiado volátil, como un barril de pólvora. No confío en que mantenga su temperamento bajo control. Quizá Mac podría venir a buscarte, así no tendrías que coger el autobús —sugirió Reggie.

—¿No necesitarás mi ayuda? —susurró Sophie.

Sophie deseaba desesperadamente hacerle una lectura a Roger con la esperanza de verle la cara a Blancanieves.

—Amira puede ayudarme esta noche. No podemos arriesgarnos a provocar la ira de la manada del Distrito Sunset. Es mejor que te vayas a casa.

Sophie quiso protestar y montar en cólera por haber sido expulsada, pero al ver la cara de preocupación de Reggie y la forma en que se retorcía las manos se le desinfló la indignación.

—Vale —resopló Sophie—. Me he dejado el bolso en tu despacho. Déjame llamar a Mac a ver si puede venir a buscarme.

—Por supuesto. Yo me ocuparé de Alphonse —murmuró Reggie. Reafirmando los labios, Reggie se limpió los nervios de la cara y se volvió hacia Alphonse.

Dirigiéndose hacia las puertas, Sophie gritó,

—Señorita Zhao, ¿puedes dejarme pasar?

—Por supuesto, querida —respondió ella. Sophie miró hacia atrás por encima del hombro y le dirigió una mirada de agradecimiento a la pequeña y asustadiza recepcionista. La señorita Zhao le dedicó una cálida sonrisa antes de que un destello dorado brillara y desapareciera de sus ojos antes de que Sophie pudiera parpadear. Sophie vio cómo la señorita Zhao, con sus elegantes tacones bajos, se dirigía a su escritorio, tan regia como cualquier reina, y se sentaba primorosamente en la silla de su despacho.

Se volvió hacia la puerta y esperó a oír el zumbido del sistema de seguridad que abría las puertas batientes. Sophie estuvo a punto de

perder la compostura y soltar una carcajada al ver las caras embelesadas de Fitz, Ace y Amira pegadas a la ventanita de cristal de la puerta. En lugar de eso, sacudió la cabeza y les dedicó una amplia sonrisa.

—¡Santo cielo! ¿Qué está pasando ahí fuera? —susurró Ace después de que Sophie atravesara las puertas y dejara atrás a sus compañeros boquiabiertos.

—Vengan conmigo y les contaré todo. Pero primero tengo que coger mi teléfono y llamar a Mac —susurró Sophie, haciendo señas a sus amigos para que la siguieran.

—Creía que la señorita Zhao se lo iba a comer —dijo Ace con un regocijo alarmante.

—Ojalá —replicó Sophie—. No creo que tenga tanta suerte.

Cogiendo su bolso del despacho de Reggie, Sophie se dirigió al vestuario de damas, suponiendo que Alphonse no la buscaría allí. Sin embargo, el hecho de que se dirigiera al baño de mujeres no impidió que Fitz y Ace la siguieran.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Amira en cuanto la puerta se cerró tras el grupo.

Sophie se puso rápidamente al día con sus amigos.

—¿Seguro que fue buena idea perseguir a Blancanieves? Podrías haberte hecho daño —dijo Fitz cuando terminó su relato.

—Dios mío. Suficientes sermones por un día, chicos. Mac y Reggie ya se me han echado encima.

—Vaya —dijo Ace, agarrando el antebrazo de Sophie con fuerza, preocupado—. Tienes suerte de estar viva. Alphonse podría haberte matado.

—Aww. No sabía que te importaba —se burló Sophie—. No te preocupes, estoy bien. Mac llegó a tiempo para calmar la situación. Pero como puedes imaginar, no puedo estar en la autopsia por su beta. Así que me mandó a casa. Además, Alphonse me odia solo porque soy humana, aunque intenté ayudar a salvar a Roger.

—¿Sabe lo de Blancanieves? ¿Sabe lo de las visiones oníricas? —preguntó Fitz, con la preocupación nublando sus ojos.

—Claro que no sabe nada de eso, y tenemos que mantenerlo así.

Todos sus amigos asintieron. Amira hizo la pantomima de pasarse una cremallera invisible por la boca, cerrarla y tirar la llave. *Qué tonta*, pensó Sophie con cariño.

—Tengo que llamar a Mac para ver si puede sacarme de aquí —anunció Sophie, sacando su teléfono de la bandolera.

Desplazándose rápidamente por sus contactos, Sophie estaba a punto de llamar a Mac cuando la risita de Ace la detuvo.

—¿Qué? —preguntó Sophie, mirándole. Con expresión perpleja, señaló en silencio el nombre que ella había guardado para el número de Mac. “Detective Cabeza de Pito” seguía haciéndola sonreír cada vez que llamaba o enviaba un mensaje a Mac. En su opinión, se había ganado ese apodo. Sophie pulsó el nombre y se acercó el teléfono a la oreja.

—Hola, hellraiser. No pensé que tendría noticias tuyas tan pronto. ¿Va todo bien? ¿Ya me echas de menos? —la voz de Mac le preguntó al oído, sus palabras graves y cálidas calmaron los nervios de Sophie.

—Ya te gustaría, Cabeza de Pito —respondió Sophie, suave y coqueta. Ver a Amira morderse el labio para no soltar una risita le recordó a Sophie que no estaba sola. Sophie se aclaró la garganta y quitó la mirada ñoña de su cara—. Tengo un problema. Necesito que me recojas.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Estás bien? —preguntó Mac, ahora muy serio.

Sophie explicó la situación mientras Mac maldecía. Tenía un impresionante arsenal de vulgaridades.

—Maldita sea. No hay ningún otro sitio donde hacer una autopsia Mística en 100 millas a la redonda. Debería haber pensado en esto. Debería haber avisado a Reggie. Se habría dado cuenta de que habría que sacarte de la agenda esta noche.

—Eres demasiado duro contigo mismo. Hemos tenido muchas cosas en la cabeza —le recordó Sophie.

—Ahora mismo cojo las llaves. Dame quince minutos. Te mandaré un mensaje cuando llegue. Pasa desapercibida. No queremos que Alphonse monte más jaleo del que ya ha montado.

—Me merezco un helado. El día de hoy ha sido oficialmente una mierda. Quiero helado doble —exigió Sophie.

Tras conseguir que Mac le prometiera un helado, Sophie colgó y empezó a sacar todo de su casillero y a meterlo en la mochila.

—Me pregunto qué hacían Alphonse y su beta en esa parte de la ciudad. Su territorio está al oeste de la ciudad. ¿Qué hacían al este de Twin Peaks? Si estaban en Market Street, como has dicho, habrían

invadido el territorio de Invicta Domus o el de la manada de Dragon's Gate —dijo Fitz, con una mirada pensativa en su delgado rostro.

—¿Qué pasa con todos esos territorios de los que hablas? —preguntó Sophie, preguntándose cómo se podía saber dónde empezaba un territorio y terminaba otro. Quizá todos los Místicos tuvieran un mapa. O runas Místicas grabadas en las aceras que indican cada territorio.

—La ciudad está esculpida en un montón de pequeños territorios y mini-reinos. San Francisco está surcada por docenas de pequeños feudos Místicos, muchos de los cuales se solapan dependiendo de la raza del Místico. Excepto en el trabajo, la mayoría de los Místicos se quedan con los de su propia raza. Especialmente las comunidades más unidas, como los vampiros y los metamorfos lobo —explicó Amira.

—¿Y ustedes? ¿Tienen que ceñirse a su territorio? ¿O tener un pase o algo así? ¿Significa eso que esta oficina está en territorio dragón desde que la señorita Zhao dijo que este edificio y todos los que están en él le pertenecen?

—Es complicado. Está casi en capas —dijo Ace—. La señorita Zhao es parte del clan Dogpatch. Hay cinco dominios dragón en la ciudad. El más grande abarca Chinatown, por supuesto. Pero hay otros territorios Místicos dentro de cada dominio. Están divididos; se solapan. Las líneas se mueven constantemente, ya que los distintos clanes se disputan los territorios. Francamente, a menudo es difícil saber por qué manada o clan estás caminando. No es un problema para nosotros los peones. Si fuéramos líderes o alfas o miembros del Cónclave, sería más complicado, pero incluso ellos pueden moverse por la ciudad sin muchos problemas. Quiero decir que, en general, yo no podría comprar bienes inmuebles en otro territorio Místico sin permiso. Aun así, nadie va a tener problemas conmigo por comprar en el Safeway del Distrito Financiero aunque esté situado justo en medio de los dominios de los goblins o por comer en un restaurante del territorio de los vampiros.

A Sophie se le vino a la cabeza algo relacionado con el sector inmobiliario. Un pensamiento la recorrió como un banco de pececillos, demasiado escurridizo para que su cansado cerebro pudiera retenerlo. Cerrando los ojos, Sophie intentó concentrarse en el hilo de pensamiento que la molestaba, pero perdió el control de la idea cuando la voz de Reggie llamó a Amira. Fue como si un detalle

importante desapareciera en el vacío.

Vamos, materia gris. No me falles ahora. Pero las silenciosas súplicas de Sophie no sirvieron de nada. Fuera lo que fuese, había desaparecido. Tal vez podría hablar de ello con Mac más tarde y ver si algo se activaba con él.

La voz de Reggie llamando a Amira por segunda vez sacó a todos de su discusión sobre los territorios.

—Parece que esta noche voy a ayudar en la sala de autopsias —dijo Amira con un suspiro resignado antes de salir del vestuario de damas para localizar a Reggie.

—Supongo que debería esperar a Mac fuera —dijo Sophie, comprobando su casillero para asegurarse de que no olvidaba nada.

—Déjame explorar por delante y asegurarme de que no hay moros en la costa —sugirió Ace.

Cuando Sophie salió, se dio cuenta de que se le había olvidado mencionar que Marcella y Bramwell habían ido a ver a Alphonse a la comisaría. Quería saber qué pensaba Reggie de ellos y de la situación.

Sophie apenas se había acomodado en el banco del despacho del forense cuando Mac entró chillando en el aparcamiento. Sophie se subió al sedán gris y dejó que Mac la mimara durante unos minutos. Se merecía que la mimaran un poco después de la mierda que había pasado dentro.

—Ese imbécil llamó roedor a Reggie. Fue una falta de respeto. Debería haber hecho que la Srta. Zhao pusiera en su lugar a Alphonse.

—Sí, lo he oído antes. Los metamorfos normales son llamados así por ciertos tipos de depredadores. Cosas como roedor, inadaptado, alimaña. Francamente, prefiero ser un roedor o un inadaptado a ser algo como Alphonse y los de su calaña.

—Definitivamente —Sophie estuvo de acuerdo—. Deberías haber visto a la señorita Zhao. Por un momento pensé que iba a borrar a Alphonse de la faz del planeta. Es aterradora, como para cagarse de miedo.

—Si Zhao se metió en la situación, entonces debe haber sido más peligroso de lo que indicaste por teléfono. ¿Qué tan malo fue?

—Estoy bien. Todo va bien. Borra ese ceño fruncido de tu cara. Se te va a quedar así. ¡Oh, no! ¡Es demasiado tarde! —hurgándole en la profunda línea entre las cejas, ella soltó una carcajada de tristeza fingida. Mac le mordisqueó los dedos con sus brillantes dientes,

haciendo que Sophie chillara y echara la mano hacia atrás, escondiéndola en su axila de forma protectora.

—Podría presentar una queja formal ante el Cónclave, pero sería un esfuerzo inútil. De todos modos, no quiero que nos miren demasiado de cerca a ninguno de los dos. Solo tenemos que ser cautelosos. Y tú debes mantenerte alejado de Alphonse —advirtió Mac.

—No te preocupes. No quiero estar cerca de ese idiota.

—Salgamos de aquí —sugirió Mac, poniendo el coche en marcha y saliendo del aparcamiento y adentrándose en el escaso tráfico. Sophie le recordó a Mac que le habían prometido un helado.

Capítulo 11

Después de compartir con Mac una canoa gigante de helado de chocolate con doble chocolate, nueces y nata montada, Sophie decidió que, después de todo, el día no había sido una pérdida total. Lo normal sería estar en medio de una autopsia a esas horas de la noche, pero en lugar de eso, pudo compartir un helado con Mac, hundida en su ridículo sofá.

Cuando Mac fue a llevarse el bol vacío a la cocina, Sophie cogió su bolsa y empezó a rebuscar en ella.

—¡Ahí está mi libro! —anunció Sophie triunfante, sacándolo del fondo de la bolsa, rodeado de envoltorios de caramelos y recibos arrugados—. Me preocupaba haberlo perdido.

—Si solo te interesa leer un libro esta noche, algo debo estar haciendo mal —se burló Mac.

—Supongo que podría ser tentada a estar lejos de mi novela. Ya sabes… si tuviera algo que valiera mi tiempo.

Mac se acercó a Sophie, la agarró suavemente por la muñeca y la rozó con el pulgar. El deseo recorrió la espina dorsal de Sophie, centrándose en su contacto con el brazo y extendiéndose en círculos cada vez más amplios hasta abarcar todo su cuerpo. Mac tiró de Sophie para que se sentara a horcajadas sobre su regazo.

—Sophie —le murmuró en el pelo, con voz ronca y ahumada. Sophie levantó la cabeza de su hombro y lo miró a los ojos. Lo miró fijamente durante un largo instante en el que contuvo la respiración y vio cómo su mirada se posaba en sus labios. Hundiendo las manos en el respaldo del sofá, a ambos lados de la cabeza de él, Sophie se inclinó hacia él y lo besó. Quería ahogarse en su beso. Mac le rodeó la nuca con una mano y le inclinó la barbilla para atraerla aún más. Su otra mano se extendió por la parte baja de su espalda. Sophie le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él mientras sus lenguas se enredaban. Sophie se lanzó al beso, dejando atrás las preocupaciones del día. Todos sus problemas desaparecieron mientras su mundo se centraba únicamente en los labios de Mac contra los suyos y en el

contacto de sus manos con su cuerpo.

La mano de Mac bajó desde su nuca, recorriendo su espalda y atrayéndola con más fuerza hacia su pecho. Sophie se retorcía en su regazo, intentando acercarse lo más posible. Mac agarró el culo de Sophie con ambas manos para detener sus movimientos. La levantó ligeramente, desplazándose hacia delante en el asiento, y luego se puso de pie con Sophie agarrada firmemente con ambas manos. Sophie le rodeó la cintura con las piernas, aferrándose a Mac, sin querer perder el contacto con sus labios. Con Sophie fuertemente abrazada, Mac se volvió hacia su dormitorio.

Sophie no dejó de besar a Mac, ni se molestó en mirar a su alrededor. El hambre de él rugía por sus venas. Necesitaba el contacto de Mac. Él abrió la puerta de su dormitorio y entró a trompicones con Sophie envuelta en su beso. De repente, se vio envuelta en el persistente aroma del cedro y la colonia de Mac. El olor de él flotaba en la habitación, como si hubiera pasado tanto tiempo allí que su esencia se hubiera incrustado en cada grieta del espacio. Sophie quería revolcarse en él.

Oyó un portazo detrás de ella y se dio cuenta de que Mac debió de haber cerrado la puerta de una patada. Se apartó y tomó una rápida bocanada de aire antes de volver a lanzarse a besar a Mac un poco más. Mac la inclinó de nuevo sobre la cama y la siguió hasta el colchón. Entre beso y beso, empezó a subirle la camiseta por el torso. Levantando los brazos por encima de la cabeza, Sophie contuvo la respiración cuando Mac empezó a tirarle de la camiseta por encima de la cabeza. Las mangas se le engancharon en los codos y la camisa le cubrió parte de la cara. Con una risita baja, Mac susurró con voz villana: “Atrapada. Ahora te tengo”.

Sophie gruñó e intentó zafarse de la camisa, pero Mac la tenía firmemente atrapada. Dejó de luchar cuando él le dio varios besos largos en el cuello. Tarareando en voz baja, Mac besó el pecho de Sophie. La cálida huella de sus labios, unida al rumor de la voz de Mac, hizo que Sophie se levantara de la cama, tratando de acercarse. Con Mac ocupado embelesándose con su pecho, Sophie se arrancó la camisa de la cabeza con una sonrisa triunfante que rápidamente se transformó en un grito ahogado cuando Mac se introdujo en la copa de su sujetador.

Mac se incorporó y se levantó de la cama para quitarse la ropa.

Para no quedarse atrás, Sophie se quitó los vaqueros, el sujetador y las bragas, y los tiró por encima del colchón. Arrastrándose de nuevo sobre la cama, Mac le alcanzó el tobillo y le dio un prolongado beso. Se tomó su tiempo para besar cada tobillo, subió por las pantorrillas y luego por el interior de cada rodilla. Sophie gimió de impaciencia, pero él hizo caso omiso de sus súplicas. Enganchando las manos bajo los brazos de Mac, Sophie tiró de él justo donde lo necesitaba.

—Tan exigente —ronroneó Mac con una lenta sonrisa perezosa, recorriendo su cuerpo con la mirada desde su lugar entre las piernas.

El primer contacto de la lengua de Mac hizo que Sophie se inclinara y se aferrara desesperadamente a la ropa de cama. Al segundo, Sophie gritó al techo. Mac no tardó en subir a Sophie al pináculo, con los músculos tensos y las manos arañando las sábanas.

De rodillas, Mac alcanzó a Sophie y abrió un cajón de su mesilla de noche. Un rápido ruido de rasgado dejó a Mac enfundado y preparado. Sophie lo agarró por los hombros y tiró de él hasta que cubrió su cuerpo.

—¿Preparada? —preguntó él, con los ojos brillantes y deseosos. Mordiéndose el labio, Sophie asintió. Sus ojos ardían en un azul hielo, llenos solo de necesidad.

Cuando Sophie acogió a Mac en su cuerpo, el alivio y el placer arrancaron un gemido de su garganta. Apretando la cara contra la garganta de él, intentó amortiguar los sonidos de placer que salían de su boca, pero fue en vano. Mac se apoyó en los codos para besarla durante un largo rato.

Se apartó para jadear y gemir, y Sophie le agarró el hombro con los dientes, saboreando la sal y el sudor, sintiéndose animal. Con el sabor de la piel de Mac en su lengua, el cuerpo de él empujando sobre el suyo, se preguntó si así era como se sentían los metamorfos: primitivos y sensuales, hechos solo de instinto y deseo. El placer la inundó y un clímax recorrió su espina dorsal. Un orgasmo que le retorcía los dedos de los pies, un chillido de banshee que le derretía la mente. La mente de Sophie se desvaneció mientras disfrutaba de una oleada de éxtasis antes de caer, flácida y jadeante, sobre su cuerpo extenuado.

Con una última sacudida sobre su cuerpo, Mac se quedó inmóvil. Sophie vio cómo sus ojos se abrían de par en par, mirando fijamente el rostro de Sophie, antes de cerrarse de placer. Un gruñido salió de sus

dientes apretados. Un instante después, Mac se dejó caer en los brazos de Sophie con un suspiro de satisfacción. Ella le rodeó los hombros con los brazos y le frotó la espalda en círculos lentos y suaves.

—Me estás aplastando —se quejó Sophie juguetonamente al cabo de un minuto, empujándole la parte superior del hombro.

—Pero estoy tan a gusto —jugueteó Mac, con la voz aún suave y jadeante, jadeando contra su oído.

—Tienes mucha suerte de ser tan cuchi.

—Dame un minuto. Mis músculos aún no funcionan bien.

Él frotó su cara en el pelo de Sophie, depositando un suave beso bajo su oreja. Sophie pasó los dedos por el pelo perpetuamente despeinado de Mac, disfrutando de la sedosa textura de los suaves rizos que se deslizaban entre sus dedos. De algún modo, se había metido bajo su piel, donde la sangre corría por sus venas, en lo más profundo de los músculos y los huesos, donde vivía su esencia, y se había hecho un hueco allí. Ahora se sentiría vacía sin él.

Sophie le pasó el dedo por la herida de bala cicatrizada en el hombro. La cicatriz ya se había encogido y desvanecido, haciendo que pareciera de hacía años en lugar de semanas. Para Sophie, siempre sería un recordatorio de que podría haber perdido a Mac antes de tenerlo realmente.

Mac se despegó de Sophie con un suspiro de sufrimiento para ocuparse del preservativo. Sophie se puso boca abajo y siguió a Mac mientras se dirigía al baño. Pensó en darle un merecido silbido de lobo en el culo, pero él ya había escapado al baño antes de que ella pudiera fruncir los labios. No era el único que tenía problemas para controlar sus músculos.

Unos minutos más tarde, Mac regresó. Justo cuando estaba a punto de deslizarse en la cama, Sophie lo detuvo con una mano levantada. Mac se quedó inmóvil, levantando una ceja en señal de pregunta.

—¿Puedo ver tu forma de zorro? —preguntó Sophie—. ¿O es tabú?

—Viste mi media forma en la Coit Tower. Es la que asusta a la mayoría de la gente. Mi forma completa de zorro es eso: un zorro, pero del doble de su tamaño normal. Es solo un zorro.

Sophie recordaba muy bien la media forma de Mac. Habría supuesto que su media forma sería ágil y casi delicada, como la que había visto en los dibujos animados. Pero la media forma de Mac se inclinaba más hacia las proporciones de un monstruo de película, con

un hocico exagerado y caninos como colmillos.

—Siempre que no te moleste, me encantaría ver tu forma de zorro.

Mientras Mac retrocedía hacia el espacio entre la cómoda y la cama, Sophie se apoyó con unas cuantas almohadas en la cama. Mac giró el hombro y pareció plantar los pies. Por un momento, no ocurrió nada, y entonces la forma humana de Mac bajó en picado, encogiéndose hasta convertirse en un zorro del tamaño de un perro mediano.

Sophie esperaba presenciar el crujido de huesos remodelándose, pelaje creciendo lenta y dramáticamente de cada poro, un hocico distorsionando gradualmente su rostro humano -algo vagamente horripilante y grotesco-, no un acto de desaparición borrosa. Pensó que quizá no debería fiarse tanto de las películas para este tipo de cosas. En general, Mac se redujo de humano a zorro. Ocurrió tan deprisa que no pudo describir lo que había presenciado exactamente. Sin embargo, un sonido parecido a un *whoosh* fue inconfundible y se quedaría con ella para siempre.

Siguió arrastrándose por el colchón y se asomó por el borde. Sophie lanzó un grito de alegría cuando un zorro pelirrojo le ladró.

Cuando Sophie extendió una mano tentativa, Mac el zorro saltó al colchón y frotó su cabeza contra la palma de su mano.

—Dios mío, qué cuchi eres. Quédate así para siempre y sé mi mascota —arrulló Sophie, intentando aplastar la cara de zorro de Mac entre sus manos.

Con un ruido de *whoosh,* Sophie se encontró ahuecando de nuevo la cara humana de Mac.

—No sé... creo que podrías echar de menos algunos de mis aspectos humanos —le espetó Mac a Sophie, moviendo cómicamente las cejas.

Se inclinó para darle un pequeño beso y ella cedió,

—Supongo que tienes razón. Gracias por compartir tu otra forma conmigo.

Después de darle a Sophie un último beso, se metió bajo las sábanas y cogió la manta de los pies del colchón para echársela por encima. Mac miró a Sophie con una suave sonrisa, abrazados, y la calidez de sus ojos hizo que Sophie sintiera que era la cosa más hermosa que jamás había visto.

Mac le acarició el pelo con la mano, bajó por la línea inclinada de

la espalda de Sophie, recorrió su cintura y la suave curva de sus caderas. Su mano se detuvo y apoyó el pulgar en el hoyuelo de la parte baja de su espalda.

—¿Quieres pasar la noche? —le preguntó en voz baja.

Sophie pensó brevemente en marcharse, pero Mac se acurrucó cerca de ella, acurrucó la cara en el hueco de su garganta e inhaló su aroma con un suspiro de satisfacción.

¿Quién podría negarse?

Sophie asintió con la cabeza, le rodeó el hombro con un brazo y vio cómo sus ojos parpadeaban lentamente un par de veces antes de cerrarse. La línea de preocupación entre las cejas de Mac se alisó con el sueño, pero las arrugas de la risa en las comisuras de los ojos permanecieron, haciendo que Mac tuviera un aspecto dulce y atractivo.

Tumbada en los brazos de Mac, mientras él roncaba suavemente en su oído, Sophie se dio cuenta de que era feliz. Mac la hacía locamente feliz, como si fuera algo robado y se lo fueran a quitar repentinamente. Como si en cualquier momento alguien fuera a darse cuenta de que no se merecía algo tan maravilloso. Pero se aferró a ese sentimiento y lo guardó cerca de su corazón, para saborearlo y protegerlo. Mac era suyo y nadie se lo iba a arrebatar.

Ya estaba acostumbrada al turno de noche, así que esperaba estar despierta hasta bien entrada la madrugada, pero instantes después, ella también sucumbió al sueño.

Capítulo 12

Estiró la cabeza y escuchó con atención. Contuvo la respiración e intentó dejar de temblar, trató de discernir cualquier sonido que le indicara dónde estaba. Aparte del suave pitido regular del agua que goteaba, todo estaba en silencio. El frío húmedo le hizo pensar que estaba bajo tierra. Aún no había visto ni oído a nadie, pero la sensación de ser observada no la abandonaba. A pesar de las horas transcurridas, nadie se había dado a conocer.

El aire era gélido y la fría mesa de metal sobre la que estaba tumbada le había quitado el último resto de calor.

Tiró con cuidado de la cuerda que ataba sus manos a los bordes de la mesa, pero sin éxito. Después de tirar de las cuerdas hasta que sus brazos gritaron en señal de protesta, se desplomó de nuevo sobre la mesa con un sollozo entrecortado. La piel de las muñecas y los tobillos estaba en carne viva por sus intentos de liberarse. Si sangraba, ya ni siquiera lo notaba. Volvió a frotarse la cara contra el hombro, intentando apartar la tela que le cubría los ojos, pero estaba demasiado apretada; el nudo se le clavaba en la nuca.

El sonido de unos pasos la paralizó por un instante, antes de que el miedo animal la hiciera agitarse en sus ataduras. Las pisadas se detuvieron tan rápido como habían empezado. Oyó un susurro de movimiento, un pequeño crujido como si estuvieran abriendo algo, el familiar y silencioso chirrido de papel contra papel. Se esforzó por comprender lo que ocurría a su alrededor.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí? —ella gritó. El silencio le respondió.

Al cabo de unos minutos, los pasos se reanudaron, acercando a su lado a quienquiera que estuviera en la habitación con ella. Se estiró hacia su derecha, tratando de alejarse lo más posible de su torturador.

Comenzaron los susurros sibilantes. Las palabras eran bajas e incomprensibles, como fantasmas sonoros que resonaban en la cámara vacía. No parecía español. Ni siquiera parecían humanas. Aunque la voz no se hizo más fuerte, llenó sus oídos. Un resplandor teñido de verde

empezó a filtrarse por los bordes de la tela que cubría sus ojos. Las palabras llegaban cada vez más rápido, sin pausa ni respiro, fluyendo y mezclándose.

Algo pesado le oprimía el pecho con dureza, los bordes de un objeto contundente y afilado se clavaban en su esternón. Se agitó e intentó zafarse del objeto, pero quienquiera que lo sostuviera se lo clavó con más fuerza en el pecho. Pronunció una palabra, y entonces un dolor agudo y punzante le atravesó el pecho directo al corazón.

—Ligare.

Un grito salió de sus labios cuando sintió que caía, que se deslizaba. Su último pensamiento fue que sentía como si su alma fuera succionada de su cuerpo, flotando por encima. Intentó mirar hacia su cuerpo, pero una luz brillante la alejaba.

Sophie se despertó de un sobresalto.

Por un momento, se quedó mirando el techo desconocido que había sobre ella, aun intentando despertarse, confundida por qué no veía la habitual grieta que recorría con sus dedos arañosos el techo de su dormitorio. Los recuerdos de la noche anterior volvieron a ella de golpe y le dieron ganas de retorcerse de placer. Sin embargo, el deber era lo primero. Tenía que grabar el sueño mientras aún estaba fresco en su mente.

Se acercó a la mesilla de noche, cogió su diario de sueños y escribió rápidamente todo lo que pudo recordar de la extraña pesadilla. Empezaba a sentir que podía distinguir entre una pesadilla normal y una visión de un suceso de la vida real. Estaba relativamente segura de que se trataba de una pesadilla normal y corriente. Nunca pensó que llegaría el día en que le daría la bienvenida a una.

—Pero aquí estamos —dijo, dejando el diario sobre la mesilla de noche.

Al darse cuenta de que estaba sola en la cama, Sophie se estiró como una estrella de mar, disfrutando del lujo de un colchón de alta calidad. Mucho mejor que el viejo y mullido colchón de su casa. Se habría quedado envuelta en el grueso edredón de Mac para siempre, pero el sonido de la ducha la sacó de su nido de plumón. Al restregarse los dedos por la cara, Sophie notó una arruga de sueño en la mejilla.

Al entrar en el cuarto de baño, Sophie se detuvo en la puerta y se tomó un momento para admirar la figura de Mac al otro lado del

cristal empañado. Sophie soltó un penetrante silbido de lobo.

Mac giró la cabeza, abrió la puerta de la ducha y asomó la cara.

—Buenos días —dijo, moviendo las cejas ante su desnudez arrugada por el sueño.

—Buenos días. Podrías haberme despertado y te habría acompañado.

—Anoche estabas muy cansada. Pensé que te vendría bien dormir lo más posible —explicó Mac—. Además... podrías unirte a mí ahora.

Mac tiró de Sophie hacia la cabina de ducha con manos ávidas.

Treinta minutos más tarde, estaban en la barra del desayuno, comiendo unos tazones de cereales integrales sin azúcar. *Me imagino que he decidido salir con un fanático de lo saludable*, refunfuñó Sophie internamente. Le encantó ver la cara de horror de Mac cuando echó varias cucharadas de azúcar en su tazón.

—Lo siento, tengo que ir a trabajar pronto. Probablemente no deberíamos haber tardado tanto en la ducha —volvió a disculparse Mac.

—Valió la pena —replicó Sophie, chocando su cadera con la de Mac.

—Sí. Definitivamente valió la pena —respondió Mac, con alegría en la voz.

Si Mac quería llevar a Sophie a casa y llegar a tiempo al trabajo, tenían que comer rápido. Sophie devoró los cereales lo más rápido posible.

—Reggie me ha mandado un mensaje esta mañana —dijo Mac, dejando caer el cuenco vacío en el fregadero—. Dice que la autopsia salió bien anoche y que no encontró nada raro en la muerte de la víctima. Es exactamente como la describiste. Nada sorprendente.

—¿Alphonse causó algún problema después de que me fui?

—Reggie dijo que estaba tenso pero bien. Tener a la Srta. Zhao cerca mantuvo al alfa a raya. No intentó iniciar ninguna pelea ni se puso peludo.

Terminando su tazón de cereales, Sophie se volvió hacia Mac con una sonrisa.

—He oído que los Corn Flakes fueron inventados originalmente por

Kellogg´s con la intención de suprimir el deseo de la gente de masturbarse.

—Te lo estás inventando.

—¡Es verdad, lo juro!

—Lo estoy buscando en Google para ver si me estás tomando el pelo —advirtió Mac, sacando su teléfono del bolsillo—. Huh. Este sitio web dice que los Corn Flakes fueron creados para ser un “desayuno fácil de digerir, saludable y listo para comer”. No para dejar de masturbarse. Sin embargo, su creador, John Kellogg, se empeñó en crear una dieta pura, sencilla y *poco estimulante* porque creía que amortiguaría los impulsos sexuales. Oh guao. Escucha esto, llamó a la masturbación “autocontaminación” y “el más peligroso de todos los abusos sexuales”. Ni siquiera creía que las parejas casadas debieran tener sexo excepto para procrear. Pobre esposa la de ese hombre.

—”Corn Flakes: amortiguando la libido en toda América” debería ser el nuevo eslogan.

—Oye, me gustan los Corn Flakes. No me los arruines —rogó Mac.

—Oh, no —anunció Sophie de repente, agachándose y gimiendo lastimeramente—. Los cereales no han funcionado.

—¿Qué? —preguntó Mac distraído, levantando la vista de su teléfono.

—No ha funcionado —repitió Sophie—. Mac. Tengo estos... impulsos. No creo que pueda controlarme.

Fingiendo convulsiones, Sophie se ahuecó las tetas gritando.

—No puedo parar. Kellogg´s... me has decepcionado. Necesito autocontaminarme.

—Normalmente me encantaría ver eso, pero tengo que ir a trabajar —dijo Mac con un lento y triste movimiento de cabeza.

—Es demasiado tarde para mí. Déjame atrás —gritó Sophie.

Levantó a Sophie y se la echó al hombro, haciéndola chillar, se agachó brevemente para coger su bolsa de viaje y salió por la puerta principal.

—Mac, bájame. Necesito tocarme —gritó Sophie mientras Mac caminaba hacia su coche en el minúsculo camino de entrada.

—¡Dios mío! Vivo aquí. Probablemente mis vecinos te estén viendo hacer un espectáculo —resopló Mac, abriendo la puerta de su coche y metiendo a Sophie dentro. Meneó la cabeza mientras Sophie intentaba abrocharse el cinturón de seguridad, pero no lo consiguió porque se

reía demasiado como para meter la lengüeta metálica en la hebilla.

Al entrar en el coche, Mac se volvió hacia Sophie con un suspiro.

—¿Has terminado ya?

—No estoy segura. Te aviso.

Sophie se dio cuenta de que Mac intentaba ocultar una sonrisa mientras salía de la entrada de su casa y giraba hacia el Tenderloin.

Mirando por la ventanilla el paisaje urbano que pasaba a su lado, Sophie se alegró de ver que la lluvia de los últimos días parecía estar por fin amainando, dejando la ciudad un poco lavada de su suciedad habitual.

A primera vista, San Francisco parecía una metrópolis reluciente entrecruzada por pintorescos barrios llenos de hileras de casas elegantes y señoriales. Pero si se miraba bajo la superficie inmediata, a la ciudad real que había bajo la capa de caramelo, San Francisco estaba llena de focos de oscuridad. Era donde los vagabundos y los sin techo dormían bajo los puentes y en los grupos de edificios ruinosos o en los rincones destartalados y sórdidos de la ciudad. El gran capital seguía llegando a las costas de San Francisco, empujando los bajos fondos de la pobreza, las drogas y la desesperación hacia calas ocultas. Pero seguía ahí si prestabas atención. Sophie miró los sacos de dormir llenos de indigentes bajo un paso elevado, con la basura a su alrededor, amontonados contra el frío.

—He estado leyendo ese libro de historia que me regalaste —dijo Mac, sacando a Sophie de sus melancólicos pensamientos.

—¿Sí? ¿Te gustó?

—Sí, me gustó. ¿Sabías que el puente Golden Gate no estaba pensado originalmente para tener el color que tiene ahora?

—¿En serio? Siempre me he preguntado por qué se llama puente *Golden* Gate cuando no es dorado, sino naranja.

—Ese color se llama Naranja Internacional. Se inspiró en la imprimación que usaban para proteger el acero. Al arquitecto le gustaba más que la lista original de opciones de color. El libro dice que la Marina quería que se pintara a rayas negras y amarillas para que fuera más fácil verlo a través de la niebla.

—¿Te lo imaginas? —preguntó Sophie horrorizada, imaginándose un puente a rayas de abejorro atravesando la bahía en lugar de la icónica estructura—. ¿Alguna vez has caminado por el puente?

—Una vez. Y una vez fue suficiente. Unas vistas realmente

increíbles, pero entre el viento helado, el tráfico y los carteles cada metro y medio rogando a la gente que no saltara, nunca he tenido ganas de volver a hacerlo. ¿Y tú? —preguntó Mac.

—Sí, yo también lo hice una vez. Hacía un frío del demonio. Pero las vistas eran impresionantes. Por suerte, fui un día en que no había niebla. Estaba tan claro que juraría que pude ver las islas Farallón en el horizonte.

Mientras conducía, Mac soltó una mano del volante y la deslizó sobre la de Sophie, apretando sus palmas. Entrelazando sus dedos, Sophie saboreó el contacto relajado y sin prisas. Observó cómo conducía Mac, intentando ver al zorro que habitaba en su interior. El único indicio de la otra forma de Mac aparecía a veces en sus ojos.

—Oye, tengo una pregunta —dijo Sophie—. ¿Cómo es posible que un hombre de 80 kilos se transforme en zorro? ¿Adónde va la masa que le falta? ¿Es magia? He leído que el zorro medio pesa unos 9 kilos. Aunque creo que tu forma de zorro era mucho más grande que eso, no te acercas ni de lejos a tu tamaño humano en forma de zorro.

—¿Has estado leyendo sobre zorros? —preguntó Mac, riendo en su tono—. ¿Encontraste algo interesante?

—Sí. Un grupo de zorros se llama skulk. Se supone que la orina de zorro huele fatal —contestó Sophie, tachando los datos con los dedos —. Ah, y se supone que los zorros son muy ruidosos cuando se aparean: muchos aullidos. No noté ningún aullido anoche, aunque creo que te hice aullar en algún momento. Ahora responde a mi pregunta.

—La verdadera respuesta es que no lo sé. Mi gente lo considera magia. Pero creo que tiene su ciencia. Creo que una vez que descubres cómo funciona algo mágico, descubres que hay una ciencia en ello. Creo que la mayor parte de la magia Mística es ciencia por descubrir.

Me imagino que él sería muy pragmático con la magia.

—Burg me dijo que los metamorfos lobo se reúnen en manadas porque están emulando cómo creen que los lobos en la naturaleza viven con los alfas y tal. ¿Los metamorfos zorro también viven en manadas? ¿Eres miembro de una manada de zorros?

—No, los metamorfos zorro tienden más a los grupos familiares, a diferencia de la estricta jerarquía que practican los metamorfos lobo y algunos otros. Esto significa que los metamorfos zorro no tienen tanto poder político como otros metamorfos, pero tampoco tienen tantas

luchas internas. Mi padre es el jefe de nuestro grupo familiar. Es el mayor de sus hermanos, así que ese papel se lo dio mi abuelo.

—Entonces, ¿serás algún día el alfa de tu grupo familiar?

—No, ese honor recaerá sobre la cabeza de mi hermana mayor.

—¿No te gustaría ser alfa? —preguntó Sophie, intrigada.

—¿Y estar a cargo de todos mis hermanos, sobrinas, sobrinos y primos? No, gracias. Eso es solo un dolor de cabeza.

Al entrar en el pequeño aparcamiento junto a Cafecita, Mac encontró la última plaza libre. Apagó el coche y se volvió hacia Sophie. Se mordió el labio y lo observó en silencio, esperando a ver qué hacía él a continuación.

—Ven aquí —dijo Mac con voz ronca, inclinándose sobre la consola.

A medio camino, Mac besó a Sophie y le rozó la mandíbula con los labios. Sophie se acercó más y un suave sonido le subió por la garganta. Se separaron bruscamente cuando oyeron una voz delgada y carrasposa pronunciar el nombre de Mac.

Mac se rio y señaló a Birdie, que estaba sentada en la desvencijada silla de jardín que había aparecido recientemente en el inclinado porche delantero de Cafecita. Llevaba un bolso grande y anticuado sobre el regazo. El rígido bolso verde parecía sacado directamente de los años sesenta, como si debiera llevarlo una mujer con minifalda y botas go-go. Sophie se preguntó si estaría hecho de piel de cocodrilo.

¿Todavía se hacen cosas de piel de cocodrilo o están en peligro de extinción?

Birdie, delgada como un pájaro, delicada y ligeramente encorvada, saludó con entusiasmo desde su asiento, evitando con una mano huesuda que la gran bolsa se le cayera del regazo.

—Lo juro, de alguna manera sabe cuándo vas a aparecer —dijo Sophie, sacudiendo la cabeza y saludando también a Birdie.

Cuando Mac se aclaró la garganta, Sophie se volvió para mirarle. Mac puso una expresión casi nerviosa, pasándose los dedos por el pelo.

—Hace poco abrieron un restaurante cerca de mi casa. ¿Me acompañas a cenar allí el sábado? Se supone que está especializado en cocina californiana.

—Me encantaría ir a cenar contigo. ¿Pero me vas a llevar a In-N-Out Burger? ¿No es eso lo que significa cocina californiana? —dijo

Sophie, bromeando solo en parte.

—Cierto. In-N-Out Burger debería figurar como el restaurante oficial del estado de California. Pero no te voy a llevar allí. Este sitio se llama Fog Bay Tavern. Cocina californiana significa que probablemente solo tiene un montón de aguacates en los platos, y todo es artesanal y orgánico. Apuesto a que espolvorean microgreens en cada plato.

—Bueno, no sé qué son los microgreens, pero me gustan los aguacates —dijo Sophie riendo—. Es una cita.

Mac parecía tan contento que Sophie no pudo evitar darle otro beso.

Mac gimió tristemente, recordándoles a ambos que tenía que ir a trabajar. Saliendo del sedán, Mac dio la vuelta y abrió la puerta para ayudar a Sophie a salir.

—Ooh, Mac, eres *todo* un caballero —arrulló Birdie en voz alta desde el porche.

—Si hubiera visto lo que me has hecho esta mañana en la ducha, probablemente no diría eso —susurró Sophie de lado a lado de la boca, solo para los oídos de Mac. Mac enarcó las cejas, con una sonrisa malévola en la cara, probablemente recordando vívidamente el tiempo que pasaron juntos en la ducha.

—Buenos días, señorita Birdie —saludó Mac con una sonrisa menos lasciva.

—Buenos días, Mac. ¿No te apetece llevar a Sophie del trabajo a casa?

Ni Mac ni Sophie corrigieron la suposición de Birdie de que Sophie volvía a casa del trabajo en lugar de quedarse a dormir en casa de Mac.

—¿Oyes eso, Sophie? Soy un encanto —tirando de sus manos unidas, Mac giró a Sophie para que le mirara mientras ella se burlaba de la supuesta naturaleza dulce de Mac—. Oye, que tengas un buen día. Mándame un mensaje cuando te levantes.

—Lo haré. Llámame si hay alguna novedad sobre ese caso en el que estás trabajando —respondió Sophie, esperando que las crípticas palabras no despertaran la naturaleza curiosa de Birdie. Aún no estaba preparada para explicarle sus poderes, aunque sabía que ese día estaba cerca. No podía ocultarle un secreto así a su mejor amiga durante mucho tiempo.

Al final de la escalera, Mac le dio un suave beso a Sophie para despedirse. Cuando se apartó, Birdie los abucheó y les gritó.

—Eres una mirona pervertida, Birdie. Pensé que Milton te mantendría lo suficientemente ocupada como para no meterte en mis asuntos. Como si, una vez que tuvieras tu propia vida sexual, no te metieras en la mía —la regañó Sophie.

—Mac, no entiendo por qué un chico tan dulce como tú está con Sophie. ¿Ella te está pagando? —Birdie se burló, ignorando la presencia de Sophie.

—No sabía que eso fuera una opción —replicó Mac con cara de intriga.

—¡Él debería pagarme a mí! Estoy haciendo todo esto ad honorem —resopló Sophie, haciendo que tanto Mac como Birdie soltaran una carcajada.

Mac miró el reloj e hizo una mueca al ver la hora.

—Maldita sea, tengo que irme. Te veo luego.

Tanto Sophie como Birdie se despidieron, diciéndole a Mac que esperaban que tuviera un buen día de trabajo. Cuando Birdie dio un codazo en el costado de Sophie con su huesudo codo, Sophie se dio cuenta de que estaba allí de pie, mirando a Mac con una sonrisa idiota en la cara.

—Oh, sí, eso sí que es un caramelo de testosterona —ronroneó Birdie mientras ambas observaban a Mac caminar de vuelta a su coche.

—Será mejor que borres esa mirada de tu cara cuando hables de mi novio —amenazó Sophie con una carcajada en la voz—. De todas formas, ¿qué haces aquí fuera?

—El centro de mayores nos va a llevar a unos cuantos a visitar la Academia de Ciencias y después organizarán un almuerzo en el parque.

—Suena bien. ¿Estará Milton? —preguntó Sophie.

—Tal vez...

—¿Por qué estás siendo tan evasiva? —preguntó Sophie consternada.

—No lo sé. Es que no quiero fastidiarlo. Me gusta —dijo Birdie en voz baja.

Sophie se sorprendió al oír a Birdie decir casi los mismos temores que ella había estado teniendo.

—No vas a estropearlo, Birdie. Eres increíble. Si Milton no lo entiende, es que es tonto. Y no te merece. Así de claro.

—¿Sabes qué? Tienes razón —exclamó Birdie—. Soy increíble. No sé por qué me he puesto así.

La furgoneta del centro de mayores se detuvo frente a Cafecita antes de que Sophie pudiera pensar en algo más que decir para tranquilizar a Birdie. Al ver cómo Milton saludaba emocionado desde el interior del vehículo, Sophie decidió seguir su propio consejo. El joven que conducía la furgoneta se bajó y, con una suave mano en el codo de Birdie, la introdujo en la furgoneta para que se reuniera con su caballero.

Sophie se despidió con la mano cuando la furgoneta se incorporó al tráfico y se dirigió a Cafecita. Normalmente, a estas horas estaría llegando a casa del trabajo y se habría ido a la cama. Pero había dormido toda la noche y estaba muy despierta. No creía que pudiera cumplir su horario habitual.

¿Y ahora qué? El ruido de su estómago decidió por Sophie. Un mísero tazón de cereales insípidos no iba a ser suficiente. Había quemado un montón de calorías la noche anterior y se merecía un delicioso desayuno bañado en mantequilla.

Sophie comprobó la hora y pensó que podría llegar antes que la multitud a Brenda's French Soul Food si se daba prisa. A partir de las nueve, la espera sería eterna porque el local era muy popular, incluso entre semana. Y con razón. El menú era una mezcla de cocina sureña, francesa y criolla servida en un ambiente relajado y encantador. Por algo era uno de los lugares de brunch más populares de la ciudad. Y ahora que Sophie cobraba un sueldo fijo, podía permitirse darse un capricho de vez en cuando.

Al entrar en el local rojo y negro, Sophie pudo coger uno de los pocos asientos libres en la barra que atravesaba el centro del restaurante. A pesar de su temprana llegada, el local ya estaba lleno.

Sophie pidió un café helado de melaza y nueces negras de la abuela cuando el camarero le acercó la carta. Se le hizo la boca agua al ver las opciones de desayuno. Cada plato sonaba más delicioso que el anterior. Sophie estuvo a punto de pedir gambas y sémola de maíz con salsa de tomate y bacon, pero en el último momento se decidió por los beignets. ¿Por qué elegir solo un sabor cuando puedes probarlos todos? Sophie planeó comerse hasta caer en un coma de

carbohidratos.

Los cuatro beignets diferentes serían demasiada comida para comerlos solos, así que decidió guardar el de chocolate y el natural para disfrutarlos más tarde. Los de manzana y langosta irían a su estómago inmediatamente.

Cuando el camarero deslizó el largo plato rectangular de delicias fritas delante de ella, Sophie fue incapaz de acallar sus gemidos. Sabía que sonaba como un ñu moribundo. El camarero parecía imperturbable. Imaginó que ya estaba acostumbrado a ese tipo de reacciones.

Sophie devoró un buñuelo de langosta relleno de langosta picante y queso cheddar fundido. Después de chuparse el polvo de especias cajún de la punta de los dedos, en lugar de la habitual capa de azúcar en polvo, Sophie bebió un buen trago de agua para enfriar el calor de su lengua. Cuando terminó su primer beignet, Sophie se obligó a ir más despacio para saborear el de manzana. Su dulzura de caramelo era el contrapunto perfecto al picante de la langosta. Era como tomar el postre. No le importaba que estuviera dando un poco de espectáculo. Mirando disimuladamente a su alrededor, se dio cuenta de que no era la única clienta en pleno éxtasis culinario. Por encima de la tranquila música ambiental se oía el ruido de los utensilios raspando la porcelana y los gemidos amortiguados por las bocas demasiado llenas.

La comida estaba deliciosa, pero cuando Sophie dio el último bocado al pastel, se dio cuenta de que le habría sabido aún mejor si lo hubiera compartido con Mac. Vaya, qué deprimente.

Después de pagar la comida y empaquetar las sobras, Sophie salió decidida a hacer algunos recados.

De camino a casa, Sophie se detuvo en la licorería de la esquina y compró una botella de brandy Asbach Uralt para Birdie. Tras llamar brevemente a la puerta de Birdie para confirmar que seguía en su cita con Milton, Sophie pensó en dejar la botella en su felpudo de bienvenida como sorpresa, pero al final decidió no hacerlo. Dejar alcohol desatendido en el Tenderloin solo significaba que nunca lo volverías a ver.

Una vez dentro de su apartamento, Sophie se puso al día con sus facturas. No tener que hacer la gimnasia mental de intentar averiguar qué facturas podía posponer y de cuáles tenía que ocuparse

inmediatamente, averiguar qué compañías tenían las peores comisiones por demora y probar hasta dónde podía presionar a la compañía eléctrica hasta que le cortaran la luz hizo que Sophie se sintiera gloriosa. La sensación de poder pagarlos todos... Bueno, le aliviaba el estómago. Como si hubiera estado llevando una bola de plomo dentro de ella a todas partes, una pequeña bala de cañón constante de carga y preocupación que ahora había desaparecido. Se había vuelto más pesada y densa a medida que el agujero financiero en el que se había metido se hacía más profundo e ineludible. Pero ahora tenía un trabajo de verdad, con un sueldo fijo, y podía pagar el alquiler y todas sus necesidades. Si era cuidadosa, incluso podría empezar a ahorrar algo para un día lluvioso, la jubilación o algo así. Sophie incluso se había comprado una caja archivadora con carpetas colgantes de color verde oliva para organizar sus facturas, recibos y demás, como una auténtica adulta.

Demasiado descansada después de todo lo que había dormido la noche anterior, Sophie intentó leer su libro, pero no conseguía meterse en la historia. Quizá fuera el azúcar del desayuno, pero Sophie tenía energía para quemar. Paseando por su pequeño apartamento, en busca de algo en lo que ocupar su tiempo, Sophie apretó los dedos de los pies en sus mugrientas zapatillas de deporte. Al mirarse los zapatos, Sophie se alegró de ver que aún no habían cogido ninguna mancha de la morgue. En el poco tiempo que Sophie llevaba trabajando con Reggie, había aprendido que si no se podía blanquear o limpiar con un paño, acabaría estropeándose con algún fluido horrendo. Ya que los detectives le quitaron las botas ayer, quizá debería conseguir unas de repuesto. De todas formas, las botas habían empezado a estropearse.

Sophie buscó su tarjeta Clipper en la cartera y salió de Cafecita en dirección a la estación de BART más cercana.

Varias horas y tiendas más tarde, Sophie por fin dio en el clavo en Cal Surplus, en Haight. Su tienda de segunda mano habitual, Out of the Closet, de color rosa chicle, no tenía botas decentes de su talla.

Sophie decidió estrenar sus botas nuevas caminando hasta Alamo Square para disfrutar del tiempo y admirar las Damas Pintadas con los turistas. Sophie compró un par de tamales de cerdo a la señora del

carrito de tamales y encontró una zona de césped no demasiado concurrida frente a la fila de postal de prístinas mansiones victorianas de color caramelo, con los rascacielos del centro de la ciudad como telón de fondo. Deseando haber traído servilletas de sobra, Sophie comió sus tamales y observó cómo un grupo tras otro tomaba la misma foto de las casas. No es que pudiera culparlos: las preciosas mansiones con todos sus detalles arquitectónicos y artesanales, la exuberante hierba ondulada, las altísimas torres de cristal y metal a lo lejos… todo era digno de una foto. El cielo estaba lo bastante despejado como para que Sophie pudiera ver la afilada aguja de la Pirámide Transamérica, que se elevaba en la estratosfera por encima de los edificios del centro.

Lo que explicaba por qué esta vista era uno de los lugares más fotografiados de la ciudad. Tumbada en la hierba, Sophie se dio cuenta de que no se había tomado el tiempo de disfrutar del parque desde el concurso anual de Hunky Jesus en Dolores Park por Pascua, que había sido hacía casi ocho meses.

Con la barriga llena, el ruido blanco de cientos de turistas exclamando sobre las vistas, la exuberante hierba acunándola y el sol calentándola, Sophie casi se queda dormida allí en la colina. Sacudiéndose de su estupor, se levantó y finalmente se dirigió a casa para dormir lo que necesitaba antes del trabajo.

Capítulo 13

Las suelas de las nuevas botas de combate con cordones de Sophie seguían rígidas y chirriaban en el suelo de linóleo cuando entró en el vestíbulo del edificio del Médico Forense aquella tarde. Las botas, del color del tabaco de mascar, hacían que Sophie se sintiera más ella misma que con sus zapatillas. Había algo en un par de botas robustas que la hacía sentirse lista para enfrentarse al mundo.

—Buenas noches, señorita Zhao —dijo Sophie—. Gracias por defenderme anoche. Espero que el alfa no le diera más problemas después de irme.

—Me habría gustado verle intentarlo —dijo la señorita Zhao, con una sonrisa secreta. Los dedos de la señorita Zhao volaban sobre el teclado sin perder el ritmo. A Sophie siempre le habían impresionado las personas capaces de escribir sin tener que mirar el teclado. Ella era más del tipo "caza y captura".

—Pagaría un buen dinero por presenciar eso —rio Sophie, imaginándose a un enorme dragón pardo cobrizo despedazando a un Alphonse en forma de lobo y masticando sus huesos con fruición.

Tras cruzar las puertas de acceso, Sophie llamó a la puerta del despacho de Reggie, pero no obtuvo respuesta. Al adentrarse en las instalaciones, lo encontró en la sala de autopsias, revisando las notas de los casos programados para la noche.

—¿Algún problema después de que me fuera anoche? —preguntó Sophie.

—Todo fue bien. Alphonse no estaba contento, pero como nunca le he visto contento, no me preocupé —contestó Reggie—. Aquí están las notas de la autopsia de su beta. Todo fue bastante sencillo.

Echando un vistazo a las notas escritas con la fluida letra de Amira, Sophie resopló al ver la causa de la muerte. "Lesión incisa larga en la parte anterior del cuello" le pareció un eufemismo. Ni siquiera el "corte de la arteria carótida izquierda" cubría el verdadero horror de la muerte de Roger.

—¿Sigue aquí el cuerpo? Podría hacer una lectura y ver si puedo

ver la cara de Blancanieves o si todavía me veo a mí misma —se ofreció Sophie.

—Es una buena idea. Deberíamos hacer eso primero —sugirió Reggie—. Alphonse exigió que entregáramos el cuerpo justo después de terminar la autopsia, pero pude retenerlo diciendo que el cuerpo formaba parte de una investigación en curso. Estaba furioso porque no se lo entregamos anoche.

—¿Es eso inusual? Desde que estoy aquí, nadie ha reclamado el cadáver justo después de la autopsia. Pensé que había ido a una funeraria o algo así.

—No es completamente fuera de lo común. Para la parte humana del departamento del forense, cuando un cuerpo está listo para ser entregado, normalmente se entrega directamente al crematorio o a la funeraria. Pero muchos Místicos tienen rituales específicos para sus muertos, así que entregaremos un cuerpo directamente a su pariente más cercano, o a veces a su alfa o líder de clan. Las veces que he hecho una autopsia delante de un miembro de la familia o de un alfa de la manada o algo así, siempre han pedido que se entregue el cuerpo en cuanto termine. Ya que están aquí para la autopsia, tiene sentido llevar el cuerpo a casa en ese momento.

Sophie se encogió de hombros, ya que eso tenía sentido. Siguió a Reggie hasta el frigorífico. Reggie se detuvo junto a uno de los estantes metálicos, donde había una bolsa para cadáveres. Al abrir la bolsa y separar las solapas, Sophie miró la cara de Roger. Reggie levantó el teléfono, listo para que Sophie empezara.

Sophie le puso la mano en el pecho, debajo de la herida del cuello, y cerró los ojos.

—Bien, está caminando por Market Street con Alphonse. Alphonse le dice que cree que han detectado a alguien. Señala una panadería más adelante y le dice a Roger que lleve a la persona al callejón detrás del edificio. Atravesará la panadería, atraparán a su sombra y obtendrán algunas respuestas. Roger se escabulle por la esquina y se esconde detrás de un contenedor para poder saltar y agarrar a la persona. Agazapado, espera a que el objetivo pase por delante de su escondite, pero no pasa nadie. Empieza a preocuparse porque si pierde a la persona, Alphonse se va a molestar. Intenta olfatear y ver si puede oler a alguien acercándose, pero el hedor de la basura es demasiado fuerte. Le parece oír un pequeño ruido. Probablemente sea una rata o

algo así, pero intenta asomarse al contenedor para ver si se acerca alguien. Casi antes de que pueda reaccionar, algo le atraviesa la garganta. Un dolor punzante, y luego algo le empuja hacia atrás, de modo que cae de culo contra la pared. Una persona vestida de negro se aleja de él a toda velocidad con un cuchillo ensangrentado en el puño enguantado. Le sorprende que sea una mujer. No puede creer que una mujer se le haya echado encima. La mujer lleva subida la capucha de la chaqueta, así que no puede verle la cara. El callejón está demasiado oscuro. Solo consigue entrever unos labios y una barbilla femeninos. Ella ladea la cabeza, le mira fijamente por un momento, antes de mirar a ambos lados. Gira sobre sus talones y se aleja rápidamente mientras Roger intenta contener el flujo de sangre de la herida de su cuello. Otro ruido le hace esperar que Alphonse haya llegado, pero soy yo. Intento ayudar a presionar la herida, pero ya sabemos cómo ha acabado. Llegué demasiado tarde.

Sophie abrió los ojos y apartó la mano del pecho de Roger. Casi se sintió mal por él, pero vio que estaba deseando hacer daño a quienquiera que fuera tras él y su alfa.

—¿Pudiste verla? ¿Estaba Blancanieves llevando tu cara otra vez? —preguntó Reggie.

—No estoy segura. Tal vez. Roger no la vio bien, pero lo que vio se parecía a mí. Solo que no la vio lo bastante bien como para estar seguro —Sophie se encogió de hombros, deseando tener algo más concreto que dar.

—¿Podrías decirme qué hacían Roger y Alphonse? ¿Por qué estaban en esa parte de la ciudad? —preguntó Reggie, sacando a Sophie de su contemplación de los últimos momentos de Roger.

—No, no capté ningún indicio de lo que tramaban —se disculpó Sophie.

Reggie se encogió de hombros como si no fuera para tanto y apagó la grabación. Encabezó la salida del frigorífico mientras Sophie se frotaba las manos arriba y abajo por los brazos, intentando entrar en calor.

—¿Estás lista para empezar con nuestra noche? —dijo Reggie una vez que estuvieron de vuelta en el pasillo.

—Claro, deja que me ponga el uniforme y me pondré manos a la obra —respondió Sophie y se dirigió a los vestuarios.

Cuatro horas más tarde, Sophie estaba comiendo su sándwich,

escuchando la charla de sus compañeros de trabajo. Disfrutaba de la normalidad de ver cómo Amira y Ace discutían mientras él intentaba quitarle la piel a una manzana. Últimamente Ace estaba más gruñón de lo normal. Fitz había traído una tanda de bollos de naranja y arándanos cuya receta había estado intentando perfeccionar. No estaba satisfecho con los resultados, pero a Sophie le sabían deliciosos.

—¿Sabías que los suecos llaman *tvättbjörn* a los mapaches? —anunció Sophie—. Se traduce literalmente como "oso lavador".

Sophie había estado leyendo sobre los animales que componen la otra mitad del alma de sus amigos -con la esperanza de entenderlos mejor- cuando se topó con esa pequeña anécdota.

—Bueno, eso es mejor que panda basura —replicó Amira, haciendo que Ace resoplara.

—¿Ya has terminado? El siguiente parece otro drogadicto —le preguntó Reggie a Sophie.

—¿Otra? Vaya. ¿Qué pasa con todas estas sobredosis?

—La crisis de los opioides no es solo un problema humano. Es un problema de todos.

Reggie se levantó con un suspiro que decía que había visto demasiadas de esas muertes. Sophie arrugó su bolsa marrón, ahora vacía, la tiró a la basura y siguió a Reggie fuera de la sala de descanso.

Separándose de Reggie cuando éste se desvió hacia la sala principal de autopsias, Sophie entró en la cámara frigorífica de la morgue para coger la camilla con la bolsa para cadáveres correctamente numerada. Cuando Sophie había empezado a trabajar en la morgue, el frigorífico, con sus estanterías de cadáveres envueltos y sus mesas rodantes, solía inquietarla. Después de los últimos meses, ya no le daban más miedo que los muebles de oficina, solo formaban parte del paisaje cotidiano tras las primeras semanas de inquietud.

Después de aparcar la camilla en su sitio habitual, Sophie se lavó a fondo en los lavabos que hay justo dentro de la sala de autopsias. Entre tener que frotarse las manos una docena de veces al día y llevar guantes de nitrilo, las manos de Sophie estaban siempre secas y ligeramente irritadas. Amira le había recomendado una crema que reducía la irritación después de que las manos de Sophie se agrietaran y empezaran a agrietarse durante la segunda semana de trabajo.

Sophie se volvió hacia Reggie y comparó el gráfico con el número de la bolsa para cadáveres.

—¿Estás listo?

Con un movimiento de cabeza de Reggie, Sophie abrió la bolsa, preparándose mentalmente para ver a un hombre delgado y enfermizo. La sorpresa la abofeteó cuando el rostro del hombre que apareció no tenía líneas y era redondeado como el de un niño. Solo los moratones y el hundimiento de sus ojos cerrados mostraban el desgaste del consumo de drogas. Tenía ese aspecto de chico surfero americano con el pelo despeinado y rubio. Parecía el tipo de chico que llamaba “bro” a sus amigos y practicaba senderismo para divertirse. Sophie volvió a mirar el gráfico y vio que el hombre, llamado Zach, tenía veintiocho años. La mayoría de las sobredosis que Sophie había visto en la mesa de autopsias habían envejecido más de la cuenta, pero Zach aún parecía joven. Su rostro y su cuerpo aún no habían sido devastados por el consumo de drogas.

Reggie cogió su teléfono y miró expectante a Sophie.

—Avísame cuándo empiezo a grabar —dijo.

—Puedes empezar ahora —respondió Sophie. Cuando Reggie pulsó el botón de grabación de su teléfono, Sophie puso la mano sobre el brazo del muerto.

—Vamos a la dimensión desconocida —bromeó. Respirando hondo, Sophie despejó sus pensamientos y centró su atención en el pozo de su mente donde surgían las visiones—. Está sentado en un sofá en lo que parece un salón. Está oscuro -la única luz proviene de un pequeño televisor- y es difícil ver gran cosa. Todo está un poco borroso y distorsionado. Creo que debe de estar borracho o colocado porque es difícil enfocar. Hay montones de botellas vacías, bolsas vacías de patatas fritas y cosas así desordenadas en la mesita. Hay otros dos hombres con él. Están todos desplomados. Uno es mayor, quizá cuarentón. Pelo castaño, tiene un poco de barriga. El otro es más joven, quizá veinteañero. Lleva una gorra de béisbol roja, pero su pelo parece rubio oscuro. Es difícil de distinguir. Es delgado, casi demacrado. Ambos llevan vaqueros y camisetas.

» Llaman a la puerta. El tipo delgado se levanta y contesta. Dice que hay alguien que quiere hablar con Zach. Zach se intimida y se pone nervioso cuando ve quién es. Este tipo parece diferente a los otros. Más limpio, ¿sabes lo que quiero decir? Lleva una sudadera negra con capucha, pero parece tener el pelo oscuro. No puedo decir si es castaño o negro. Es grande. Realmente grande. Ahora que Zach está

de pie frente a él, puedo ver que debe medir unos centímetros más de metro ochenta. Y voluminoso. El hombre le dice a Zach que tiene que hablar con él a solas, señalando con la cabeza a los dos hombres del sofá. Zach les dice que tienen que irse. Tras refunfuñar y quejarse un poco, salen a trompicones del apartamento. Le dice a Zach que tome asiento, señalando el sofá raído en el que estaba sentado antes. Mirando hacia la puerta ahora cerrada, el tipo asustadizo dice: "Humanos, ¿en serio?" Zach responde que sirven para algo, encogiéndose de hombros. Le pregunta si ha pasado mucho tiempo con humanos. Zach vuelve a encogerse de hombros y dice que no. Zach le pregunta qué está pasando. Le pregunta si hay algún problema o si tiene problemas. Está muy nervioso. Zach sigue llamando "señor" al hombre. Aún no ha dicho su nombre.

» El hombre agarra a Zach por el hombro derecho, justo al lado del cuello, pellizcándole el nervio. Mirando fijamente a Zach, le dice: "Cuando te invitamos a unirte al círculo interno, sabías cuál era nuestro objetivo. Cuál es nuestra misión. Nos dijiste que estabas de acuerdo con nuestra postura sobre los humanos. Y sin embargo... Nos hemos dado cuenta de que has estado pasando tiempo con humanos, especialmente con la mujer. ¿Cómo se llama?" Zach murmura que no hay ninguna mujer, pero el hombre clava los dedos con más fuerza en el músculo del hombro de Zach, haciéndole chillar. "Así es. Neesa. Se llama Neesa, ¿verdad?" dice. "¿Sabes qué es interesante? Alguien llamó a la policía la noche que tratamos con Gibson. Nadie más que nosotros sabía lo que estaba pasando esa noche. Es una coincidencia interesante que la persona que llamó fuera una mujer. ¿Le contaste a Neesa sobre nosotros?" Zach jura y promete que no le dijo nada a Neesa. Que ella no sabe nada de ellos. Que ni siquiera sabe que él es un metamorfo. Ella cree que es humano.

» "Bueno, vamos a averiguar si estás diciendo la verdad o no. Jeremiah le está haciendo una visita mientras hablamos. Averiguará lo que ella sabe", dice el hombre. Zach empieza a rogarle que no haga daño a Neesa, diciendo que es inocente y jurando que nunca le ha contado nada. Pero el hombre aprieta aún más fuerte el hombro de Zach, haciéndole callar. "No importa, porque de cualquier manera, no podemos confiar en ti. ¿Creías que podías ocultarnos una novia humana y que no lo descubriríamos? ¿Crees que somos estúpidos? Sabías cuando te uniste a nosotros lo que significaba todo. Tener una

relación con una humana solo nos hace saber que no estás preparado para lo que viene después”.

» Zach intenta rogarle al hombre una segunda oportunidad, pero él le dice que es demasiado tarde. Dice que pueden hacerlo por las buenas o por las malas. Que no le importa de cualquier manera, depende de Zach. Llorando, Zach elige el camino fácil. El hombre le ata el brazo izquierdo mientras Zach sigue llorando. Cuando el hombre se distrae un momento, Zach intenta salir corriendo. Apenas se levanta del sofá, el hombre lo vuelve a derribar. El hombre rodea con sus dedos la garganta de Zach y le dice que si mueve un solo músculo hará que Zach suplique la muerte antes de acabar con él. Zach sigue suplicando, pero el hombre le ignora mientras saca una jeringuilla del bolsillo de su capucha, la destapa con los dientes y rápidamente inyecta algo a Zach. No puedo ver qué parece porque Zach mira con determinación hacia otro lado. Vuelve a tapar la aguja, se sienta en la mesita y se queda mirando a Zach con cierta indiferencia. Como si fuera un experimento científico o algo así. Mientras la euforia invade a Zach, murmura que al menos sienta bien.

Apartando la mano del cuerpo de Zach, Sophie se sacudió el hombro en un estremecimiento general.

—Ugh. Eso apestó —sacudiendo la mano, Sophie se abstuvo de limpiársela en el uniforme. Si lo hacía, tendría que cambiarse los guantes. Aprendió la lección por las malas en su primera semana en la morgue. Reggie era muy estricto con las normas y los reglamentos.

—Espera —Sophie se dio cuenta de repente—. ¿Y la mujer? ¿Neesa? ¿Crees que aún estamos a tiempo de ayudarla?

—Dios mío, tienes razón —exclamó Reggie—. Llamemos a Mac a ver qué puede hacer.

—Se supone que ahora tenemos que enviar mis visiones al jefe de policía, no a Mac —le recordó Sophie a Reggie.

—Ah, sí, se me olvidaba —replicó Reggie—. Déjame ir a mi despacho y llamar ahora al jefe Dunham.

—¿Crees que se enfadará si le despertamos? —preguntó Sophie, mordiéndose el labio con preocupación. El jefe de policía tenía el poder de complicarle bastante el trabajo y la vida.

—No me importa. Esto es demasiado importante —dijo Reggie, saliendo de la sala de autopsias con paso decidido, dejando a Sophie sola en la sala de autopsias.

Volviéndose hacia la camilla, Sophie dijo al cadáver,

—Parece que ahora solo quedamos tú y yo, Zach —Sophie esperó a ver si Zach quería hablar -a estas alturas, no creía que un cadáver parlante fuera tan chocante-, pero parecía que Zach no tenía nada que decir.

Sentada de lado en uno de los sillones, Sophie apoyó los pies en el único asiento que quedaba en la sala. Sophie consideró brevemente la posibilidad de seguir a Reggie para intentar escuchar lo que le decía a Dunham, pero decidió que era demasiado esfuerzo volver a levantarse. Además, Reggie le contaría encantado todo lo que Dunham tuviera que decirle.

Unos minutos más tarde, Reggie entró en la habitación.

—¿Y bien? ¿Qué dijo Dunham? —preguntó Sophie, levantándose de la silla.

—Dijo que se encargaría de ello. También ha dicho que quiere el informe completo de la autopsia en cuanto acabemos aquí. Tendré que darme prisa con el análisis toxicológico. Querrá saber exactamente qué drogas había en el sistema de la víctima. Se necesita mucho para acabar con un metamorfo, así que también me interesará saber qué cóctel de drogas se utilizó.

Sophie se levantó de su posición reclinada, cogió un par de guantes nuevos y se acercó a la mesa de autopsias mientras Reggie se movía por la habitación. Sophie miró la cara de Zach y se preguntó por qué se juntaba con humanos e incluso tenía una novia humana si formaba parte de algún tipo de grupo antihumano. No tenía sentido. Reggie sacó a Sophie de sus pensamientos cuando le dio un codazo en el costado con el brazo, señalando la bandeja del equipo. Apartó a Sophie de la camilla, abrió las solapas de la bolsa y empezó a examinar el cadáver.

—Mira este hematoma en el hombro derecho de la víctima. Coincide con lo que presenciaste. Me pregunto si esto se habría considerado simplemente una sobredosis sin tu visión —dijo Reggie, mirando fijamente a Zach con una mirada lejana en el rostro.

Saliendo de su ensoñación momentánea, Reggie llamó a Sophie para que le ayudara a empezar la autopsia oficial.

—Cuando acabemos aquí, se lo enviaré al jefe Dunham enseguida.

Capítulo 14

Horas más tarde, Sophie cerró la cremallera de la última bolsa para cadáveres de la noche con un suspiro de alivio. Moviendo los hombros para tratar de liberar la tensión de estar encorvada sobre una mesa de autopsias durante horas y horas, Sophie miró el reloj para comprobar la hora. Si se daba prisa, aún podría coger el autobús para volver a casa.

Reggie le deseó buenas noches y le dijo que ya se iba. Habían tenido un poco de trabajo atrasado, así que habían tenido que quedarse más tarde de lo habitual. Sophie solo tenía que dejar el cadáver en el frigorífico, entregar las muestras al departamento de toxicología, presentar el informe de la autopsia y ya podía irse a casa. Su cama la llamaba. Pensaba dejarse caer directamente sobre el colchón y dejar atrás la larga noche.

—¿Crees que Dunham nos puede poner al día sobre la investigación de la muerte de Zach? —gritó Sophie, haciendo que Reggie se detuviera en la puerta.

—Podemos preguntarle a Dunham o ver si Mac lo investigaría. Pero no hay garantías de que nos lo digan. Rara vez me mantienen al tanto de los casos abiertos. Aunque la división Mística hace las cosas de otra manera, no quieren que se filtre ninguna información sobre los casos en curso.

—También estoy preocupado por la mujer. Espero que la policía la encuentre antes de que los metamorfos lleguen a ella.

—Yo también. Sin embargo, hemos hecho todo lo posible para ayudarla. No podríamos haber hecho más, así que no te preocupes por algo que está fuera de tu control —aconsejó Reggie.

—Lo sé —dijo Sophie, volviéndose para desbloquear las ruedas de la camilla.

Reggie se marchó sin decir nada más, pero Sophie vio la mirada de preocupación que le dirigió. Tenía que dejar de descargar sus preocupaciones en él. Él era el tipo sensible que quería arreglar los problemas de todo el mundo.

Después de terminar el papeleo de la noche, Sophie se quitó la bata y se dirigió a la salida. Al cruzar la puerta de doble batiente, un gruñido la dejó helada. La puerta chocó contra su costado, pero apenas le prestó atención mientras miraba al grupo reunido en la recepción.

—¿Cómo que no pueden entregar el cadáver? —atronó una voz familiar en el vestíbulo.

Sophie no pudo oír la respuesta de la señorita Zhao, pero vio cómo la señorita Zhao señalaba unos papeles en su escritorio y ponía a Alphonse su cara patentada de “no me interesan los tontos”.

—¿La muerte de Zach sigue bajo investigación? Eso es indignante. Fue una sobredosis. Tienes que liberar su cuerpo ahora mismo —bramó Alphonse, inclinándose sobre el asiento de la señorita Zhao—. ¡Exijo hablar con el Dr. Didel ahora mismo!

Cuando Sophie resopló molesta por Reggie, Alphonse se dio la vuelta para mirar a Sophie. Sus ojos se entrecerraron en señal de reconocimiento y enfado.

—Mierda —murmuró Sophie, retrocediendo hacia el pasillo y dejando que la puerta se cerrara entre ellos, ocultándola de la intensa mirada de Alphonse.

Pegó la oreja a la puerta, escuchando en silencio, mientras Alphonse gritaba y abucheaba a la pobre señorita Zhao. Pasaron varios minutos hasta que por fin pareció perder los nervios. Una vez que la discusión quedó en silencio, Sophie esperó unos minutos más antes de abrir lentamente la puerta y asomarse al vestíbulo.

Cuando pareció que no había moros en la costa, Sophie asomó la cabeza y respiró aliviada al ver que no había nadie en el vestíbulo, excepto la señorita Zhao.

—Es seguro salir. Se han ido todos —dijo la señorita Zhao.

Sophie entró en el vestíbulo y dejó que las puertas se cerraran tras ella. Al acercarse al mostrador de bienvenida, Sophie miró a la señorita Zhao, pero, como de costumbre, no había ni un pelo fuera de lugar. Parecía serena.

—¿Estás bien? Siento haberte dejado sola para aguantar su comportamiento —preguntó Sophie—. Sentí que mi presencia solo habría empeorado las cosas. Ya estaba buscando pelea.

—Hiciste bien en alejarte de ese alfa. Habría descargado su ira sobre ti con mucho gusto —dijo la señorita Zhao, descartando la idea

del alfa que se había portado mal con un movimiento de la mano—. Además, perro que ladra, no muerde.

—Tengo la sensación de que es ambas cosas. Aunque quizá no contigo —admitió Sophie.

—No es tonto —replicó la señorita Zhao con una sonrisa burlona, haciendo reír a Sophie—. Parece que tiene un problema contigo en concreto. Es peligroso, así que ten cuidado.

—Tiene un problema con todos los humanos, no solo conmigo. Y no es el único. Parece que muchos metamorfos lo tienen.

—Solo los miopes y de mente estrecha. Es fácil culpar a otros de tus males. Él no es del tipo que mira más profundo. Solo se preocupa de sí mismo.

Sophie volvió a dar las gracias a la señorita Zhao y le deseó un buen día antes de salir al débil sol de la mañana. Caminando por el aparcamiento que se iba llenando poco a poco, Sophie se tapó los ojos para mirar la hora en su teléfono. Aceleró el paso cuando se dio cuenta de que tenía que darse prisa para llegar al próximo autobús.

Una sombra se cernió sobre ella mientras se metía el teléfono en el bolsillo trasero. Sophie retrocedió un paso al darse cuenta de que casi había chocado con un desconocido.

Murmurando una rápida disculpa, dio un paso a la derecha para rodear al hombre, pero éste la imitó y la bloqueó. Al levantar la vista de la acera -normalmente caminaba mirando hacia abajo porque nunca se sabe lo que se puede pisar accidentalmente en las aceras de la ciudad-, Sophie se dio cuenta de que reconocía al hombre del séquito de Alphonse de la otra noche. Era el fanático del béisbol de pelo desgreñado, aunque esta mañana llevaba una camiseta descolorida de Brian Wilson “Fear the Beard”.

Sophie se maldijo por haber bajado la guardia. ¿Cuándo había empezado a volverse tan blanda?

Rodando los hombros, Sophie respiró hondo. Volvió a su táctica habitual en una situación en la que se sentía fuera de lugar: bravuconería y actitud. Era un poco extraño que su máscara habitual pareciera no encajar como antes.

Sophie adoptó su mejor mirada inocente.

—¿En qué puedo ayudarle? La oficina de desempleo está en Mission. Solo tiene que ir a la avenida Acacia y coger el 19 a....

El gruñido del hombre interrumpió las indicaciones de Sophie

hacia un edificio que le resultaba muy familiar.

—Dijeron que eras una perra boca floja —dijo el hombre, a lo que Sophie respondió con un grito de indignación y una postura de "¿quién, yo?" con la mano en el pecho—. El alfa tiene un mensaje para ti —el hombre hizo una pausa, posiblemente esperando a que Sophie se desmayara o cayera a sus pies y suplicara clemencia.

A pesar de su corazón acelerado, Sophie puso los ojos en blanco y volvió a intentar esquivar al hombre al que había bautizado mentalmente como Fan Deportivo Número 1.

—No me importa —le dijo.

El metamorfo se acercó, entrando en la burbuja personal de Sophie, impidiéndole una rápida retirada. Una mujer inteligente daría un paso atrás, pero Sophie nunca se consideró especialmente lista. Se mantuvo firme, puso las manos en las caderas y dio un golpecito en el dedo del pie en señal de irritación.

—El alfa dice que no te metas en asuntos Místicos. Eres humana y no perteneces a nosotros. Si sigues metiendo las narices donde no te llaman, te van a hacer daño. Los humanos se rompen tan fácilmente, y tú te ves tan...

La amenaza que estaba a punto de proferir el Fan Deportivo se vio interrumpida por la proximidad de unas voces. Parecía que se acercaban varias personas por el parloteo de la conversación. Las voces se apagaron cuando un pequeño grupo de personas dobló la esquina del edificio. Sophie reconoció a algunas de las personas del turno de día.

—Eh, eh —dijo un joven dando un paso adelante y alejándose del grupo. Sophie le había visto varias veces—. ¿Va todo bien por aquí?

—La verdad es que no. ¿Podrías avisar a la señorita Zhao de que me están acosando aquí fuera? Ella se encargará.

—¿La recepcionista? ¿Estás seguro?

—Oh, sí. Ella sabe exactamente cómo tratar a los intrusos.

El Fan Deportivo levantó las manos.

—No hace falta. Me voy. Pero será mejor que tengas cuidado y escuches lo que te he dicho —dijo, señalando a Sophie con un dedo amenazador.

—Hazle saber a Alphonse que he recibido el mensaje y que tendré en cuenta sus palabras —se mofó Sophie. Esta vez, cuando lo rodeó, el Fan Deportivo se lo permitió, dando un paso atrás y tendiéndole la

mano como si le indicara el camino. Sophie se acercó a los recién llegados como si no le importara nada. Sus nervios le exigían que mirara detrás de ella, pero su ego no se lo permitía.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó el joven en voz baja.

—Nada. Solo un cliente descontento. No le gustaron los resultados de la autopsia —respondió Sophie distraídamente, observando el reflejo del Fan Deportivo en las ventanas del edificio mientras se subía a su reluciente deportivo blanco y salía del aparcamiento haciendo chirriar los neumáticos.

Después de ver cómo el coche recorría unas manzanas y giraba hacia el sur, Sophie despidió con la mano a los preocupados empleados y se dirigió a toda prisa a la parada de autobús más cercana. Por suerte, pudo camuflarse entre la multitud que había en la parada.

En cuanto Sophie se acomodó en un asiento vacío del autobús, llamó a Mac. Rápidamente le hizo un resumen de los acontecimientos de la mañana.

—Esa hijo de... —Sophie se tragó una risita mientras Mac le mordía las palabras. Se sintió mejor al oírle luchar por contener su ira. La calidez de tener a alguien que se preocupara por ella le provocó una sonrisa inoportuna. Debería estar imitando el comportamiento serio de Mac, no estar encantada de que alguien se enfadara por ella.

—Bien, esto es lo que vamos a hacer. Estoy en la comisaría ahora mismo. Veo al jefe en su despacho. Está en una reunión con el ayudante y los subjefes; cuando terminen, voy a hablar con él. Los lobos le respetan, y él tiene el poder de hacerles la vida imposible. El jefe sabe lo importante que es tu trabajo, así que querrá protegerte. Dunham debería poder asegurarse de que te dejen en paz. Pero no nos detendremos ahí. En cuanto cuelgue contigo, llamaré a Reggie para que pida una Orden de Protección para ti. Como es tu jefe en la morgue y tiene mucha influencia en el Cónclave, eso debería hacer que Alphonse retroceda.

—¿Qué quieres decir con una Orden de Protección?

—Establece que alguien, normalmente un humano pero no siempre, está bajo la protección de una manada o clan o algo así. Si Reggie pone una para ti, como Jefe Médico Forense, te pone bajo la protección del Cónclave. La oficina del Médico Forense se considera independiente del departamento de policía y de todos los

departamentos gubernamentales. La única entidad a la que informa el Médico Forense es el Cónclave. E incluso ellos no pueden interferir en ningún caso o investigación. Esto le da a Reggie mucho poder en la comunidad Mística. Pero una Orden de Protección emitida por Reggie te pondría bajo la protección directa del Cónclave y sus considerables activos. Nadie, ni siquiera Alphonse, intentaría enfrentarse al Cónclave. Es nuestra mejor apuesta.

—¿Crees que es buena idea ponerme en conocimiento del Cónclave? —preguntó Sophie.

—Vamos a jugar a que eres un ser humano vulnerable acosada por metamorfos. Eso podría quitarte atención. Si pedimos protección para ti, no se les ocurrirá que eres poderosa. Usaremos sus ideas preconcebidas sobre los humanos en su contra. Podemos sugerir que tu participación en el incidente de la Coit Tower podría ser la razón por la que la manada del Distrito Sunset te tiene en su punto de mira. El Cónclave está tratando de mantener toda esa experiencia en secreto, por lo que querrán bloquear cualquier cosa que pueda sacar ese incidente a la luz. Las Órdenes de Protección normalmente solo se emiten para humanos, y no creo que los Místicos les presten atención porque no quieren atraer la ira del Cónclave sobre sus cabezas. También estoy haciendo que tomes clases de lucha mi máxima prioridad.

—De todas formas, ¿por qué Alphonse y su manada les da tanta rabia de que trabaje en la morgue? No crees que sospechan lo que puedo hacer, ¿verdad?

—No, creo que solo eres un blanco conveniente para su ira. Tu presencia en la muerte de Roger y luego en la morgue el mismo día es la única razón por la que se fijaron en ti. A través de los años, esa manada ha sido vocal acerca de no querer que los Místicos se mezclen con los humanos. Quieren que todos los Místicos se separen de la vida humana tanto como sea posible. No es ni remotamente lógico o posible, pero ahí lo tienes. No tengo pruebas todavía, pero sospecho que eso es lo que está pasando aquí. Estoy haciendo algunas averiguaciones discretas sobre esa manada y específicamente sobre Alphonse. Tengo algunos contactos dentro de su manada que podrían estar dispuestos a hablar conmigo. No todos están contentos de tener a Alphonse como alfa. También voy a investigar todas las muertes que han ocurrido a un miembro de su manada en los últimos años para ver

si surge algún tipo de patrón.

—Entonces deberías empezar con el tipo que trajeron anoche. Era su cuerpo el que intentaban recoger esta mañana —Mirando alrededor del autobús para asegurarse de que nadie le prestaba atención, Sophie procedió a recapitular la visión de la muerte del metamorfo.

Antes de que pudiera terminar la descripción de la visión, Mac la interrumpió.

—Maldita sea. Parece que la reunión en el despacho de Dunham está terminando. Necesito atraparlo ahora antes de que alguien más salte. Haré que Reggie me envíe el archivo de audio de la autopsia. Te llamaré en cuanto acabe aquí, ¿vale?

Tras despedirse y colgar, Sophie cerró los ojos y apoyó la cabeza en la ventanilla del autobús, intentando relajarse hasta su parada. Tras varios minutos sin conseguirlo, se dio por vencida, sacó el teléfono del bolsillo y envió un mensaje rápido a Reggie para informarle de lo que estaba ocurriendo. Le advirtió de que Mac quería que emitiera una Orden de Protección para ella. Por la cantidad de exclamaciones que Reggie profirió al responder que se pondría a ello de inmediato, Sophie supuso que la idea le entusiasmaba. Riéndose entre dientes, volvió a meterse el teléfono en el bolsillo e intentó relajarse durante el resto del trayecto hasta su casa.

Treinta minutos más tarde, Sophie terminó de subir a su piso en Cafecita. Al pasar por la puerta de Birdie, pudo oír el murmullo de la televisión. Cafecita no tenía precisamente paredes insonorizadas. Pensando en la botella de whisky que esperaba a Birdie en la encimera de Sophie, decidió coger la botella y ver si Birdie quería pasar el rato.

Sophie abrió la puerta y entró en su apartamento. Todo parecía normal, pero no podía evitar la sensación de que algo no iba bien. Sophie echó otro vistazo a su apartamento y sacudió la cabeza cuando todo parecía estar como lo había dejado la noche anterior.

No puedo dejar que esos imbéciles se metan en mi cabeza, se dijo a sí misma.

Al entrar en su pequeña cocina, las botas nuevas de Sophie rozaban el linóleo verde y amarillo mostaza, el diseño floral descolorido por el paso de muchos zapatos. Sophie empezó a coger el whisky de Birdie cuando algo llamó su atención. Con la mano suspendida sobre el cuello de la botella, Sophie se inclinó más cerca. El precinto del tapón de rosca se había abierto, y un gran espacio

quedaba ahora por encima de la parte superior del líquido ámbar.

Sophie se quedó helada, con la sensación de estar atrapada subiendo por sus omóplatos. Se quedó sin aliento, conmocionada.

Girando sobre las puntas de los pies, echó otro vistazo a su apartamento. Su aliento entraba y salía rápidamente de sus pulmones, y el sudor se acumulaba a lo largo de su cabello. Intentando calmar la respiración, Sophie escuchó, pero no pudo oír ningún sonido extraño. Nada parecía fuera de lugar.

Entró de puntillas en el salón y se dio cuenta de que algunos objetos pequeños parecían haber sido movidos, pero solo un poco. Su archivador estaba ahora en el centro de su pequeño escritorio, en lugar de a un lado. Como si alguien hubiera estado hurgando en ella. Al detenerse en la puerta de su dormitorio, se dio cuenta de que la ventana estaba abierta. La brisa agitaba suavemente las cortinas.

Salió corriendo por la puerta principal y la cerró de un portazo. Antes de darse cuenta de que había sacado el teléfono del bolsillo, Sophie ya estaba llamando a Mac.

Él contestó al cabo de un timbrazo.

—Hola, estoy hablando con el jefe. Te llamaré en cuanto....

—Alguien ha estado en mi apartamento —resopló Sophie.

—¿Qué?

—¡Alguien ha estado en mi apartamento! Han movido algunas cosas, han abierto el whisky que compré para Birdie y han dejado una ventana abierta.

—¿Hay alguien ahí ahora? —preguntó Mac.

—Creo que no. Pero no estoy segura. Salí corriendo de allí en cuanto me di cuenta.

—Vale. ¿Dónde estás ahora? Voy para allá ahora mismo.

—Estoy en el pasillo. ¿Qué debo hacer?

—Sal de ahí. Ve al pub de Burg —sugirió Mac.

—Está bien. Voy a buscar a Birdie primero. Solo para estar seguros.

—Buena idea. Quédate al teléfono conmigo hasta que veas a Burg. Voy para allá. Traigo refuerzos.

Sophie llamó a la puerta de Birdie con urgencia y miró por encima del hombro hacia la puerta de su apartamento.

—Birdie empezó a saludar, pero Sophie se llevó un dedo a los labios para silenciarla. Birdie cerró la boca, con los ojos entornados por la confusión.

—Alguien ha entrado en mi apartamento. Mac está de camino. Tenemos que salir de aquí —susurró Sophie.

—De acuerdo. ¿Adónde vamos?

—A casa de Burg.

Sin decir nada más, Birdie cogió a su gato Ginsberg y siguió a Sophie escaleras abajo.

Tras golpear con fuerza la puerta de cristal del pub, Sophie miró a Birdie tiritando en bata y zapatillas. Tras un minuto sin respuesta, Sophie golpeó con más fuerza la puerta hasta que sonó en el marco.

—¡Ya voy! ¡Jesús!

Sophie pudo oír el grito de Burg desde las profundidades de la trastienda del pub. Al doblar la esquina, vio cómo el ceño fruncido de Burg desaparecía para ser sustituido por preocupación cuando vio a Sophie y a Birdie acurrucadas en la alcoba de la entrada.

Abriendo la puerta, Burg les hizo señas para que entraran con exclamaciones de preocupación.

—¿Qué haces en pijama por aquí, Birdie? —preguntó.

Tras informar a Mac de que estaban a salvo y finalizar la llamada, Sophie explicó rápidamente la situación a Burg y Birdie. Burg les llevó a una mesa y les dio una taza de café a cada uno antes de coger azúcar y crema.

—¿Han robado algo? —preguntó Burg. Cuando Sophie respondió que no se había dado cuenta de si faltaba algo, vio que Burg y Birdie compartían una mirada preocupada—. ¿Estás segura de que la botella no había sido manipulada antes de comprarla? Quiero decir, si nada más estaba fuera de lugar, no parece muy sospechoso.

—Estoy segura de que alguien ha estado allí. Bueno... casi completamente segura. Sé que no dejé la ventana abierta. Ha estado lloviendo mucho últimamente. Recuerdo específicamente haberla cerrado —al ver la cara de escepticismo de Burg, Sophie suspiró y clavó los ojos en su taza de café, intentando averiguar si lo de esta mañana había sido una reacción exagerada. Sophie se encogió de hombros y echó lentamente una cucharada de crema en el humeante café—. Alguien ha estado allí, lo juro. Pero a lo mejor estoy paranoica. Alphonse envió a un miembro de la manada a amenazarme esta mañana después de que saliera del trabajo.

—¡¿Hizo qué?! —exclamó Burg, empezando a levantarse de su asiento. ¿Qué pensaba hacer, ir a buscar a Alphonse ahora?

—¿Quién es Alphonse? —preguntó Birdie.

—Es un alfa de una de las manadas de lobos de la ciudad. Le molesta que trabaje en la morgue de la división Mística —explicó Sophie.

—¿Por qué iba a importarle? No eres la única humana que trabaja con Místicos. ¿Por qué le preocupas tanto? —preguntó Burg.

—Bueno, es complicado. Y tiene que ver con un caso en curso, así que no estoy segura de cuánto puedo divulgar —explicó Sophie. Burg resopló con fuerza, pero pareció aceptar la explicación de Sophie. Al menos por el momento.

Mientras Burg se ponía a despotricar para que Alphonse se arrepintiera de meterse con la gente que estaba bajo su protección, Sophie seguía removiendo el café sin mirar a ninguno de sus amigos. Odiaba mentir.

No es mentira. No sé cuánto puedo decirles. Se prometió a sí misma pedirle a Mac que les contara su poder secreto lo antes posible.

—Mac ya ha hablado con el jefe de policía para que Alphonse me deje en paz. Además, ahora estoy pensando que puede que haya exagerado esta mañana, y nadie había estado en mi apartamento —señaló Sophie, sintiéndose un poco avergonzada por haber asustado a todos por lo que podría no ser nada.

—¿Ese oso? Por favor. Cree que porque trabaja para el Cónclave tiene algún poder en esta ciudad —se burló Burg.

—También tiene a todo el departamento de policía de San Francisco trabajando para él —señaló Sophie—. La señorita Zhao también le dijo a Alphonse que me dejara en paz.

—¿En serio? —dijo Burg, levantándose con interés de la mesa—. El dragón ofreció protección. Debe de tenerte en alta estima —dijo con aire de aprobación, impresionado.

Sophie odiaba interrumpir su admiración, pero…

—No creo que me aprecie tanto como para encontrarme ligeramente divertida. Como un león disfrutando del correteo sin sentido de un ratón particularmente tonto. Además, creo que más bien piensa que todo lo que hay en la morgue le pertenece, incluidos los míseros empleados humanos. Soy tan importante para ella como su silla de oficina —replicó Sophie—. Además, Reggie va a dictar una Orden de Protección para mí, así que espero que eso haga que la manada Sunset retroceda.

—Quizá yo también debería poner una Orden de Protección oficial. O quizás le haga una visita a Alphonse y su manada.

—No es que no agradezca la oferta, pero eso podría empezar a llamar demasiado la atención sobre mí. Intento pasar desapercibida —empezó a explicar Sophie.

—¿Por qué? Que estés bajo la protección de tantos Místicos es algo bueno.

Sophie abrió la boca para intentar explicarse, pero no le salió nada. No podía mentir a sus amigos sobre por qué necesitaba pasar desapercibida. Un golpe en la gran ventana de cristal la salvó de tener que inventar una excusa. Sophie se levantó de un salto y empujó su silla hacia atrás con un chillido al ver que era Mac quien estaba delante. Corrió hacia la puerta y sus pasos solo se detuvieron un momento al ver que había alguien con él. El hombre que estaba detrás se volvió de la calle y Sophie lo reconoció del departamento de Mac. Su nombre se le escapó de la memoria.

—Hola —saludó Sophie a Mac, tratando infructuosamente de mantener la indiferencia—. ¿Has subido ya al departamento?

—No, primero quería ver cómo estabas. ¿Estás bien? —dijo Mac.

—Sí, estoy bien. Siento que hayas venido hasta aquí. Empiezo a pensar que puede que haya exagerado. Creo que la amenaza de Alphonse se me metió en la cabeza —se disculpó Sophie.

—No eres de las que exageran, hellraiser. Si crees que alguien ha estado en tu casa, seguro que sí. Vamos a comprobarlo. ¿Tienes una llave?

Sophie le dio sus llaves a Mac.

—Sophie, recuerdas a...

—Larry Turner, hechicero experto, a tu servicio. Encantado de volver a verte —dijo el hombre, inclinando su fedora de tweed gris con garbo. Colocándose delante de Mac, el hombre le tendió la mano para estrechársela y una amplia sonrisa se dibujó en su estrecho rostro. La intensidad de su sonrisa no disminuyó ni siquiera cuando Sophie dudó en cogerle la mano.

Sophie le estrechó la mano, perpleja por el comportamiento agresivamente alegre de Larry.

—¿Larry el Hechicero?

Un hechicero debería llamarse Draxir el Malvado o algo así. Larry no. Larry es el nombre de tu mecánico local.

—Suena bien, ¿verdad?

—Um, sí, claro que sí. Estos son Burg y Birdie —presentó Sophie a sus amigos, que se adelantaron para saludar al hombre. Cuando todos se presentaron, Sophie se volvió hacia Larry—. ¿Hechicero? ¿Es como una bruja o algo así?

—Como una *bruja* —imitó Larry, moviendo la cabeza como si pensara que Sophie estaba siendo adorable—. Ser hechicero no se parece a nada. Si tuviera que clasificarme, supongo que un hechicero se parece más a las descripciones humanas de un mago.

—¿Y en qué se diferencia exactamente de un hechicero?

Larry se llevó una mano al corazón, como si le doliera, mientras seguía agarrando la mano de Sophie con la otra.

—Es completamente...

—No relevante —gruñó Mac, cortando la respuesta de Larry—. Tenemos que comprobar el apartamento de Sophie. ¿Puedes tener una lectura de ella ahora?

—Sí, sí —murmuró Larry. Sophie intentó soltar la mano de Larry, pero él tiró de ella—. Necesito tu mano un momento.

—¿Por qué? —preguntó Sophie.

—Necesito sentir tu aura. Así podré ver si queda alguna huella energética en tu apartamento aparte de la tuya —explicó Larry.

Sophie se encogió de hombros; aquella explicación no significaba nada para ella. Larry balbuceó unas palabras sin sentido en voz baja, con los ojos cerrados por la concentración.

—Lo tengo —anunció. Larry giró la mano de Sophie entre las suyas, abrió los ojos y le dirigió una mirada mordaz a su mano izquierda sin anillo. Sophie sacó la mano de Larry y se la metió en los bolsillos de los vaqueros.

—Tienes un aura encantadora —dijo Larry con un guiño coqueto. Sophie pensó en quitarle el estúpido sombrero de la cabeza y pisárselo “accidentalmente”. Tuvo suerte de que ella necesitara su ayuda.

Larry preguntó si alguien más de los presentes había estado en el apartamento de Sophie recientemente. Birdie había visitado a principios de la semana, por lo que Larry hizo su acto murmurando sobre la mano de Birdie. Sophie se sintió un poco mejor cuando Larry también coqueteó descaradamente con Birdie. Parecía un casanova con igualdad de oportunidades. Mac le observaba con una expresión de prolongado sufrimiento. Al ver los ojos de Sophie, Mac puso los

suyos en blanco.

Sophie se tragó la inapropiada sonrisa que intentaba formarse en su cara al ver cómo Mac se enfadaba por una vez con alguien que no era ella.

Tirando de Sophie hacia el interior del pub y alejándola de los demás, Mac le pasó un brazo por el hombro como si la reconfortara y le preguntó en voz baja:

—¿Has comprobado si se han llevado la clavis?

—No la escondí en mi apartamento. Debería estar a salvo donde la puse —le susurró Sophie.

Sophie dirigió la mirada hacia un trofeo dorado que había en un estante alto a su derecha. Oculta en el cuenco del trofeo había una piedra verde que, de algún modo, tenía el poder de cerrar permanentemente el portal del reino de los Fae a la Tierra.

—¿Escondiste la clavis a plena vista en El Pulgarcito? ¿En un pub? —preguntó Mac con incredulidad—. ¿Lo sabe Burg?

—Por supuesto que no. No le dije nada. Es perfectamente seguro.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Qué pasa cuando Burg limpia? —Mac susurró-gritó—. La gente ha matado para poner sus manos en esa cosa, ¿y tú simplemente la dejas en un estante de un bar?

—Esa es la parte buena. Tiene un hechizo en la barra para que nunca tenga que quitarle el polvo a nada. Necesitarías una escalera para ver el interior del trofeo. Aquí nadie se fija en la decoración. Están demasiado ocupados emborrachándose.

—Están demasiado… Tú… —Sophie observó a Mac balbucear durante un minuto—. ¡Argh! Ahora no puedo. Tienes que coger la clavis, y juntos encontraremos un escondite mejor. Un escondite realmente *seguro*.

Al reunirse con el grupo, Mac trató de sacar a Larry por la puerta, pero éste lo esquivó y siguió parloteando sin sentido con Birdie.

—Basta —ladró Mac, que al parecer había llegado a su límite al escuchar a su compañero de trabajo intercambiar insinuaciones con Birdie, quien estaba disfrutando un montón—. Tenemos que ir a ver el apartamento. Deja de hacernos perder el tiempo.

Girando sobre sus talones, Mac se alejó, con las piernas rígidas y tenso, sin mirar atrás para asegurarse de que Larry le seguía. Larry le dedicó a Sophie una amplia e impenitente sonrisa, se volvió a quitar el sombrero y salió corriendo detrás de Mac.

Sophie y Birdie volvieron a su mesa mientras Burg llenaba sus tazas de café recién hecho. Sophie trató de prestar atención a la conversación entre Burg y Birdie -que argumentaba que Burg tenía que empezar a ofrecer comida en el pub-, pero su atención se centró en el reloj de pared. Observó cómo el minutero se movía lentamente alrededor de la esfera del reloj. La conversación se fue apagando poco a poco a medida que su nerviosismo empezaba a afectar a los demás.

Sophie trató de distraer a Burg y a Birdie durante un minuto para poder recuperar la clavis, pero fue incapaz de encontrar una distracción plausible.

—¿Me prestas un taburete un momento? —preguntó Sophie a Burg.

Este la miró confuso, pero se dirigió a la parte trasera del bar para coger el taburete. Sophie arrastró la escalera plegable hasta la pared del expositor mientras Burg y Birdie la observaban con expresión perpleja.

—Espero que no te importe, Burg, pero he escondido aquí algo para Mac. Es para uno de sus casos. No puedo decirte nada más. Lo siento —explicó Sophie.

Subiendo la escalera, Sophie metió la mano con cuidado en el trofeo y palpó la clavis. De espaldas a su público, la introdujo en el bolsillo delantero de sus vaqueros, asegurándose de que permanecía oculta. La joya dejaba un prominente bulto en sus vaqueros, pero no había nada que pudiera hacer para disimular su forma.

Burg la miró con desconfianza, pero no hizo ningún comentario. Birdie se encogió de hombros y se volvió hacia Burg para continuar con su argumento de añadir comida a la oferta del pub en lugar de solo cuencos de pretzels y alcohol.

Al final, un fuerte golpe en la puerta hizo que Sophie se sobresaltara. Se levantó de un salto cuando vio a Larry haciéndole señas para que se acercara.

Por primera vez, la sonrisa permanente de Larry había desaparecido. Los pies de Sophie tartamudeaban en su prisa por llegar a la entrada. Al abrir la puerta de un tirón, Sophie ya estaba sin aliento y jadeando.

—¿Y bien? ¿Estoy loca? ¿Había estado alguien ahí dentro?

—Tenías razón. Alguien ha estado en tu apartamento. Sin embargo, queda por ver si estás loca. Estás saliendo con el imbécil

más gruñón del cuerpo, así que eso pone en duda tus facultades mentales —se burló Larry, recuperando parte de su coquetería natural.

Sophie miró hacia Cafecita, donde Mac seguía dentro de su apartamento, probablemente murmurando sobre su molesto y parlanchín compañero de trabajo justo en ese mismo momento.

—Ugh, deberías ver tu cara ahora mismo. Qué asco. No puedo creer que Volpes tenga a alguien de tu calibre detrás de él. Qué desperdicio —dijo Larry, sacudiendo la cabeza con decepción paternal.

—La persona que irrumpió… ¿Fue Alphonse o uno de sus secuaces? —preguntó Sophie, haciendo caso omiso de los comentarios de Larry.

—Por eso necesito que vengas conmigo. La firma del aura que dejó es confusa. De lo único que estoy seguro es que no era de un metamorfo. Es extraño. Esperaba que tenerte allí ayudara a separar las huellas. Además, Mac quiere que hagas una maleta. Parece un poco enloquecido. Lo cual me preocupa porque nunca lo había visto nervioso.

Tras aconsejar a Burg y Birdie que se quedaran en el pub y esperaran su regreso, Larry condujo a Sophie de vuelta a Cafecita.

Al abrir la puerta de su apartamento, lo primero que vio Sophie fue la cara de preocupación de Mac. Tirando de ella hacia la cocina y alejándola de Larry, Mac la acercó.

—Era ella. Estaba aquí —susurró Mac con urgencia. Ante la mirada perdida de Sophie—, Blancanieves. Estaba aquí.

Sophie se echó hacia atrás sorprendida, mirando fijamente a los ojos de Mac, medio esperando que estuviera haciendo una broma.

—¿Blancanieves? ¿No era Alphonse?

—No, definitivamente es ella. Reconozco la combinación de su perfume, el detergente y su champú con olor a frutas.

—¿Puedes oler eso? ¿Cuándo conseguiste su olor?

—En la escena del crimen de Roger, capté su olor en su ropa y en el aire del callejón —explicó Mac.

Volviéndose hacia Mac, Sophie se aferró a su brazo, sintiendo como si el mundo se inclinara sobre ella. Sophie miró a su alrededor, como si un asesino psicópata pudiera aparecer en cualquier momento. De todos los escenarios que se le habían pasado por la cabeza, a Sophie nunca se le había ocurrido que Blancanieves supiera siquiera quién era.

—¿Cómo demonios me ha encontrado? ¿Cómo sabe siquiera que existo? ¿Cómo ha ocurrido?

—Debe haber estado observando la escena del crimen cuando intentaste salvar a Roger. Supongo que nos siguió hasta aquí cuando volvimos a buscarte ropa limpia.

—¿Están bien? Tenemos que empezar. No tengo todo el día —Larry llamó desde la sala de estar.

—¿Estás bien? —Mac susurró a Sophie.

—Sí. Acabemos de una vez.

Cuando Sophie dobló la esquina, Larry la agarró de ambas manos y tiró de ella hasta que estuvo de pie en medio de su pequeño salón, frente a él. Cerrando los ojos, Larry inclinó la cara hacia el techo. Tras un largo momento, giró la cabeza hacia los lados, como si escuchara algo que solo él podía oír.

Levantando las manos de Sophie por delante del pecho, juntó las palmas de ambas como si fueran a empujarse. Larry asintió solemnemente con la cabeza a Sophie, como pidiéndole permiso para continuar, y Sophie le devolvió el gesto. Cerrando los ojos, Larry pronunció más palabras mágicas sin sentido sobre las manos de Sophie. Sophie empezaba a sospechar que todo aquello no era más que una farsa. Larry parecía el tipo de hombre que montaba un espectáculo. Sophie miró a Mac para ver si se tragaba la farsa, pero él observaba el espectáculo con expresión seria.

Larry abrió los ojos y sonrió a Sophie.

—Esto es muy interesante. Una situación única.

—¿Tienes la huella? —interrumpió Mac.

—Sí, aunque fue difícil separar el aura del intruso de la de Sophie. Las auras están mezcladas de alguna manera. Parece que la persona intentó camuflarse dentro de la huella energética de Sophie. No se dieron cuenta de que se enfrentaban a un experto —Larry se llevó la mano al pecho para indicar quién era el experto por si Sophie no se daba cuenta—. Me muero por conocer a la persona que logró este nivel de magia. Ser capaz de mezclar tu aura con la de otra persona sería toda una hazaña. Nunca he oído hablar de alguien que pudiera lograrlo. Imagínate todas las posibilidades.

Mac soltó un resoplido de fastidio mientras Larry seguía exclamando su alegría.

—Así que la tienes, ¿verdad? —preguntó Mac, devolviendo a Larry

al presente.

Larry se burló, de alguna manera mirando por encima del hombro a Mac a pesar de que era el más bajo de los dos.

—Soy un profesional. Claro que la tengo. Pero no entiendo cómo ha podido esconderse en el aura de otra persona.

Sophie asintió con la cabeza, pensando en cómo Blancanieves había podido sustituir su rostro por el de Sophie en todas sus visiones.

—La verdad es que tiene sentido.

Sophie miró a Mac y se dio cuenta de que pensaban lo mismo. De algún modo, Blancanieves se había dado cuenta de quién era Sophie y había empezado a imitarla desde el principio.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué sentido tiene? —preguntó Larry con impaciencia, como un perro que hubiera captado un rastro de olor, mirando a un lado y a otro entre Sophie y Mac como si pudiera deducir la respuesta de su comunicación tácita.

—Lo siento. Es confidencial —respondió Mac encogiéndose de hombros, lo que indicaba claramente que no lo sentía en absoluto.

—¿En serio? Te acabo de ayudar, ¿y no puedes decirme nada sobre esta persona de interés? Dame una pista.

—¿Qué clase de Místico podría hacer este tipo de magia? —Mac preguntó a Larry, haciendo caso omiso de su gruñido petulante. La pregunta pareció distraerlo y calmarlo.

Larry se quedó pensativo.

—Hmm. Buena pregunta. No estoy muy seguro. Tal vez Fae. Tal vez bruja.

—¿Y un hechicero? —preguntó Sophie, burlándose de Larry.

—Dijiste que era una mujer. Las mujeres no pueden ser hechiceras.

—Ah, ya veo. Eres sexista.

—*No* soy…

—No nos interesan tus excusas. Tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos aparte de tu sexismo —interrumpió Mac, guiñándole un ojo rápidamente a Sophie mientras Larry balbuceaba—. ¿Puedes hacer un hechizo de localización de la intrusa? Es una persona de interés para el Cónclave.

La mención del Cónclave pareció tranquilizar a Larry y hacer que por fin actuara de forma profesional.

Cerrando los ojos, Larry extendió los brazos y luego acercó lentamente las manos como si estuviera recogiendo agua y tratando de

retenerla en sus palmas curvadas. Acercó las manos ahuecadas al esternón. Mientras Larry volvía a murmurar en voz baja, Sophie sintió un zumbido que llenaba el apartamento. Le dieron ganas de meterse el dedo en la oreja y moverlo para librarse del zumbido.

Larry abrió los ojos y le dedicó a Sophie otra de sus sonrisas patentadas. Estiró el brazo por encima de su cabeza y pareció tocar una cuerda invisible.

—¡Vaya! Es buena. *Muy* buena. Te ruego que me dejes hablar con ella un minuto cuando la atrapes.

Acercándose a Sophie, Mac le rodeó la cintura con un brazo, tirando de ella.

—¿La has localizado?

—¡No! Ha dejado demasiadas pistas falsas. No puedo agarrarme a ellas. Son demasiado delicados, como hilos de gasa —Larry rasgó unos cuantos “hilos” invisibles más, y su sonrisa se ensanchó hasta alcanzar proporciones inquietantes.

—¿Qué quieres decir? —gruñó Mac—. ¿No puedes encontrarla en absoluto?

—¡No! Estoy seguro de que está aquí, en la ciudad. O... podría estar en la costa este —cerrando los ojos, Larry volvió a tirar delicadamente de los hilos invisibles—. No. Ella está aquí en algún lugar de la zona de la bahía. Es lo más cerca que puedo localizarla.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Sophie.

—Quiero que hagas una maleta - que tengas suficiente para al menos unos días. Mientras él... —Mac señaló a Larry—, saca huellas del apartamento, voy a encontrar un lugar seguro para que te quedes. Tenemos que asumir que Blancanieves ha estado vigilando el apartamento, y no es seguro para ti aquí hasta que la atrapen.

—¿Dónde voy a ir?

—Haré algunas llamadas y se me ocurrirá algo —le aseguró Mac.

Asintiendo con la cabeza, Sophie se dio la vuelta para entrar en su dormitorio cuando un pensamiento la detuvo a medio paso.

—Espera. Si Blancanieves me ha estado observando, entonces probablemente me ha visto con Birdie y Burg. ¿Crees que ellos también están en peligro?

—Burg puede arreglárselas solo, pero le daré una advertencia. Sin embargo, puede que tengas razón sobre Birdie. Le diré que haga la maleta también.

Después de que Mac prometiera volver lo antes posible con Birdie, Sophie se apresuró por su apartamento, llenando una bolsa de lona con ropa y artículos de aseo hasta que las costuras de la mochila empezaron a crujir.

Salió de nuevo al salón y arrojó la bolsa junto a la puerta principal. Cayó con un ruido sordo. Sentada en el futón, observó cómo Larry pasaba un cepillo de cerdas suaves por una polvera negra. Pasaba suavemente el cepillo por todo el cuello de la botella de whisky. Tarareando para sí mismo, sin prestar atención a que Sophie le observaba atentamente, Larry cogió lo que parecía un trozo de cinta de embalar transparente. Sophie se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, deseosa de ver si este tipo de trabajo policial se retrataba fielmente en la televisión. Larry presionó la cinta contra el cuello de la botella y luego la despegó lentamente. Sujetó la cinta por los bordes y la expuso a la luz que entraba por la ventana. Sophie distinguió una mancha gris en medio de la cinta transparente.

—¿Es su huella dactilar? —preguntó Sophie.

—Posiblemente. Estadísticamente hablando, es más probable que sea la tuya —explicó Larry mientras se volvía hacia la mesa, jugueteando con algunos objetos de un maletín rígido en el que Sophie no podía ver ni siquiera cuando se esforzaba de lado a lado para curiosear en las profundidades del maletín.

—¿Es mía?

—Sí. Voy a necesitar un juego de tus huellas para poder comparar. Pero déjame terminar aquí primero —dijo Larry, dirigiéndose a la cocina. La curiosidad obligó a Sophie a levantarse del sofá y seguirle. Vio cómo empezaba a sacar huellas de la nevera y los armarios.

—¿Alguna idea de por qué te acecha una asesina en serie? ¿Qué tienes de especial? —preguntó Larry, con una curiosidad socarrona en la cara.

—No estoy segura de por qué —respondió Sophie después de tomarse un momento para ordenar sus pensamientos y poner la cara de perra—. Quizá cuando me topé con la escena del crimen vi algo. Quizá la vi a ella o alguna otra pista y no me di cuenta. Debió de seguirme a casa. Tal vez se obsesionó instantáneamente conmigo. ¿Quién sabe cómo piensa una asesina loca?

—Mala suerte, eso. Suena como el lugar equivocado en el momento equivocado—. Larry se compadeció. Sophie intentó

aparentar inocencia, pero, por suerte, el hechicero estaba demasiado ocupado sacando huellas de los armarios de la cocina como para darse cuenta de su forzada despreocupación.

Se movió por el apartamento de Sophie, sacando metódicamente más huellas de diversas superficies. Explicó que estaba sacando huellas de las zonas que más probablemente habría tocado Blancanieves: el archivador, el alféizar de la ventana del dormitorio, los interruptores de la luz y los pomos de las puertas.

La voz de Birdie, que la llamaba, alejó a Sophie de Larry y la llevó de nuevo al salón. Cuando Birdie la vio, algo del miedo de Sophie debió de reflejarse en su rostro, porque Birdie empujó su maleta vintage en brazos de Mac y se abalanzó sobre ella. Birdie abrazó a Sophie con fuerza y se quejó de lo preocupada que la había dejado. Sophie le dirigió una sonrisa de suficiencia a Mac por encima del hombro.

Me quiere más a mí, le dijo Sophie a Mac, que se limitó a poner los ojos en blanco.

—Turner, voy a sacar a estos dos de aquí. ¿Puedes arreglártelas tú solo con el resto? —preguntó Mac.

—Desde luego —respondió Larry con un gesto negligente de su mano enguantada—. Voy a poner un hechizo en todas las ventanas y puertas para que si alguien, incluso nuestra talentosa acosadora, cruza el umbral de este apartamento, lo sepa inmediatamente.

—Qué listo eres —Birdie arrulló por encima del hombro de Sophie al hechicero, que, si Sophie no lo sabía, se estaba sonrojando.

—¿Dónde está Ginsberg? —preguntó Sophie, mirando a su alrededor.

—Burg accedió a vigilarlo por mí —explicó Birdie.

—Deberíamos irnos —dijo Mac, mirando el reloj de la cocina.

—Tengo unos beignets en la nevera que he estado guardando. ¿Puedo cogerlos, o los necesitas como prueba? —preguntó Sophie, solo medio en broma.

Larry le aseguró que ya había sacado de la cocina las huellas que necesitaba, así que podía coger las sobras.

Sophie abrió el frigorífico y se quedó mirando en sus profundidades durante un momento, incapaz de comprender lo que veía. El cartón de poliestireno de Brenda’s estaba donde lo había dejado, en el estante superior del frigorífico, abierto y vacío. Una sola

mancha de chocolate dentro de la caja blanca era todo lo que quedaba para indicar lo que había dentro.

—Esa *perra*.

—¿Qué? —preguntó Mac, entrando a grandes zancadas en la pequeña cocina de Sophie, con la preocupación marcada en sus rasgos.

—Esa perra se ha comido mis beignets. Los estaba guardando. ¿Qué clase de monstruo...? —Sophie cortó su perorata con un gruñido y cerró de golpe la puerta de la nevera, que se quejó del trato brusco. Sophie, que necesitaba alejarse de la caja vacía de comida para llevar antes de perder la cabeza por completo, salió de la cocina pasando por delante de sus amigos boquiabiertos, con la espalda rígida por la tensión y un dolor de cabeza que empezaba a aflorar detrás de su ojo derecho.

Mac persiguió a Sophie, la agarró por el codo y tiró de ella hasta que se detuvo al llegar a la puerta principal. Sophie se volvió hacia él,

—Lo sé. Lo sé, lo sé. Estoy exagerando. Solo son donuts. Es que... los estaba deseando —se quejó.

—No estás exagerando. Tienes todo el derecho a estar enfadada.

—Todo esto está empezando a afectarme —confesó Sophie suavemente. Mac cogió la mano de Sophie entre las suyas, frotando círculos relajantes sobre sus nudillos con el pulgar.

—Vamos a arreglar esto. Pero primero tenemos que llevarte a un lugar seguro. He encontrado un sitio.

Exhalando lentamente su miedo y su enfado, Sophie asintió con la cabeza. Mac se echó las maletas al hombro y sacó a Birdie del apartamento. El grupo permaneció en silencio mientras salían de Cafecita y subían al impecable sedán de Mac.

Birdie apenas cerró la puerta antes de empezar su interrogatorio.

—Vale, nena, escúpelo. ¿Qué demonios está pasando aquí?

—El otro día me topé con la escena de un crimen y ahora creemos que la asesina me está acosando —respondió Sophie. Técnicamente era la verdad, pero Sophie se sentía la mayor imbécil del mundo.

Birdie levantó una mano para evitar que Sophie dijera nada más.

—Mientes fatal. ¿Tengo pinta de haber nacido ayer?

—En absoluto. Parece que hubieras nacido hace mucho tiempo. Hace mucho, *mucho* tiempo.

Birdie se burló y desvió su atención de Sophie a Mac.

—Me has metido en medio de esto. Nos llevas a un “piso franco”. Merezco saber qué está pasando realmente. No soy ni sorda ni tonta, niña. No me vengas con más tonterías. ¿Qué está pasando realmente? No creas que no me he dado cuenta de que los dos están muy raros últimamente.

Sophie intercambió una mirada con Mac, que asintió con la cabeza para que le contara todo.

—Vale, debería empezar por el principio...

Capítulo 15

Después de contarle a Birdie toda su habilidad para ver visiones de la muerte, cómo descubrió accidentalmente una conspiración, desenterró una tumba que culminó con ella trepando por la Coit Tower agarrada a la espalda de un ogro, Sophie miró a su amiga, que parecía haberse quedado muda.

—Y luego está Blancanieves —continuó Sophie, la aprensión ralentizaba sus palabras.

—¿Blancanieves? —repitió Birdie, con palabras débiles.

Para cuando Sophie terminó de contarle a Birdie lo de su acosadora asesina en serie y sus problemas con Alphonse y su manada de lobos, Birdie había recuperado la voz. Lo que siguió fue un sermón de veinte minutos de Birdie sobre no tener secretos con ella y sobre cómo Sophie necesitaba trabajar para mantenerse más segura.

Cuando Mac se burló, Birdie dirigió su ira contra él. Sophie tuvo cuidado de ocultar su regocijo y ser lo más silenciosa y discreta posible.

—¿Adónde nos llevas, por cierto? —preguntó Sophie una vez que Birdie hubo terminado de decir lo suyo. Mac estaba dando otra vuelta a la manzana. Sophie supuso que intentaba perder el rastro y ocultar su destino a cualquiera que intentara seguirles. A pesar de las docenas de giros y curvas aleatorias, habían serpenteado lentamente hacia el oeste de la ciudad.

—Te llevo a los Caballeros de la Rama Roja. El líder del clan me lo debe. Dijo que su clan las mantendría a salvo.

—Caballeros de la Rama Roja —repitió Sophie lentamente—. ¿Como caballeros medievales con espadas y armaduras?

—Difícilmente —se burló Mac—. Tendrás que verlo.

—¿Los Caballeros de la Rama Roja? Su salón se quemó hace más de una década. Nunca lo reconstruyeron. Pensé que habían cerrado —respondió Birdie.

—Después del incidente con el metamorfo basan, decidieron reconstruir en secreto y no abrir más sus puertas al público en general

—explicó Mac.

—¿Metamorfos basan? ¿Qué es eso? Creía que el incendio se debió a un cableado defectuoso. ¿Qué ocurrió realmente? —preguntó Birdie.

—Un basan es un metamorfo aviar, un enorme gallo que escupe fuego. Son originarios de Japón, pero tienen una pequeña comunidad en Sausalito. El basan en cuestión estaba bebiendo en uno de los muchos bares del KRB. Se emborrachó por completo y, según me contaron, intentaba impresionar a las damas locales soplando anillos de fuego. Las cosas se descontrolaron y prendió fuego a todo el edificio. Por suerte, nadie resultó herido, pero decidieron cerrar las puertas a los forasteros.

Encendió el intermitente y apartó el coche del tráfico para entrar en la entrada de un gran edificio de apartamentos situado en la esquina de Fulton y la Sexta Avenida, en el distrito de Richmond. Parecía un lugar caro para vivir, con las líneas de ventanales en cada planta y las elegantes molduras de cornisa a lo largo del tejado.

Birdie y Sophie siguieron a Mac hasta la verja de hierro de la entrada y vieron cómo se colocaba los dos bolsos en un brazo para poder llamar al timbre. Dejó la puerta abierta para que Birdie y Sophie entraran mientras les llamaban.

Sophie esperaba encontrarse en el vestíbulo de un apartamento con los típicos buzones junto a los ascensores. Sin embargo, se encontraba en una gran entrada. A su izquierda había un arco que conducía a un pub de madera oscura y brillante, con luces bajas. Encima de una enorme chimenea de piedra había un estandarte con un escudo de armas: una cruz roja sobre una cresta amarilla y dos lobos gruñendo a ambos lados.

La mayoría de las mesas de la taberna estaban llenas de gente, a pesar de lo temprano de la hora, todos hablando y riendo en voz baja. Todos callaron y se quedaron mirando a los recién llegados que estaban en la entrada, sin hacer ruido y recelosos. Sophie apartó rápidamente la vista de sus miradas y miró el pasillo vacío que tenía delante y luego a la derecha. El pasillo conducía a la parte trasera del edificio, con unas escaleras ornamentadas que se alzaban a lo largo de la pared derecha. Había una puerta a la derecha, unos metros antes del final de la escalera.

—Bienvenida al clan Cú Faoil —retumbó una voz desde lo alto de las escaleras. Al levantar la vista, Sophie vio a un hombre diminuto

apoyado en la barandilla, vestido con pantalones planchados, un chaleco bien ajustado y una camisa abotonada con los puños enrollados hasta los codos. A pesar de su postura indolente, Sophie tuvo la sensación de que posaba allí para crear un efecto dramático.

De repente, una bestia peluda trató de saltar por encima del hombre hacia el grupo de Sophie al pie de la escalera. El hombrecillo de la gran voz agarró al perro a medio salto y lo arrojó despreocupadamente por el pasillo detrás de él sin mirar atrás. Un ruido sordo y el roce de las garras contra la madera fue la única señal que quedó del perro en retirada. Sophie se quedó boquiabierta al ver cómo un hombre que apenas le llegaba a la barbilla se deshacía despreocupadamente de un perro casi del tamaño de un caballo en miniatura.

Volviéndose hacia Sophie, Mac soltó una risita ante su sorpresa.

—Los Caballeros de la Rama Roja son lebreles irlandeses.

—¿Como perros? ¿Son metamorfos perros? —susurró Sophie frenéticamente. Mac no respondió, solo le dedicó una enorme sonrisa.

Caminando hacia el pie de la escalera, Mac levantó la mano en señal de saludo, dejando atrás a una paralizada Sophie.

—Fergal, estos son mis amigos por los que te llamé.

—Mac, zorro astuto —el hombre sonrió, claramente complacido con la broma de su padre, y bajó las escaleras, tirando de Mac en un breve abrazo de palmadas en la espalda. Tenía el pelo castaño rizado y corto, con un flequillo despuntado que a Sophie le recordaba a una antigua estatua romana que había visto una vez en un libro—. No me dijiste que dejarías dos bellezas incomparables en mi puerta.

—Jaja, zorro astuto —Mac repitió—. Nunca había oído eso antes.

—¿Y quiénes son estas encantadoras damas? —preguntó el hombre a Mac, volviéndose hacia Birdie.

—Fergal O'Dwyer, te presento a Birdie Gafferty y Sophie Feegle. Gracias por ofrecerles refugio con tan poca antelación.

Sophie estudió al líder del clan mientras se inclinaba galantemente sobre la mano de Birdie, depositando un beso en sus nudillos nudosos. Birdie se estremeció ante la atención. Unos ojos verdes musgosos se dirigieron hacia Sophie, sorprendiéndola en el acto de observarlo.

Sophie le tendió la mano en señal de saludo,

—Encantada de conocerte, Fergal. Gracias por acogernos.

—Encantado de conocerte también, Sophie. Mac me ha dicho que

te has metido en un buen lío. Una acosadora asesina, ¿eh? —preguntó Fergal, volviéndose hacia Mac en busca de confirmación.

—Y también necesita protección de la manada del Distrito Sunset. Alphonse ha proferido algunas amenazas contra ella —recordó Mac a Fergal—. Espero que alguien de tu clan también esté dispuesto a darle lecciones de defensa personal.

—¡Oh, Sophie, vaya que has llamado la atención! Tengo al tipo justo para poner a Sophie en forma para la lucha. Vamos al bar del segundo piso. Ese tiene una cocina adjunta. Le diré a mi mujer que te prepare algo de comer, y tú le cuentas al viejo Fergal lo que está pasando.

—¿Tienen más de un bar aquí? —preguntó Sophie, mirando el bar a su izquierda. Todos los clientes miraban a todas partes menos a ella.

—Sí, modelamos esta sala a partir de la de Mission Street que se incendió en 2007. Era un orgullo que la sala original tuviera un bar en cada planta —dijo Fergal mientras les pasaba las manos a Birdie y a ella por los bíceps y las conducía por la amplia escalera con Mac detrás.

—Este lugar tiene cuatro pisos. ¿De verdad hay cuatro bares aquí?

—Por supuesto. Es tradición.

El estruendo de los pies desde arriba, combinado con los gritos infantiles de alegría, hizo que Sophie levantara la cabeza de su admiración por el antiguo poste de madera al pie de la escalera. Fergal empujó a Birdie y a Sophie contra la barandilla mientras una pandilla de niños y un par de cachorros de lobo irlandés bajaban atronando las escaleras.

—¡Eh! Cuidado, tenemos invitados. ¿Quieren que piensen que no tenemos modales? —bramó Fergal tras la manada de niños.

El último niño del grupo, el más pequeño, se detuvo y se volvió hacia Fergal.

—¡Lo siento, Unca Ferg! —chistó la niña antes de correr tras los demás niños que se amontonaban al salir por una puerta al final del pasillo. La luz del sol iluminó el pasillo por un momento cuando la puerta se cerró tras el grupo. Sophie tuvo una breve impresión de un gran patio de recreo al aire libre y verde vegetación.

—¡Lo siento, alfa! Los mocosos se me han escapado —gritó una mujer mientras bajaba corriendo las escaleras y salía por la puerta trasera tras los fugitivos.

—Típico de los niños, ¿no? —rio Fergal mientras guiaba al grupo por el resto de las escaleras.

La segunda planta tenía una distribución similar a la primera, con otro bar a la izquierda. Este bar era algo más pequeño que el de la primera planta, pero estaba más concurrido. Casi todas las mesas estaban llenas de gente comiendo y riendo.

Cuando entraron, todos levantaron la vista de sus platos, silenciosos y cautelosos, observando a los recién llegados.

—Hagan sitio. Tenemos invitados —dijo Fergal. Señaló a un grupo de hombres reunidos en torno a una mesa cerca de la barra del bar. Hizo un gesto con la mano. Los ocupantes cogieron rápidamente sus platos y bebidas y se dispersaron como la pelusa de un diente de león hacia los pocos taburetes vacíos que había en la barra.

Fergal acercó una silla a Birdie e intentó hacer lo mismo con Sophie, pero Mac le hizo un gesto para que se retirara. Cuando todos estuvieron sentados, Fergal silbó una nota fuerte y aguda.

De inmediato, una mujer cruzó la sala dando pisotones, con la boca gacha en un gesto de irritación. Llevaba el pelo negro hasta los hombros, que le rebotaba con las zancadas. Llevaba un delantal verde oscuro sobre unos pantalones y una camisa negros. La mujer se dirigió hacia Fergal, que estaba de espaldas. Le golpeó en la cabeza con un pequeño bloc de notas.

—No me silbes, perro sarnoso —le sermoneó la mujer con un marcado acento irlandés mientras Fergal se frotaba la parte superior de la cabeza, poniéndole cara de pena.

—Riona, amor mío, solo intentaba… —Fergal empezó, pero una mirada aguda de Riona hizo que las palabras murieran en los labios de Fergal.

—Este se cree gracioso —dijo Riona al resto de los ocupantes de la mesa, señalando con la cabeza a su marido.

—Dijiste que te habías enamorado de mí por mi humor —Fergal hizo una pausa y Sophie vio cómo un brillo subido de tono entraba en sus ojos—. Eso, y el tamaño de mi…

—Si terminas esa frase, esta noche dormirás en el sofá —interrumpió Riona, con voz severa. Pero una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Fergal le dedicó una sonrisa impenitente.

—¿Qué les apetece desayunar? Recomiendo el irlandés completo —dijo Fergal a la mesa.

—Eh... ¿qué es eso? —preguntó Sophie.

—¿Nunca has comido un desayuno irlandés completo? —preguntó Fergal, atónito—. Pues te lo has estado perdiendo. Riona, ¿serías tan amable de traerles a todos un irlandés completo?

—Por supuesto, lo sacaré en unos minutos. ¿Café para todos? —preguntó Riona.

Todos asintieron. Riona se dio la vuelta para marcharse, pero Fergal la agarró de la manga y tiró de ella hacia atrás. Cuando tiró de ella para besarla, Sophie empezó a apartar la mirada, pero sus ojos se fijaron en sus anillos claddagh a juego. Ambos eran de plata con un diseño idéntico de dos manos sosteniendo un corazón bajo una corona, pero el anillo de Fergal tenía un diseño más pesado y masculino que el delicado anillo de Riona.

Con un beso final, Riona se separó del regazo de Fergal. Cuando empezó a alejarse, Fergal volvió a detenerla.

—¿Sabes qué? Tráeme también un irlandés completo.

—Ya has desayunado —dijo Riona frunciendo el ceño.

—Estoy medio muerto de hambre. Te juro que tenemos un Alp-luachra en el edificio —replicó Fergal, frotándose el vientre plano, lo que hizo que Riona sacudiera la cabeza y se burlara, con una expresión de cariño en la cara.

—Bien, pero no me vengas lloriqueando luego cuando te duela la barriga.

—¿Qué es un Alp-luachra? —preguntó Birdie después de que Riona se dirigiera a otra mesa.

—Es un hada invisible que se sienta al lado de su víctima y se come la mitad de su comida —explicó Fergal.

Cuando Riona desapareció por una puerta giratoria justo al pasar el bar, Sophie sintió una punzada de celos. O quizá era esperanza. Riona y Fergal estaban tan evidente y ridículamente enamorados el uno del otro y, sin embargo, asentados y cómodos. Parecían estar bien juntos. Como si estuvieran hechos el uno para el otro.

Sophie miró a Mac y descubrió que la estaba observando.

La llegada de Riona con tazas de café humeante rompió el hechizo entre Sophie y Mac. Sophie cogió la taza y se la acercó a la nariz para olerla largamente. El rico olor del café pareció calarle hasta los huesos.

Mientras sorbía, Sophie miró por unas ventanas a su izquierda que

daban al Golden Gate Park. Incluso con la calle Fulton entre el edificio y el parque, la vista era preciosa. La vegetación esculpida, pero agreste del parque, llenaba la ventana. Aquí todo resultaba cómodo y relajado. Los niños pasaban de vez en cuando en estampida por delante del bar, riéndose en forma humana o con las uñas de perro lobo arañando el suelo y algún ladrido ocasional. Con las risas y las conversaciones flotando sobre su cabeza y el olor a huevos y café en el aire, Sophie sintió por fin que la tensión de sus hombros empezaba a relajarse.

—Es bonito, ¿verdad? Es mi vista favorita de la casa del clan —dijo Fergal, notando dónde estaba la atención de Sophie.

—Es preciosa. La ubicación de tu casa del clan es impresionante —respondió Sophie.

—Sí, estar tan cerca del parque es perfecto. Podemos soltar a nuestros sabuesos para que corran en la naturaleza sin tener que ir muy lejos. Solo tenemos que mantenernos al anochecer para no asustar a los lugareños. Nos llevó años comprar esta manzana.

—¿Son dueños de toda la manzana?

Ante la cara de asombro de Sophie, Fergal explicó,

—Compramos todas las casas y edificios de esta calle y de la de detrás. Así pudimos abrir los patios entre los edificios. Así todos, especialmente los más pequeños, tienen un espacio abierto compartido para desplazarse y correr sin tener que preocuparse de que nos vea ningún humano.

Lo único que Sophie pudo pensar fue: *¿En este mercado inmobiliario?*

Justo cuando Sophie estaba a punto de hacer la impertinente pregunta de cuánto costaba todo aquello, Riona y otra mujer aparecieron con la comida. Sophie se quedó con la boca abierta cuando Riona depositó una fuente de comida ante cada comensal. Había más comida en el plato de la que Sophie solía comer en todo un día, sobre todo durante el sombrío periodo en el que había estado desempleada.

—Un desayuno irlandés completo —anunció Fergal con orgullo. Con un tenedor, señaló cada uno de los platos. Había tostadas, tomates fritos, judías, dos huevos fritos, champiñones, beicon, salchichas y morcilla. Era una cantidad asombrosa de comida.

Sophie nunca había oído hablar de nadie que desayunara alubias,

pero todo olía delicioso. Todos los platos le resultaban familiares, excepto el Pudding negro, que parecían discos de hockey negros moteados de blanco.

—¿Qué es el Pudding negro? —preguntó Sophie. Mirando alrededor de la mesa, parecía que todos los demás sabían algo que ella no sabía. Las sonrisas de Birdie y Mac no presagiaban nada bueno.

—Es morcilla. Es la receta de mi abuela, hecha con sangre de cerdo, sebo, avena y cebada. Pruébala. Te va a encantar.

Oh no, fue todo lo que Sophie pudo pensar. Fergal cogió uno del plato con el tenedor y se lo metió en la boca con fruición. A Sophie le recordó al perro de un viejo vecino que se comía los perritos calientes enteros sin masticarlos, arrancándolos del aire cuando se los lanzaban. Sophie echaba de menos a aquel viejo pastor alemán.

Sophie cortó un trocito de morcilla y le dio un tímido mordisco. En cuanto se posó en su lengua, Sophie supo que la morcilla no era para ella. Masticando lo más rápido posible, Sophie se tragó el bocado y lo acompañó con un buen trago de café. A Sophie le sorprendió que fuera desmenuzable. Esperaba que fuera grasiento o gelatinoso, como la textura de la sangre coagulada. La textura blanda y granulosa le resultaba repugnante, con un extraño regusto picante con matices cobrizos.

—Está bueno, ¿no?

—Está... genial. Ese estandarte —dijo Sophie, señalando el escudo de armas sobre la chimenea, intentando distraer a Fergal de sus sinceros pensamientos sobre la morcilla—. ¿Son perros lobo irlandeses los que están junto al escudo?

Cuando Fergal se dio la vuelta en su asiento para mirar el estandarte, Sophie aprovechó para bifurcar sus morcillas en el plato de Mac. Mac levantó la vista de su devoción por la comida y sonrió burlonamente a Sophie antes de volver a dedicar toda su atención a devorar su desayuno.

—Sí, es el escudo del clan Cú Faoil. Los Tuatha Dé Danann crearon el lobero irlandés original como perro de guerra. Eran famosos por ser capaces de tirar a un hombre de su caballo en el fragor de la batalla. Sin embargo, se utilizaban sobre todo para cazar y protegerse de los lobos.

—¿Irlanda tiene lobos?

—Ya no —contestó Fergal con una sonrisa feroz que era un poco

demasiado afilada para la comodidad de Sophie, haciendo que un escalofrío recorriera su espina dorsal—. Pero esos no son loberos irlandeses normales. Son loberos cambiantes. La diosa Danu creó a mis antepasados para proteger Irlanda. El metamorfo de la izquierda es el Sabueso de Cúchulainn. Era un joven guerrero que mató al sabueso favorito del rey Conchobhar. Se sintió tan mal que se ofreció a ocupar su lugar hasta que se encontrara un nuevo perro. Hasta hoy se cuentan muchas leyendas e historias en Irlanda sobre Cúchulainn. La de la derecha es Failinis. Puedo rastrear las raíces de mi familia hasta el gran Failinis.

Sophie ya sabía que se iba a arrepentir de preguntar, pero no pudo evitarlo.

—¿Quién es Failinis?

—Failinis fue el gran sabueso de guerra que sirvió al mismísimo Lugh Lámhfhada de los Tuatha Dé Danann. Contribuyó decisivamente a que los Tuatha Dé Danann expulsaran a los fomorianos de Irlanda. Era invencible en la batalla, atrapaba a todas las bestias salvajes que encontraba y podía convertir mágicamente en vino el agua corriente en la que se bañaba. Se decía que Failinis era tan impresionante que todas las bestias salvajes del mundo se inclinaban ante él, y que era más espléndido que el sol en sus ruedas de fuego.

Sophie se tragó un bufido de diversión al ver cómo la boca de Riona se movía junto a la de su marido al pasar cargada con más fuentes de comida.

Ante la mirada de Sophie, Fergal explicó.

—Es una cita de *Odiheadh Chloinne Tuireann*. Conseguí adquirir uno de los manuscritos hace poco. Tiene casi 300 años. Es tan antiguo que hay que guardarlo en una instalación especial.

—Espera —Sophie detuvo a Fergal, que parecía prepararse para un monólogo—. Convirtió el agua de su bañera en vino. ¿Y la gente bebía el vino del agua de baño sucia de tu bisabuelo?

—Hubiera sido un honor beber el vino creado por el gran Failinis —replicó Fergal indignado.

Sophie asintió sabiamente, decidiendo no rebatir a Fergal sobre la calidad del vino de perro mojado.

Mientras Fergal seguía contándoles historias de las grandes aventuras de Failinis, Sophie centró su atención en el plato de comida que tenía delante. Afortunadamente, el resto del desayuno estaba

delicioso y ella lo probó con ganas. Al principio, la idea de desayunar alubias le pareció extraña, pero enseguida le gustaron. Mientras Sophie mojaba la tostada en las alubias y se las llevaba a la boca, Fergal gritó,

—Conor. Liam. Patrick Junior. Vengan.

Tres jóvenes que estaban en una mesa al otro lado de la sala se levantaron de sus asientos y corrieron al lado de Fergal.

—Muchachos, esta es Sophie Feegle. Van a vigilarla siempre que salga de la casa del clan. Su seguridad es su máxima prioridad. ¿Entendido?

—Sí, señor —corearon los tres muchachos, prácticamente saludando y vibrando en posición de firmes.

—Les daré sus tareas habituales a algunos de los otros, así que no se preocupen por eso. Estarán a las órdenes de Sophie. Harán que su clan se sienta orgulloso —exigió Fergal, su tono no admitía discusión —. Sophie, ¿a qué hora tienes que salir de aquí esta noche para ir a trabajar?

Sophie les dijo cuándo tenía que irse a trabajar, y Fergal despidió al trío.

Cuando los chicos estuvieron fuera del alcance de sus oídos, Sophie se giró hacia Fergal.

—Son adolescentes —argumentó, intentando mantener la voz baja y calmada.

—Son adultos legales. Esos chicos son de los mejores que tengo. Ya están curtidos en mil batallas. No podrías estar en mejores manos, lo juro. Te llevarán y traerán del trabajo todos los días, y si necesitas ir a algún sitio, estarán disponibles para acompañarte.

—¿Probados en batalla? Son niños. No quiero que ningún niño corra peligro por mi culpa. Es una idea terrible.

—Todos son futuros alfas y están ansiosos por probarse a sí mismos. No podrías estar en mejores manos —Fergal se volvió hacia Birdie, estrechándole la mano y dedicándole una cálida sonrisa—. Todavía no he conseguido que seleccionen a nadie para custodiarte, así que avísame si tienes que estar en algún sitio.

—No tengo ningún plan, así que no te preocupes por conseguirme un guardaespaldas. Sin embargo, si pudiera usar un teléfono, necesito llamar a mi novio y decirle que tuve que salir de la ciudad por una emergencia. Si no, se preocupará.

—Por supuesto. Riona las acompañará a sus habitaciones cuando terminen de comer. También puede conseguirles un teléfono. Tengo deberes que atender, pero por favor quédense y disfruten de su desayuno. Ha sido un placer conocerlos —Fergal se levantó y se limpió las manos en una servilleta antes de decirle a su mujer que la comida estaba tan buena como siempre. Se marchó antes de que Sophie pudiera replicar.

Se volvió hacia Mac, incrédula.

—No puedes pensar que esto es una buena idea.

—Son perros lobo —respondió él encogiéndose de hombros, como si no hiciera falta decir nada más—. Son duros, leales hasta la exageración y letales en una pelea.

Sophie resopló resignada. Tendría que asegurarse de que nadie saliera herido por su culpa, sobre todo los adolescentes demasiado entusiastas. Pinchó un champiñón con el tenedor y empezó a llevárselo a los labios, pero se dio cuenta de que estaba demasiado llena para darle otro bocado. Mirando su plato, apenas había terminado un tercio de la comida. Miró a Mac y se quedó boquiabierta al verle limpiar los últimos restos de su plato con una tostada. Sin mediar palabra, le pasó su comida a Mac, quien, con una sonrisa de agradecimiento, puso su plato sobre el suyo vacío y comió.

Riona se detuvo y les rellenó las tazas con una jarra grande.

—Avísenme cuando hayan terminado aquí y los acompañaré a sus habitaciones.

Mac se zampó su segundo plato de comida casi tan rápido como el primero.

—¿Cómo es que no estás gordo? —preguntó Sophie.

—Metabolismo de metamorfo —respondió Mac encogiéndose de hombros—. El cambio quema muchas calorías.

—Qué suerte —se quejó Birdie, haciendo que Sophie asintiera con la cabeza.

Con un último sorbo de café, Mac dijo que tenía que ir a la oficina a ver si Larry había descubierto alguna pista más. Prometió llamar si encontraba alguna pista nueva. Sophie se levantó con Mac, no quería que se marchara. Aunque todos en la casa del clan habían sido acogedores, ella se sentía un poco como una extraña en tierra extraña. Debió de reconocer algo en la cara de Sophie porque la estrechó en un fuerte abrazo.

—Todo va a ir bien —le prometió. Sophie se sintió reconfortada por las palabras que le susurró bruscamente—. Vamos a atrapar a Blancanieves y te devolveremos a Cafecita enseguida. Te lo prometo. Vamos a resolver esto.

—Lo sé. Solo odio que esté por ahí libre. No puedo esperar a que se pudra entre rejas —Mac se apartó y le dio un beso a Sophie que hizo que Birdie aplaudiera, lo que todos en la sala recogieron. Sophie pudo sentir cómo un rubor calentaba sus mejillas.

—No quiero dejarte aquí, pero tengo que irme. Llámame si me necesitas, no importa la hora.

—Lo haré —prometió Sophie.

Mac le dio un último beso a Sophie y se dio la vuelta para marcharse. Birdie se aclaró la garganta en voz alta. Cuando Mac la miró, le señaló la mejilla con énfasis.

—Que tengas un buen día, Birdie. Vigila a Sophie por mí, ¿quieres? —preguntó Mac, inclinándose para depositar un casto beso en la mejilla de Birdie.

Cuando Mac se marchó, Riona se detuvo para comprobar si estaban listas para ver sus habitaciones. Les hizo subir otro tramo de escaleras hasta la tercera planta y les explicó que alguien ya les había dejado las maletas. Siguieron a Riona mientras les llevaba hasta el final del largo pasillo, dejando atrás varias puertas cerradas. El pasillo terminaba en un gran ventanal que daba al espacio abierto detrás de la casa del clan. Este piso de la casa era tranquilo, el ruido y el parloteo de los ocupantes de la casa amortiguados y lejanos.

—Aquí tienen, sus habitaciones están una enfrente de la otra —dijo Riona, abriendo ambas puertas—. Avísenme si necesitan algo. Estaré en la cocina la mayor parte del día. Deberían poder encontrarme allí, o si no estoy, alguien sabrá dónde estoy.

Al echar un vistazo al interior, Sophie vio una cama con una colcha brillante, una mesilla de noche con una lámpara y el borde de una cómoda. La habitación tenía un aire cálido y personalizado, pero seguía siendo claramente una habitación reservada para huéspedes.

Sophie y Birdie agradecieron a Riona su hospitalidad. Con un último recordatorio de que la buscaran si necesitaban algo, Riona se apresuró a volver al pasillo, desapareciendo por la amplia escalera.

—Tengo que llamar a Milton. Nos vemos en un rato —dijo Birdie, dispuesta a quedarse si Sophie la necesitaba.

—Por supuesto. Salúdale de mi parte. Creo que voy a intentar descansar un poco —respondió Sophie, observando cómo Birdie entraba en su habitación.

Al entrar en su habitación, Sophie vio su bolso esperándola en la cómoda. Mirando a su derecha, había un cuadro de ondulantes colinas verdes que caían repentinamente en acantilados grises. Al fondo de los acantilados, un mar oscuro se agitaba. Era hermoso, pero llenaba a Sophie de melancolía. Había una sensación de pérdida en el cuadro. Supuso que era un cuadro de la costa irlandesa. Sophie pasó una mano por la colcha estampada en verde y blanco de camino a mirar por el ventanal del lado opuesto de la habitación, que daba al patio trasero.

Al detenerse frente a la ventana, Sophie pudo ver por fin la extensión de espacio abierto de la que Fergal había presumido. La casa del clan estaba en uno de los extremos del largo rectángulo, lo que permitía a Sophie ver toda la zona. Debajo, había mesas y asientos con sombrillas y una hoguera apagada. Más allá había un parque infantil, seguido de jardines y transformándose en una zona boscosa. La gente y los perros lobo pululaban por la zona, algunos correteando y otros descansando.

Un suave golpe en la puerta hizo que Sophie desviara su atención de la escena. Llamó a quienquiera que estuviera en la entrada para que pasara.

—Soy yo —dijo Birdie al abrir la puerta y entrar en la habitación. Se acercó y se unió a Sophie, mirando la bulliciosa actividad de abajo.

—Este lugar es interesante. La gente parece agradable. Hay muchas familias —comentó Birdie, señalando a dos mujeres que empujaban a niños pequeños en columpios.

—Sí, es bonito. ¿Has podido hablar con Milton? —cuando Birdie asintió con la cabeza, Sophie preguntó—: ¿La llamada fue bien? ¿Se creyó tu historia?

—Oh sí, no hay ningún problema. Le dije que me llevabas a Fresno a ver a una sobrina enferma.

—Odio que hayas tenido que mentir por mi culpa. Siento haberte metido en esto.

—No lo sientas —replicó Birdie—. Tú no me arrastraste a nada. Estoy aquí por mi propia voluntad, y estoy feliz de estar aquí contigo. Esto es divertido.

—¿Divertido? ¿Estás loca? Esto no es divertido. Te he puesto en

peligro.

—No, no lo has hecho. Mac solo está siendo precavido. No estoy en peligro. Parece que eres tú la que está en verdadero peligro. Y me alegro de estar aquí para cubrirte las espaldas. Además, considero esto una aventura. Y sabes que mi segundo nombre es Aventura.

—Tu segundo nombre es Roberta —se burló Sophie.

Birdie le quitó importancia a la afirmación de Sophie.

—Da igual. En cualquier caso, me alegro de estar aquí.

—Yo también me alegro de que estés aquí —admitió Sophie.

—Iba a buscar un televisor y ver mis series. ¿Quieres venir conmigo? —preguntó Birdie.

—Normalmente, diría que sí. Pero ha sido una noche muy larga y estoy agotada. Voy a intentar dormir un poco.

—Si es lo que quieres —respondió Birdie lentamente.

—Es lo que quiero, Birdie. Disfruta de tus programas.

Birdie miró a Sophie largamente, pensativa, antes de apretarle el brazo con una mano huesuda y salir. La puerta se cerró suavemente tras ella y Sophie se volvió hacia la ventana para observar a la gente que marchaba de un lado a otro. Todos parecían tan felices y despreocupados. No dudaban de sí mismos. No tenían miedo.

Sophie se quedó mirando la actividad, sintiéndose desconectada y fuera de sí. Odiaba esta sensación. Estaba harta de sentirse asustada e insegura. La marea de los últimos acontecimientos la golpeaba y la arrojaba a la orilla para volver a arrastrarla cada vez que sentía que había recuperado el equilibrio. El miedo había echado raíces y se estaba gestando secretamente en su vientre.

Ella no era así. No era tímida. No se preocupaba. La gente no tomaba decisiones por ella. Nunca estaba insegura ni asustada. No dejaba que la gente la intimidara. Sophie le daba una patada en los dientes a ese tipo de gente. ¿Cómo se había dejado vencer por la duda y el miedo?

La incertidumbre tenía que terminar. Ahora mismo. Se negaba a vivir bajo la sombra de un miedo constante.

—Ya basta —anunció Sophie. No iba a seguir retorciéndose las manos. Ella no era así y no iba a dejar que imbéciles como Alphonse y Blancanieves la cambiaran. No iba a permitir que la afectaran y la hicieran dudar de sí misma—. No más —juró.

Decidió que no podía ignorar el peligro en su vida, pero no dejaría

que la dominara. Podía reconocer el miedo y la paranoia, y luego superarlos. Sophie sintió que se deshacía de un peso invisible. Sus hombros se enderezaron con su determinación.

Se apartó de la ventana y decidió que lo mejor sería darse una ducha caliente y descansar.

Después de limpiarse enérgicamente la noche, se metió bajo las sábanas frescas con un suspiro de satisfacción. A pesar de la larga ducha, la barriga llena y el cansancio, Sophie tardó mucho en conciliar el sueño.

Capítulo 16

Sophie se despertó sintiéndose revitalizada. Se asomó a la ventana y adivinó que había anochecido. El tono rosado del sol poniente sonrojaba los edificios que había frente a su ventana. Se acercó a la mesilla de noche y cogió el móvil. Tras comprobar que no había mensajes, marcó rápidamente el número de Mac.

—Hola, Soph, ¿va todo bien? —preguntó Mac, con voz grave y gruñona, como si estuviera a punto de volverse peludo y destrozar cualquier cosa que la amenazara. La idea dio vértigo a Sophie. Sophie volvió a acurrucarse en la almohada, con el teléfono pegado a la oreja y una sonrisa en la cara.

—Todo va bien. Me acabo de despertar y quería ver cómo estabas. ¿Alguna novedad?

—La verdad es que no. De las huellas dactilares que Larry sacó de tu apartamento, casi todas parecen pertenecerte. Hay algunas que no eran tuyas, pero no coinciden con nada de la base de datos. Veremos si aparece algo, pero no tengo muchas esperanzas. Blancanieves parece demasiado cuidadosa como para cometer un simple error así.

—Probablemente tengas razón —convino Sophie.

—Pero pronto cometerá un desliz y la pillarán. Estoy seguro.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque soy condenadamente bueno en mi trabajo —gruñó Mac, con voz grave y ahumada.

Sophie se tragó una risita; Mac no corría peligro de ser víctima de la falsa modestia.

Sophie se levantó de la cama y se acercó a la ventana. El espacio compartido de la parte de atrás seguía lleno de gente, incluso al anochecer. Vio cómo un cachorro de perro lobo pasaba por debajo de la ventana. El cachorro era todo patas largas que superaban con creces su cuerpo. Con un agudo aullido, el sabueso se transformó en un niño desnudo que fue recogido por una mujer que Sophie supuso que era la madre.

—Si hay perros lobo irlandeses, ¿significa que hay metamorfos

chihuahuas? ¿O pomeranias?

—Que yo sepa, no —respondió Mac con una risita.

—¿Cuál es el tipo de metamorfo más loco que conoces?

—Hmmm. Bueno, veamos. He conocido a unos cuantos tejones meleros. Te gustarían. Estaban locos, dispuestos a pelear con cualquiera y se comían casi cualquier cosa. Pero el metamorfo más raro del que he oído hablar es el pangolín.

—¿Un qué?

—Un pangolín. Se parecen a lo que pasaría si un armadillo y una piña tuvieran un bebé. He oído que quedan muy pocos metamorfos pangolín en el mundo. Yo personalmente nunca he conocido a ninguno. Pero ese es probablemente el tipo de metamorfo más loco que conozco.

—Me encantaría verlo —dijo Sophie con nostalgia.

—Quizá podamos algún día. Solo tenemos que superar esto primero —murmuró Mac.

—Iba a vestirme y bajar a por algo de comida. ¿Sales temprano del trabajo? ¿Quieres cenar conmigo?

—Ojalá pudiera, pero tengo mucho trabajo que terminar aquí. Tengo pensado hacer una foto de Alphonse y de algunos de los principales miembros de su manada, incluido el difunto Zachary Dupree, y ver si algún vecino de Derek Gibson los reconoce. Pero quizá podamos coordinar tu hora de comer en el trabajo esta noche.

Sophie recordaba vívidamente a Zachary Dupree: no iba a olvidarlo pronto rogándole que perdonara la vida a su novia humana. El otro nombre le resultaba familiar, pero a Sophie le costaba ubicarlo.

—Derek Gibson… ¿quién es?

—Ese tipo del gobierno asesinado por una manada de lobos, ¿recuerdas?

—Oh cielos. ¿Cómo podría olvidarlo?

Reggie le había advertido que, con el tiempo, Sophie vería tantos cadáveres que se insensibilizaría ante ellos. Que los rostros empezarían a desdibujarse y a olvidarse fácilmente. Sophie había negado con la cabeza. Las visiones de la muerte le aseguraban que nunca se insensibilizaría ante la muerte de las víctimas, especialmente las violentas. Además, no había olvidado a Derek Gibson. La imagen de su cuerpo desplomado en el suelo del bosque a los pies de los lobos mientras se desangraba lentamente seguía fresca en la mente de

Sophie. En cierto modo, se sentía como si hubiera estado allí con él. Su nombre era algo que Sophie solo había visto escrito en un trozo de papel, pero su muerte era algo que había vivido.

Al principio, las muertes en sus visiones habían sido algo que Sophie había observado desde la barrera. Solo una espectadora. Pero cada vez más, las había vivido como si ella misma fuera la víctima. Era imposible olvidarlo o superarlo rápidamente. Cada vez le costaba más separarse de cada muerte.

Sin embargo, se dio cuenta de que tenía que encontrar la manera de olvidar todas sus muertes. Todo se había vuelto demasiado personal. Si Sophie seguía cargando con el peso de cada asesinato, se agotaría. Tenía que dejar de poner todo de sí misma en su trabajo y su habilidad. Eso no significaba que no le importara, le importaba profundamente, pero no podía seguir cargando con el dolor y la responsabilidad de la muerte de cada persona en su corazón. La tensión estaba siendo excesiva. Se sentía como un salmón nadando continuamente contra la corriente, con la presión implacable tratando de barrerla y arrastrarla hacia abajo. Cómo lograría esa distancia cuando experimentara todo su miedo y dolor era un misterio.

—Bueno, últimamente han pasado muchas cosas —se burló Mac, sacando a Sophie de sus sombríos pensamientos.

—¿Sí? Mmmm. No me había dado cuenta —contestó Sophie, dándose golpecitos en la barbilla con fingida confusión—. ¿Crees que alguno de los vecinos de Gibson habrá visto algo?

—Tengo esperanzas. Si consigo situar a algunos de los de Alphonse cerca del secuestro, podré empezar a hacer preguntas incómodas.

Charlaron unos minutos más antes de que Sophie prometiera enviarle un mensaje de texto una vez que estuviera a salvo dentro de la morgue más tarde esa noche.

Después de una refrescante ducha -¿acaso todo el mundo en esta ciudad tenía una presión de agua decente aparte de ella? - Sophie llamó a la puerta de Birdie para ver cómo estaba. Al no recibir respuesta, Sophie decidió ir a cenar al bar de abajo.

Bajó las escaleras y entró en el comedor. Riona se movía entre las mesas, cargando platos y bebidas, en una danza coordinada que denotaba años de práctica. Después de depositar su última carga, Riona se acercó y le hizo señas a Sophie para que se acercara a una mesa vacía.

—Estaba buscando a Birdie. ¿La has visto?

—Creo que está en la sala de juegos. Está justo al otro lado del pasillo —respondió Riona, señalando a través de la entrada arqueada del pub hacia una puerta cerrada al otro lado del pasillo.

Sophie le dio las gracias y se dirigió a la sala de juegos. Sophie abrió la puerta y echó un vistazo. Había varias mesas circulares con gente reunida a su alrededor, todos con cartas en las manos. Sophie vio a Birdie en una mesa al otro lado de la habitación. Al abrir la puerta, entró luz en la habitación y todos los ocupantes levantaron la vista de sus juegos.

—¡Sophie! —llamó Birdie, haciendo señas a Sophie para que se acercara. Señaló una silla vacía a su derecha cuando Sophie se acercó a la mesa. Al sentarse, Sophie miró disimuladamente a los otros tres ocupantes de la mesa. Uno de ellos era una mujer con una suave nube de pelo blanco y un grueso collar de perlas con una sonrisa amable. Los otros dos eran hombres mayores que podrían haber pasado por hermanos. Ambos llevaban gorros Kerry de tweed, jerséis de punto por cable en tonos marrones y oliva, y sonrisas torcidas a juego.

Birdie los presentó como Colleen, Ethan y William, y cada uno la saludó con un "¿Cómo estás?" Sophie se sintió obligada a responder a cada uno con un "No tan mal. ¿Y tú?"

Colleen empezó a señalar a cada persona de la sala, dando a Sophie su nombre e información relevante, como si hacían trampas a las cartas o si eran propensos a tirarse faroles. Sophie saludó a cada persona, olvidando cada nombre casi tan pronto como Colleen terminó la presentación.

A primera vista, Sophie pensó que estaban jugando al póquer, pero tenían demasiadas cartas en la mano. Cuando Sophie preguntó, Birdie le explicó que estaban jugando al bridge. Sophie observó la acción durante unos minutos, tratando de entender cómo funcionaba el juego. Birdie le explicó las reglas mientras el grupo de su mesa jugaba.

—Cuando termines de jugar, ¿quieres cenar conmigo? —preguntó Sophie.

—Oh, ya he comido, Sophie. Sin embargo, me encantaría sentarme contigo mientras comes.

Sophie estaba negando con la cabeza antes de que Birdie completara su oferta.

—Por supuesto que no. Quédate aquí con tus amigos. Disfruta del

partido.

Tras varios minutos asegurándole que podía comer sola, Sophie regresó al pub y se despidió del grupo de vejestorios.

Tomó asiento en una mesa vacía y respiró profundamente los deliciosos aromas de la comida que la rodeaba. Un momento después, una adolescente se acercó a Sophie preguntándole si quería comer.

—La cocinera ha hecho estofado de ternera y cebada o salchichas con colcannon para cenar esta noche.

Recordando la morcilla, Sophie decidió quedarse con lo conocido y eligió el estofado de ternera. Apenas había pasado un minuto cuando la camarera regresó con un gran cuenco humeante y un trozo de pan. Sophie sintió el impulso de frotarse las manos como una villana. Al primer bocado, Sophie gimió. Al tercer bocado, había dejado atrás toda civilización y se metía la comida en la boca como un animal.

Un cuerpo que aterrizaba en la silla de su izquierda le devolvió los modales. Antes incluso de echar un vistazo, Sophie supo que se trataba de Fergal. Tenía una presencia que se podía sentir tanto como ver.

Sophie se giró y le prestó toda su atención.

—Buenas noches, Fergal. Gracias por recibirme.

—Es un placer. Encantado de ayudar a Mac y a cualquiera de sus amigos. Le debo la vida, así que darle una habitación a alguien es poca cosa —respondió Fergal—. Espero que estés disfrutando de tu estancia. ¿La habitación es de tu agrado?

—Todo es estupendo —respondió Sophie con fervor—. Este lugar es increíble. Me encanta lo que has hecho aquí.

—Estoy de acuerdo. Estoy muy orgulloso de la casa del clan y de mi clan. Hemos trabajado duro para hacer un lugar que sea seguro para mi gente. No solo donde los loberos estén seguros, sino donde puedan prosperar.

Fergal saludó a la joven mientras pasaba.

—Mamá dijo que no puedes comer más estofado —sermoneó la muchacha. El tono de voz sonaba exactamente igual que el de Riona, haciendo que Sophie se mordiera los labios para contener una carcajada.

—Bueno, entonces tomaré tarta de manzana. Soy el líder del clan y puedo comer tarta cuando quiera.

—Bien, te traeré un trozo. Pero se lo diré a mamá —advirtió la

niña.

—No le tengo miedo —replicó Fergal, pero el bufido de la niña decía otra cosa.

Sophie volvió a centrar su atención en la comida para disimular su diversión, pero sintió que Fergal la miraba con la aguda mirada de un águila, o quizá más apropiadamente, de un sabueso. Sophie se metió una cucharada de estofado en la boca y le devolvió la mirada.

Normalmente, si alguien la mirara así, le haría pasar un mal rato. Les diría que le hicieran una foto o les enseñaría el dedo. Sin embargo, algo en Fergal la hizo detenerse. Parecía tranquilo y jovial a primera vista, pero había algo en sus ojos que hacía saber a Sophie que Fergal era peligroso. Bromeaba y le sonreía, pero Sophie sabía que en el momento en que ella se convirtiera en una amenaza para Fergal o su manada, él la degollaría sin dudarlo ni un segundo y no perdería ni un minuto de sueño por ello. No se podía jugar con él. Para Fergal, la familia y el clan eran lo primero, y el resto del mundo ocupaba un distante segundo lugar. Sophie lo respetaba y comprendía su postura tácita, pero también sabía que ella formaba parte de ese lejano segundo lugar, aunque Fergal y ella acabaran haciéndose amigos.

La hija de Fergal, al dejar el trozo de tarta, interrumpió su concurso de miradas.

—Dime. ¿Cómo te encontraste con Alphonse? —preguntó Fergal, llevándose a la boca un buen bocado de tarta. Volviéndose, hizo un gesto con la mano para llamar la atención de su hija y le dijo la palabra “café”.

—No puedo decírtelo. Forma parte de una investigación en curso. Tendrías que preguntarle a Mac para obtener información al respecto. Sin embargo, puedo decirte que tiene un problema con una humana que trabaja en la división Mística de la oficina del forense.

Fergal arrugó el ceño ante su respuesta, pero pareció aceptarla.

—Eso suena como el Alphonse que conozco. Nunca ha conocido a un humano con el que no tuviera problemas. Patrick padre ha accedido a entrenarte para que estés tan preparada para tratar con Alphonse como un humano. Empezarás mañana por la mañana. Le prometí a Mac que cuidaríamos de ti, y lo haremos. Oye, ¿te ha contado Mac alguna vez cómo nos conocimos? —preguntó Fergal, con una amplia sonrisa en la cara. Cuando Sophie negó con la cabeza, Fergal se arrellanó en su silla como si se estuviera acomodando.

—Cuando mi padre aún era el alfa de este clan, yo era su segundo, entrenándome y preparándome para ocupar su lugar. Mi tío, sin que mi primo Eoghan lo supiera, decidió que su hijo sería la mejor opción para dirigir el clan en mi lugar. Eoghan tenía cero deseos de ser el alfa, así que no tengo ni idea de cómo mi tío John llegó a esa conclusión. John sabía que Eoghan no podría vencerme en una lucha de dominación - incluso si de alguna manera hubiera podido hacer que Eoghan me desafiara. Así que este maldito idiota contrató a varios metamorfos osos para asesinarme. Me asaltaron al salir de mi pub favorito una noche. Me arrastraron detrás de la barra e hicieron todo lo posible para acabar con mi vida. Seguramente me habrían matado si Mac no hubiera pasado por allí patrullando y los hubiera visto agarrarme.

—Cuando aparcó el coche y llegó a la parte trasera del pub, tuve que cambiar a mi forma de perro lobo para defenderme. A pesar de eso, me estaban dando una buena paliza. En mi defensa, eran cuatro. Gritó y agitó su pistola y su placa, y los cobardes salieron corriendo. Me estaba revisando cuando oímos las sirenas de la policía acercándose. Ambos necesitábamos huir antes de que llegaran los humanos. No hay una buena manera de explicar las marcas de garras, si sabes a lo que me refiero. Estaba demasiado herido para salir por mi cuenta, y mi forma de perro lobo era demasiado pesada para Mac. Tuve que volver a convertirme en humano y Mac tuvo que sacarme de allí. Desnudo como un recién nacido y sangrando como un loco. Imagínate mi culo desnudo colgando para que todo el mundo lo viera mientras Mac me cargaba al estilo bombero y me metía en la parte trasera de su coche patrulla. Ahora me hace mucha gracia y me gusta burlarme de él cada vez que puedo, pero aquella noche me salvó la vida. Tengo con él una deuda que creo que nunca podré saldar.

La vívida imagen que pintó Fergal hizo sonreír a Sophie. Podía imaginarse la cara de malhumor de Mac con un hombre desnudo sobre sus hombros.

—Vaya. Eso es... —Sophie dejó caer la cuchara en su guiso—. Me alegro de que estuviera allí para ayudarte.

—Tuve suerte de que pasara por ahí. Nunca he olvidado el hecho de que Mac se enfrentara a cuatro metamorfos osos para salvarme la vida. Siempre tendré cuidado con él.

Sophie comprendió el mensaje tácito. Si alguna vez ella le hacía

daño a Mac, podría acabar con una manada de perros lobo pisándole los talones.

—Me alegro de que tenga una buena amiga como tú para cuidarle las espaldas. Me gusta que haya algo más que yo cuidando de él.

Lo mismo digo, pensó Sophie, mirando a Fergal.

Que Riona le dejara una taza de café fue una distracción bienvenida.

—¿Le estás haciendo pasar un mal rato a esta chica, que está bajo nuestra protección jurada? —preguntó Riona, cruzándose de brazos como una maestra enfadada.

—No, solo le estaba contando a Sophie la historia de cómo Mac y yo nos hicimos amigos —argumentó Fergal. Se volvió hacia Sophie mientras su mujer le negaba con la cabeza—. Por cierto, que sepas que soy tan buen amigo que hasta le pagué la tintorería de su chaqueta de aquella noche.

—Debería haberla quemado —se burló Sophie, haciendo que Riona riera a carcajadas.

—Ella me agrada —anunció Riona, guiñándole a Sophie un ojo cómplice.

—¿He pasado la prueba? —preguntó Sophie a Fergal cuando Riona regresó a la cocina.

Fergal le dirigió una mirada aguda y divertida.

—Lo harás.

Justo en el clavo. Sophie puso los ojos en blanco

Capítulo 17

Varias horas más tarde, Sophie se encontraba hacinada en el asiento trasero de un deportivo bien abollado y trucado. Parecía el tipo de vehículo para carreras callejeras, pero que se utilizaba sobre todo para revolucionar el motor en los semáforos en rojo con impotencia. Estaba codo con codo con uno de sus "guardaespaldas": Patrick. Patrick parecía que debería estar en una postal de Irlanda, con su pelo rojo brillante y su cara pecosa. En los asientos delanteros estaban Conor y Liam, hermanos tan parecidos en aspecto y edad que Sophie no podía distinguirlos. Ambos tenían el pelo y los ojos castaño oscuro y el aspecto ligeramente desgarbado de los adolescentes en pleno estirón.

No eran exactamente guardias pretorianos. Sophie no podía esperar que fueran guerreros espartanos, pero le seguían pareciendo unos niños. No podía tomarlos en serio como soldados. Olían vagamente a Cheetos y a spray corporal Axe. Apenas llevaban barba incipiente en la barbilla. Al verlos, Sophie se sintió mil años mayor. Ella no era mucho mayor que ellos, quizá seis años o así, pero bien podrían haber sido treinta. Necesitaba encontrar un buen palo para poder sacudirlo contra ellos y que lo buscaran por su jardín. Hablaban de videojuegos y de personalidades de las redes sociales con nombres tontos y ponían música que ella nunca había oído a un volumen tan alto que le hacían palpitar los oídos.

Oh, la juventud.

Finalmente, para alivio de Sophie, llegaron al aparcamiento del edificio del forense. Sophie salió del coche en medio de un coro de despedidas y se palpó el bolsillo, comprobando el bulto tranquilizador de la pistola eléctrica allí escondida.

—¡Sophie, espera! —gritó Conor, o posiblemente Liam. Volviéndose hacia el vehículo, Sophie vio cómo sacaba una pequeña bolsa refrigerante por la ventanilla del coche—. La señorita Riona te ha preparado algo.

Al abrir la bolsa, Sophie vio un recipiente transparente lleno de salchichas y puré de patatas con algún tipo de verdura verde

mezclada.

—Por favor, dile que le doy las gracias —pidió Sophie, conmovida por el considerado gesto de la mujer del alfa.

Al cruzar la puerta principal del edificio, Sophie miró hacia atrás y vio a sus guardaespaldas asomados a las ventanillas del coche, vigilando que entrara sana y salva. Les hizo un gesto con la mano al entrar en el vestíbulo.

Al mirar hacia la recepción, sus pies se detuvieron al ver a todo el equipo de Los Anómalos reunido en círculo y hablando animadamente. Incluso la señorita Zhao estaba involucrada.

—¡Está aquí! —exclamó Ace, divisando a Sophie congelada dentro de las puertas del vestíbulo.

—Gracias a Dios que estás bien —gritó Amira, saltando hacia Sophie y abrazándola.

Sorprendida, Sophie palmeó torpemente la espalda de Amira, porque nunca se habría imaginado a Amira como una abrazadora.

—Reggie nos lo ha contado todo. No puedo creer que Blancanieves entrara en tu apartamento —continuó Amira, apartándose para mirar a Sophie a la cara—. ¿Estás bien?

Sophie carraspeó cohibida.

—Estoy bien. Mac pudo encontrarme un piso franco y me consiguió un par de guardaespaldas para que me escoltaran al trabajo y de vuelta —Sophie omitió específicamente el hecho de que sus guardaespaldas aún no tenían veinte años y seguían teniendo granos.

—Me alegro de que estés bien —dijo Ace bruscamente, dándole una palmadita en el hombro antes de apartarse para que Fitz pudiera abrazarla.

Sophie lanzó una mirada de agradecimiento a Reggie cuando éste sugirió a todos que era hora de ponerse a trabajar.

—Señorita Feegle —llamó la señorita Zhao, deteniendo a Sophie mientras seguía al grupo hacia su zona de trabajo. Sophie arrastró los pies hacia la señorita Zhao, sintiéndose un poco como una niña revoltosa a la que llaman al frente de la clase.

Antes de que Sophie pudiera preguntar qué quería, la señorita Zhao se levantó y cogió las manos de Sophie entre las suyas.

—Me alegro de que el detective Volpes te haya conseguido protección y un lugar seguro donde quedarte. Sin embargo, puedes quedarte con mi nidada de dragones si eso te hace sentir más cómoda.

Mi familia estará encantada de velar por ti.

—Oh guao. Eso es muy generoso. Muchas gracias. Creo que estoy bien donde estoy, pero si empiezo a sentirme insegura, te lo haré saber.

—La oferta está abierta. Me aseguraré de que el detective Volpes también lo sepa, en caso de emergencia.

Cuando Sophie volvió a darle las gracias, la señorita Zhao inclinó regiamente la cabeza y se volvió hacia su ordenador. Comprendiendo que la conversación había terminado, Sophie se dirigió a la sala principal de autopsias.

Sophie aún debía de parecer confusa o aturdida cuando se reunió con Reggie delante de la pizarra de horarios. Cuando Reggie le preguntó qué le pasaba, Sophie le habló de la oferta de protección de la señorita Zhao.

—¿Por qué se ofrecería a ayudarme? Tenía la impresión de que me toleraba más que nada porque pensaba que era vagamente divertida. Como una niña revoltosa.

—La señorita Zhao no se ofrecería a acogerte si no le importaras. ¿Quién sabe cómo piensa un dragón? Son un enigma, incluso en la comunidad Mística. Guardan sus secretos con más fiereza que sus tesoros.

—Pssh, te estás poniendo demasiado profundo para mí, Reggie —se burló Sophie—. ¿Sabes qué me quitaría de la cabeza todos mis problemas actuales?

—¿Una autopsia? —sugirió Reggie con una sonrisa conspiradora.

—Exacto. Déjame ir a buscar a nuestro primer cliente de la noche y vuelvo enseguida.

Sophie se puso a mirar el reloj a medida que se acercaba la hora de comer. La feliz anticipación burbujeaba en su vientre ante la idea de ver a Mac. Un golpe en la puerta fue su único aviso antes de que su rostro sonriente asomara por la abertura.

Sophie se quitó los guantes y se lanzó sobre Mac con un chillido, casi haciéndole retroceder hasta el pasillo.

—Hola, Reggie, espero no interrumpir —saludó Mac, llevando a Sophie de vuelta a la sala de autopsias. Su nariz se encendió al entrar

en la sala, con Sophie aún envuelta alrededor de su cintura—. ¿Qué es ese olor?

—Un Jorōgumo —dijo Sophie, señalando el cuerpo de una mujer en la mesa de exploración, después de soltar a Mac pero manteniendo un brazo alrededor de su cintura.

—¿Un qué?

—Un Jorōgumo es un metamorfo de araña. Se encuentran en la mitología japonesa; siempre son hembras. Solo tienen hijas, no hijos. Las leyendas dicen que la Jorōgumo era una hermosa joven que atraía a la muerte a hombres desprevenidos —explicó Reggie—. También son conocidas por su olor a vinagre dulce.

El empalagoso aroma a jazmín subyugado con un filo de vinagre llenó la sala de autopsias, haciendo que Sophie comprendiera mejor la aversión de Amira a ayudar a Reggie. Aun así, Sophie decidió que el extraño olor de un metamorfo Jorōgumo ni siquiera estaba en el top ten de olores horribles que Sophie había experimentado durante una autopsia.

—Casi hemos terminado aquí, así que si quieres dirigirte a la sala de descanso, estaré allí en unos minutos —sugirió Sophie a Mac.

—Puedo terminar aquí sola, Sophie. ¿Por qué no empiezan ustedes a comer? Estaré allí en unos minutos y podremos ponernos al día —ofreció Reggie.

—Eres el mejor jefe del mundo —declaró Sophie. Con las mejillas sonrosadas, Reggie rechazó el cumplido y se volvió hacia la mujer araña de la mesa de autopsias.

Arrastrando a Mac detrás de ella, Sophie asomó la cabeza en la sala de descanso, sonriendo cuando la encontró vacía. Arrastró a Mac tras ella y lo apiñó contra la puerta. Sintiéndose como una provocadora, Sophie se acercó y acercó su boca a un suspiro de la de Mac. Los ojos de Mac brillaron con su naturaleza depredadora. Antes de que pudiera hacer el primer movimiento, Sophie cerró la brecha que los separaba, rozando sus labios con los de él. Pasó los labios por la mandíbula de Mac y rozó su mejilla con la de él, con el roce de la barba rasposa aferrándose a su piel.

Con un gemido, Mac apretó la mandíbula de Sophie y atrajo su boca hacia la suya. Entrelazados, se entregaron el uno al otro, compartiendo aliento y besos. El tiempo pasaba como una ráfaga a su alrededor, los colores y el ruido se arremolinaban sin que se dieran

cuenta. Se besaron contra la puerta durante un tiempo indeterminado, perdidos en el juego de lenguas y el suave sonido de los besos y el placer atrapados en el espacio íntimo que había entre ellos.

El sonido de las voces que se acercaban irrumpió en su conciencia, haciendo gemir a Sophie. Con un suave roce final de labios, se separaron lentamente. Sophie empujó a Mac a una silla mientras iba a buscar su almuerzo.

Por suerte, Riona había preparado suficiente comida para Sophie como para compartirla con Mac. Sophie sospechaba que Riona no estaba acostumbrada a alimentar a humanos. A pesar de haber compartido comidas con sus compañeros de trabajo durante meses, Sophie todavía no estaba acostumbrada a la enorme cantidad de comida que los metamorfos ingerían en cada comida.

—¡Mac! —gritó Ace alegremente al entrar en la habitación, seguido rápidamente por Amira, Fitz y Reggie. Sophie pensó que Ace y Mac apenas toleraban la presencia del otro. ¿Dónde estaba su habitual actitud gruñona? Parecía que luchar juntos contra metamorfos lobos y Fae en lo alto de una torre era una especie de experiencia de unión masculina. Amira, Fitz y Reggie cogieron sus almuerzos y se unieron a Sophie y Mac en la mesa, mientras Ace ocupaba su lugar habitual en el fregadero para lavar bien su comida antes de comérsela.

Sophie vio cómo Amira sacaba un abrelatas de su bolso y empezaba a abrir otra lata de salmón. Sophie se alegró de que no fueran sardinas otra vez. Ver a Amira engullir sardinas enteras como si fueran espaguetis le había hecho posponer la comida durante una semana.

—¿Alguna novedad? —preguntó Reggie a Mac, tomando asiento en el lado opuesto al de Sophie.

Mac negó con la cabeza, con los hombros caídos.

—No, no tenemos ninguna pista sobre Blancanieves. Seguimos sin tener ni idea de quién es ni de dónde atacará después. Y no hemos podido encontrar a la novia humana de Zachary Dupree. Siento como si estuviéramos haciendo girar nuestras ruedas mientras Blancanieves corretea libre.

Sophie miraba pensativa la gastada fórmica, trazando con el dedo un surco en el tablero de la mesa, molesta por la falta de progresos. *¿De qué me sirve tener estos sueños y visiones si no puedo localizar a una persona?*

—Lo resolverás —replicó Ace, con una confianza inquebrantable en su voz. Mac le dirigió una mirada de agradecimiento. ¿Estaba Sophie asistiendo al nacimiento de un romance? Ocultó una risita, ya que no parecía el momento adecuado.

—Solo tenemos que asegurarnos de que mantenemos a salvo a Sophie —dijo Reggie, secándole la diversión y haciendo que se le formara un nudo en la garganta. Reggie siempre estaba pendiente de ella. Incluso después de ser amigos desde hacía varios meses, nunca dejaba de conmover a Sophie.

—Tenemos a alguien vigilando el apartamento de Sophie, día y noche. Además, tengo algunos guardaespaldas que acompañan a Sophie al trabajo y viceversa. Están atentos a cualquier cosa sospechosa —aseguró Mac a Reggie—. Por suerte, el jefe se lo está tomando en serio y me permite utilizar los recursos del departamento para Blancanieves. No puedo hacer mucho más hasta que se revele.

—¿Has encontrado algo en el barrio de Derek Gibson? ¿Alguien vio a alguno de los miembros de la manada de Alphonse agarrarlo? —preguntó Sophie, decidiendo cambiar de tema.

—Fue un fracaso total. Fui de puerta en puerta y enseñé fotos de los principales miembros de la manada de Alphonse, pero nadie en toda la calle reconoció a ninguno. Tenía la esperanza de que alguno de los vecinos hubiera sido el buen samaritano que avisó. Pero nada.

—¿Podría haber sido la novia humana? —preguntó Sophie, pensando en la mujer ahora desaparecida.

—¿Neesa Jacobs? Posiblemente, pero lo dudo. Después de hablar con algunos de sus conocidos, dudo que Dupree le contara mucho. No era exactamente material de buena samaritana, pero nunca se sabe. Su vecina dijo que se drogaba tan a menudo que estaba prácticamente catatónica la mayoría de las veces. Eso no significa que no fuera la persona que llamó. Tenemos que encontrarla para determinar si sabía algo, pero sospecho que no aparecerá viva.

Si la manada de Alphonse se había hecho con Neesa, como sospechaban, Sophie dudaba que volvieran a verla con vida. Una vez que se hubieran ocupado de Blancanieves, Sophie estaba dispuesta a centrar toda su atención en la manada del Distrito Sunset.

—¿Podría haber sido Blancanieves? Dijiste que la persona que llamó era una mujer, ¿verdad? En mi sueño, parecía que había estado siguiendo a Alphonse durante un tiempo. Tal vez ella los vio agarrar a

Derek.

—Tal vez. ¿Pero por qué llamaría a la policía por el secuestro, pero no avisaría de los otros asesinos que ha liquidado? No sé si encaja en su modus operandi. Parece que le gusta sacar la basura ella misma —sugirió Ace cuando por fin se reunió con todos en la mesa. Sophie se sorprendió de que la manzana que había estado lavando aún tuviera piel.

Sophie se dio golpecitos con las uñas en la fórmica, intentando recordar qué se sentía al estar en la cabeza de Blancanieves. Intentar recordar su proceso de pensamiento era como intentar sujetar arena.

—En todos mis sueños y visiones, Blancanieves solo iba a matar si conseguía su objetivo a solas. Cuando los lobos agarraron a Derek, había un montón de ellos.

—¿Podemos obtener una copia de la llamada? Al menos así sabríamos cómo suena la voz de Blancanieves. Si es que era ella —sugirió Fitz.

Mac sacó su bloc de notas y garabateó rápidamente.

—Es una buena idea. Veré lo que puedo hacer.

Fitz sonrió complacido a Sophie, como si estuviera contento de ayudar. Sophie vio cómo sacaba un huevo de su ensalada y se lo comía.

—Eres un metamorfo ganso nival... ¿Está bien que comas huevos?

—Esto es un huevo de *gallina* —replicó Fitz, cortando otro trozo de huevo duro—. Soy un ganso nival. Es una especie de ave completamente diferente. No es canibalismo.

Sophie se preguntó brevemente si los metamorfos ponían huevos en lugar de dar a luz. Supuso que, puesto que los metamorfos eran principalmente humanos con la capacidad de transformarse en otras criaturas, eso los convertía en mamíferos, aunque sus otras formas no lo fueran. Sabía que había metamorfos aviares e incluso reptiles, pero supuso que se les clasificaba como mamíferos. Quizá se lo preguntara a Reggie más tarde.

—¿Existen los metamorfos bovinos? Y, si existen, ¿sería canibalismo si se comieran una hamburguesa?

Todos gimieron en la mesa, acostumbrados ya a las preguntas de Sophie sobre los Místicos.

—Nunca he oído hablar de los metamorfos bovinos —afirmó Reggie—. En realidad, no creo haber oído hablar de ningún

metamorfo cuyo animal se utilice en la agricultura. Ni pollos, ni cerdos, ni vacas, ni siquiera pavos.

—Hay gente que come ganso, ¿verdad? Yo nunca he comido ganso —se apresuró a asegurar Sophie a Fitz—. ¿Pero un ganso nival se comería alguna vez a un ganso normal? ¿Se consideraría eso canibalismo?

Fitz dejó caer el tenedor en la ensaladera con un escalofrío.

—No sé si eso sería canibalismo, pero yo nunca comería ganso. Jamás. Como mínimo, sería de mal gusto.

Por un momento, Mac miró a Sophie como si estuviera tratando con una lunática, pero luego una lenta sonrisa se dibujó en su rostro.

—He oído que en el sur comen mapache. Me han dicho que es bastante sabroso, pero la carne es dura y de caza —le dijo Mac a Sophie, con los ojos brillantes de risa reprimida.

Ace balbuceó, casi atragantándose con el sorbo de refresco que acababa de tomar.

—Te voy a enseñar lo que es duro, Mac. Ustedes son asquerosos —gruñó Ace, poniendo los ojos en blanco hacia Amira mientras Sophie y Mac se partían de risa.

—Si alguien hace un chiste sobre gatos y comida china, se va a llevar mi cuenco de salmón y arroz en la cabeza —advirtió Amira, con un dedo afilado como una garra apuntando a cada una de las personas reunidas alrededor de la mesa.

Mientras las risas y las bromas llenaban la sala, Sophie se alegró de ver que el ambiente se había animado. Todos sonreían y bromeaban. Blancanieves había sido una nube oscura que se cernía sobre todas sus cabezas, no solo sobre la de Sophie. Lo que daría por librarse de ella definitivamente. Y eso no podía ocurrir hasta que Blancanieves diera la cara por fin.

A Sophie no le gustaba quedarse de brazos cruzados, esperando a que la vida le sucediera a ella. Estaba harta de esperar a ver qué hacía Blancanieves. Salía y hacía que las cosas sucedieran. Le molestaba estar atrapada en el juego de la espera.

¿O no?

—Tengo una idea, pero no te va a gustar —anunció Sophie, girándose en su asiento para mirar a Mac—. Odio sentarme a esperar a que Blancanieves ataque. Sabemos que está interesada en mí, ¿verdad? Deberíamos usarme como cebo. Podemos atraerla.

El alboroto que creó la sugerencia de Sophie fue impresionante. Todos hablaban por encima de los demás, rebatiendo la idea. Sophie hizo una mueca. No pretendía acabar con el buen humor de todo el mundo. Sin embargo, era un poco glorioso que todos estuvieran tan indignados por la idea de que Sophie se pusiera en peligro.

—Claro. Que. No —dijo Mac, su anuncio en voz alta cortó la discusión—. No vamos a ponerte en ese tipo de peligro. Blancanieves mató a un metamorfo lobo. Uno de los principales ejecutores de Alphonse. Es demasiado peligroso. No vale la pena arriesgar tu vida.

—Creo que todos estamos de acuerdo en que mi vida ya está en peligro —señaló Sophie.

—Estás en una casa segura y tienes guardaespaldas. Estás en un edificio custodiado por un dragón. Estás tan a salvo como puedo hacerlo —Mac agarró las manos de Sophie—. Tengo tantas ganas de atraparla como tú, pero no vamos a utilizarte como cebo. Encontraremos otra forma. Tiene que haber otra forma de atraerla. Prométeme que no intentarás hacer nada estúpido.

Sophie sostuvo la mirada de Mac, sin querer acceder a su petición, pero comprendiendo su postura. Ella sentiría lo mismo si Mac sugiriera ponerse en peligro.

—De acuerdo, prometo que no haré ninguna estupidez. Solo quiero resolver esto y sacar a Blancanieves de las calles. La vida de la gente está en juego, incluso si esa persona es Alphonse.

—¿Qué tal usar a Alphonse como cebo en su lugar? —Amira anunció de repente. Todos se volvieron a mirarla. La afirmación resonó en la sala, abruptamente silenciosa, y quedó flotando en el aire. El repentino silencio se mantuvo un momento antes de que Amira se encogiera de hombros, echándose hacia atrás un oscuro mechón de pelo—. Sabemos que Blancanieves también ha estado siguiendo a Alphonse. Creo que si encontramos la forma de colgar a Alphonse delante de ella, no podrá resistirse.

—Me gusta. ¿Pero cómo lo hacemos sin que Alphonse se entere? Si se entera de que Blancanieves le persigue o de que conocemos algunas de sus acciones recientes, se pondrá en guardia y perderemos la oportunidad —argumentó Mac.

—¿Es ético utilizarlo como cebo sin que él lo sepa? —preguntó Reggie, mordiéndose el labio con preocupación.

—Ya es un cebo. Solo necesitamos más ojos sobre Alphonse. O

alguna forma de rastrearlo. Si sabemos dónde está, podremos vigilar a Blancanieves. Esto lo hará más seguro si lo piensas —dijo Mac—. Voy a hablar con Larry por la mañana a ver si tiene alguna idea. Quizá pueda ponerle un hechizo de rastreo a Alphonse o algo así.

Mientras todos terminaban sus almuerzos, Sophie vio cómo Mac reprimía un bostezo. Puede que fuera la hora de comer para Sophie y sus compañeros, pero para el resto del mundo era plena noche. Sophie se sintió conmovida de que Mac se levantara en mitad de la noche para acompañarla.

Tras desearles a todos buenas noches, Mac se dirigió a la salida para volver a casa y dormir unas horas antes de tener que estar en la comisaría por la mañana.

De pie en el vestíbulo, viendo las luces traseras del sensato coche de Mac doblar la esquina, Sophie tuvo una sensación de fatalidad inminente, como si todas las personas que le importaban estuvieran corriendo hacia el desastre sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo.

Capítulo 18

Los días de Sophie habían caído en un ritmo fácil. La mayoría de las tardes cenaba con Mac en la casa del clan, una vez terminado su turno. Normalmente, Birdie se unía a ellos para comer y flirtear con Mac. Les ponía al día de los progresos -o, más bien, de la falta de progresos- de los casos de Blancanieves y Alphonse. Por la noche, Sophie ayudaba a Reggie con las autopsias, grabando las visiones de la muerte en el teléfono de Reggie. Sus guardaespaldas la llevaban y traían de la oficina del forense como un reloj cada mañana y cada noche. Los chicos, como los llamaba Fergal, habían empezado a caerle bien a Sophie. Seguía sintiéndose como la madre de una guarida a cargo de una pandilla de revoltosos chicos de fraternidad, pero tenían tan buen carácter que era imposible reprocharles su exuberancia de cachorros. Cuando Sophie regresó a la casa del clan por la mañana, desayunó con Birdie y Fergal, y luego Patrick Senior le dio una paliza. Una vez que se fue a la cama, el ciclo comenzó de nuevo.

Mientras que Patrick Junior era un muchacho larguirucho con el pelo del color de un penique nuevo, su padre era una montaña de hombre con el pelo castaño oscuro. Con su espesa barba y su melena salvaje, parecía que debería haber vivido en un castillo de piedra y llevar falda escocesa. Sospechaba que probablemente alguno de sus antepasados se llamaba Laird Of The Manor. Aparte de ser pelirrojos, padre e hijo apenas tenían parentesco. Hasta que se les miraba a los ojos verdes, idénticos.

Patrick padre, que prefería que le llamaran Paddy, se pasaba mucho tiempo tirando a Sophie al suelo y haciéndola levantarse de nuevo, señalándole cómo debería haber bloqueado sus movimientos. Parecía deleitarse golpeando a sus alumnos. Los primeros días de clases con Paddy habían dejado el trasero de Sophie como un enorme moratón.

Sin embargo, poco a poco, durante la última semana, Sophie había empezado a mejorar. Fue un alivio para su pobre culo. Paddy decía que tenía talento natural, pero cuando se enfrentaba a una montaña

con forma humana, no lo parecía.

Sophie había empezado a desear tener un sueño sobre Blancanieves y sus actividades, incluso las asesinas, antes de meterse en la cama cada mañana. Cualquier cosa con tal de avanzar. Sin embargo, durante la última semana sus sueños habían sido irritantemente mundanos. Sophie echaba de menos su apartamento. Echaba de menos ir al pub y salir con Burg. Incluso echaba de menos discutir con su casero. Sophie estaba más que preparada para que todo volviera a la normalidad. Bueno, su tipo de normalidad.

El jueves, Sophie y sus acompañantes habían ido a una librería y tienda de artículos metafísicos en el distrito de Haight-Ashbury. Al parecer, las brujas y hechiceros modernos ya no buscaban ojos de tritón y dedos de rana en los bosques húmedos. Se limitaban a ir a su tienda de suministros local. Sophie había encontrado unos cuantos libros sobre sueños lúcidos y proyección astral.

Los había estado leyendo con la ferviente esperanza de poder controlar mejor sus sueños y visiones. Hasta ahora no había tenido suerte, pero aún tenía dos libros más esperándola en su mesilla de noche.

Unos días antes, Larry, el Hechicero, había conseguido hechizar a Alphonse. Cuando Sophie le preguntó cómo, Mac le explicó que habían utilizado un mechón de pelo de Alphonse para que el hechizo funcionara.

—¿Cómo te las arreglaste para quitarle un pelo a Alphonse? —había preguntado Sophie. Alphonse era una olla a presión de rabia y agresividad tan grande que no podía imaginarse el peligro que entrañaba robarle algo.

—Con cuidado —había respondido Mac con una risa ahogada. Sophie puso mala cara ante aquella falta de respuesta. Ni siquiera después de días de molestarle, Mac había renunciado a sus métodos secretos para recuperar el pelo. Sophie sospechaba que acababa de sobornar a uno de los miembros de su manada, pero Mac disfrutaba demasiado sacando de quicio a Sophie como para desvelar su secreto. Días después, Sophie no estaba más cerca de su respuesta. Quizá se lo preguntara a Larry la próxima vez que lo viera.

A pesar de la alegre charla de las demás personas que llenaban el comedor del clan esta noche, una nube oscura se cernía sobre Mac. Apuñaló un bocado de pastel de pastor y se lo metió en la boca como

si hubiera insultado a su madre.

—¿Todo bien, cariño? —preguntó Birdie. Sophie se alegró de que Birdie hablara; le preocupaba que dañara los cubiertos si seguía así. Estaba tan enfadado que ni siquiera se acicalaba ante los elogios de Birdie como de costumbre.

—Alphonse es el peor cebo que existe. Apenas sale de su recinto. Blancanieves no puede revelarse si Alphonse no sale de ahí.

Mac volvió a sacar un mapa de papel de la ciudad con un gruñido, comprobando si el punto rojo que representaba a Alphonse se había movido del cuartel general de la manada en Noriega Street. Mac dobló el mapa con movimientos precisos y un gruñido sin palabras antes de volver a guardárselo en el bolsillo, solo para sacarlo de nuevo cinco minutos después.

Alphonse solo había salido de casa en un par de ocasiones, y nunca iba muy lejos. Sophie preguntó si Alphonse se había dado cuenta de que le seguían la pista. Mac explicó que el alfa era conocido por ser aislacionista, por lo que sus tendencias hogareñas no eran un indicio de que estuviera tras ellos.

Mac decidió ahogar sus frustraciones en el fondo de un vaso de cerveza. Para cuando Sophie tuvo que irse a trabajar, él estaba de mucho mejor humor, pero no en condiciones de conducir hasta su casa. Aceptó encantado la oferta de Sophie de dormir en su habitación de la casa del clan. Quizá si se daba prisa en llegar a casa por la mañana, podrían pasar un rato a solas antes de que Mac tuviera que ir a la comisaría y ella tuviera que entrenar. Si Mac no tenía mucha resaca.

—¿No tienes que trabajar por la mañana? ¿Cómo vas a funcionar si tienes resaca? —advirtió Sophie, observando cómo Mac se bebía los últimos restos de cerveza de su vaso.

—Metabolismo de metamorfo —Mac se encogió de hombros—. Significa que dentro de unas horas estaré sobrio. No tengo resaca.

—Qué suerte —se quejó Birdie. Sophie asintió, pensando en su última resaca. Años después, pensar en gin-tonics seguía revolviéndole el estómago.

Sophie se moría de ganas de que llegara el fin de semana para poder pasar más tiempo con Mac que una simple comida compartida. La cama de la casa del clan era blanda y cómoda, pero estaba sola. Sophie estaba harta de meterse en sábanas frías y vacías cada mañana.

—Necesitamos una forma de sacar a Alphonse. Está tardando demasiado en salir por sí mismo.

—Tienes razón —exclamó Mac, enderezándose de su desplome—. Si establecemos cuándo y cómo sacamos a Alphonse de su cuartel general, podremos atraerlo a un lugar de nuestra elección. Eso nos permitirá controlar el entorno. Podemos preparar la trampa perfecta.

—¿Cómo vamos a hacer eso?

—Necesito hablar con el jefe. Si intentara llevar a cabo una operación como esta sin su aprobación y aportación, me pondría las pelotas de punta —el cambio en el comportamiento de Mac fue casi instantáneo. Ahora estaba sentado, golpeando la mesa con los pulgares, pensativo, con los ojos brillantes.

Sophie miró la hora en su teléfono y le dijo a Mac que tenía que irse. Levantó a Mac de la silla y se detuvo para que pudiera darle a Birdie su beso nocturno en la mejilla. Luego lo llevó escaleras abajo, donde los chicos la esperaban para llevarla al trabajo. Cuando llegaron al final de las escaleras, Sophie vio a los chicos merodeando delante, esperando a que ella apareciera. Conor se giró y levantó la mano en señal de saludo cuando vio a Sophie. Por fin pudo distinguir a los dos hermanos. Conor era el mayor. Era un poco más alto y corpulento. También tenía una pequeña cicatriz en una ceja.

Mac dio la vuelta a Sophie y la apretó contra la pared. Le dio a Sophie un beso que le curvó los dedos de los pies, chispas de placer rodaban por su espalda. Con los labios a un milímetro de ella, los ojos brillantes por la bebida, susurró,

—Ojalá no tuvieras que irte, hellraiser.

—Yo también, Cabeza de Pito —susurró Sophie, viendo cómo Mac le miraba los labios con deseo. La mirada en sus ojos hizo que el estómago de Sophie diera un vuelco como si estuviera en una montaña rusa.

Sacudiendo la cabeza como si saliera de un aturdimiento, Mac miró hacia la puerta principal. Sophie le siguió con la mirada y vio cómo sus guardaespaldas se alejaban, recordándole que tenían público. Pasó la mano por el pelo de Mac, recorriéndole el cuero cabelludo con las uñas antes de usar los mechones para desviar su atención de los chicos y volver a ella.

—¿Tienes planes para este fin de semana? —le preguntó Sophie una vez que hubo captado su atención.

—Comida para llevar y tú en mi cama —sugirió Mac con una sonrisa diabólica.

—Suena perfecto —respondió Sophie con un gemido de anhelo. Mac la miró a la cara antes de inclinar la cabeza y juntar sus labios en un prolongado beso.

Sophie emitió un sonido quejumbroso en la garganta y se apartó,

—Tengo que irme.

—Solo un minuto más —dijo Mac entre más besos.

Varios minutos más tarde, Sophie salió a trompicones por la puerta con la sensación de los ojos de Mac sobre ella calentándole la espalda. Sophie se permitió mirar a Mac durante un largo momento, clavando sus ojos en los suyos, de un azul brillante.

—Vamos, Sophie. Tenemos que irnos —la llamó uno de los chicos, interrumpiendo su ensoñación. Levantando la mano para saludar a Mac, Sophie salió por la puerta hacia los chicos sonrojados que, obviamente, habían sido testigos de su PDA con Mac. Sophie se negó a sentirse avergonzada por besar a su novio, así que, decidida, pasó junto a ellos y se dirigió al coche aparcado en la calle.

De pie junto al coche, Sophie miró hacia atrás y vio cómo los chicos corrían tras ella.

Qué tontos, pensó Sophie con cariño mientras los chicos se daban codazos y empujones. Como de costumbre, Patrick y Liam se peleaban por quién se sentaría delante. El coche pertenecía a Conor, el mayor de los tres, así que siempre insistía en conducir. No confiaba en nadie más para conducir a su "bebé". Después de forcejear durante un minuto, Patrick bloqueó a Liam con una llave en la cabeza, con sus rizos rojos rebotando y los brazos tensos mientras luchaba por contener a Liam. Finalmente, con la cara roja y jadeando, Liam se rindió, indicando que Patrick podía sentarse delante esta noche. Con un puñetazo triunfal, Patrick se sentó en el asiento delantero.

Cuando entraron en la 101, otro coche se incorporó a su carril y casi chocó contra el parachoques delantero de Conor. Frenando y apartándose de su camino, Conor tocó el claxon e insultó al despistado conductor que casi los había sacado de la carretera.

—Buena maniobra. Como Lewis Hamilton —dijo Patrick chocando los puños con Conor cuando se le pasó la adrenalina.

—¿Quién es ese? —preguntó Sophie.

—Lewis Hamilton... ¿El piloto de carreras? —repitió Liam con cara

de incredulidad. Como si Sophie acabara de preguntar quién era el presidente.

—Bueno… yo no veo Nascar —explicó Sophie.

Patrick soltó un grito de indignación.

—¡Es Fórmula 1, no Nascar! —gritó con mucha indignación.

Liam miró de reojo a Sophie, indicándole que estaba tratando con una criatura especialmente tonta. Sophie sintió que el poco respeto que le inspiraban los chicos se esfumaba.

Son solo niñatos.

Mientras se dirigían al trabajo, Sophie miró por la ventanilla preguntándose dónde estaría Blancanieves. Al acercarse a su edificio de trabajo, Sophie intentó ver si algún coche o peatón parecía fuera de lugar. La paranoia se apoderó de ella porque todo el mundo parecía sospechoso. Estaba deseando que atraparan a Blancanieves para que desapareciera la sensación de tener que mirar siempre por encima del hombro.

Varias horas más tarde, Sophie estaba cerrando la bolsa para cadáveres de un vampiro estaqueado que acababa de terminar su autopsia.

Sophie estaba a punto de devolverlo a la nevera cuando el comportamiento de Reggie la detuvo. Al quitarse los guantes y tirarlos a la basura, Reggie empezó a morderse la uña del pulgar, señal inequívoca de que algo le preocupaba.

—¿Todo bien, Reg?

—El líder de la Domus de la víctima se va a enfurecer cuando descubra que uno de sus vampiros ha estado saliendo de la Domus para alimentarse de humanos. Lo peor es que tu visión me hace pensar que este tipo no era el único que lo hacía. ¿Recuerdas? Recibió ese mensaje de texto de alguien llamado Preston diciendo que no podría unirse a él para cenar justo antes de que este tipo intentara agarrar a esa mujer. Estoy casi seguro de que han estado cazando humanos juntos, y estoy seguro de que el líder de la Domus, Raphael, estará de acuerdo. Como una de las casas Domus más grandes de la ciudad, tienen docenas de Volos internos para alimentar a los vampiros. Nadie en la Domus necesita alimentarse fuera de su casa. El hecho de que su vampiro fuera atrapado por un grupo de cazadores y estaqueado solo

añade insulto a la injuria. Conozco al líder de la Domus, y está a punto de tener un ataque de apoplejía. Además, cuando el Cónclave descubra que la Domus de Rafael ha cortejado la exposición al mundo humano... Las sanciones van a ser duras. Casi me siento mal por los miembros de la Domus.

—Si hay cazadores humanos ahí fuera cazando vampiros, ¿no significa eso que el secreto ya se ha descubierto?

Reggie se encogió de hombros.

—No está muy extendido. Los Místicos han sido muy eficientes a la hora de ocultar cualquier prueba de nuestra existencia. Los cazadores son muy pocos. Además, la mayoría de la gente cree que son unos locos conspiranoicos.

—No puedo creer que el mundo entero aún no se haya enterado de la existencia de los Místicos. Con todo el mundo teniendo una cámara en el móvil, ¿no crees que es cuestión de tiempo que los descubran? Los humanos se volverán locos. ¿No te preocupa que el gobierno secuestre a tu gente y haga experimentos con ellos? ¿O que cunda el pánico si los descubren?

—Creo que los humanos reaccionarán mejor de lo que piensas. Además, estoy seguro de que todos los Cónclaves del mundo tienen planes para esa contingencia. También estamos bien escondidos. Nadie que conozca a la mayoría de los Místicos tendría forma de descubrir que no somos humanos. Tú no sabías que yo era un metamorfo hasta que te lo dije —le recordó Reggie a Sophie.

Sophie no estaba tan segura de que los humanos no pudieran encontrar la forma de descubrir a los Místicos si su existencia se hiciera de dominio público, pero decidió guardarse esa opinión para sí misma.

—¿Y tú confías en que estos Cónclaves lo tienen todo pensado? ¿Cómo puedes confiar tanto en ellos? ¿No deberías querer saber cuál es el plan para estar preparado? Yo querría conocer el plan.

—Tomamos muchas precauciones para asegurarnos de que los humanos no nos descubran. Tenemos a nuestra gente plantada en el gobierno, el ejército, la policía y los medios de comunicación. Cada Cónclave tiene Faes en el personal que puede alterar los recuerdos, que puede eliminar los videos incriminatorios de la red. Es mucho más sofisticado de lo que crees.

—Espero por tu bien que eso sea suficiente para mantener a tu

gente a salvo. Ahora que lo pienso, si sabes que necesitas mantener oculta a los humanos la existencia de los Místicos, ¿por qué me contrataste, Reg? Soy humana, y no me conocías de nada. Podría haber sido un cazador de vampiros por lo que sabías. Además, honestamente no estoy calificada para este trabajo —estaba más que poco cualificada, pero Sophie no iba a decírselo a su jefe—. ¿Cómo podías estar seguro de que no revelaría el secreto de la existencia de los Místicos? Si hubiera sido tú, no me habría contratado.

—Instinto visceral. Cuando te conocí, no sé, simplemente lo supe. Mis instintos nunca me han llevado a equivocarme. Estamos rodeados de magia todos los días. He aprendido a confiar en ella —respondió Reggie. Sophie sospechaba que Reggie sentía debilidad por la gente con mala suerte, que era sin duda donde Sophie se encontraba cuando se conocieron. Tal vez fuera una cínica, pero Sophie nunca confiaría ciegamente en extraños como Reggie—. Sin embargo, hablando de no estar cualificada —continuó Reggie—, quiero que estudies la posibilidad de sacarte el título de auxiliar médico. El City College tiene un programa que empieza el mes que viene. Tardarás menos de seis meses en completarlo.

—Reg… ahora mismo no puedo permitirme pagar las clases —replicó Sophie, la vergüenza hacía que sus mejillas se oscurecieran—. Tendré que ahorrar un poco antes de poder permitírmelo.

—Estoy seguro de que la oficina del forense te patrocinará como parte de nuestro programa de Formación Continua. Soy miembro del comité de ese programa, así que sé que puedo conseguirlo para ti. Así que no te preocupes por el coste, ve a inscribirte. Ya nos arreglaremos.

Los ojos de Sophie se presionaron por el cuidado y la consideración de Reggie. Al girar la cabeza, tuvo que parpadear para evitar la humedad. Enderezando los hombros, sonrió ampliamente a Reggie.

—No quiero volver al colegio. Soy pésima en la escuela —le dijo Sophie, canalizando la niña de secundaria que llevaba dentro.

—Mala suerte —replicó Reggie, haciendo que Sophie soltara una carcajada sorprendida. A su dulce jefe se le estaba empezando a pegar algo de su mal lenguaje.

—Creo que soy una mala influencia para ti —se burló Sophie.

—Difícilmente —resopló Reggie—. Hay otra cosa de la que quería hablarte. Tengo un conocido experto en psicometría con el que quiero que te reúnas.

—¿Psicometría? ¿Qué es eso? ¿Es parecido a la psiquiatría? ¿Estás sugiriendo que necesito un psiquiatra?

—Casi seguro —bromeó Reggie—. Pero no, la psicometría es lo que creo que es tu don. He estado investigando en este campo. También se llama lectura de objetos simbólicos. Es la capacidad de leer la historia de un objeto con solo tocarlo. Mi contacto en la UC Berkeley nunca había oído hablar de la psicometría que estaba vinculada específicamente a la muerte. Sin embargo, después de describir tus habilidades, cree que es posible. Está muy interesada en conocerte. Le dije que eso dependería de ti.

Sophie dudó, no estaba segura de querer que nadie más conociera su habilidad. Cuanta más gente lo supiera, más probabilidades habría de que no se mantuviera en secreto.

—¿Estás seguro de que esta persona es de fiar? —confirmó Sophie, esperando a que Reggie asintiera antes de continuar—. Ojalá me hubieras preguntado primero antes de contarle mis habilidades a un desconocido.

—Nunca le dije tu nombre ni siquiera de qué nos conocemos. No tienes por qué conocerla, pero es una experta en su campo y creo que puede ayudarte. Aunque no la conozcas, tiene algunas ideas interesantes. Ella sugirió que deberíamos hacer algunas pruebas para ver si puedes obtener lecturas de armas homicidas. Y tocar cosas que la gente haya estado tocando o sosteniendo cuando murieron y ver si puedes sacar alguna lectura. Nos ayudará a determinar si tu don solo funciona con personas o si podemos ampliar tu repertorio. ¿Imagina si pudieras tocar un cuchillo y ver qué pasó con él? Seríamos capaces de resolver aún más crímenes. Incluso sin cadáver.

Sophie estuvo de acuerdo en que valdría la pena explorarlo. Comprender los límites de sus habilidades tenía sentido.

La emoción se había apoderado de Reggie y estaba lanzando ideas.

—¿Alguna vez has conseguido leer la muerte de un animal? Me pregunto si podemos encontrar una manera de conseguir un animal muerto...

—No lo creo. Nunca he tocado ningún animal recién fallecido. Pero francamente, si pudiera ver los momentos finales de cada nugget de pollo que intento comer, ya sería vegetariana.

—Me lo imagino —hizo Reggie una mueca—. Me pregunto si, durante el proceso de despiece y manipulación de la carne en las

fábricas y tiendas, las visiones se destruyen. Sigo pensando que deberíamos probarlo. Conozco a alguien que tiene una clínica veterinaria. Tendremos que pensar una buena razón para que toques uno de los animales muertos.

Sophie se encogió de hombros. Dudaba que pudiera obtener visiones del gato muerto de alguien o algo así, pero estaba dispuesta a intentarlo.

—Me gustaría hacer varias pruebas. Aún no hemos descubierto los límites de tu don. ¿Puedes sacar visiones de un cuerpo que lleva mucho tiempo muerto, como años después de su muerte? ¿O de alguien que ha sido desmembrado? ¿Podrías obtener una lectura de un trozo pequeño, como un dedo? ¿Te imaginas que al tocar una momia pudieras ver sus últimos momentos? Imagina las posibilidades.

Sophie no pudo enfadarse ante el entusiasmo de Reggie.

—¿Cómo nos haríamos con una momia? —preguntó Sophie, solo medio en broma.

—Creo que la Universidad Estatal de San Francisco tiene unas cuantas. Las momias solían estar en la colección propiedad de Adolph Sutro. Lo investigaré. Si no recuerdo mal, exponen los artefactos periódicamente. Una vez lo vi en las noticias —prometió Reggie.

—¿Sutro? ¿Como la Torre Sutro?

—Era el alcalde en el siglo XIX. Supongo que la torre lleva su nombre —respondió Reggie encogiéndose de hombros. Sophie consideró brevemente la posibilidad de buscarlo en su teléfono, pero decidió que no le importaba lo suficiente como para molestarse.

—Me escandalizaría poder sacarle una visión de la muerte a una momia. Sin embargo, si me consigues una, lo intentaré —prometió Sophie, empujando a su víctima vampírica fuera de la habitación, mientras la risita de Reggie la seguía.

—Adiós, señorita Zhao. Que tenga un buen día —dijo Sophie. Mientras salía, Sophie metió en la bolsa el folleto y la solicitud para el programa de Certificación de Asistente Médico que Reggie le había dado.

—Tú también, querida —respondió la señorita Zhao, ajena a la agitación interior de Sophie.

El débil sol de la mañana se abría paso entre las nubes en parches de tonos grises. La luz era débil y acuosa, apenas suficiente para calentar los hombros de Sophie, pero después de soportar la lluvia todos los días de aquella semana, era un alivio bienvenido. Entrecerrando los ojos, Sophie miró hacia el lugar donde Conor solía aparcar. No pudo evitar sonreír cuando vio a Mac hablando con sus guardaespaldas. La adoración al héroe que tenían en sus caras era lo más bonito que había visto nunca. Liam se fijó en Sophie y señaló por encima del hombro de Mac. Girándose hacia ella, Mac le dedicó una sonrisa de bienvenida.

Después de varias zancadas, Mac la estrechó entre sus brazos. Su postura y su expresión vibraban de excitación reprimida.

Riendo, Sophie estampó un beso en la barbilla de Mac.

—Desde luego estás de buen humor. ¿Qué pasa?

—¿Nos dejan un minuto? —preguntó Mac a los chicos, tirando de Sophie hacia un banco apartado del camino cuando los chicos empezaron a alejarse—. He hablado con Dunham esta mañana, y me ha dicho que podemos usar a Alphonse como cebo para atraer a Blancanieves.

—¿Eso dijo? —Sophie se sorprendió de que el jefe de policía arriesgara la vida de alguien sin su conocimiento. Eso no era del todo cierto. Sophie no dudaba de que Dunham sacrificara voluntariamente a alguien para conseguir sus objetivos. Solo le sorprendía que estuviera dispuesto a hacerlo con alguien tan peligroso como Alphonse. Si las cosas se torcían, Sophie no dudaba de que Alphonse se vengaría de todos los implicados en la operación.

Pensando en las posibles repercusiones, Sophie tenía dudas sobre el plan. Debería intentar poner fin a toda esta empresa. Si Mac salía herido por culpa de su descabellado plan, nunca se lo perdonaría.

—Sí, el único inconveniente es que Alphonse tiene que aceptar ser el cebo. Dunham le llamará esta mañana para hacerle la petición. Intenté disuadir a Dunham, pero me dijo que si nos pillaban intentando usar al alfa como cebo sin su consentimiento explícito, perder nuestros trabajos sería el menor de nuestros problemas. Dunham le dirá a Alphonse que creemos que le sigue la persona que mató a Roger y le hará ir a un lugar donde podamos atrapar a Blancanieves.

—Quiero estar allí —dijo Sophie. Mac ya estaba sacudiendo la

cabeza antes de que Sophie hubiera terminado la frase—. Puedo ser de ayuda. Por alguna razón, Blancanieves y yo tenemos una conexión. Creo que podré sentirla cuando se acerque. Me mantendré al margen. Alphonse ni siquiera necesita saber que estaré ahí. Solo tengo la sensación de que me necesitará para ayudar a lidiar con Blancanieves.

Mac y Sophie discutieron hasta que llegaron a un acuerdo. Sophie estaría lejos de la acción y fuera de la vista, especialmente de Alphonse, y tenía que tener varios guardaespaldas con ella. Que pasara lo que pasara, no podría revelarse.

—Quiero ver cómo es realmente. En todas mis visiones, ella lleva mi cara, y eso me ha afectado. Necesito saber que no se parece a mí. Que mi cara no fue lo último que vieron las personas a las que asesinó —explicó Sophie.

—Lo sé. Nos aseguraremos de que tengas la oportunidad de verla —prometió Mac.

Consultando su teléfono, Mac declaró que tenía que volver a la comisaría. Acompañó a Sophie hasta sus acompañantes.

—En cuanto Dunham me diga lo que dice Alphonse, te lo haré saber —juró Mac al oído de Sophie mientras se despedía de ella con un abrazo.

—Más te vale —amenazó Sophie en broma, pellizcando la barbilla de Mac. Mac le dio un pellizco de respuesta con una sonrisa feliz antes de alejarse y entrar en su coche.

—¡Adiós, Mac! —gritó Patrick cuando Mac pasó. Mac levantó una mano por la ventanilla en señal de despedida.

Era extraño. Mac no era grosero con los chicos, pero aparte de comprobar de vez en cuando que no les seguían o de asegurarse de que seguían el “protocolo”, él apenas les reconocía su logro. Sin embargo, parecían estar pendientes de cada palabra y gesto de Mac. No se podía decir que fuera accesible. Incluso cuando se mostraba amable, su encanto tenía un filo cortante. Ese filo hacía cosas extrañas en la libido de Sophie.

Sophie pensaría que la adoración del héroe era una cuestión de respeto por un oficial de policía, pero la mayoría de los adolescentes no eran exactamente pro-policía en estos días. Los chicos no trataban a nadie más que a sus alfa Fergal y Paddy con tanta deferencia. Trataban a Sophie como si fuera su hermana pequeña, aunque fuera mayor que ellos.

Deslizándose en el asiento trasero, Sophie debatió cómo abordar el tema.

—Mac es genial, ¿eh? —preguntó Sophie sin premeditarlo. Quería abofetearse a sí misma. Sophie tenía la sutileza de un tren de mercancías y el tacto de una excavadora.

—¿Estás de broma? —exclamó Conor desde el asiento delantero, sin darse cuenta de la mortificación de Sophie—. Es increíble. Es el primer metamorfo no Apex que se une a la policía Mística. Intentaron expulsarlo cuando se incorporó, pero Mac no se lo permitió. Ni siquiera tiene una gran manada que lo respalde y lo patrocine. Solo tiene a su manada familiar, y la mayoría ni siquiera son locales.

—Se rumorea que derrotó a una gárgola sin ayuda —añadió Patrick, con asombro en la voz.

—¿Gárgola? ¿Como la criatura mitológica hecha de piedra? —aclaró Sophie.

—Sí. Se supone que son unas de las mejores luchadoras. Y derribó una él solo.

—Todo el mundo tuvo que respetarlo después de eso —dijo Liam —. Dejaron de molestarlo por ser un metamorfo no Apex.

Sophie había visto una actitud muy diferente por parte de otros metamorfos, pero decidió no quitarles la idea de que Mac era el mejor de todos. Se mordió el labio y se recostó en su asiento, escuchando con impaciencia las historias sobre la grandeza de su novio. No tenía ni idea de que estaba saliendo con alguien tan admirado. A Sophie le resultaba extraño que le gustara a Mac, pero no iba a cuestionar su buena suerte. A Sophie le gustaba quién era como persona, pero nadie la llamaría realizada ni afirmaría que estaba rompiendo ningún hito.

Los chicos la dejaron delante de la casa del clan y esperaron a que entrara por la puerta principal antes de marcharse a sus clases matinales. Pensar en la escuela hizo que Sophie frunciera el ceño, pues sabía que tenía que apuntarse a las clases de Auxiliar Médico antes de que acabara la semana.

Al ver a Birdie en su mesa habitual junto a la ventana, Sophie se unió a ella, acercó una silla y apretó una de las manos de Birdie a modo de saludo. Alexandra, la hija de Riona, que insistía en que todo el mundo la llamara Lexa, puso un café delante de Sophie antes de que se hubiera sentado. Sophie empezaba a sentirse muy culpable por la cantidad de comida que el clan le había estado dando, pero cuando se

ofreció a pagar sus comidas, Fergal actuó como si le hubiera ofendido mortalmente.

Birdie puso a Sophie al corriente de los cotilleos del clan mientras esperaban a que les trajeran el desayuno. Fergal había creado una comunidad muy unida de metamorfos, pero el precio de esa cercanía era que todo el mundo se metía en los asuntos de los demás.

Cuando su teléfono móvil empezó a chirriar desde su bolsillo, Sophie estaba dando el primer mordisco a sus huevos con tostada. Se molestó hasta que vio quién la llamaba.

—Es Mac —exclamó Sophie cuando vio que en su pantalla aparecía "Detective Cabeza de Pito"—. Ya debe de tener noticias.

—Hola, buenos días —contestó Sophie. Mientras Sophie se levantaba para levantarse de la mesa y buscar un lugar tranquilo para hablar, Birdie agitó frenéticamente las manos para llamar la atención de Sophie. Sonriendo, Sophie informó a Mac—: Birdie te manda saludos.

Apretando el hombro de Birdie al salir, Sophie encontró un rincón tranquilo en el pasillo, a las puertas del pub. Al otro lado de la línea, Sophie pudo oír el ruido de una habitación abarrotada, luego el sonido de una puerta cerrándose de golpe y silencio.

—Va a pasar hoy —gruñó Mac.

—¿Eh?

—Lo siento, estoy nervioso —se disculpó Mac—. Dunham le pidió a Alphonse que fuera el cebo mientras yo venía a verte esta mañana. Alphonse aceptó ser el cebo, pero solo si preparábamos la redada para hoy más tarde. Dijo que tiene que ocurrir hoy, o no ocurrirá en absoluto. Es un espectáculo de mierda total aquí. La estación es un completo caos. Estamos luchando para traer a todos los oficiales disponibles. Ni siquiera hemos tenido la oportunidad de explorar un lugar todavía. Tenemos que encontrar un lugar donde podamos mantener a los transeúntes fuera y de alguna manera ocultar la mitad de la división de la fuerza policial Mística. Lo juro, Alphonse está haciendo esto solo para dificultar las cosas más de lo necesario.

—¿Podrías cerrar un aparcamiento durante un par de horas? ¿O un almacén abandonado? —Sophie sugirió—. ¿Y un lugar en obras, para que solo tengas que desalojar a los trabajadores y no al público en general?

—Hmm, me gusta la idea de una obra en construcción. Voy a

investigar un poco. Tenemos que encontrar un lugar tan pronto como sea posible solo para asegurarlo. Tengo que pensar en algo en la próxima hora. Tan pronto como tenga más detalles, te llamaré. La redada no tendrá lugar hasta el anochecer de esta noche, así que deberías intentar descansar un poco —sugirió Mac.

Sería más fácil decirlo que hacerlo.

—¿Aún puedo ir? —Sophie preguntó. Lo entendería si fuera demasiado para ella. Lo odiaría, pero no montaría un escándalo. Mac ya tenía bastante con lo suyo como para que ella le echara la bronca.

—Por supuesto. Lo prometí, ¿no? Voy a llamar a Fergal para ver si puede acompañarte hasta allí y encontrar un buen sitio para que no te vean.

—Eres el mejor novio del mundo, ¿lo sabías? —se burló Sophie, y luego dijo con voz más seria—. Eres mi persona favorita.

—Tú también eres mi persona favorita. Ahora dime que soy guapo para que pueda ir a enfrentarme a esta mierda de día.

Sophie cacareó como una hiena antes de cumplir balbuceando.

—Dios mío, Mac, eres tan guapo. Pareces una princesa Disney.

—Claro que sí —respondió Mac—. Ergh, Turner me está llamando. Me tengo que ir. Te veo luego, ¿vale?

—Vale. Buena suerte, Mac —respondió Sophie, colgando la llamada y volviendo a su ahora frío desayuno.

—¿Va todo bien? Pareces preocupada —le preguntó Birdie. Sophie recapituló la conversación con Birdie mientras ésta se compadecía.

Sophie estaba terminando de comer, desplomada en la silla, preguntándose cómo iba a poder dormir, cuando la silla de su izquierda chirrió al ser retirada de la mesa. Fergal se sentó y se quitó la chaqueta a rayas marineras con movimientos precisos. Cada vez que Sophie había visto a Fergal, siempre parecía a punto de entrar en una sala de juntas. Riona vestía normalmente, ¿por qué Fergal no? Ella nunca lo había visto salir de la casa del clan, así que ¿por qué iba vestido tan elegante?

—Te ves elegante —le felicitó Sophie.

—Tienes que vestirte para el trabajo que quieres. ¿A qué tipo de trabajo aspiras? —preguntó Fergal, echándole a Sophie una lenta mirada de pies a cabeza.

—Al trabajo rudo —Sophie intentó lanzarle a Fergal una mirada dolida, pero lo estropeó riéndose—. ¿Necesitabas algo o solo te has

pasado por aquí para burlarte de mi sentido de la moda?

—Tenemos que hablar. Mac llamó y me pidió que te cuidara esta noche. Reírme de ti era solo un extra.

—Todos en mi vida son comediantes —refunfuñó Sophie.

—Los dejo para que hablen. Ethan y yo tenemos que barrer el suelo con Colleen en el bridge. Se cree el favorito de Dios para las cartas. Tengo que bajarle los humos —anunció Birdie levantándose de la mesa—. ¿Nos vemos para cenar, Sophie?

—Te veré para cenar. Si voy a llegar tarde, te mandaré un mensaje. Dale sin piedad a Colleen.

—Sin piedad —confirmó Birdie solemnemente.

Cuando Birdie se marchó, Sophie se volvió y miró a Fergal expectante.

—¿Cuál es el plan?

—Van a intentar atraer a tu acosadora al Estadio Kezar. Tendremos que llegar antes de las cinco para que pueda explorar un buen lugar donde podamos observar pero no ser vistos.

—¿El Estadio Kezar?

Parecía un lugar extraño para tender una emboscada. Era un espacio muy abierto, con el Golden Gate Park al oeste y al norte y Haight-Ashbury al este. El equipo de fútbol americano de los 49ers lo había utilizado en los años sesenta, pero ahora lo utilizaban sobre todo ligas deportivas locales menores. Suele estar abarrotado de gente jugando al fútbol y haciendo footing en la pista.

—Sí. Está cerrado por unas reparaciones, así que pensaron que sería un buen lugar para tender una emboscada. Mac cree que podrán colocar agentes vestidos de civil por todo el perímetro sin levantar sospechas —explicó Fergal encogiéndose de hombros—. No es su primer rodeo —añadió Fergal ante la mirada dubitativa de Sophie.

—¿A qué hora me necesitas lista para salir?

—Nos encontraremos en el frente a las 3 p.m. para salir.

—¿Vamos a tardar dos horas en llegar al estadio? —preguntó Sophie, confundida.

—Mac me pidió que incluyera a un ogro como parte de tu equipo de guardaespaldas. Así que tenemos que dirigirnos al Tenderloin antes de ir a Kezar. Me sorprende que tengas un ogro como amigo. No son conocidos por hacerse amigos de los humanos, incluso de los lindos como tú. ¿Quién eres *realmente*, Sophie Feegle? —Fergal miró a Sophie

de forma penetrante, como si quisiera ver dentro de su cerebro y descubrir todos sus secretos y misterios. Pero no había secretos -bueno, había uno-, pero Sophie era simplemente Sophie. Su único secreto era su extraña habilidad, pero eso no cambiaba lo que era como persona.

—El ogro se llama Burg, y es el dueño del pub que está al lado de mi apartamento. No es una historia emocionante. Nos hicimos amigos cuando paré en su bar a tomar algo. Eso es todo.

—Vale —contestó Fergal, con las cejas fruncidas en señal de escepticismo.

Sophie puso los ojos en blanco, exasperada.

—¿Algo más?

—No, eso es todo. Descansa un poco y nos vemos a las tres —contestó Fergal, poniéndose en pie y dejando a Sophie con sus pensamientos.

¿Descansar? Ni hablar.

Capítulo 19

Después de dar vueltas en la cama durante casi todo el día en lugar de dormir, a pesar de que Paddy la había hecho trabajar mucho esa mañana, a las tres Sophie estaba de pie en el vestíbulo de la casa del clan, con su camiseta negra y sus vaqueros más discretos, comiendo una barrita de cereales. Un movimiento en lo alto de las escaleras llamó su atención. Fergal estaba bajando, vestido con un pantalón de chándal oscuro y una camiseta gris. Patrick y Conor le seguían con atuendos similares, el rostro serio y el cuerpo rígido. Sophie se había burlado antes de la idea de que los chicos estuvieran "probados en combate", pero ahora no estaba tan segura al ver sus caras de juego.

Cuando Fergal se unió a Sophie en la entrada, ella se burló.

—Apenas te reconozco sin traje. ¿Por qué tan informal?

—Si las cosas se tuercen y tengo que cambiarme, no quiero enredarme con la ropa. Quitarme esto solo me llevará un momento. Además, no quiero arriesgar ninguno de mis trajes. Están hechos a medida —se burló Fergal.

—¿Dónde está Liam? —preguntó Sophie, buscando al tercer mosquetero.

—No hay suficiente espacio en el coche porque vamos a recoger a tu amigo. Liam es el más joven, así que no va a acompañarnos.

Liam aún no había cumplido los dieciocho, así que para Sophie tenía sentido dejarlo fuera de la refriega. Si algo salía mal, Sophie se sentiría muy mal por poner en peligro a alguien que no era adulto. Apostaría dinero a que Liam no estaba de acuerdo; probablemente odiaba que le dejaran atrás.

Fergal condujo al equipo fuera de la casa del clan hasta un sencillo sedán beige aparcado en la calle.

—¿Este es tu coche? —preguntó Sophie, pensando que Mac y Fergal tenían gustos similares en cuanto a vehículos.

—Uno de ellos —respondió Fergal con indiferencia.

—Es bueno ser el líder del clan —bromeó Sophie, ganándose un guiño de Fergal.

Fergal mantuvo la puerta abierta mientras Sophie se deslizaba en el asiento delantero del coche. Patrick y Conor se sentaron detrás, en silencio y alerta.

El tráfico empezaba a congestionarse a medida que la gente se dirigía a casa temprano desde el trabajo. A Sophie le pareció que la mitad de la población de San Francisco intentaba escabullirse del trabajo antes de que empezara la hora punta. Fergal se detuvo a varias manzanas de Cafecita. Ante la mirada confusa de Sophie, le explicó que le habían advertido que no la llevara demasiado cerca de casa por si su acosador la estaba vigilando allí.

Sophie rebotó en su asiento cuando vio acercarse a Burg; su paso de piernas largas era inconfundible. Cuando llegó a la altura del parachoques delantero, Sophie se lanzó fuera del coche para abrazarlo.

—¡Sophie! —gritó Burg, dándole un abrazo que le rompió los huesos.

—¡Burg! Te he echado de menos —exclamó Sophie, apretando los brazos lo mejor que pudo alrededor de su amigo.

Cuando Fergal salió del coche y se acercó a ellos, Burg puso a Sophie en pie y se volvió hacia el líder del clan con una sonrisa de bienvenida.

Sophie presentó a los hombres mientras intercambiaban reservados apretones de manos. A pesar de pesar probablemente el doble que Fergal, Burg lo trataba con discreto respeto. No es que Burg fuera maleducado, pero su gregarismo habitual brillaba por su ausencia.

Mirando el coche, Sophie sugirió que Burg ocupara el asiento delantero y ella se sentaría atrás con los chicos. Patrick salió del coche y acompañó a Sophie al asiento del medio.

Cuando Burg se deslizó en el asiento delantero del vehículo, se volvió para poner a Sophie al corriente de las noticias locales. Sophie estaba a punto de presentar a Conor y Patrick cuando se dio cuenta de la expresión de sus caras. El saludo se le quedó en los labios al ver cómo Conor y Patrick olfateaban profundamente y emitían simultáneamente sonidos sibilantes de asombro. La expresión de asombro e incredulidad en sus rostros casi la hizo reír a carcajadas. Parecía que un demonio acababa de unirse a ellos, y no sabían si debían estar asustados o emocionados.

—Burg, estos son mis guardaespaldas, Patrick y Conor. Patrick,

Conor, éste es Burg —los presentó Sophie. Los chicos se enderezaron un poco cuando Sophie se refirió a ellos como guardaespaldas.

Con los ojos muy abiertos, estrecharon la mano de Burg y murmuraron “encantado de conocerte”. Sophie pensó que a Burg le divertía en silencio su asombro, aunque su rostro no mostrara más que un educado interés.

Burg volvió a centrar su atención en Sophie.

—Sal y George han preguntado por ti. Te echan de menos.

Sal y George eran dos asiduos de El Pulgarcito con los que Sophie había entablado una amistad casual por el amor mutuo al buen whisky.

—Espero que después de hoy pueda volver a verlos. Incluso les invitaré a una ronda para celebrarlo.

Los ojos de los chicos se movían entre Burg y Sophie.

—Acabo de enviar un mensaje a Mac para avisarle de que estamos de camino al Estadio Kezar —anuncia Fergal, guardándose el teléfono en el bolsillo trasero y entrando en el tráfico.

—Alpha O’Dwyer, me alegro de conocerte por fin. He oído hablar bien de tu clan. Los rumores dicen que tus tabernas son excelentes. Es una pena que tuvieras que cerrarlas al público en general —le dijo Burg a Fergal. Para Burg, lo más importante de Fergal era su taberna —. Tendrás que pasarte alguna vez por El Pulgarcito. La primera ronda va por cuenta de la casa.

—Trato hecho. Después de que terminemos aquí hoy, ¿te gustaría unirte a nosotros en la casa del clan para cenar?

—Sería un honor unirme a ustedes para comer. ¿Sirven comida en tu taberna, verdad? Mi hermana ha estado intentando convencerme para que sirva comida en la taberna —dijo Burg—. Lo estoy considerando, pero tendría que contratar a un cocinero y a un camarero. No estoy seguro de querer asumir ese dolor de cabeza.

Treinta minutos después aparcaron en la calle Frederick. Se las arreglaron para encontrar un lugar a la vista de una puerta lateral. Desde allí, podrían ver todo el estadio. Era perfecto. Al aparcar el coche, Fergal cogió su teléfono y tecleó algo rápidamente.

—Acabo de avisar a Mac de que estamos aquí —explicó Fergal.

Un minuto después, la puerta se abrió y Mac se acercó corriendo. Cuando todos bajaron del vehículo, Sophie apartó a Conor de un codazo. Fergal y Burg llegaron a Mac antes que Sophie, así que ella

esperó mientras se daban la mano. Los muchachos esperaban detrás de ella, así que pudo oírlos susurrar entre ellos.

—Liam se va a cagar encima cuando se entere de que hemos quedado con un ogro —le murmuró Conor a Patrick.

—Se va a molestar aún más por haberse tenido que quedar en casa —se compadeció Patrick.

Pobre Liam. Puede ser duro ser el más joven.

Sophie dejó atrás a los chicos para unirse a la conversación con Mac.

—Se están preparando. Nuestro hechicero del departamento está preparando un hechizo alrededor de todo el perímetro del estadio que la atrapará en cuanto cruce los límites del hechizo.

Mirando por encima del hombro de Mac, Sophie pudo ver a Larry llevando lo que parecía un saco de sal de tamaño industrial sobre el hombro mientras cruzaba el campo de hierba en el centro de la pista de atletismo.

—¿Hay algo que podamos hacer para ayudar? —ofreció Burg.

—No, el jefe dijo que podían observar, pero solo si prometían no interferir de ninguna manera —respondió Mac—. Tenemos agentes vestidos de civil apostados en el exterior del estadio, vigilando que no se acerque nadie. Luego tendremos a una docena de los mejores escondidos tras un hechizo de invisibilidad. Así, cuando aparezca y active la trampa, podremos contenerla.

—Una vez que la atrapen, ¿tendré la oportunidad de ver su aspecto? —Sophie preguntó.

—Aquí no, pero una vez que la lleve a la comisaría y a una sala de interrogatorios, Dunham dijo que podrás verla a través del espejo —prometió Mac—. Les he traído una radio para que puedan escuchar.

Mac le entregó la radio a Fergal y le mostró el canal que estaban utilizando. Todos los demás volvieron al coche mientras Mac apartaba a Sophie.

—¿Qué tal va todo? ¿Crees que esto va a funcionar? —preguntó Sophie.

—Si Blancanieves aparece, creo que esto podría funcionar. Todo depende de si está vigilando a Alphonse como creemos. Lo veremos dentro de un rato —dijo Mac encogiéndose de hombros—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. Estoy deseando que todo esto acabe.

—Yo también —coincidió Mac—. ¿Tienes tu pistola eléctrica?

Sophie se palpó el bolsillo.

—Ya no salgo de casa sin ella.

Mac hizo una mueca de necesidad, pero asintió con la cabeza.

A Sophie no le gustaba ver a Mac tan estresado. Sentía que, en cierto modo, era culpa suya. Sophie sabía que eso era basura -era culpa de Blancanieves-, pero la sensación persistía.

—Los chicos me contaban cómo derrotaste a una gárgola y te enfrentaste a todo el departamento de policía para permitir la presencia de metamorfos no Apex en el cuerpo. Hablan de ti como si fueras un dios o algo así. No quiero avergonzarles, pero es lo más bonito que he visto nunca —le dijo Sophie a Mac, deseando verle sonreír.

—Tienes que entenderlo: Los loberos irlandeses se crearon para cazar lobos y loberos en Irlanda. Fueron criados para ser guerreros de primera clase, pero la mayoría de los metamorfos los tratan como si no fueran más que mascotas. Consideran a los loberos como perros domesticados, por lo que el clan no recibe el respeto y la posición que merece en la comunidad Mística. Si alguno de estos idiotas hubiera visto alguna vez a un lobero irlandés en su media forma, su opinión sería muy distinta. Sin embargo, muy pocas personas que han visto uno en su forma de batalla han vivido para contarlo.

—Eso tiene sentido —respondió Sophie.

—Tengo que volver. Alphonse llegará dentro de una hora y quiero asegurarme de que todo el mundo esté en su sitio mucho antes.

—Buena suerte —le deseó Sophie, dándole un rápido abrazo y un beso. Los nervios se apoderaron de ella cuando lo vio regresar por la puerta y trotar hacia Larry, que caminaba lentamente por la parte superior de las gradas más lejanas, con la bolsa entre los brazos mientras una línea constante de color blanco manaba de un agujero en la esquina del saco.

Sophie examinó la zona, tratando de imaginar cómo funcionaría toda la operación. El estadio era un óvalo al aire libre. Vallas de hierro y árboles delimitaban el recinto, impidiendo la visión de la mayor parte desde los alrededores. En el centro había un campo de hierba rodeado por una pista de atletismo. El campo y la pista estaban por debajo del nivel de la calle, como si se hubiera excavado. En los lados largos del óvalo había gradas de hormigón que se elevaban por la

pendiente natural de la ladera. Al oeste, a la izquierda de Sophie, había un enorme arco de triunfo independiente. A la derecha, hacia el este, había un aparcamiento y un gran edificio con tejado de tejas rojas y estuco crema a juego con el arco.

Sophie volvió al coche y ocupó de nuevo el asiento central. Fergal subió el volumen de la radio y la puso en el portavasos. Escucharon cómo Mac y otros agentes daban instrucciones y pedían ayuda a través de la frecuencia.

A medida que la espera se acercaba a una hora, Sophie miraba fuera del vehículo con nostalgia. ¿Por qué había elegido sentarse en medio? Fergal y Burg habían estado hablando de cosas como el inventario y los gastos generales durante toda la hora. Sophie había aprendido más de lo que nunca pensó sobre los requisitos para obtener una licencia y el equipamiento de un restaurante. Fue una discusión interesante durante los primeros veinte minutos, pero ahora solo ansiaba la libertad. Incluso Conor y Patrick parecían aburridos. Su entusiasmo por la aventura disminuyó a medida que la hora se acercaba a su fin.

—Alphonse acaba de enviar un mensaje y dice que está a unos diez minutos —la voz de Mac crepitó por la radio, haciendo que Sophie se enderezara de su desplome entre Conor y Patrick como si alguien la hubiera pinchado con una picana—. Se acercará por el oeste. Larry, activa el hechizo de invisibilidad para el Equipo A.

Varias voces gritaron afirmativamente. Larry se acercó a un grupo de ocho hombres y mujeres que esperaban cerca del arco de entrada. Hizo que el grupo se apartara e inició otro círculo con Larry y los agentes dentro. En lugar de sal, esta vez Larry utilizó una especie de pólvora negra para crear el círculo. Sophie observó cómo Larry pronunciaba su hechizo, moviendo los brazos y las manos en complicados patrones. De un momento a otro, todo el grupo, incluido Larry, desapareció. En su lugar había hierba inmaculada, ni siquiera quedaba una huella que delatara su ubicación.

—Genial —susurró Conor, haciéndose eco de los pensamientos de Sophie.

—¿Todo el mundo en su sitio? —preguntó Mac. Tras varios murmullos, Mac dijo—: Si alguien ve algo sospechoso, que nos lo haga saber inmediatamente. De lo contrario, quiero silencio a partir de ahora.

Sophie forzó la vista tratando de localizar a los demás miembros del equipo de Mac, pero se habían fundido entre los árboles y los edificios circundantes. Todo estaba quieto y en silencio, como si el estadio contuviera la respiración.

Una eternidad de espera después, la voz de Mac susurró,

—Alphonse se acerca ahora. Que todo el mundo permanezca en su puesto y mantenga los ojos abiertos.

Alphonse atravesó el arco y se dirigió al centro del campo como si no le importara nada. Se arrodilló, jugueteando con sus zapatos como si necesitara atarse los cordones. Permaneció en esa posición en lugar de levantarse. ¿Quizá intentaba parecer menos intimidante? *O quizá estaba rezando*, pensó Sophie.

Hubo un zumbido silencioso, luego una voz susurró por la radio,

—Movimiento en las gradas norte. Junto a los baños.

Fergal sacó unos prismáticos de la consola central y escaneó la zona con ellos. Sophie deseó haber traído prismáticos para ella.

—¿Ves algo? —susurró Sophie, forzando la vista.

Fergal gruñó,

—Todavía no —un momento después, sus manos se tensaron sobre los prismáticos.

La voz de Mac crepitó por la radio.

—Manténganse en sus puestos. Esperen mi se...

—¡ATRÁPENLA! —la voz de Alphonse retumbó de repente en el estadio.

La gente salió de los árboles, los edificios y los aparcamientos que salpicaban el estadio como hormigas de un hormiguero pateado. Sophie apartó los ojos de los aseos y vio a Alphonse cruzando el campo, bramando y señalando el pequeño edificio de aseos situado en lo alto de las gradas.

—¿Pero qué...? —empezó a exclamar Sophie.

—¡No! Aún no ha cruzado la línea de sal —la voz de Larry cortó a través de la charla en la radio.

—Mierda. Se está escapando —gruñó Fergal, señalando hacia lo alto de las gradas, con los prismáticos todavía en su sitio—. Apretaron el gatillo demasiado pronto. No sé si van a poder atraparla.

Un destello de movimiento cerca de la esquina del edificio fue todo lo que Sophie vio antes de que una figura oscura se apartara, subiendo rápidamente por la colina que había detrás de los baños y

desapareciendo de la vista. Decenas de personas saltaban por las gradas, dando varios pasos a la vez, luchando por alcanzar a Blancanieves. Sophie miró hacia el centro del campo y vio a Mac corriendo por el césped mientras gritaba por la radio. Incluso desde la distancia, Sophie podía ver la rabia grabada en su rostro.

—¿Deberíamos ayudar? —Sophie preguntó en voz baja, sabiendo ya lo que diría Fergal, pero necesitando hacer la sugerencia. Sentada sobre su trasero mientras todo el plan se desmoronaba, apestaba.

—No está en nuestras manos. Prometimos quedarnos en el coche, y eso es lo que vamos a hacer —respondió Fergal rotundamente—. Con suerte, los agentes apostados en el otro extremo del estadio podrán interceptarla.

Una voz excitada crepitó por la radio,

—¡La veo! Está cruzando Kezar Drive, en dirección norte. Sudadera negra con capucha, pantalones oscuros —desvaneciendo la breve esperanza que Fergal había inspirado en Sophie.

—Sigue con ella —respondió la voz de Mac, con la respiración entrecortada. Subió a toda velocidad por las gradas de cemento, dando unos cuantos saltos, solo unos pasos por detrás de la multitud. Y estaba acortando esa distancia rápidamente.

—¿Quién era toda esa gente? ¿Eran policías? —preguntó Sophie.

—No. Parece que Alphonse plantó a algunos de los suyos en la zona. Reconocí a un par de ellos —explicó Fergal.

Solo habían pasado unos instantes desde el primer grito de Alphonse hasta que Mac desapareció por la colina. Sophie se sentó en el coche conmocionada, mirando de Fergal al estadio vacío y viceversa.

A lo lejos, Sophie podía oír el claxon de varios coches y el chirrido de los neumáticos. Se inclinó entre los dos asientos delanteros para oír mejor la radio y se le acalambraron los dedos al agarrar con fuerza el reposabrazos de Burg.

—Ha cruzado Kezar, sigue hacia el norte. Justo hacia el parque —dijo una voz incorpórea por la radio.

Sophie dejó caer la cabeza entre las manos y se agarró la frente con frustración. Le dolía la cabeza justo entre los ojos.

—Larry, mantén a tu equipo en el lugar. No podemos estar seguros de si es ella o no. Todos los demás, capturar y detener hasta que podamos confirmar que es nuestro objetivo —ladró Mac por la radio.

—Mierda. Se dirige directamente al parque Koret —gritó una voz jadeante.

Fergal gimió, sacudiendo la cabeza.

—Maldita sea. Koret va a estar a rebosar de niños y familias ahora mismo —Fergal tenía razón. La zona solía estar abarrotada de familias una vez terminada la jornada laboral.

Mordiéndose la uña del pulgar, Sophie escuchó a los agentes coordinar la búsqueda de Blancanieves. La poca esperanza que le quedaba a Sophie se desvanecía poco a poco a medida que las voces por radio sonaban cada vez más frustradas.

—La hemos perdido entre la multitud. Creo que podría haberse dirigido a los campos de fútbol. Hay un grupo de equipos de la liga infantil jugando —anunció una voz.

Mac ordenó a los agentes que se repartieran por parejas por la zona. Envió a unos cuantos al carrusel; al resto, a Hippie Hill, al centro de tenis y a los campos de fútbol. El Golden Gate Park estaba surcado por docenas de senderos y caminos. Blancanieves podía estar en cualquier parte.

—Larry, ¿algún movimiento por tu parte? —Mac preguntó.

—No. Todo despejado aquí.

—Muy bien, me dirijo de nuevo a su manera —respondió Mac—. Adelante, deja caer el glamour de invisibilidad. No creo que tenga sentido ahora. Envía a Pérez, Spencer y Federov a vigilar la calle Stanyan por si la sospechosa ha girado hacia el este. Que el resto de tu equipo se reúna con Alinksy -está en el carrusel- y él coordinará el resto de la búsqueda. Si alguien se cruza con la gente de Alfa Alphonse, infórmenles de que están obstaculizando una operación policial activa. No están autorizados a participar en esta actividad.

El equipo de Larry apareció en el campo un momento después. Tres miembros del grupo se despegaron y se dirigieron hacia la derecha. El resto trepó por las gradas y pasó junto a Mac cuando éste regresó al estadio. Les hizo un gesto cortante con la cabeza, con el teléfono pegado a la oreja y hablando rápidamente.

Mac se dirigió directamente a Larry. Tras una rápida conversación, Larry dio media vuelta y se dirigió a los aseos. Se detuvo en el mismo lugar en el que Sophie vio a Blancanieves por última vez y levantó las manos.

—Turner va a intentar un hechizo de rastreo sobre la sospechosa.

Prepárense —anunció Mac por radio.

Larry pasó varios minutos agitando las manos en complicados diseños, girándose varias veces para mirar en distintas direcciones. Sus hombros se desplomaron y negó con la cabeza a Mac.

Mac se llevó la radio a los labios.

—El hechizo ha sido un fracaso, amigos. Sigan buscando a la sospechosa. Mujer, sudadera negra con capucha, pantalones oscuros, 1,70 m, complexión media. ¿Alguien le ha visto la cara?

Varias voces respondieron negativamente, lo que desalentó aún más las esperanzas de Sophie.

Mac se paseaba de un lado a otro del campo de hierba, dando órdenes y recibiendo ocasionalmente información de los agentes que merodeaban por la zona. Al cabo de un rato, Sophie dejó de escuchar las conversaciones por radio y se limitó a observar a Mac con preocupación. Incluso a distancia, irradiaba tensión y frustración. Un dolor de cabeza palpitaba en las sienes de Sophie. Era evidente que Blancanieves se había escapado. La probabilidad de que la atraparan a estas alturas era casi la misma que la de que Sophie ganara un concurso de Miss Simpatía.

—Oh, no —anunció Fergal de repente. Siguiendo su mirada, Sophie divisó a Alphonse cresteando las colinas, con cara de tormenta, bajando a pisotones por la ladera con un par de los suyos siguiéndole de cerca los talones. Alphonse se dirigió directamente hacia Mac y se metió en su espacio personal. Se abalanzó sobre Mac, con los músculos abultados, gritándole en la cara. Mac se quedó inmóvil, tenso pero aparentemente imperturbable ante el comportamiento amenazador de Alphonse, solo la tensión de su cuerpo delataba su ira. El alfa gritaba tan fuerte que Sophie podía oírle. No podía distinguir las palabras a esta distancia, pero podía aventurar una conjetura. Mac lanzó un manotazo, anulando lo que Alphonse estaba diciendo. Alejándose de Alphonse, que estaba prácticamente de puntillas, Mac señaló con el dedo el pecho de Alphonse y luego indicó la línea de sal que rodeaba el estadio. Los dos hombres parecían a punto de llegar a las manos.

Todo el día se había convertido en un completo desastre, y estaba claro que era culpa de Alphonse. Sin embargo, era el tipo de hombre que nunca admitiría que se había equivocado. Sophie esperaba que Mac le estuviera echando la culpa a Alphonse por haberles arruinado

la oportunidad de atrapar a Blancanieves. Probablemente ya estaría de camino a Oregón. Lo que fuera que Mac tuviera que decir pareció enfadar aún más a Alphonse. La espalda del alfa se encorvó y parecía dispuesto a empezar a golpear. Cuando Alphonse dio otro paso amenazador hacia Mac, Sophie trató de saltar por encima de Patrick y salir del coche.

Ni siquiera se había dado cuenta de que se había movido cuando una mano firme la agarró por detrás de la camisa y tiró de ella hacia su asiento.

—Sophie, si te entrometes, empeorarás la situación —le advirtió Burg. Sophie se hinchó, dispuesta a discutir, pero la lógica implacable de Burg la desinfló rápidamente.

—Ya lo sé. Es que... —Sophie suspiró—. Realmente no me gusta ese tipo. ¿Cómo se atreve a gritarle a Mac cuando obviamente esto fue culpa suya?

Decir que no le "gustaba" Alphonse era quedarse un poco corta. A Sophie le encantaría que le bajara los humos. Aunque no volviera a ver al alfa en toda su vida, sería demasiado pronto.

—Si vuelve a intentar salir del coche, muchachos, tienen mi permiso para sentarse sobre ella —ordenó Fergal a Patrick y Conor. Patrick miró a Sophie con simpatía, pero dio su consentimiento junto con Conor.

Larry se deslizó en el espacio entre Mac y Alphonse, frente al enfurecido alfa. Hizo un movimiento de empuje con las manos como si empujara contra un peso invisible. A pesar de que Larry ni siquiera tocó físicamente a Alphonse, el alfa se deslizó unos metros hacia atrás, sus zapatos dejaron huellas excavadas en la hierba.

—Vaya —Burg silbó—. Es bueno.

—Larry me dijo que es un hechicero. ¿Qué es eso exactamente? Dijo que no era como una bruja —preguntó Sophie.

—Un hechicero es casi cualquier varón que puede manipular la magia. Nacen con la capacidad de absorber la magia, como una pila, y luego manipularla y utilizarla. Utilizan palabras, gestos y a veces objetos para dirigir y controlar su magia. Suelen ser humanos, pero pueden nacer en cualquier especie.

Basándose únicamente en su instinto, Sophie pensó que Larry podría ser un mago humano. Cada vez se le daba mejor detectar las idiosincrasias que indicaban que alguien no era humano. Todos tenían

algo que decir si uno sabía qué buscar.

—¿Por qué las mujeres no pueden ser hechiceras? —preguntó Sophie, sintiendo que una oleada de fastidio feminista crecía en su interior.

—Supongo que podrían. Es solo un nombre para un usuario masculino de la magia que no tiene una especialidad —respondió Burg.

—¿Una especialidad?

—Por lo que tengo entendido, los hechiceros generalmente no se adhieren a una sola disciplina. Usan magia Fae, bruja, chamán, maga, lo que sea. Toman prestados y roban hechizos y magia de donde sea y de quien sea. Si tienen el poder para aprovecharlo, pueden realizarlo.

—¿Cuál es entonces el equivalente femenino?

Burg se encogió de hombros.

—Yo diría que una bruja o maga, tal vez.

—La mayoría de las brujas usan magia de tierra. Aunque cada vez más utilizan magia de sangre y sexual. Pueden absorber la magia ambiental del propio suelo si son lo bastante fuertes. La mayoría usa hierbas, cuchillos rituales y cristales para concentrar su energía. Las brujas, como los hechiceros, son un cajón de sastre para un gran grupo de usuarios de magia con muchas especialidades y enfoques diferentes.

Ante la mención de la magia sexual, tanto Patrick como Conor se pusieron más alerta. Si hubieran estado en su forma de perros lobo irlandeses, Sophie podría imaginarse sus orejas levantadas en señal de atención y sus cabezas inclinadas hacia un lado.

Burg asintió con la cabeza y se volvió hacia Sophie en el asiento trasero.

—Es interesante que esté en la policía. La mayoría de esos tipos trabajan de forma independiente porque les pueden pagar un dineral. Como no tienen un único objetivo, están muy solicitados. Tienen flexibilidad donde otros usuarios de magia están más restringidos. Son famosos por mezclar estilos y crear hechizos totalmente nuevos sobre la marcha.

Lo que Larry le estaba diciendo a Alphonse pareció calmarlo por fin. Tras unos minutos de intensa conversación, Alphonse giró sobre sus talones en dirección a la entrada arqueada. Agitando el brazo en un gesto de “vamos”, su gente trotó tras él. Mac y Larry se quedaron

rígidos, en medio del campo, observando su retirada. Mac esperó unos minutos más después de que Alphonse se hubiera ido antes de darse la vuelta y dirigirse hacia Sophie. Su paso era decidido, pero sin prisa.

Sophie le dio un codazo a Patrick para que se apartara y ella pudiera salir del coche, pero Patrick le hizo una obstinada inclinación de barbilla y negó con la cabeza, con la mirada clavada en Fergal, que estaba sentado frente a él.

—Muévete —gruñó Sophie, intentando apartar a Patrick de su camino. Patrick le dirigió una mirada de disculpa, pero se negó a moverse.

—No pasa nada. El peligro ha pasado —le dijo Fergal a Patrick. Sophie resopló cuando Patrick salió del coche y le abrió la puerta. Estaba harta de que los adolescentes hicieran de niñera. Al salir del coche, olvidó su irritación cuando Mac salió de la verja con movimientos rígidos y se dirigió a la acera.

Antes de que Sophie pudiera decir una palabra, Mac la arrastró en un fuerte abrazo. Podía sentir la tensión que vibraba en su cuerpo. Comprendiendo la necesidad de consuelo después de aquella debacle, Sophie cerró los labios y se acurrucó en el abrazo, pasando una mano tranquilizadora por la espalda de Mac.

Sophie se separó del abrazo y mantuvo a Mac a distancia, examinando su rostro. Tenía un aspecto asesino.

—¿Estás bien? —preguntó.

A primera vista, Mac parecía sereno, pero sus ojos azules ardían de rabia. La mandíbula apretada y los puños temblorosos reflejaban el deseo de Sophie de cazar a Alphonse y hacer el trabajo de Blancanieves por ella.

—Estoy bien. Solo molesto —estaba más que “molesto”, pero Sophie no iba a señalarlo—. Hemos perdido nuestra oportunidad de atrapar a Blancanieves. Ahora sabe que estamos tras ella. No volveremos a verla. Qué desastre. Ella va a desaparecer por lo menos, pero probablemente va a hacer algo y salir de la ciudad. Entonces no sé cómo la encontraremos. Probablemente ya esté a medio camino de Alaska —se quejó Mac—. Alphonse es el mayor idiota que he tenido el disgusto de conocer. Si no lo conociera mejor, pensaría que la dejó escapar a propósito.

—¿Por qué hizo eso? ¿Gritar a sus hombres?

—Alegó que estaba en su derecho de tratar a su acosadora como le

pareciera. Su plan maestro era que su gente la cogiera antes de que pudiéramos cogerla nosotros y luego reclamar los derechos alfa. Estoy seguro de que estaba planeando hacer toda una producción de su ejecución por matar a Roger Lammar.

—¿Puede hacer eso? —el horror invadió a Sophie ante la idea de que Alphonse tuviera ese tipo de poder. Decidir quién vivía y quién moría sin el debido proceso.

—Alegó que ella es una "amenaza inminente" y estaba en su derecho como alfa de su manada de proteger a su gente. El Cónclave no habría sancionado tal acción, pero habría sido demasiado tarde para Blancanieves si le hubiera puesto las manos encima. Casi me alegro de que haya escapado.

—Qué imbécil. Pensaba que estaban a punto de irse a los puños.

—Una parte de mí esperaba que me diera un puñetazo. Pero Alphonse sabía que si él me atacaba primero, yo podría limpiar el suelo con él y no tendría repercusiones. No sé si podría ganar una pelea contra él, pero me encantaría averiguarlo. Nunca pelearía voluntariamente con alguien a quien no está seguro de poder vencer. Arruinaría su posición como alfa de la manada si perdiera una pelea, especialmente contra alguien que no es considerado un metamorfo superior. Así que en lugar de pelear conmigo, Alphonse anunció que iba a presentar una queja formal contra mí ante el Cónclave. Alega incompetencia. Incluso trató de sugerir que dejé escapar a Blancanieves a propósito. No sé cómo su cerebro de guisante llegó a esa conclusión.

—¿Qué pasará entonces? ¿Tu trabajo está en peligro?

—No, no hay forma de que su queja se mantenga una vez que algunos de mis agentes presenten las grabaciones de sus cámaras corporales. Alphonse arruinó toda esta operación. Espero que presente una denuncia. Será un *placer* hacerle quedar como el maldito idiota que es —dijo Mac.

Fergal, Burg y los muchachos debieron de decidir que Sophie y Mac ya habían pasado suficiente tiempo a solas, porque todos salieron del coche y se acercaron. Cuando Mac les explicó la situación, tanto Fergal como Burg se ofrecieron como testigos a favor de Mac.

—Agradezco la oferta. Espero no tener que llegar a eso. Pero con la reputación de ambos en la comunidad Mística, sin duda daría más peso a mi testimonio —dijo Mac, estrechando las manos de ambos

hombres.

Mac pulsó un botón de la radio que llevaba colgada al hombro y pidió a todos los equipos que se presentaran. Uno a uno, todos los equipos respondieron, haciéndole saber que Blancanieves no aparecía por ninguna parte.

Mac no parecía sorprendido, pero sí desanimado. Fergal le dio una palmada en el hombro en señal de simpatía y se dirigió al sedán. El resto del grupo le siguió, dejando espacio a Sophie y Mac.

—Tengo que volver con el equipo. Solo quería ver cómo estabas y asegurarme de que estabas bien —dijo Mac.

—Estoy bien. Decepcionada, pero bien. ¿Qué pasará ahora?

—Mi día acaba de empezar. Tengo que llamar a Dunham para informarle de la situación, así que no tengo muchos ánimos. Seguiremos buscando en la zona al menos una hora más, a menos que Dunham llame al equipo. Luego tengo que volver a la comisaría y ocuparme del jefe y de todo el papeleo. Esto no podría haber ido peor —se lamentó Mac—. Probablemente deberías volver a la casa del clan. Aquí no puedes hacer nada para ayudar.

Sophie estrechó a Mac en un fuerte abrazo, con la esperanza de que se sintiera mejor. Un zumbido en el bolsillo de Mac le hizo retroceder y comprobar la pantalla.

—Mierda. Es Dunham. Seguro que Alphonse ya le ha llamado. ¿Quieres atender la llamada por mí? —bromeó Mac.

—Por supuesto que no.

Mac sonrió a Sophie y se acercó el teléfono a la oreja.

—Jefe —saludó Mac, luego le dio a Sophie un rápido beso distraído antes de volver toda su atención a la llamada.

Sophie dijo “buena suerte” y se despidió de Mac con la mano, y él le devolvió el gesto con una mueca en la cara mientras escuchaba lo que fuera que Dunham estuviera diciendo, antes de volver con su séquito.

El camino de vuelta a la casa del clan fue tranquilo. Sophie se mordió la uña del pulgar que le quedaba, preocupada por lo que Mac estaba teniendo que soportar. Más le valía que Dunham no se lo hubiera hecho pasar mal. Con la esperanza de poder ayudar a Mac, Sophie cerró los ojos e intentó encontrar su conexión con Blancanieves a pesar de estar completamente despierta. Era una posibilidad remota, pero Sophie estaba dispuesta a intentar cualquier cosa en ese

momento.

Por mucho que se concentrara, no sentía nada. Intentó proyectar su alma hacia Blancanieves, pero permaneció firmemente en su cuerpo. Ninguna conexión, ninguna visión. Nada. Sophie decidió intentar dormirse con la esperanza de tener una visión, pero estaban llegando a la casa del clan antes de que pudiera tranquilizarse.

—¿Alguien tiene hambre? —preguntó Fergal.

—No, gracias. Voy a intentar echarme una siesta —respondió Sophie, ganándose una mirada extraña de Fergal, que consultó su reloj con el ceño fruncido.

—¿Ahora? Ha sido un día muy largo. Vamos a comer algo y luego puedes echarte una siesta —sugirió Fergal. Cuando el estómago de Sophie rugió en respuesta, Fergal la agarró por un codo y la condujo al comedor. Sophie la siguió, dócil como un cordero, demasiado agotada emocionalmente para oponer resistencia.

Burg se sentó junto a Sophie y observó el pub con atención, absorbiendo todos los detalles.

Riona, una profesional consumada y oficialmente la persona favorita de Sophie en el mundo, les sirvió unas pintas de cerveza antes de que apenas se hubieran acomodado en sus asientos. Sophie cogió rápidamente la suya y la estrechó contra su pecho como si fuera su tesoro. Tal vez fueran los años de práctica, o simplemente reconoció la expresión de la cara de su marido, pero de algún modo Riona supo que necesitaban una copa sin tener que pedírselo.

—¿No ha ido bien? —Riona preguntó.

—No estoy segura de que pudiera haber ido peor —murmuró Sophie, dando grandes sorbos a su cerveza, sin importarle el bigote de espuma que lucía.

—Alphonse se precipitó y asustó al objetivo. Echó a perder toda la operación y el tiempo de todos. Luego montó un escándalo intentando culpar a Mac de su metedura de pata. El típico comportamiento de Alphonse —refunfuñó Fergal.

—¿Le conoces bien? —preguntó Sophie.

—He tenido que lidiar con sus idioteces durante casi diez años. No sabes lo hartos que estamos todos de Alphonse. El parque Golden Gate está justo en medio de nuestros territorios. Como puedes imaginar, a todos los metamorfos les encanta correr por el parque al anochecer, dejar libre su lado animal. Durante unos años, tuvimos

enfrentamientos con su manada casi todos los meses. Finalmente, el Cónclave tuvo que intervenir y dividir el parque en secciones. A su gente le encanta poner a prueba nuestro temple, intentando cruzar a hurtadillas las fronteras e iniciar escaramuzas. Así que ahora, nadie puede recorrerlo entero; debes ceñirte a tu sección designada. Pero la manada Sunset siempre está traspasando nuestras fronteras, presionándonos. Creo que Alphonse fomenta ese comportamiento en sus compañeros de manada, con la esperanza de que nos enfrentemos. Tiene la esperanza de que puede gritar falta y presionar para reparaciones del Cónclave si reaccionamos. Ha estado tratando de expandir su territorio desde que derrotó al último alfa y tomó el liderazgo. Es una espina en mi costado. Una espina ruidosa y odiosa.

—Sin embargo, hoy la ha cagado. Va a perder prestigio ante el Cónclave cuando se conozcan los detalles de lo mal que lo hizo en la operación —consoló Burg a Fergal.

Riona chasqueó la lengua antes de prometer que les llevaría la cena a todos.

—Cuando acabemos aquí, te daré una vuelta por la cocina —prometió Fergal a Burg.

—Me encantaría. Gracias por tu hospitalidad. Este lugar es fantástico. Y los olores que salen de tu cocina me hacen la boca agua.

Fergal se enorgulleció de los fervientes elogios de Burg. A pesar del humor agrio de Sophie, ver florecer otro incipiente romance delante de sus ojos era divertido.

Justo cuando Riona y su hija depositaban los platos de comida en la mesa, Liam bajó las escaleras con estrépito. Corriendo hacia el grupo, se detuvo en seco, inmóvil. Con la cabeza erguida y la nariz temblorosa, Liam giró hacia Burg. Se quedó con la boca abierta, pero no pronunció palabra.

—Liam —dijo Fergal, sacándole de su trance—. Únete a nosotros —Fergal cogió una silla y la acercó a la mesa. Con movimientos lentos y cuidadosos, como si tratara de no asustar a un animal salvaje, Liam se deslizó en la silla.

Mientras Sophie empujaba la comida alrededor de su plato, simulando que comía, Conor y Patrick le contaron a Liam las aventuras del día. Liam miraba de vez en cuando a Burg, con los ojos desorbitados por compartir la mesa con un ogro.

Fergal observó a Sophie con preocupación paternal y le acercó el

plato. Con un suspiro interno, arrancó un trozo de pan de molde y se lo metió en la boca.

Después de haber comido lo suficiente para satisfacer a su anfitrión, Sophie se disculpó y se dirigió a su habitación. Si conseguía dormirse rápidamente, Sophie podría dormir una hora. Puso el despertador, se quitó las botas y los calcetines y se metió bajo la manta. Rellenó la almohada, cerró los ojos y se obligó a dormir.

Busca a Blancanieves. Encuentra a Blancanieves canturreó en silencio. Los libros decían que había que imaginarse a la persona o el objeto con el mayor detalle posible. Sophie se concentró en lo que sentía al estar dentro de la mente de Blancanieves. Pensó en su determinación, en su alegría, en su placer por la caza.

Cuando el despertador sonó una hora más tarde y Sophie abrió los ojos de golpe, tuvo que soltar un grito ahogado entre dientes apretados. No había dormido ni un segundo. Su mente no se callaba, sus pensamientos corrían como un hámster en una rueda, obsesionada por la necesidad de dormir. Intentó poner la mente en blanco, luego buscó su lugar feliz: una playa con palmeras meciéndose. Probó con pensamientos tranquilizadores y meditativos. Incluso llegó a descargarse una aplicación para dormir que utilizaba música relajante para adormecer a la gente. Fue un dólar totalmente desperdiciado.

Habría contado ovejas si hubiera pensado que funcionaría.

Con un gemido, se incorporó, cogió el teléfono y apagó la alarma. Comprobó la hora y decidió que tenía tiempo para darse una ducha antes de irse a trabajar. Envió un mensaje rápido a Mac para ponerse en contacto con él. Cuando salió de la ducha, encontró un mensaje esperándola en el que le decía que había vuelto a la comisaría, seguido de un emoji con cara de enfado y vapor saliendo de su nariz.

Uy. Intenta no disparar a nadie. A menos que se trate de un imbécil alfa en particular, entonces siéntete libre.

Mac respondió que no podía prometer eso. Explicó que la mayor parte del Cónclave se había presentado en la estación, junto con varios miembros de la manada de Alphonse, incluido el propio alfa. La mayoría de los miembros del equipo de Mac también estaban allí para dar su versión de los hechos. El Cónclave se había puesto en pie de guerra y se habían señalado con el dedo. Mac prometió llamarla cuando pudiera y ponerla al día.

Sophie envió un emoticono con forma de beso y se metió el

teléfono en el bolsillo, se calzó las botas y cogió la mochila. Le esperaba una larga noche, pero Sophie salió decidida de su habitación para buscar a los chicos y dirigirse al trabajo.

Al bajar las escaleras, Sophie pudo oír un canto desafinado procedente del comedor. Parecía uno de los cánticos futbolísticos que los clientes habituales de El Pulgarcito entonaban de vez en cuando mientras veían el partido en uno de los televisores de Burg. En cuanto empezaron a gritar “Olé, olé, olé” fue la señal de Sophie para salir del pub y volver a Cafecita.

Al entrar en el comedor, Sophie vio inmediatamente a Burg y a Fergal, abrazados, balanceándose en sus asientos como barcos de guerra desequilibrados en mares tormentosos, borrachos como cubas.

—Sophie —vitorearon ambos hombres cuando ella entró en el comedor. Riona llamó la atención de Sophie, sacudiendo la cabeza ante las payasadas de Fergal y Burg.

—Ven con nosotros, Sophie. Tienes que probar este whisky. La familia de Fergal lo hace especial. Solo para metamorfos. Es extra potente —bramó Burg, casi cayéndose de la silla, tratando de atraer a Sophie.

Fergal cerró un ojo y entornó los ojos en dirección a Sophie. Se preguntó cuántas Sophies estaría viendo.

—Sí, deberías tomarte un trago rápido. Pero eres humana, así que solo puedes tomar un poquito —anunció Fergal, mostrando a Sophie la botella que tenía en las manos. Se sorprendió al ver que estaba vacía.

—¡Riona, mi hermosa novia! Esta botella está vacía. Necesitamos otra —Fergal agitó la botella hacia su esposa para mostrarle su estado sin llenar.

Mientras estaban distraídos, Sophie salió a buscar a los muchachos. Bajando las escaleras, vio a Birdie subiendo.

—Hola, nena —saludó Birdie—. He oído que hoy ha ido mal.

No había secretos en la casa del clan. Sophie se había acostado hacía poco más de una hora.

—Eso es decir poco. Ha sido un desastre absoluto —Sophie se encogió de hombros—. Te lo contaría todo, pero tengo que ir a trabajar. Burg está en el pub. Ve para allá y él te puede contar todo.

Se dieron un rápido abrazo antes de que Birdie subiera las escaleras. Cuando Sophie aterrizó en el vestíbulo, oyó a Fergal y a

Burg vitorear a “Birdie” desde arriba. Vaya, vaya. Quizá no debería haber enviado a Birdie al pub. Sophie tenía la sensación de que Birdie tendría resaca cuando volviera del trabajo por la mañana.

Oh, bueno… No es su circo, ni sus monos.

Capítulo 20

Sus guardaespaldas estaban en su lugar habitual, en la entrada principal, esperando a Sophie.

Patrick dejó que Liam se sentara en el asiento delantero sin discutir. Sophie supuso que se debía a que se sentían fatal porque Liam se había perdido toda la acción de antes.

—¡No puedo creer que seas amigo de un ogro real! —exclamó Conor—. Nunca había conocido a uno. Se supone que son súper malos y agresivos. Odian a todo el mundo menos a otros ogros.

Sophie se burló.

—Has conocido a Burg. ¿Te pareció malo? Es dueño de una taberna que se considera territorio neutral para todos los Místicos. Si odiara a todo el mundo, ¿por qué dejaría entrar a cualquier Místico? Tal vez otros ogros son idiotas, pero no Burg. Él es un encanto. El pub está al lado de mi apartamento, así que nos hicimos amigos cuando pasé a tomar algo. Es una de las personas más amigables que he conocido.

—¿Entraste en un pub de ogros? ¿Sola? —cuestionó Liam.

—Sí. Es solo un pub. Quiero decir, está en el Tenderloin, así que hay un montón de personajes peligrosos por ahí, pero El Pulgarcito es seguro.

—¿Vives en el Tenderloin? Eres más cool de lo que pareces —dijo Liam como si fuera un cumplido. Sophie abrió la boca para responder con algo mordaz, pero no se le ocurrió nada.

—Sí, soy cool —protestó débilmente.

—Oh, sí que lo eres, Sophie —respondió Patrick, con voz dulce como el azúcar.

—¿Te lo ha dicho tu madre? —espetó Conor al mismo tiempo.

Mierdecillas condescendientes, pensó Sophie, fulminando con la mirada a los mocosos. El ceño fruncido de Sophie solo hizo que Patrick se riera más fuerte.

Los chicos la dejaron en casa, asegurándose de que Sophie llegaba por la puerta del vestíbulo. A pesar de ser unos bobos, se tomaban su

trabajo muy en serio.

Sophie encontró a Reggie revisando los historiales en su despacho. Ella lo llevó al despacho principal. Amira, Ace y Fitz estaban en sus mesas cuando entraron en la habitación.

—¿Qué necesitabas decirnos, Sophie? —preguntó Reggie.

Apoyando la cadera en un escritorio vacío, Sophie procedió a resumir el día al equipo. Ace levantó las manos en señal de disgusto cuando Sophie les contó cómo Alphonse intentó agarrar a Blancanieves antes de que cruzara el umbral del hechizo, arruinando toda la operación.

—¡No puede ser! Dime que no lo hizo —exclamó Reggie, con las cejas enarcadas.

—Oh, sí, lo hizo. Y ahora intenta echarle la culpa a Mac de que se haya escapado —replicó Sophie, con las manos apretadas por el deseo de retorcer el grueso cuello de Alphonse.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Fitz.

—Mac y su equipo seguían buscando a Blancanieves cuando me fui. Pero él cree que hace tiempo que se fue. La última vez que hablé con él, estaba en el cuartel general de la policía. La mayor parte del Cónclave había llegado, y todo el mundo estaba señalando con el dedo.

—¿Quieres que...? —Reggie empezó a decir, pero el timbre del teléfono de Sophie le interrumpió.

—Es Mac —dijo Sophie, contestando a la llamada—. Hola, Mac. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Solo quería llamar para oír tu voz y ponerte al día.

—Hola, estoy aquí con los Anómalos. ¿Puedo ponerte en el altavoz?

Cuando Mac dio su permiso, Sophie colocó su teléfono sobre una mesa entre sus amigos.

—Ya estamos todos. ¿Qué ha pasado hoy después de que me fuera? —preguntó Sophie.

—Fue exactamente como te puedes imaginar. Mi equipo buscó por toda la zona durante horas antes de que el jefe nos llamara a todos a comisaría. Cuando entré por la puerta, Alphonse, Dunham, Marcella y la mayor parte del Cónclave estaban alborotados en medio del corral. Cuando entré, Alphonse intentó atacarme. Acabó bajo un montón de

la mayor parte de la división Mística de la policía —explicó Mac riendo entre dientes—. Todo mi equipo acabó prestando declaración, lo que, junto con las imágenes de la cámara corporal, demostró que un montón de acusaciones de Alphonse eran falsas. No sé en qué estaba pensando. Quedó como un tonto y un mentiroso frente al Cónclave. Acaba de salir furioso de aquí hace unos minutos. Un par de miembros del Cónclave salieron a buscarlo y tratar de traerlo de vuelta. Espero que no vuelva, la verdad. Marcella parece dispuesta a empezar a quitar cabezas de los hombros, pero eso va dirigido sobre todo a Alphonse. Creo que hoy ha perdido prestigio en la comunidad, sobre todo porque ha aireado todo esto en medio del corral delante de una multitud. Todo el mundo va a estar hablando de esto. Si se hubiera callado, podría haberse barrido bajo la alfombra. Me duele mucho la cabeza, pero valió la pena ver a Alphonse dispararse en el pie.

—Vaya. No me sorprendería que Alphonse fuera depuesto pronto de su trono por un ambicioso miembro de la manada —dijo Reggie—. He oído que su hermano es tan despiadado como él. Apostaría a que podría intentar dar un golpe de estado. Alphonse podría acabar teniendo que enfrentarse a muchos desafíos. Es un hijo de puta duro, pero si tiene que lidiar con un guantelete de batallas de dominación, podría perder. Si un número suficiente de personas dan un paso adelante para luchar contra él, acabará desgastándose. Será interesante ver cómo se desarrolla esto —Reggie parecía preocupado por esa perspectiva. Sophie pensó que deshacerse de Alphonse solo podía ser bueno. Tal vez era una situación del tipo “el diablo ya sabe”.

—Me siento mal por su manada. Han tenido que lidiar con su tiranía durante años. Pero si lo desafían y lo derrotan, la manada se sumirá en la confusión, a menos que el nuevo alfa sea lo suficientemente fuerte como para mantenerlos unidos y ejercer el control. Una manada inestable es una manada peligrosa. Especialmente para sus miembros más débiles —dijo Amira. Se estremeció al pensarlo.

—Bramwell y su séquito han vuelto —anunció Mac por la línea—. No veo a Alphonse. No deben de haberle alcanzado. O eso o se negó a volver. En cualquier caso, no me entristece. Dunham y Marcella me están haciendo señas. Tengo que irme.

Todos le desearon suerte a Mac, luego Sophie quitó el altavoz y salió de la habitación para despedirse.

—Oye, si crees que Blancanieves se ha ido de la ciudad, ¿cuándo crees que podría irme a casa? —preguntó Sophie—. Echo de menos mi cama.

Mac exhaló un suspiro por el teléfono.

—Prefiero pecar de precavido. Hasta que la atrapen o tengamos pruebas de que se ha ido, deberías permanecer escondida.

Sophie sabía que eso era lo que Mac iba a decir, pero nunca estaba de más comprobarlo. En muchos sentidos, le gustaba quedarse en la casa del clan. ¿Quién no disfrutaría de comidas calientes servidas a la carta sin necesidad de fregar los platos? Pero echaba de menos su apartamento. Era un lugar que era todo suyo. Incluso echaba de menos la ducha de mierda con su escasa presión de agua. Era su santuario.

—No, tiene sentido. Creo que estoy un poco nostálgica.

—Dunham parece molesto. Tengo que irme —gruñó Mac.

—Llámame cuando hayas terminado allí. No importa a qué hora; contestaré aunque esté en medio de una autopsia. Sé que a Reggie no le importará. Solo quiero asegurarme de que estás bien —le dijo Sophie a Mac en voz baja.

—Lo estaré. Te echo de menos. Ojalá estuvieras aquí —respondió Mac.

—Yo también.

Sophie volvió a entrar en el despacho para decirle a Reggie que solo tenía que ponerse la bata y estaría lista para empezar su turno.

El resto de la noche, Sophie hizo su trabajo distraídamente. Mac la llamó cuando llevaba una hora de turno. Parecía agotado, pero satisfecho con el desarrollo de los acontecimientos. Parecía que, como mínimo, el Cónclave iba a imponer sanciones a la manada del Distrito Sunset por interferir en un asunto policial. El Cónclave también estaba debatiendo la opción de obligar a Alphonse a disculparse públicamente ante la división Mística y, en concreto, ante el propio Mac. Sin embargo, Mac pensaba que el infierno se congelaría antes de que Alphonse aceptara esas condiciones. No podían hacer mucho con Alphonse a menos que estuvieran dispuestos a destituirlo por completo como alfa. El Cónclave no tomaba medidas drásticas como ésa a menos que el Místico en cuestión corriera peligro de revelar la existencia de los Místicos a los humanos con su comportamiento.

Al sacar una camilla de la sala de autopsias para volver a la

nevera, Sophie casi atropella a Ace. Le pidió disculpas, pero él se limitó a gruñirle que mirara por dónde iba.

Hablar con Mac debería haberle calmado los nervios, pero no podía dejar de repetir lo sucedido aquel día. Estaba distraída y era incapaz de prestar atención a su entorno como de costumbre. Por suerte, ya era lo bastante experta en su trabajo como para hacer la mayoría de las cosas de memoria. Además, las visiones no le suponían ningún esfuerzo. Solo tenía que tocar un cadáver y ver qué visión aparecía. Para ser una habilidad tan valiosa, no requería ninguna destreza, aunque Sophie no se quejaba.

Durante la comida, Sophie se dejó llevar por la conversación. Todo giraba en torno a Alphonse, Blancanieves y lo que todos pensaban que ocurriría a continuación. Afortunadamente, había recuperado el apetito, así que pudo comer. Apenas le importaba lo que comía, solo se alegraba de tener comida caliente. Eso sería lo que más extrañaría de dejar la casa del clan: la comida de Riona. Bueno, eso y que otra persona lavara los platos.

Cuando por fin terminó su turno, las últimas veinticuatro horas habían empezado a pasarle factura a Sophie. Se sentía como un zombi al salir del edificio. Casi se olvidó de despedirse de la señorita Zhao, y solo se acordó cuando estaba a punto de salir por la puerta. Menos mal: la mejor política era no caerle mal a un dragón.

—Duerme un poco, querida —le aconsejó la señorita Zhao.

—Sí, señora —respondió Sophie, saliendo al sol de la mañana.

Cuando se dirigía al coche de los chicos, le llamó la atención el grito de “devuélvemelo” de un hombre. Dos vagabundos andrajosos se peleaban por algo en el otro extremo del aparcamiento. Parecía una bolsa de tela. El más grande de los dos tiró de la bolsa, arrastrando al más pequeño. Una vez en el suelo, el hombre más pequeño empezó a patear los brazos del otro, intentando que soltara la bolsa. De la boca de ambos salían blasfemias.

No estaba de humor para interrumpir una pelea, pero se volvió hacia los hombres con paso decidido. Los muchachos también habían bajado del coche y estaban girados en la misma dirección. Excelente. Conseguiría que interrumpieran la pelea. ¿Quién dijo que Sophie no tenía madera de directiva?

Antes de dar más de un paso hacia los hombres que se peleaban, una mano le tapó la boca y un brazo le rodeó el cuello, tirando de ella.

Agitándose, Sophie intentó ponerse en pie mientras la arrastraban rápidamente hasta la esquina del edificio del forense y la perdían de vista desde el aparcamiento. Intentó gritar a los chicos, pero no se la oía por encima de la pelea de los vagabundos. Cuando la arrastraron al doblar la esquina, lo último que vio fue una furgoneta que entraba en el aparcamiento. La furgoneta se detuvo con un chirrido, la puerta lateral se abrió y del vehículo salieron hombres en dirección a los chicos.

El brazo que le rodeaba el cuello se tensó, cortándole el oxígeno, mientras la arrastraban más lejos. Se dirigían hacia el muelle, con su amasijo de muelles de carga, almacenes y construcciones inacabadas: un lugar perfecto para un asalto o un asesinato. Sophie abrió la boca todo lo que pudo y apretó con los dientes la parte carnosa de la mano que tenía sobre la boca. Mordió la carne tan fuerte como pudo, sintiendo cómo los huesos se movían bajo el músculo. Gracias a la costumbre de Reggie de contarle cosas sobre los cuerpos humanos, Sophie sabía que tenía suficiente fuerza en la mandíbula para arrancarle los dedos de un mordisco. El hombre que la sujetaba rugió, tratando de sacudírsela de encima, pero Sophie se aferró a él incluso cuando saboreó la sangre. El brazo que le rodeaba el cuello se aflojó, pero no la soltó. No iba a soltarle la mano hasta que se liberara, así que incluso cuando él la sacudió como un perro con una rata en la boca, Sophie apretó y aguantó.

Con el hombre distraído, Sophie metió la mano en el bolsillo y sacó la pistola eléctrica. Se la clavó en el torso y activó la corriente. Al pulsar el botón de la pistola, la reacción fue inmediata. Con un gorgoteo estrangulado, el hombre la apartó de un empujón. Aterrizando de rodillas, Sophie se dio la vuelta y se escabulló hacia atrás como un cangrejo aterrorizado.

Alphonse estaba agachado, con las manos en las rodillas, resollando y temblando, pero aún en pie. Eso debería haberle hecho caer al suelo. Era una mala señal. Con un gruñido, se sacudió los efectos de la pistola eléctrica y se enderezó. La expresión de su cara anunciaba la muerte inminente de Sophie.

Nunca dejes que te tiren al suelo, gritó la voz de Paddy en su mente. Sophie se puso en pie y se encaró con Alphonse, apuntándole con la pistola eléctrica.

Sophie miró rápidamente a izquierda y derecha y se dio cuenta de

que no habían llegado tan lejos como pensaba. Estaban justo detrás del edificio del forense, fuera de la vista desde la carretera principal, con los setos ocultándoles de la vista.

El sonido de gritos y peleas flotaba en el aire desde la fachada del edificio.

—¿Qué quieres? —le gritó Sophie a Alphonse, esperando un monólogo de villano para ganar tiempo hasta que llegara la caballería.

Alphonse dio un paso amenazador hacia Sophie, así que ella retrocedió, manteniendo la misma distancia entre ellos. Pudo ver cómo Alphonse medía visualmente la distancia, decidiendo si podía cruzarla de un salto y atraparla.

—¿Cuál es tu problema? Intenté salvar a tu compañero de manada.

—Como si no lo supieras —se burló—. Tienes que venir conmigo. Tengo preguntas para ti. Póntelo fácil y ven voluntariamente. Si te resistes, te haré sufrir de una forma que no puedes imaginar.

Sophie estaba completamente segura de que si iba a alguna parte con Alphonse, voluntariamente o no, el sufrimiento estaría en su futuro.

Alphonse dio otro paso hacia ella, con las manos en alto como para demostrar que no tenía malas intenciones. Sí, claro. Alphonse gruñó molesto cuando Sophie dio otro paso hacia atrás. Cuando abandonó la fachada pseudoamistosa, unas garras crecieron lentamente de las puntas de sus dedos: curvadas, negras y casi tan largas como el meñique de Sophie.

—No necesitamos hacer esto —dijo Sophie—. Haz tus preguntas. Responderé lo que quieras. Pero no iré a ninguna parte contigo.

Después de otro paso que Sophie contrarrestó, se dio cuenta de que la estaba alejando de la seguridad del edificio y acercándola al paseo marítimo. La estaba arreando.

—¿Quién más conoce tus visiones? ¿A quién le has contado lo que he hecho? —preguntó Alphonse.

La cara de póquer de Sophie le falló por un momento y se quedó boquiabierta. ¿Cómo podía saber Alphonse lo de sus visiones?

En un momento demasiado tarde para ser creíble, Sophie balbuceó,

—¿Visiones? No sé de qué me estás hablando.

—Y una mierda. Sé que por eso me has estado acosando y atacando a mi gente. Frank te vio ayer cuando huías como una cobarde sin agallas.

—¿Me vio? Eso no es posible. Yo no estaba allí y no te he estado acosando. No sé a quién vio tu gente, pero no fui yo. ¡Lo juro!

Como Alphonse estaba de espaldas al edificio del forense, no vio que una persona se asomaba rápidamente por la esquina, unos metros detrás de él. Fue solo un destello de movimiento, pero Sophie los vio. Por fin. La caballería había llegado.

Un momento después, la persona salió corriendo de la esquina. Sophie trató de mantener la atención de Alphonse en ella, pero cuando vio su propia cara mirándola, algo debió de quedar registrado en sus ojos. Tenía que ser Blancanieves, y llevaba la cara de Sophie.

Cuando Alphonse empezó a girarse, Blancanieves le clavó una jeringuilla en el hombro. Antes de que pudiera apretar el émbolo, Alphonse le dio un revés y luego la agarró por el brazo, lanzando a Blancanieves en dirección a Sophie. Blancanieves patinó sobre el cemento y se desplomó varios metros detrás de Sophie.

Un cuchillo ensangrentado se deslizó por el asfalto y cayó cerca del pie de Sophie. Jadeando, Alphonse se arrancó la jeringuilla del hombro y la tiró. La sangre floreció en el bíceps de Alphonse. Blancanieves debió de conseguir cortarle al arrojarla.

Cuando la sangre empezó a gotear del brazo de Alphonse, este rugió,

—¡Son dos! —fue tan fuerte que inundó a Sophie como una ola. Las costuras de su camisa empezaron a abrirse mientras él crecía, sus músculos se abultaban y el vello brotaba de sus brazos. El rugido que salía de su boca se transformó en un aullido inquietante.

—Oh mier… —una voz que sonaba exactamente como la de Sophie gritó detrás de ella, asustada y sorprendida, pero Sophie no podía concentrarse en eso. Sophie cogió el cuchillo y saltó hacia Alphonse. Intentó apuñalarle en el pecho, pero él retrocedió y Sophie acabó clavándole el cuchillo en el muslo. Con un bramido, Alphonse agarró la muñeca que sostenía el cuchillo, retorciéndola hasta que Sophie sintió que algo cedía. Soltando la hoja que aún sobresalía del muslo de Alphonse, Sophie tiró de su brazo, intentando zafarse del agarre de Alphonse. Gritando de dolor, pateó y arañó a Alphonse como un animal salvaje en una trampa, con la única intención de escapar a toda costa. Su grito de dolor fue rápidamente interrumpido cuando Alphonse la agarró por el cuello y la levantó con una mano. Sus pies pataleaban inútilmente, intentando apoyarse en el suelo.

Sophie pasó una mano por encima de los dedos de Alphonse, intentando quitarle la mano del cuello. La otra mano seguía agarrada por Alphonse. Alphonse le retorció el brazo y le presionó el hombro hasta que chilló en señal de protesta. Con la vista oscurecida, Sophie dio una patada, tratando de golpearle en las pelotas.

Se oyó un estruendo tan ensordecedor que Sophie lo sintió tanto como lo oyó. En ese preciso instante, un trozo de la sien de Alphonse desapareció en una mancha roja y rosa. De repente, Sophie cayó de rodillas. Alphonse aún tenía agarrado el brazo de Sophie, así que tiró de ella hacia él cuando se desplomó. Tumbada sobre Alphonse, respirando agitadamente, Sophie sintió que el aire abandonaba el cuerpo de Alphonse.

Tosiendo entrecortadamente, Sophie se zafó del pecho de Alphonse, cayendo de culo. Se revolvió sobre su trasero hasta que estuvo a varios metros de distancia. Sentada en el frío asfalto, Sophie se sujetó el brazo herido y contempló el cuerpo ensangrentado de Alphonse. Sabía que estaba muerto, pero había una parte de ella que no podía aceptar esa realidad.

—¡Hermana! ¿Estás bien, Sophie?

Sophie se giró horrorizada. *¿Hermana? ¿Qué caraj…?*

Blancanieves caminaba hacia ella, con una pistola en la mano.

Sophie parpadeó mientras el cielo se oscurecía. Al mirar hacia arriba, Sophie solo vio escamas doradas del tamaño de un plato de ensalada sobre su cabeza. Blancanieves empezó a gritar. Sophie miró a su doble a tiempo de ver cómo una garra gigante la inmovilizaba contra el suelo. Una garra negra del tamaño de un rodillo le arrancó la pistola de la mano a Blancanieves. Salió despedida por el asfalto.

Un dragón gigante y sinuoso, del tamaño de un autobús, se cernió sobre Blancanieves. Ella gritó de terror.

El dragón tenía un cuerpo largo y retorcido, casi como el de una serpiente, reluciente de escamas marrón cobrizo; su hocico era romo, con grandes orificios nasales redondos. De la cabeza le salían volantes que le descendían por la espalda como una melena con flecos. Sophie se sorprendió de que el dragón no tuviera alas. Todos los cuentos y obras de arte los habían mostrado siempre con alas.

El dragón se enroscó alrededor de Blancanieves, como una boa constrictor a punto de exprimir el aliento de su víctima. El dragón dejó caer su gigantesca cabeza cerca de Blancanieves, gruñendo,

mostrando filas de colmillos del tamaño de bates de béisbol.

—Tienes que callarte —aconsejó el dragón a Blancanieves con la voz primorosa de la señorita Zhao. El volumen era imponente. Un estruendo recorrió el terreno, erizando los pelos de la nuca de Sophie. Los gritos de Blancanieves se cortaron como si hubieran accionado un interruptor y sus dientes chasquearon al cerrar la boca.

—¿Señorita Zhao? —jadeó Sophie. El dragón miró a Sophie con sus gigantescos ojos dorados, ladeando la cabeza como un perro.

—Sí, soy yo, querida. ¿Estás bien?

—Yo... eh... creo que sí —respondió Sophie, sin estar segura de estar diciendo la verdad.

Sophie podía oír susurros sin aliento que parecían plegarias.

La cabeza de la señorita Zhao giró de nuevo hacia Blancanieves en un movimiento de cobra sobre un cuello ágil.

—No la mates todavía. Tengo preguntas para ella —gritó Sophie.

La señorita Zhao exhaló un aliento humeante por las fosas nasales, como si estuviera decepcionada. Una lengua de largas púas chasqueó a Blancanieves, haciéndola chillar. Era difícil distinguirlo con los ojos de dragón de la señorita Zhao, pero Sophie creyó detectar diversión.

El dragón inclinó la cara hacia Blancanieves y una lenta sonrisa se extendió por su rostro de víbora con flecos, mostrando docenas de filas de afilados dientes. Las escamas marrones con irisaciones cobrizas brillaban al sol mientras la señorita Zhao resoplaba sobre la forma tendida de Blancanieves.

—Hmm. Es humana. Qué extraño.

Sophie miró a la mujer inmovilizada bajo la garra de águila de la señorita Zhao. Salvo por un corte de pelo diferente y la falta de tatuajes visibles, Blancanieves era idéntica a Sophie.

Una voz furiosa gritó,

—¡Alphonse! Has matado a mi hermano, perra.

Tanto Sophie como la señorita Zhao giraron la cabeza hacia la carretera de acceso vacía detrás del edificio. Un hombre corpulento de pelo castaño desgreñado corría hacia ellas. Su atención parecía centrada en Sophie y Blancanieves, ignorando descaradamente al enorme dragón que tenía delante.

—¡Alphonse! —gritó entrecortadamente, mirando la forma inmóvil del alfa en el suelo, con un charco de sangre formándose bajo lo que quedaba de su cabeza. Mirando de nuevo a Blancanieves, bramó—:

¡Te mataré!

La señorita Zhao utilizó su otra pata para inmovilizar a este nuevo tipo en el suelo junto a Blancanieves con un resoplido resignado. Se contoneó y se agitó, gritando obscenidades, pero no pudo apartar de su pecho la garra escamosa del tamaño de una tapa de alcantarilla.

—¡Sophie! Dios mío, ahí estás —gritó la voz de Mac, seguida del estruendo de varios pies corriendo.

Mac corrió hacia Sophie, flanqueado por tres peludos monstruos grises. Reggie, Ace, Amira, Fitz, Larry y varios policías les pisaban los talones, aparentemente despreocupados por las bestias peludas que se alzaban sobre ellos. Los monstruos eran parecidos a los metamorfos lobo que Sophie había visto en el Coit Tower… solo si esos metamorfos hubieran crecido un palmo y se hubieran inyectado un barril de esteroides. Eran el material de las pesadillas, con jirones de ropa colgando de sus formas y sangre goteando de sus garras y untada en sus hocicos. Los pasos de los monstruos solo vacilaron un momento cuando vieron al dragón detrás de Sophie.

—Vaya, un dragón —la voz de Liam salió de la boca de uno de los monstruos.

Sophie se quedó paralizada, con la boca abierta. Mac dijo que los metamorfos irlandeses fueron creados para la guerra, pero nada la había preparado para ver a los muchachos en su forma de batalla.

Mac cruzó la distancia que los separaba con unas cuantas zancadas y abrazó a Sophie, hundiendo la cara en su pelo. La cara de ella se hundió en el pecho de él. Cada respiración entrecortada, cada latido de su corazón, resonaba en la mejilla de Sophie y le provocaba pequeños temblores.

—¡Soph! ¡Dios mío, Sophie! ¿Estás bien? —Mac seguía repitiendo, su cuerpo estremeciéndose contra el de ella, distrayéndola de las aterradoras medias formas de sus guardaespaldas.

—Estoy bien. Estoy bien —tranquilizó Sophie a Mac.

—Gracias a Dios, estás bien. Creía que había llegado tarde —Mac se deshizo del abrazo y empezó a examinarla frenéticamente. Sophie siseó cuando le palpó la muñeca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mac.

Cuando Sophie le explicó lo ocurrido con Alphonse, el rostro de Mac se convirtió en una máscara rígida, con los ojos como un glaciar. Si Alphonse no estuviera ya muerto, Sophie no dudaba de que Mac

habría intentado matarlo. Mac pasó suavemente un dedo por la garganta de Sophie. Le dolía muchísimo y probablemente ya se estaba poniendo morada.

Acercándose más, Sophie susurró a Mac al oído,

—Blancanieves me salvó la vida. ¿Por qué haría eso? Creía que me perseguía.

—No tengo ni idea. Nada de esto tiene sentido.

Varios coches de policía llegaron con las luces encendidas, seguidos de una ambulancia, bloqueando la pequeña carretera de acceso detrás de la oficina. Todo el mundo balbuceaba a su alrededor; la policía y los amigos especulando, el hermano de Alphonse gritando sobre Alphonse y prometiendo represalias por su muerte, Blancanieves intentando explicar que solo estaba ayudando a salvar a su "hermana".

—¡¿Hermana?! —exclamó Mac, mirando a Blancanieves y luego de nuevo a Sophie con incredulidad.

—¡Esa no es mi hermana! No sé qué magia está usando para parecerse a mí, pero no tengo hermana. Está loca.

—Huele completamente a humana —anunció la señorita Zhao, dándole a Blancanieves otro largo olfateo.

—¿Seguro? —preguntó Mac. Cuando la señorita Zhao asintió regiamente con su gigantesca cabeza, Mac negó con la cabeza.

—¿Eso son cuernos? —susurró Sophie, sin dejar de mirar a la señorita Zhao. Decir que eran cuernos era quedarse un poco corto. Unos cuernos afilados y ramificados salían de la frente de la señorita Zhao y se inclinaban hacia atrás, alejándose de su cara.

—Sí, es un dragón —respondió Mac como si no hiciera falta explicarlo. Se volvió hacia Larry—. ¿Puedes preparar un hechizo de repulsión alrededor del perímetro? Cierra todos los accesos al edificio y envía a todos los empleados humanos a casa por hoy. No quiero que ningún humano entre en la escena del crimen. Vamos a configurar esto como un atraco frustrado para los registros.

Larry se frotó las manos con alegría.

—Con mucho gusto —dirigiéndose de nuevo a la parte delantera del edificio, se detuvo y se volvió hacia Sophie—. Me alegro de que estés bien.

—Yo también —asintió Sophie de todo corazón.

Mac ordenó a los agentes que esposaran a Blancanieves y al

hermano de Alphonse, que se llamaba Antonio, y los metieran en los coches de policía. Hicieron falta cuatro agentes para someter a Antonio y meterlo en un coche patrulla. Blancanieves permitió que la esposaran, sin oponer resistencia y obediente. Dio las gracias alegremente al agente que la ayudó a ponerse en pie. Mientras la escoltaban hasta un vehículo que la esperaba, trató de saludar y llamar la atención de Sophie, con una sonrisa emocionada en el rostro. Sophie la observó consternada, pero no acusó recibo de los intentos de Blancanieves.

—Vale, es raro, ¿verdad? —dijo Sophie.

Todos coincidieron en que el comportamiento de Blancanieves era extraño. Ni siquiera parecía inmutarse de que la estuvieran arrestando.

Una vez que la señorita Zhao entregó a sus cautivos, dijo una palabra desconocida, levantando las patas hacia el cielo. Una nube de brillante humo marrón se arremolinó alrededor de la forma de dragón de la señorita Zhao, tragándosela entera. El ciclón se encogió lentamente, como si fuera succionado por un desagüe, dejando en su lugar a la señorita Zhao. La señorita Zhao se quitó con cuidado el polvo de los brazos de la chaqueta de color canela y se acarició el pelo para asegurarse de que el moño seguía en su sitio.

—Gracias por salvarme la vida, señorita Zhao. Te lo debo —exclamó Sophie.

La señorita Zhao le hizo un gesto con la mano.

—Eso es lo que se hace por los amigos.

—Aun así. Gracias.

La señorita Zhao asintió levemente con la cabeza y se dirigió a la entrada del edificio. Sophie se comprometió en silencio a hacerle un bonito regalo de agradecimiento. Pronto se celebraría el Festival del Medio Otoño; tal vez Sophie comprara pasteles de luna.

Según Mac, Alphonse hizo que más de media docena de miembros de su manada crearan una distracción en la entrada para poder atrapar a Sophie sin ser detectado. Un furgón policial llegó para recogerlos a todos. Justo detrás del furgón policial llegaron dos elegantes todoterrenos negros. Las puertas se abrieron y salieron el jefe Dunham, Marcella, Bramwell y, según Reggie, varios miembros del Cónclave.

Imperiosa como una reina, Marcella se acercó a Sophie.

—¿Es ella? ¿La de las visiones? —preguntó Marcella a Dunham. La columna vertebral de Sophie se enderezó mientras Mac gruñía por lo bajo en su garganta junto a ella.

—¿Perdón? —exclamó Sophie—. ¿Cómo lo sabe ella? Me prometieron que si trabajaba contigo mantendrías mi habilidad en secreto —Sophie miró fijamente a Dunham, que le devolvió la mirada imperturbable.

—Solo se lo dije a Marcella. Como magistrada del Cónclave, debo informarle cuando adquiero un nuevo activo. Tu secreto está perfectamente a salvo con ella —respondió Dunham.

¿Activo? El descaro de este tipo no tiene límites.

—¿Ah, sí? Acabas de anunciárselo a todos los presentes, ¿verdad? —Sophie señaló alrededor del lote trasero, donde docenas de personas los observaban—. Además, Alphonse sabía de mis visiones. Por eso intentó asesinarme hace un momento. No deberías habérselo contado a nadie sin consultármelo antes. No confío en ti —gritó Sophie, señalando a Dunham—. Y te aseguro que no confío en ella.

—Ahora trabajas para nosotros. Te mantendremos a salvo —replicó Marcella, entrando obviamente en modo tranquilizador—. Tu talento es increíblemente valioso para la comunidad Mística. Nos aseguraremos de que estés protegida para que puedas continuar con tu trabajo y ayudar a mantener a los asesinos fuera de las calles. El jefe Dunham me contó lo apasionada que eres por salvar a la gente.

—Vas a mantenerme a salvo, ¿eh? Hasta ahora has hecho un trabajo estupendo —respondió Sophie con sarcasmo, señalando su garganta morada y azul.

Tras darse cuenta de que Sophie se estaba enfadando cada vez más, Dunham se llevó a Marcella y a los miembros del Cónclave, prometiendo hablar con ella más tarde. Bramwell se quedó un momento mirando a Sophie detenidamente. Sophie tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no mostrarle el dedo del medio al mago.

Cuando llegó otra ambulancia, Mac intentó convencer a Sophie para que fuera al hospital a que le miraran la muñeca y el cuello. Sophie se negó a ir. Por más bravuconadas, maldiciones o engatusamientos que recibiera, Sophie no iba a ceder.

—Haz que Reggie me eche un vistazo. Es médico. Quiero quedarme aquí y ver qué pasa. Necesito averiguar quién es realmente

Blancanieves.

Reggie examinó a Sophie y determinó que tenía la muñeca torcida, pero afortunadamente no rota. Su cuello estaba muy magullado. Por suerte, no parecía haber ningún daño permanente. Le limpió los rasguños de las manos y las rodillas y declaró que sobreviviría.

—Sin embargo, deberías ir a buscar una segunda opinión al hospital. Además, pueden darte analgésicos que, te prometo, vas a querer cuando se te pase la adrenalina —predijo Reggie.

Mac condujo a Sophie hasta una ambulancia con las puertas traseras abiertas de par en par y esperando. La hizo sentarse en el parachoques para que no estorbara, pero pudiera verlo todo. Dentro había una paramédico que jugueteaba con su equipo. Le dio a Mac una manta de emergencia cuando la pidió. Abrió la manta de mylar, la envolvió alrededor de los hombros de Sophie y le ordenó que no se moviera. Mac lanzó una mirada significativa a la paramédico. La mujer aseguró rápidamente a Mac que se aseguraría de que Sophie permaneciera en el vehículo.

—Oye —gritó Sophie cuando Mac empezó a alejarse—. ¿Cómo has llegado tan rápido?

—El hechizo de rastreo mostró que Alphonse estaba aquí, en el edificio del forense. Larry y yo íbamos de camino a comprobar la situación cuando recibimos una llamada de Reggie diciendo que un grupo de metamorfos lobo estaban atacando a unos adolescentes en el aparcamiento. Habría llegado antes, pero nos llevó un rato atravesar a la gente de Alphonse, incluso con la ayuda de los perros lobo.

—No bromeabas con lo de los perros lobo irlandeses —exclamó Sophie, echando un vistazo a los muchachos que habían recuperado su forma humana y vestían unas batas prestadas del alijo del departamento de Medicina Forense.

—Te lo dije —respondió Mac, mostrando una sonrisa a Sophie. Sophie se alegró de ver a Mac actuando como siempre y no como un robot con intenciones asesinas. Aunque, dadas las circunstancias, Sophie podía entender que necesitara controlar su ira antes de explotar. Si alguien hubiera atacado a Mac, Sophie no creía que fuera capaz de controlarse ni la mitad de bien.

Mac se dirigió a un círculo de policías agrupados en torno a Dunham. Mientras éste empezaba a hablar con el jefe, con cara de ira, Fitz y Ace sacaron una camilla por la puerta trasera y la aparcaron

junto al cadáver de Alphonse. Se quedaron esperando mientras Reggie y una mujer desconocida con bata blanca tomaban fotos y muestras de la escena, con las cabezas juntas sobre un portapapeles. Sophie supuso que la mujer era la técnica de la escena del crimen que utilizaba la división Mística. Reggie mencionó una vez que era muy simpática. Y, a menos que Sophie se equivocara por completo, había una vibración interesante entre Reggie y la mujer. ¿Era eso un rubor en las mejillas de Reggie?

Reggie y la técnica terminaron su trabajo y saludaron a Fitz y Ace. Con su ayuda, metieron el cuerpo de Alphonse en una bolsa para cadáveres y lo subieron a la camilla. Fitz trasladó la camilla al depósito mientras Reggie y la mujer caminaban para reunirse con Dunham.

Cuanta más gente pasaba y hablaba con Dunham, más enfadado parecía. Parecía casi tan enfadado como Mac, lo cual era toda una hazaña. Parecía una excavadora con forma humana. Su papada de bulldog temblaba de rabia y sus ojos de perro de chatarrería miraban fijamente a todos los que se acercaban a interrumpirle.

Sin nada más que la distrajera, a Sophie empezaron a castañearle los dientes y tiritaba a pesar de estar envuelta en una manta de aluminio. Mentalmente, Sophie empezó a enumerar sus quejas. Todavía le zumbaba el oído izquierdo por la explosión de la pistola, le dolía la muñeca bajo el vendaje del brazo, tenía un ojo morado, tenía rasguños y moratones por todo el cuerpo, sobre todo en las rodillas, y le dolía la garganta como el infierno. Estaba hambrienta y cansada. Y había una mujer loca y asesina que decía ser su hermana.

Amira se acercó, con un aspecto molesto. Se subió al parachoques junto a Sophie y chocó los hombros con ella.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Quiero tarta —se quejó Sophie—. Me merezco tarta.

Amira enarcó las cejas, pero no le dio importancia.

—Vale. Qué raro. ¿Algún tipo específico?

—De arándanos. No, espera. De chocolate.

—Buena elección. Veré lo que puedo hacer —respondió Amira, echando una larga mirada a la paramédico del camión.

La encantadora dama vestida de azul marino informó a Amira de que Sophie probablemente estaba en estado de shock. Qué grosero hablar de Sophie como si no estuviera allí sentada. También le dijo

que tenía suerte de no tener la muñeca rota, sino solo un esguince. Por la forma en que le dolía, con el pulso palpitando rítmicamente como si lo marcara un metrónomo, Sophie no se sentía afortunada. Los dolores empezaban a hacerse notar y Sophie se sentía como una basura.

Amira acompañó a Sophie mientras la policía empezaba a cerrar la escena del crimen. La paramédica, que resultó llamarse Beth, le dio a Amira toallitas húmedas para que intentara limpiar la sangre y las vísceras de la cara de Sophie.

—¿Podría Blancanieves ser realmente tu hermana? ¿Eres adoptada? —preguntó Amira de repente.

Sophie se frotó la sien palpitante con la mano ilesa.

—Mis padres nunca dijeron nada de que fuera adoptada. Y nunca dijeron nada de una hermana. Espero que haya otra razón para que sea igualita a mí.

Sophie miró hacia el coche donde se encontraba Blancanieves. Cuando Blancanieves vio que Sophie la miraba, la saludó con la mano, haciéndole un gesto para que se acercara. Sophie miró decidida hacia otro lado, ignorando a la psicópata que intentaba llamar su atención.

—Dios mío, ¿qué demonios? —exclamó Amira—. Es exactamente igual que tú.

—Lo sé. Es espeluznante —Sophie se encogió de hombros, incapaz de explicar lo que estaba pasando.

—Sophie, pareces como si un camión te hubiera pasado encima —exclamó una voz, haciendo que Sophie resoplara.

Sophie miró a su derecha y vio que Fergal se dirigía hacia ella. Presentó a Amira y a Fergal, pero notó una extraña tensión entre ellos. Sus amigos, típicamente gregarios, se mostraban casi distantes entre sí. En particular, Amira parecía incómoda. Normalmente, cuando a Amira no le gustaba alguien, era la primera en saberlo. Qué raro.

Fergal se quejó del estado de Sophie.

—Me aseguraré de que Riona te prepare un poco de sopa. Te aliviará la garganta —prometió. Sophie no rechazó la comida gratis y le dio las gracias.

—¿Están bien los chicos? Siento mucho que se hayan metido en una pelea por mi culpa —se disculpó Sophie.

—¿Estás de broma? Van a presumir de este día durante años. Se enfrentaron a una docena de metamorfos lobo.

Fergal se marchó, anunciando que necesitaba llevar a los chicos a

casa ahora que la acción había terminado. Fergal se acercó a los chicos, que seguían observando el trabajo de los policías con interés. Les dio una palmada en el hombro, radiante de orgullo. Mac se acercó y estrechó las manos de Fergal y de los chicos antes de que se marcharan.

—¿Qué fue todo eso? —le preguntó Sophie a Amira.

Amira se señaló a sí misma.

—Gato —luego señaló a Fergal—. Perro.

—Supongo que tiene sentido. Bueno, más o menos —Sophie se encogió de hombros, decidiendo que algunas cosas simplemente tenías que aceptarlas, aunque a ella le parecieran raras.

—¡Adiós, Sophie! —gritó Conor al pasar. Sophie se despidió con la mano mientras Patrick y Liam se hacían eco de la despedida de Conor.

No mucho después, Mac se detuvo para informar a Sophie de que iban a llevar a Blancanieves, Antonio y el resto de los metamorfos lobo a la comisaría para ser interrogados.

—¿Supongo que quieres venir a ver? —ofreció Mac. Cuando Sophie asintió con entusiasmo, Mac le informó de que Reggie se había ofrecido a llevarla a la comisaría.

Al cabo de treinta minutos, Sophie estaba en el coche de Reggie, junto con Fitz y Ace, que tampoco querían quedarse fuera. Amira dijo que se reuniría con ellos allí, que quería coger su propio coche.

Hubo un éxodo masivo de vehículos mientras todos se marchaban, en dirección a la comisaría o de vuelta a patrullar. Dejaron a unos cuantos policías para terminar la limpieza y mantener alejados a los intrusos.

Capítulo 21

Mac y Larry hicieron pasar a todos a una pequeña habitación con una gran ventana que daba a una sala de interrogatorios. A Sophie se le unieron Reggie, Fitz y Ace. Amira aún no había llegado. Blancanieves estaba sentada en una mesa dentro de la sala de interrogatorios con las manos esposadas apoyadas en la mesa frente a ella. Miró con interés a su alrededor. Varias veces, sus ojos revolotearon hacia el espejo de dos caras que ocultaba a Sophie y sus amigos. Sophie se preguntó si Blancanieves se daría cuenta de su presencia.

Mac y Larry entraron en la sala de interrogatorios.

Blancanieves se enderezó en su asiento.

—Quiero hablar con mi hermana.

—No hables todavía —le ordenó Mac. Volviéndose hacia Larry, le preguntó—: ¿Estás lista?

—Sí, dame un momento —respondió Larry.

Larry abrió una anticuada bolsa de medicamentos que había sobre la mesa. Blancanieves observó con interés cómo sacaba un mortero. Durante los minutos siguientes, Larry sacó varios frascos y bolsitas y los fue echando en el cuenco.

Mac se sentó al lado de Blancanieves, de perfil mirando a Sophie. Larry machacaba el contenido del mortero con un pilón, canturreando palabras en un lenguaje lírico desconocido. Mac colocó un monedero sobre la mesa y empezó a sacar objetos y a alinearlos sobre la mesa: cartera, navaja, un frasco medio lleno de líquido transparente, otra navaja, un paquete de chicles y un par de gomas de pelo.

Al cabo de unos minutos, Larry sumergió un pulgar en el brebaje. Se acercó a Blancanieves y le ordenó que se quedara quieta. Le puso el pulgar en la frente, Larry entonó una sola palabra y retrocedió, dejando tras de sí una mancha gris pardusca. Apretó el mismo pulgar contra su propia frente y repitió la palabra.

La puerta que había detrás de Sophie se abrió y Marcella se escabulló en la habitación, recordando a Sophie a un gato callejero hambriento. Bramwell y el resto de los miembros del Cónclave

estaban notablemente ausentes. Marcella se colocó junto a Sophie, junto a la ventana, y la miró, pero Sophie hizo caso omiso de su presencia.

—¿Todos estos objetos te pertenecen? —preguntó Mac a Blancanieves.

Blancanieves miró brevemente los objetos de la mesa.

—Sí, son todos míos.

—Verdad —entonó Larry. Blancanieves miró a Larry, sobresaltada.

—Por favor, di tu nombre —pidió Mac, mirando la licencia de Blancanieves.

—Ruby Rivers —respondió Blancanieves lentamente.

¿Ruby Rivers? Sophie intercambió una mirada con Reggie.

—Suena a nombre de stripper —susurró. Reggie asintió con la cabeza.

—Verdad —anunció Larry.

—¿Ciudad de residencia? —preguntó Mac.

—Bueno, era Los Ángeles, pero estoy pensando en quedarme aquí en San Francisco. Me gusta estar aquí. Además, espero conocer a mi hermana —respondió Ruby Rivers con entusiasmo. Estaba terriblemente alegre para alguien que acababa de ser detenida por asesinato.

A su lado del cristal, Sophie emitió un sonido estrangulado.

—Verdad —volvió a anunciar Larry.

—De acuerdo. Necesito que digas: “Hoy es 6”, ¿de acuerdo? —pidió Mac.

—Pero si es 15 —protestó Ruby.

—Solo repite las palabras.

—Vale. Hoy es 6.

—Mentira —dijo Larry, con una sonrisa complacida dibujándose en su rostro.

Sophie sintió que se le desencajaba la cara de sorpresa. Larry era un detector de mentiras andante.

—¡Oh, vaya! ¿Esto es magia? —exclamó Blancanieves, señalando la marca de su frente—. Es genial. Mi color favorito es el morado. ¿Es verdad? Odio las zanahorias. ¿Te das cuenta de que es mentira? Me encantan las zanahorias. ¿Eres bruja?

Sophie tuvo que ahogar una risita al ver la cara de dolor de Larry.

—¿Por qué no estás asustada? —Mac le preguntó a Ruby, con las

cejas fruncidas por la confusión.

—Bueno, nunca esperé llegar tan lejos, ¿sabes? Me imaginé que me atraparían o que uno de mis objetivos me mataría. Fue una buena carrera —respondió Ruby—. Sé que hice lo correcto. Maté a gente malvada a la que había que detener. Y yo les detuve. Nadie más hacía nada al respecto. ¿Quién sabe a cuánta gente salvé?

—Así no se salva a la gente. Los hombres que mataste merecían tener su día en los tribunales, no ser asesinados a sangre fría. Deberías habérselo dejado a la gente entrenada para detener asesinos. La policía de verdad.

—¿Crees que no lo intenté? —Ruby se burló, poniendo los ojos en blanco—. Con cada uno de los que encontré, llamé primero a la policía. En un par de ocasiones, se hizo un seguimiento de esas pistas y se detuvo a esas personas. Pero normalmente me ignoraban, me trataban como a una loca o llegaban demasiado tarde. Cada vez que encontraba un nuevo asesino, daba a la policía la oportunidad de atraparlos primero. Si hubieran hecho su trabajo, no habría necesitado hacerlo por ustedes.

—Verdad.

—Apuesto a que era la buena samaritana —le dijo Sophie a Reggie, que asintió con la cabeza. Marcella parecía intrigada por la afirmación de Sophie, pero no dijo nada.

—¿A cuánta gente has matado? —preguntó Mac.

—A doce. No, trece, si contamos el de hoy —respondió Ruby.

—Háblame de ellos —preguntó Mac, sacando su bloc de notas y su bolígrafo.

Mientras Ruby entraba en detalles sobre los hombres que había matado, llegó Amira con una larga baguette y dos tartas: una de bayas y otra de chocolate. La baguette se la entregó a Fitz, que se la arrebató de la mano y se la apretó contra el pecho.

—No encontré de arándanos —se disculpó Amira.

—No, es perfecto. Creo que te quiero —proclamó Sophie.

—Me lo dicen mucho —se burló Amira.

—¿Vas a compartir el pan? —refunfuñó Ace.

—Déjale su pan de apoyo emocional. Ha sido una mañana muy larga —sugirió Reggie.

Mientras veían a Mac interrogar a Ruby, Amira repartió rebanadas a todos los presentes excepto a Marcella, y Marcella no preguntó. Ni

siquiera reconoció la presencia de nadie más en la abarrotada habitación.

—¿Qué te hace estar segura de que Sophie es tu hermana? —preguntó Mac, cambiando de tema. Ruby lo miró como si fuera estúpido y se pasó la mano por la cara—. Sophie dijo que no tenía hermana. ¿Qué magia usaste para parecerte a ella?

—No hay magia. Este es mi aspecto. Ni siquiera sabía que existía la magia hasta que vi a Alphonse y los suyos convertirse en lobos en Muir Woods. ¿Está Sophie mirando ahora mismo? —Ruby hizo un gesto hacia el espejo.

Mac miró a Larry expectante.

—Verdad —dijo Larry.

—¿Eres adoptada? —preguntó Mac. Ruby negó con la cabeza—. ¿Tus padres mencionaron alguna vez a una hermana?

—No, nunca dijeron nada. No tenía ni idea. Que yo sepa, no fui adoptada.

—¿Dónde están tus padres ahora? Voy a necesitar hablar con ellos.

—Murieron en un accidente de coche hace varios años —Ruby se pellizcó la nariz como si le doliera pensar en sus padres. Era extraño sentir simpatía por Ruby, pero Sophie la sentía. A Sophie también le resultaba difícil pensar en sus padres. Es duro perder a tus padres joven.

Mac tarareó sin compromiso. Pasó una página de su bloc de notas y volvió a mirar a Ruby, observándola en silencio hasta que ella empezó a retorcerse en su asiento.

—¿Cuándo viste a Sophie por primera vez? —preguntó Mac.

—Estaba siguiendo a Alphonse y a su lacayo. Después de matar a Roger, para defenderme, debo añadir, me estaba alejando cuando la vi doblar la esquina. Al principio pensé que estaba alucinando. Me quedé mirando un rato. Los vi besarse —Ruby enarcó las cejas—. Cuando la acompañaste a casa, te seguí.

—¿Por qué nunca te acercaste a ella? ¿Por qué irrumpiste en su apartamento y la seguiste?

—¡No podía acercarme a ella! ¿Y si era la hermana gemela malvada? ¿No has visto ninguna de las películas? Necesitaba reunir más información primero.

—Espera. ¿Pensabas que *Sophie* era la gemela malvada? —preguntó Mac. Ruby asintió con entusiasmo, el sarcasmo de Mac voló

justo sobre su cabeza—. ¡Eres una asesina en serie! —exclamó.

—Prefiero el término “vigilante”. Me vi obligada a tomarme la justicia por mi mano.

Mac miró a Larry, atónito.

—Verdad —dijo Larry encogiéndose de hombros.

Mac sacudió la cabeza y volvió a centrar su atención en su cuaderno.

—¿Cómo encontraste a esos hombres? ¿Y cómo puedes estar segura de que eran asesinos?

—Si una persona ha matado a alguien y la toco, tengo una visión de lo que hicieron —explicó Ruby—. Nunca fui a buscar a estos hombres. Me rozaba con alguien caminando por la calle. O chocaba con ellos en el autobús, y ¡bum! Visión. Encontré a unos cuantos cuando trabajé como Blancanieves en Disneylandia. Los bichos raros acudían a ese personaje.

—Verdad —dijo Larry.

De repente, Sophie sintió el pastel en el estómago como un ladrillo. Blancanieves tenía visiones de la muerte, como ella. Bueno, no exactamente como ella, pero lo bastante parecidas como para no importar.

—¿Qué quieres decir? Explícame qué pasa exactamente cuando tocas a un asesino —le ordenó Mac.

Marcella se inclinó más hacia el cristal, con una mirada calculadora en el rostro que a Sophie no le gustó nada.

—La primera vez que me pasó, estaba en un restaurante. Me topé con un tipo, Daniel Friedman, que salía del baño. Tuve una visión de él matando a su esposa y sellando su cuerpo en un barril de plástico en su cobertizo. Puedes imaginarte lo confusa que estaba. Pensé que me estaba volviendo loca —Sophie se burló de aquello. Para Sophie estaba claro que Ruby estaba loca—. Para asegurarme de que no me estaba volviendo loca, le seguí hasta su casa. Esperé fuera de la casa hasta que oscureció y me colé en su patio trasero. ¿Adivina qué encontré? Un barril, como el que vi en mi visión, ubicado allí mismo en su cobertizo. Y olía fatal.

Mac miró a Larry, que asintió para confirmar que Ruby decía la verdad.

—¿Qué hiciste entonces? —preguntó.

—Dejé el barril como estaba. No quise manipularlo por si

realmente estaba allí. Llamé a la policía y les dije que era una vecina y le vi metiendo el cuerpo de su mujer en el barril. Al parecer, no fui la única que llamó por el olor, porque enviaron a un agente a comprobarlo. Vi desde el final de la calle cómo lo detenían y aparecía la ambulancia.

—¿Cuándo ocurrió? ¿Y en qué ciudad?

—¿Hace unos dos años, quizá? Fue en Anaheim.

—¿Cómo se llamaban las otras personas a las que no mataste, pero que sí detuvieron? —preguntó Mac. Anotó minuciosamente nombres, fechas y detalles de cada persona.

—Dices que puedes ver si alguien ha matado —dijo Mac, con una expresión extraña en el rostro. Le tendió la mano a Ruby y la desafió —. Dime lo que ves.

Colocando su mano en la de Mac, Ruby aspiró.

—Te estás acercando a un cuchitril. El lugar es un basurero. La puerta principal cuelga de las bisagras, así que puedes colarte dentro. Intentas no hacer ruido. Asomando la cabeza por la esquina, hay una especie de… criatura en el salón. ¡Qué asco! Se está comiendo a alguien. Le gritas que se detenga y levante las manos, pero en lugar de eso, salta y te lanza un hacha. Te da en el hombro izquierdo y se te clava ahí. ¡Ay! Le disparas un montón en la cara y lo matas —termina Ruby, soltando la mano de Mac y mirándolo expectante—. ¿He acertado?

Sophie se sentó en una silla junto a la ventana, con la respiración entrecortada. La otra mañana, mientras se duchaban juntos, había recorrido con sus besos una larga y estrecha cicatriz en el hombro izquierdo de Mac. Ella le había preguntado y él le había dicho que un trol caníbal le había golpeado con un hacha. Ella pensó que le había tomado el pelo.

—Interesante —murmuró Marcella.

La puerta que había detrás de Sophie se abrió y un hombre que Sophie reconoció de antes asomó la cabeza por la habitación. Sophie sabía que era un miembro del Cónclave. Se aclaró la garganta nerviosamente.

—¿Magistrada Venturi? Hay un problema —dijo.

—Ahora no, Frederick. Esto es importante —respondió Marcella, apartando al hombre.

—En realidad, señora, es grave. Tenemos que hablar.

Resoplando molesta, Marcella salió de la habitación sin despedirse ni saludar a nadie. Cuando la puerta se cerró tras ella, Sophie exhaló un suspiro de alivio, contenta de que Marcella se hubiera ido.

Un minuto después, la puerta de la sala de interrogatorios se abrió y un agente de policía uniformado se acercó a Mac. Inclinándose, el hombre le susurró rápidamente al oído.

Mac se echó hacia atrás y miró sorprendido al agente.

—¿Hablas en serio?

—Sí, señor, Dunham me envió a decírselo en cuanto se enteró.

Un aluvión de improperios salió de la boca de Mac. Levantándose, señaló al oficial.

—Devuélvela a su celda. Llévate a Turner contigo. Quiero al menos dos agentes vigilando a esta mujer en todo momento. Que no se pierda de vista. ¿Entendido?

El hombre saludó.

—Sí, señor.

—¿Qué está pasando? —preguntó Larry.

—Estaban interrogando a los miembros de la manada de Alphonse, y resulta que Bramwell estaba trabajando con Alphonse. Así es como Alphonse supo de las habilidades de Sophie.

—¡¿Qué?! —exclamó Larry.

—Sí. Y ahora, nadie puede encontrar a Bramwell. Ha desaparecido.

Mac se volvió y se dirigió al espejo.

—Reggie, ¿puedes quedarte con Sophie? Voy a buscar gente para que vigile tu puerta hasta que sepamos que es seguro.

—Venga conmigo, señora —le dijo el agente a Ruby, ayudándola a levantarse de la silla.

—Quiero hablar con mi hermana —protestó Ruby.

—Eso no puede ocurrir ahora. Tiene que venir conmigo —replicó.

Mac salió de la habitación casi echando humo por las orejas; el resto del grupo le siguió rápidamente los pasos.

—Vaya mierda. Todo esto ha sido una locura —soltó Fitz.

Sophie se quedó aturdida mientras las voces excitadas de sus amigos la inundaban. ¿Sería Ruby Rivers la hermana gemela perdida de Sophie? ¿Pero qué demonios? No tenía sentido. ¿Cómo era posible que nunca se lo hubieran dicho?

—Analizaremos el ADN de ambas para confirmarlo —dijo Ace—. Así podremos estar completamente seguros de si son gemelas idénticas

o no.

La puerta volvió a abrirse y un nuevo y desconocido agente de policía asomó la cabeza en la habitación.

—Soy el agente Benson. El detective Volpes nos ha pedido que vigilemos su puerta —Sophie pudo ver a otro agente de policía revoloteando detrás de él, con cara curiosa mientras miraba por encima del hombro de Benson.

—Este es el agente Nguyen. Si necesita algo, avísenos.

Sophie pensó brevemente en pedirles una botella de vodka, pero supuso que no lo harían. Reggie dio las gracias a los hombres y empezó a cerrar la puerta ante sus caras curiosas.

—Es pequeñita. No puedo creer que matara a Alphonse —oyó Sophie que decía uno de los hombres justo antes de que se cerrara la puerta.

—Espera. ¿Qué? —balbuceó Sophie—. ¿La gente cree que yo maté a Alphonse?

—Nos aseguraremos de dejar las cosas claras —trató de asegurarle Reggie, dándole unas palmaditas en la mano. Sophie agradeció el apoyo inquebrantable de Reggie, pero supuso que aquello era un desastre en ciernes.

Cuando la puerta volvió a abrirse, habían pasado al menos dos horas y las tartas habían desaparecido. Y también todas las uñas de Sophie, mordisqueadas. Había sido incapaz de dar otro bocado a las tartas, las náuseas le revolvían el estómago mientras sus amigos especulaban sobre lo que estaba ocurriendo.

Sophie se levantó de su asiento cuando entró Mac. La abrazó con fuerza, haciéndole gemir los huesos, pero no emitió queja alguna. Necesitaba todo el consuelo posible después de un día tan raro y horrible.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ace.

Con un suspiro, Mac puso a Sophie de pie. Hizo que todos se sentaran.

—Cuando estaban interrogando a la gente de Alphonse, descubrimos que Alphonse y Bramwell habían estado trabajando con Edwyn. Alphonse había estado utilizando metamorfos solitarios de otras regiones del país como músculo contratado para matar a la gente que no quería vender sus propiedades.

—Habían planeado cerrar el portal Fae y luego comprar la mayor

cantidad de tierra posible en la ciudad, empezando por los inmuebles situados en las líneas ley. Hay dos en la ciudad. Con el control de las líneas, Edwyn y Bramwell planeaban usar su magia para reemplazar lentamente a todos los humanos en posiciones de poder con su gente. Habría sido un hechizo de repulsión dirigido para hacer que individuos específicos quisieran irse. Creemos que planeaban trasladar más Místicos de todo el país a la ciudad. Creemos que Bramwell tiene algunas conexiones cuestionables con otros Cónclaves. Si hubieran tenido éxito, todo lo que habría quedado en San Francisco cuando hubieran terminado habrían sido trabajadores humanos. Tendrían su reino para gobernar, y nadie se habría enterado hasta que fuera demasiado tarde.

—¿Por eso mataron a Derek Gibson? —Sophie preguntó.

—Sí, era un miembro clave de la Comisión de Planificación de la ciudad. Tenía mucho control sobre los permisos de construcción y la zonificación. Iban a sustituirlo por uno de los suyos. Había otros. Estamos tratando de encontrarlos a todos. Va a tomar meses desentrañar este asunto.

—¿Cómo de molesta está Marcella? —Reggie preguntó.

—Creo que está montando un buen espectáculo, pero en cierto modo, esto es bueno para ella. Ella será capaz de consolidar más poder con Edwyn, y ahora Bramwell, se ha ido. Al principio pensé que era cercana a Bramwell, pero sospecho que era más una situación de mantener a tus enemigos más cerca.

—En buenas noticias, ella trajo a uno de sus Fae para empezar a poner un geas en todos, para que no recuerden que tienes visiones. Creo que Marcella está ansiosa por mantenerte en su lado bueno.

—¿Un geas? —Sophie repitió.

—Es un hechizo que hace que una persona olvide algo, o a veces simplemente le prohíbe hablar de algo —explicó Fitz.

—¿Pueden hacer lo mismo con la muerte de Alphonse? Escuché a unos policías decir que creían que fui yo quien lo mató.

—Lo intentarán, pero va a ser casi imposible. Muy poca gente oyó lo que dijo Marcella sobre tus visiones. Ella se lo dijo a algunas personas en el Cónclave, pero aparte de eso, nadie lo sabe. Ni siquiera Antonio sabía lo de las visiones. Solo pensó que eras una acosadora que mató a Roger. No creo que Alphonse confiara mucho en su hermano. El problema al que nos enfrentamos es que la muerte de

Alphonse ya es noticia en toda la ciudad. La gente ya está hablando de la mujer humana que lo mató. Estamos publicando historias contradictorias para crear confusión: que Antonio lo mató en un desafío, que Bramwell lo mató, que una manada rival lo mató y cosas así. A la mayoría de los Místicos les costaría creer que dos mujeres humanas mataron a uno de los alfas más fuertes de una generación. Sería más fácil creer que Antonio lo mató que una mujer humana. Sus egos nunca se recuperarían.

—¿Y Antonio? ¿No le dirá a todo el mundo lo que vio?

—Le hemos convencido de que le conviene que todo el mundo crea que mató a su hermano en el desafío. Alphonse no era muy querido, así que no será difícil para Antonio convencer a la gente de que estaba harto del brutal liderazgo de su hermano.

—¿Qué pasó con Bramwell? —preguntó Amira.

—Desapareció. Debió de ver la escritura en la pared cuando empezamos a interrogar a la gente de Alphonse. Larry intentó seguirle la pista, pero es como si nunca hubiera existido. Bramwell tiene magia fuerte, así que no me sorprende que pudiera bloquear el hechizo de Larry. Dunham puso un APB en él, pero no tengo muchas esperanzas de que el trabajo. Sin embargo, Marcella va a lanzar sus considerables recursos para encontrarlo. Está furiosa. Si lo encuentra, imagino que no le quedará mucho tiempo en este mundo.

Sophie se estremeció un poco. La idea de ser el centro de la ira de Marcella era horrible.

—¿Crees que Bramwell vendrá a por mí?

—Creo que eres la menor de sus preocupaciones. Sin embargo, me gustaría que te quedaras en el piso franco un poco más.

—¿Puede Birdie ir a casa al menos? Su novio está empezando a preocuparse.

—Creo que podremos llevarla a casa antes de la hora de cenar —prometió Mac—. Si quieren irse a casa, no hay mucho más que puedan hacer aquí. Llevaré a Sophie de vuelta al piso franco.

—¿Quieres tomarte esta noche libre, Sophie? —Reggie se ofreció —. Ha sido un día difícil, y te mereces un tiempo de descanso.

—Creo que prefiero estar en el trabajo. Me ayudará a no pensar en la locura del día. Necesito una distracción.

Todos empezaron a salir, abrazando a Sophie, incluso Ace.

—Las cosas nunca son aburridas contigo cerca —bromeó. Sophie le

chasqueó la lengua y él soltó una risita.

Amira la abrazó, le cogió la mano y le examinó las uñas. Anunció que tenían que arreglarse las uñas más adelante en la semana con una mirada cómplice.

—Oh, deberíamos traer a Birdie también.

—A Birdie le encantaría. Elijamos un día y se lo diré —prometió Sophie.

Reggie se quedó más tiempo, con su cara redonda y preocupada.

—Soph, si te hubiera perdido hoy… no sé qué habría hecho. No vuelvas a asustarme así.

—A mí también me asustaste —susurró Sophie, abrazando a Reggie solo un poco más fuerte.

Cuando todos sus amigos se fueron y solo quedaron ella y Mac en la sala de observación, Mac la cogió en brazos y se sentó con ella en su regazo. Sophie apoyó la cabeza en su hombro y le rodeó el cuello con los brazos.

Le dio un beso en la sien y le susurró,

—Hoy me has quitado diez años de encima. No vuelvas a hacérmelo, hellraiser.

—Sí, no planeo volver a pelearme con un alfa nunca más. Eso apestó.

Sophie se acurrucó en los brazos de Mac, feliz de estar por fin a solas con su novio. Metió las manos bajo la chaqueta de Mac y apoyó las palmas en sus costillas. Su respiración constante y su mano frotándole la espalda casi habían adormecido a Sophie cuando le vino un pensamiento a la cabeza.

—Tengo una pregunta. Alphonse me dijo que alguien llamado Frank me vio en el Estadio Kezar. Obviamente, era Ruby, pero ¿quién es Frank y cómo sabe quién soy y qué aspecto tengo?

—Ese tiene que ser Frank Russo. Es parte del círculo íntimo de Alphonse. Un verdadero imbécil. Conduce un Mustang blanco. Es un loco del béisbol.

—Ah. Sé quién es ese tipo… el Fan Deportivo número 1. Fue el tipo que me amenazó frente a la oficina del forense.

Se acurrucaron en silencio durante varios minutos, disfrutando de la tranquilidad y el alivio de haber sobrevivido al día. El pitido del teléfono de Mac interrumpió su ensoñación. Al comprobarlo, Mac informó a Sophie de que Burg y Fergal tenían un coche delante para

llevarla a la casa del clan.

—Antes de irnos, ¿sería posible que hablara con Blancanieves, quiero decir Ruby, un momento?

—¿Segura? No necesitas volver a verla —la tranquilizó Mac.

—Sí, estoy segura. Si de verdad es mi hermana, solo quiero verla cara a cara un minuto, ¿sabes? Solo para asegurarme de que todo esto es real. Oír su voz y mirarla a los ojos.

—Larry puede acompañarte —sugirió Mac. Envió un mensaje rápido y recibió una respuesta inmediata—. Está de camino.

Un minuto después llamaron a la puerta. Al otro lado de la puerta estaba Larry, un poco agotado, con su habitual sombrero de fieltro notablemente ausente de su cabeza. El pelo se le erizaba en las puntas como si hubiera pasado los dedos por los mechones repetidas veces.

—No puedo creer que puedas detectar mentiras así. Larry, eres un tipo duro —exclamó Sophie.

—Verdad —bromeó él, con una sonrisa complacida en la cara.

Larry y Mac acompañaron a Sophie por una enrevesada serie de pasillos. Pasaron por delante de un mostrador atestado de personal, donde el funcionario que había detrás saludó a los dos con un gesto de cabeza y a Sophie con una mirada curiosa. Con un zumbido, el oficial les abrió una puerta lateral. Una vez cruzada la puerta, una serie de celdas se extendían por un largo pasillo. A mitad del pasillo, dos oficiales, uno a cada lado de una celda, miraban hacia delante. Sophie se preguntó brevemente dónde encerrarían a la gente de Alphonse, pero rápidamente decidió que era irrelevante mientras se acercaban a la celda.

Cuando los vio, Ruby se levantó del catre en el que estaba tumbada.

—¡Estás aquí! —chilló, corriendo hacia los barrotes y apretando la cara contra el hueco entre los postes metálicos con una sonrisa de felicidad.

Ahora que estaba allí, Sophie no estaba segura de lo que quería decirle a aquella mujer. Se limitó a mirarla, desde sus elegantes botines hasta sus vaqueros ajustados, pasando por su blusa de aspecto caro. La silenciosa mirada de Sophie no pareció atenuar el entusiasmo de Ruby. Podía parecerse a Sophie, pero no actuaba como ella. Todo lo contrario.

—¡Estoy tan contenta de que estés aquí! Estos tipos son aburridos y

no me hablan —afirma Ruby, señalando con la cabeza a los dos policías.

—¿Podrían darnos un minuto? —preguntó Mac a los agentes. Con un movimiento de cabeza, ambos hombres se alejaron, dirigiéndose a la puerta.

—¡Siempre he querido una hermana! —exclamó Ruby cuando se quedaron solos.

—No creo que seamos hermanas. Creo que eres una impostora.

Ruby metió la mano entre los barrotes y se acercó a Sophie. Por curiosidad, Sophie empezó a alcanzarla también. Por alguna razón, sintió que Ruby no sería real hasta que la hubiera tocado.

—¡Qué demonios! No la toques. Vas a alterar el continuo espacio-tiempo o algo así —Larry ladró.

—Ella no es del futuro —dijo Sophie—. Es decir, tú no eres... ¿Verdad?

Ruby soltó una risita.

—No, tonta. Estoy aquí y ahora —se apartó de Larry y miró fijamente a Sophie—. Estamos unidas. ¿No lo sientes? He tenido sueños contigo. Estuve muy confundida durante un tiempo. No entendía por qué soñaba con cadáveres y autopsias. Pensé que me estaba volviendo loca. Pero cuando busqué en tu apartamento, encontré un recibo de sueldo, y todo tuvo sentido. Estaba soñando contigo.

—Bebiste un poco de mi whisky.

—Sé que no debería haberlo hecho. Es mi único vicio.

—¿Tu único vicio? ¿No crees que matar gente es un vicio?

—Oh no, es una vocación —explicó Ruby, completamente seria—. ¿Sueñas conmigo?

Sophie no contestó, pero incluso quedarse callada era una respuesta reveladora.

—¡Ahí está! Lo sabía. ¿Así es como me encontraste? Porque tú me encontraste primero. Esto va a ser increíble. ¡Vamos a ser las mejores amigas!

Dulce madre de Dios. Esta mujer quería que fuéramos las mejores amigas. Mac emitió un sonido ahogado junto a Sophie. No sabía si estaba horrorizado o intentaba no reírse.

—¿Por qué has venido hoy a mi trabajo? —preguntó Sophie, ignorando la mirada feliz y esperanzada de Ruby.

—Después de que Alphonse me tendiera una trampa ayer. Sabía que tenía que salir de la ciudad. Pero no quería irme sin conocerte antes. No esperaba que Alphonse apareciera e intentara matarte. Menos mal que estaba allí.

Sophie se sintió apenada al admitir que Ruby no se equivocaba.

—Nos debieron separar al nacer. Como en uno de esos cuentos de hadas. ¡Oh! O como esa princesa rusa perdida por años. ¿Cómo se llamaba?

—¿Estás hablando de Anastasia? —aclaró Mac.

—¡Sí! ¡Esa!

—Odio ser portador de malas noticias, pero encontraron sus huesos hace como una década. La mataron con el resto de su familia —respondió Mac con voz inexpresiva.

—Huh. Bueno, entonces no como ella, ¡pero todavía podríamos ser princesas perdidas!

—Probablemente sea mejor para nuestra salud a largo plazo que no seamos realeza perdida —argumentó Sophie.

—Cielos, qué aburrida. Parece que voy a ser la hermana divertida —dijo Ruby con una risita.

Sophie intercambió una mirada exasperada con Mac.

—Creo que ya podemos irnos —dijo Sophie a Mac y Larry.

—¡Espera! No te vayas todavía. Apenas hemos tenido ocasión de conocernos.

—Creo que ya he visto suficiente. Estoy lista para irme —respondió Sophie.

—¿Volverás a verme? Quiero que seamos amigas —suplicó Ruby.

—Aún no estoy segura. No sé qué va a pasar. Y, francamente, no sé cómo me siento con todo esto. Necesito respuestas sobre mi pasado antes de poder pensar en cualquier tipo de futuro contigo en él.

—Bueno, supongo que puedo entender eso.

—Vamos, chicos.

Sophie y los chicos se dieron la vuelta y se alejaron.

—Y yo sí soy divertida —se quejó Sophie mientras se alejaban.

—Claro que lo eres —aplacó Mac.

—¡Llámame! —Ruby llamó desde su celda justo cuando salían del pasillo.

—¿Cree que de alguna manera tengo su número de teléfono? Está loca —le dijo Sophie a Mac.

—Oh, definitivamente está loca, pero extrañamente, estoy empezando a pensar que no es mala persona —respondió Mac.

—Estoy de acuerdo. Parece tener un código moral al que se adhiere. Es un código moral sesgado, pero lo tiene. No he tenido mucho tiempo para investigar a las personas que ha arrestado o que ha matado, pero lo que he encontrado hasta ahora confirma lo que dijo. Todos eran malvados, cada uno de ellos —dijo Larry.

Dejaron a Larry en su despacho y subieron al ascensor. Justo cuando se cerraron las puertas, Mac dijo,

—Toma —dejando caer su chaqueta sobre los hombros de ella y subiéndole la cremallera y el cuello.

—¿Qué? —preguntó Sophie.

—Tienes la ropa llena de sangre. Tu cuello tiene un precioso tono negro azulado. Estamos a punto de entrar en el mundo normal, donde esas cosas llaman la atención —se burló Mac—. No puedo hacer mucho por ese ojo morado que llevas.

—Qué asco. Tu pobre chaqueta. Voy a mancharla de sangre y esas cosas —se quejó Sophie, pero Mac se encogió de hombros como si no le importara.

—¿Puedo llevarte ya al hospital para que te revisen? —preguntó Mac.

—Reggie ya me ha revisado. Y la verdad es que no me encuentro tan mal. Ya me encuentro mejor de la muñeca y, aunque me duele el cuello, no es para tanto.

—Bueno, que conste que yo recomendé que vieras a un médico.

—Tomo nota.

Cuando el ascensor anunció su llegada al vestíbulo, Mac miró seriamente a Sophie.

—¿Cuánto quieres que sepan Burg y Fergal? Puedo hacer que les pongan el geas a ellos también —ofreció Mac.

—No. Los dos se han desvivido por protegerme. Confío en ellos — respondió Sophie, tirando de Mac hacia sus amigos que la esperaban.

—¿Estás bien? —preguntó Fergal cuando subieron al asiento trasero.

—Estoy bien. Solo cansada y un poco abrumada —respondió Sophie.

—¿Qué ha pasado? Fergal dijo que no podía contármelo hasta que tuviera la aprobación de ustedes dos —preguntó Burg.

—Díselo tú —pidió Sophie, pinchando a Mac en el costado—. Estoy demasiado cansada.

Mac se acurrucó en el asiento trasero con Sophie, poniéndoles al día de lo que habían averiguado sobre Ruby, Alphonse, Bramwell y toda la debacle de aquella mañana.

—Les he dicho a los chicos que no pueden decir ni una palabra de lo que han visto hoy. Me han dado su palabra —aseguró Fergal a Sophie y Mac.

Aparcaron delante de la casa del clan y subieron la escalinata. Lo primero que vio Sophie fue a Birdie y a un par de sus amigos del bridge a mitad de la escalera.

—Sophie —se alegró Birdie—. ¿Quieres jugar con nosotros?

Sophie estaba abriendo la boca para negarse cuando Birdie miró mejor la cara de Sophie.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Birdie—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Solo he tenido una mañana larga y extraña. Te lo contaré todo después de dormir un poco.

Birdie dejó atrás a sus amigos y terminó de bajar las escaleras para detenerse frente a Sophie con cara de preocupación.

—¿Eso es sangre? —gritó Birdie, acercando un dedo hacia el nacimiento del pelo de Sophie, donde Amira no podía limpiar la sangre de Alphonse.

—Sí, pero no es mía —respondió Sophie, con la esperanza de tranquilizar a su amiga.

Birdie, curiosamente, no parecía tranquila.

—Hablemos en mi despacho —propuso Fergal. Los condujo a través del pub del segundo piso y luego por la cocina hasta una puerta situada junto al frigorífico.

—Riona, cariño, ¿puedes asegurarte de que nadie nos interrumpa? —gritó Fergal a su mujer, que estaba metida hasta el codo en un cuenco de masa. Riona hizo un gesto de asentimiento con la mano cubierta de masa.

Fergal hizo pasar a todos por la puerta. Sophie miró confusa a su alrededor.

—¿Esta es tu oficina?

La mitad del despacho parecía una despensa de productos secos. Las estanterías iban del suelo al techo a lo largo de toda una pared. La otra mitad era un sofisticado despacho con asientos de cuero mullido,

un escritorio de caoba y estanterías con libros encuadernados en cuero. Era el tipo de lugar donde los hombres de las novelas románticas de la Regencia compartían puros y brandy.

—Sí, convertí la mitad de la despensa. Antes tenía un despacho en el piso de arriba, pero con mis largas horas de trabajo no pasaba suficiente tiempo con mi mujer. Tuve que tirar una pared para hacer la habitación, pero mereció la pena. Cada vez que Riona necesita una especia o más harina, consigo verla.

—Eso es asquerosamente dulce. También un poco loco, pero sobre todo dulce —dijo Sophie, bromeando solo en parte.

—Muy bien, dime, ¿qué está pasando? ¿Por qué tienes un ojo morado y sangre en el pelo? —preguntó Birdie.

—Todavía no le has visto el cuello —cacareó Mac.

—Gracias —gruñó Sophie, mirando mal a Mac.

—¿Tu cuello? —gritó Birdie, agarrando la cremallera de la chaqueta de Sophie y tirando de ella hacia abajo—. ¡Dios mío! Sophie. ¿Qué demonios te ha pasado?

—Un lobo metamorfo alfa intentó matarme esta mañana porque me confundió con mi gemela idéntica perdida hace mucho tiempo que ha estado yendo por la ciudad y asesinando asesinos en serie como una especie de vigilante psicópata.

—¿Tienes una hermana?

—¡Eso es lo que yo también dije! —gritó Sophie.

—¿Por qué no empiezas por el principio? —Sugirió Mac.

Y eso fue lo que hizo Sophie.

A pesar de su sorpresa inicial, Birdie se recuperó de la historia más rápido de lo que Sophie esperaba. Birdie estaba acostumbrada a aguantar los golpes de la vida.

—Las debieron separar al nacer. Vi una historia muy parecida en Dateline. Ocurre más a menudo de lo que crees. ¿Cómo es ella?

—Loca. También, un poco extrañamente dulce... Y demasiado alegre —dijo Sophie con una mueca de dolor.

—¿Alegre? —repitió Birdie, desconcertada—. ¿Estás segura de que es tu hermana?

—No, no estoy nada segura. Ahora mismo espero que sea magia lo que hace que se parezca exactamente a mí.

—¿Cuánto se parece a ti? ¿Podría ser una hermana menor, no una gemela? —Birdie preguntó.

—No, son casi perfectamente idénticas, pero el cabello es diferente. No tiene tatuajes. Ruby no tiene esta cicatriz —Mac frotó con el pulgar una pequeña cicatriz en la barbilla de Sophie—. Pero aparte de eso, son imágenes especulares la una de la otra.

—Es inquietante —se quejó Sophie.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Birdie.

—Podrás volver a Cafecita ahora que Alphonse está muerto y Ruby está entre rejas —dijo Mac—. Sophie se quedará aquí un poco más. Aparte de eso, no lo sabemos. Va a depender de lo que el jefe de policía quiera hacer con todos los culpables. Tendremos que esperar y ver.

—Chica, pareces muerta de hambre —cacareó Birdie.

—¿Tienes hambre? —preguntó Fergal. ¿Acaso ese hombre pensaba en otra cosa que no fuera comida?

—No. Solo quiero una ducha y dormir veinticuatro horas seguidas.

—Vamos, hellraiser, hagamos que eso ocurra —ofreció Mac, volviendo a cerrar la cremallera de la chaqueta, ocultando la sangre y los moratones.

En grupo, salieron del despacho-despensa de Fergal, atravesaron la cocina y entraron en el pub. Sophie y Mac dejaron atrás al resto del grupo para subir las escaleras y dirigirse a la habitación de Sophie. Mac la guió hacia el baño. Ayudándola a quitarse la asquerosa ropa que Sophie tenía toda la intención de quemar, Mac abrió el agua de la ducha y guió a Sophie bajo el chorro. Un momento después, se unió a ella. Con un poco de champú en la mano, le metió la cabeza bajo el agua y empezó a frotar. Sophie miró hacia abajo y vio cómo el agua roja se deslizaba por el desagüe.

—¿Tengo materia cerebral en el pelo? —preguntó Sophie mientras Mac se restregaba en una zona de la sien.

—Solo un poco —respondió Mac como si eso debiera tranquilizarla.

Sophie se dejó llevar por la ducha mientras Mac limpiaba la sangre y la suciedad. Estaba demasiado agotada para preocuparse y muy contenta de permitir que otra persona se ocupara de ella durante un rato.

Después de ducharse, Mac metió a Sophie en su cama.

—¿Puedes quedarte? No quiero estar sola —preguntó Sophie.

—No puedo quedarme todo el día, pero me quedaré hasta que te

duermas. ¿Te parece bien?

—Sí, por favor. Pero tienes que hacerme cucharita.

—Trato hecho —contestó Mac, metiéndose en la cama y cogiendo a Sophie en brazos.

Sophie intentó relajar los músculos y despejar la cabeza, pero la mañana seguía repitiéndose en su mente.

—Sophie, olvídalo todo. Duerme ahora —le dijo Mac al oído. No debería haber funcionado, pero de algún modo Sophie sintió que se quedaba dormida.

Aburrida. Estoy muy aburrida. Aburrida, aburrida, aburrida. Este lugar apesta. Ni siquiera hay un televisor aquí.

—Oye, ¿sabes cuándo sirven el almuerzo aquí? Tengo hambre. ¿Podría alguien traerme una caja de Good & Plenties? —pregunta—. ¡Vamos, háblame!

Los dos policías que custodian su celda vuelven a ignorarla, como llevan haciendo las últimas horas.

—¿Pueden al menos traerme un libro o algo?

El clic de la puerta que se abre al final del pasillo la hace sentarse en la cama. Quizá haya vuelto su hermana. En lugar de su hermana, se acerca a su celda una mujer alta y delgada con el pelo gris acero. Observa a la mujer con recelo. Es delgada como un hueso, como si la vida la hubiera adelgazado, volviéndola afilada. Ruby tiene la sensación de ser un insecto atrapado en una telaraña a la que se acerca rápidamente la araña.

La mujer se detiene frente a la celda y se queda mirando a Ruby durante un minuto.

—Pueden marcharse —dice la mujer a los guardias, que salen rápidamente por la puerta. Ruby los mira marcharse, casi echando de menos su estoica presencia.

—Soy Marcella Venturi. Tú eres Ruby Rivers, ¿verdad?

Ruby asiente lentamente, ya sin voz.

—Me gustaría ofrecerte un trabajo —dice Marcella.

—¿Un trabajo? —no podría haberse quedado más sorprendida si Marcella la hubiera abofeteado en su lugar.

—Sí. Verás, estoy a cargo de las criaturas Místicas de la ciudad. Mi trabajo es protegerlas, mantener la paz y darles seguridad. Pero también es

mi trabajo asegurarme de que mi gente siga las reglas de la sociedad. Necesito que me ayudes a mantener a los asesinos fuera de las calles.

—No lo sé. Quiero decir, ni siquiera te conozco de verdad.

—Eso es comprensible. Pero quiero darte la oportunidad de usar tus poderes para el bien. Para ayudar a la gente. No tendrás que matar a nadie nunca más. Me aseguraré de que tus visiones sean creídas y de que los malhechores paguen por sus crímenes.

Es un buen argumento de ventas, *piensa.*

—Es todo lo que siempre he querido hacer —responde Ruby. Mira a esta mujer durante un largo rato, intentando determinar si es de verdad—. ¿Puedes sacarme de esta celda?

—Sí, puedo. Puedo sacarte ahora mismo —ofrece Marcella.

—Vale, trato hecho. Pero. Solo si me das la oportunidad de pasar tiempo con mi hermana.

—Trato hecho. Haré un esfuerzo, pero bueno... será mejor que mantengamos un bajo perfil —dijo Marcella.

—Das miedo —responde Ruby alegremente.

—Prefiero ser eficiente —dice Marcella con una sonrisa, sacando una llave del bolsillo y dirigiéndose hacia la puerta de la celda.

Sophie se despertó con un grito ahogado. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba sola en su habitación. Mac se había ido.

—Esa maquinadora perra… —Sophie soltó las palabras con un gruñido estrangulado. Cogió el teléfono y llamó a Mac.

—Hola, Soph, deberías estar durmiendo —dijo Mac, descolgando al segundo timbrazo.

—Marcella se ha llevado a Ruby. Lo he soñado —jadeó Sophie, tratando aún de deshacerse de la sensación de estar en la cabeza de Ruby.

—No es posible —gruñó Mac.

—Le pidió a Ruby que trabajara para ella.

—Hija de... —gritó Mac—. Claro que lo hizo. ¡Larry! Larry, ven aquí. Tenemos que revisar la celda de Ruby.

Sophie escuchó por el teléfono cómo Mac y Larry se dirigían a la celda de Ruby, Mac explicándole la situación a Larry por el camino.

Sophie oyó murmullos, ruido de pasos y una puerta que se abría.

Hubo un instante de silencio antes de que Mac gritara,

—¡Maldita sea!

—¿Se ha ido? —preguntó Sophie.

—Sí —confirmó Mac—. Esto es una mierda. Voy a hablar con Dunham.

Pero Sophie sabía que era inútil. Dunham no tenía ningún poder para decir que no a Marcella o al Cónclave.

—Está bien, voy a colgar. Necesito dormir más. De todas formas, no puedo hacer nada —dijo Sophie entre bostezos.

—Lo siento, Soph —dijo Mac, con la voz llena de pesar.

—No tienes por qué sentirlo. No es culpa tuya —le aseguró Sophie.

Tras colgar, Sophie se acurrucó bajo el edredón y volvió a dormirse.

Epílogo

Ajustándose mejor los auriculares, Sophie siguió a Mac por el pasillo de dos pisos de celdas. Las paredes verdes en penumbra hacían que todo el lugar pareciera aún más espeluznante. Mac se detuvo ante la puerta cerrada de una celda del primer piso. Miró a Sophie con una sonrisa en los ojos. En los auriculares, una voz tranquilizadora explicaba que esa celda en concreto estaba ocupada por Frank Morris, uno de los tres hombres que consiguieron escapar de Alcatraz excavando a través de las paredes con cucharas afiladas y haciendo una balsa con impermeables robados.

Sophie se alegró de ver que Mac se lo pasaba bien y por fin se relajaba. Las últimas semanas casi le habían vuelto loco. Antonio -el nuevo alfa de la manada del Distrito Sunset- y los miembros de su manada habían estado causando problemas al Cónclave y a todo el departamento de policía Místico. Afirmaban que el Cónclave había utilizado a Alphonse como chivo expiatorio de los nefastos planes de Edwyn y Bramwell, que lo habían matado para encubrir el escándalo. Mac sospechaba que estaba haciendo mucho ruido, con la esperanza de que el Cónclave le diera más territorio solo para conseguir que se callara.

Con estos tipos siempre todo parecía resolverse con bienes raíces.

No ayudó mucho al estado mental de Mac que Marcella se hiciera con el número de teléfono de Sophie y se lo diera a Ruby. A petición de Marcella, Sophie accedió a hablar con Ruby, pero les informó de que solo se comunicaría con ella a través de mensajes de texto. Aún no estaba preparada para hablar con Ruby por teléfono.

Resultó que los mensajes de texto con Ruby solían incluir muchos emojis y signos de exclamación. Sophie temía el día en que descubriera los gifs. Poco a poco, Sophie empezaba a encariñarse con su hermana. Era difícil mantener a alguien tan alegre a distancia.

Sí, hermana.

Habían analizado el ADN de ambas y eran exactamente iguales. Ruby Rivers era la hermana gemela idéntica de Sophie. Sophie había

estado esperando que Ruby fuera una mutante.

Dunham tenía gente indagando en sus pasados, tratando de averiguar de dónde venían. La teoría actual era que uno de sus padres era un Fae de alto rango. Como ambas tenían afinidad con la muerte, se suponía que habían heredado sus dones de alguien con magia de muerte o de alguien relacionado con la muerte. Resultó que había muchos seres Místicos relacionados con la muerte: las banshees, el Dullahan, la dama de blanco e incluso la línea consorte de la reina Fae. El Fae monarca irlandesa Finvara era el Rey de los Muertos.

Mientras el narrador seguía contando la angustiosa historia de la huida de los prisioneros, Sophie enlazó su mano con la de Mac. Él le dedicó otra sonrisa y le dio un beso rápido en los labios.

—La mejor cita de mi vida —elogió Mac.

Al inclinarse para ver más de cerca el muñeco de papel maché que Frank Morris había dejado en su cama, los músculos de las piernas de Sophie protestaron. Todavía le dolían mucho de la sesión de entrenamiento de aquella mañana. Cojeaba por Alcatraz como una anciana. Sophie estaba contenta de que Paddy nunca se lo pusiera fácil a pesar de ser humana, pero le dolían partes de las piernas que ni siquiera sabía que tenían músculos. Aquel hombre hacía que los sargentos de instrucción parecieran ositos cariñositos.

En la primera clase tras la muerte de Alphonse, Paddy había mirado el cuello de Sophie, que se había vuelto de un precioso tono amarillo y verde enfermizo, y le había prometido que se encargaría de que a Sophie no le volviera a pasar. Sophie trató de hacerle la promesa con el meñique, pero Paddy se limitó a poner los ojos en blanco y luego barrió sus pies por debajo de ella.

Mac tiró de Sophie escaleras arriba y abrió una puerta que conducía a la azotea. En lo alto de Alcatraz, el panorama de San Francisco se extendía ante ellos: el puente de la bahía iluminaba el cielo a la izquierda y Oakland quedaba a sus espaldas. Se volvieron hacia San Francisco, se apoyaron en la barandilla y contemplaron la puesta de sol sobre la ciudad. A medida que la oscuridad descendía sobre el paisaje urbano, las luces de todos los rascacielos y farolas resplandecían, dándole un mágico brillo dorado.

La temperatura bajaba a medida que el cielo se oscurecía, pero Sophie estaba calentita en los brazos de Mac.

Sigue leyendo para ver un adelanto de la próxima y emocionante novela de la serie Sophie Feegle.

Tiempos Anómalos para Sophie Feegle

Por Gwen DeMarco

Capítulo 1

La mujer del traje elegante mira a los hombres y mujeres sentados alrededor de la mesa de conferencias. El desprecio se dibuja en su rostro. Pulsa en su tableta y toma nota para despedir a Cortez. "Inútil" escribe junto a su nombre.

Se levanta y apoya las manos en la mesa, dominando a los que están sentados. Frunce el ceño, decepcionada.

—¿Alguien ha mirado los números de este trimestre?

Todos miran fijamente a la mesa, demasiado asustados para mirarla a los ojos.

—¿Nadie? ¿Nadie ha visto los números? ¿O son todos demasiado cobardes para hablar? —se burla.

—El mercado ha seguido una tendencia a la baja. Creo que todos nuestros competidores están en las mismas...

Levantando la mano para callar a los llorones, centra su atención justo por encima de sus cabezas, en el otro extremo de la sala. Se gira lentamente y parece buscar algo. Moviendo la cabeza hacia la derecha, se fija en lo que estaba buscando.

—Oigan... —dice, una lenta sonrisa se extiende por su cara—. ¿Quiénes son ustedes dos?

Frotándose los ojos, Sophie cogió su diario de sueños.

—Ha sido muy raro —murmuró. Odiaba los sueños en los que se veía a sí misma en tercera persona. Le recordaban demasiado a los sueños que tenía con su hermana.

Mac le rodeó la cintura con un brazo, tirando de ella.

—Vuelve a dormirte, Soph —murmuró él con dificultad.

—Lo haré enseguida. Tengo que escribirlo antes de que se me olvide —le aseguró ella.

Al abrir el diario y coger el bolígrafo, un zumbido en el móvil le informó de que había recibido un mensaje. *¿Quién mandaría un*

mensaje a estas horas? Sophie guardó el bolígrafo en el diario, cogió el teléfono y miró la pantalla.

Ruby: *¡Acabo de tener un sueño rarísimo!*

Continuará…

Postfacio

Gracias por leer Presagios y Anomalías, el segundo libro de la serie Sophie Feegle. Me gustaría dar las gracias a mi marido y a mis hijos. También quiero dar las gracias a mi editora, Arundhati Subhedar, y a la diseñadora de la portada, Rebecacovers. Por último, me gustaría dar las gracias a mis lectores beta: David, Jessica, Joanne, Karen, Paige, Pam y Tina.

Si has leído el primer libro de Sophie Feegle (¡y espero que lo hayas hecho o este libro no habría tenido ningún sentido!), sabrás que me gusta incluir hechos e historia de San Francisco en la trama.

La Mansión del Frijol se basó en el café de mi barrio, The Beanery. Tuestan los granos en casa y se puede oler a varias manzanas. Tanto Cal Surplus como Out of the Closet son tiendas de segunda mano de la ciudad y un lugar divertido para ir de compras. ¿A quién no le gustan las gangas? El concurso de Hunky Jesus es real y es tan divertido como te lo imaginas. Brenda's French Soul Food es increíble. Los beignets son auténticos y la espera también. Ve pronto. Merece la pena.

La panadería Los Tres Cerditos es falsa. Era una broma de lobos. Sin embargo, hay montones de panaderías estupendas en San Francisco. Siempre tuve debilidad por La Boulange.

Por último, si In & Out Burger no es el restaurante estatal de California, debería serlo. Los lugareños lo aprecian mucho. Mi recomendación es pedir las patatas fritas "estilo animal". No están en el menú, pero están riquísimas.

Si te ha gustado el libro, deja una reseña en Amazon. Nos ayuda a los escritores independientes a tener más visibilidad. Además, leo y me obsesiono con cada reseña.

Visita mi sitio web en www.gwendemarco.com o envíame un correo electrónico a gwen@gwendemarco.com.

Acerca del Autor

Gwen DeMarco es una ávida lectora, bebedora de vino y café, jardinera y amante de todo lo relacionado con lo friki. A Gwen le encanta escribir novelas de romance paranormal con un enfoque en lo extraño y maravilloso. Le gusta crear heroínas ingeniosas y líderes masculinos gruñones. Sophie Feegle es su primera incursión en el mundo de cambiaformas, seres feéricos, ogros y vampiros.

Gwen está felizmente casada con su amor de la escuela secundaria y tiene dos hijos adolescentes. A menudo se la encuentra con la nariz en un libro y con una copa de vino o una taza de café en la mano.

¡Inscríbete en su lista de correo y recibe una copia gratuita de una breve novela (por ahora, solo en inglés) desde el punto de vista de Mac desde que conoció a Sophie en 'Sophie and The Odd Ones'!

Para obtener más información, por favor visite mi página web y suscríbase a mi lista de correo para recibir actualizaciones en www.GwenDeMarco.com.

